

La  
tentación  
más  
Dulce

LUCÍA HERRERO



La tentación más dulce

LUCÍA HERRERO

Título Original: © La tentación más dulce  
Copyright © 2016 Lucía Herrero  
© Primera edición, julio de 2016  
All rights reserved.

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita y legal de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Los personajes y acontecimientos de este libro son ficticios y cualquier parecido con personajes reales, vivos o fallecidos, es pura coincidencia.

## DEDICAToria

A todas las personas que tienen el coraje de luchar por sus sueños. Ojalá, cada vez más, sirvan de ejemplo a los que aún no se atreven a dar el paso.

# ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS:](#)

[SOBRE LA AUTORA:](#)

# CAPÍTULO 1

Carlota cerró los ojos y echó atrás la cabeza disfrutando de la calidez de los primeros rayos de sol de la primavera. Por un momento se olvidó del libro de texto que tenía abierto entre las piernas medio cruzadas, no tenía ningunas ganas de estudiar. Sobre su cabeza se oía el ulular del viento en las ramas de los árboles, el gorjeo de los pájaros, y los gritos de los niños que jugaban en el parque. Hacía apenas unos días que había empezado a frecuentar ese parque, muy próximo a su casa, y lo cierto era que le gustaba. Era grande y con mucho espacio verde. Uno de esos parques que unen, o separan, según se mire, las urbanizaciones pijas del extrarradio y los barrios prefabricados de pisitos de protección oficial. Ella vivía en uno de los últimos, con su prima Olga y su amiga Miranda. El piso era de Olga y, para ayudarse a pagar la hipoteca, había decidido compartir los gastos con Miranda y con ella alquilándoles una habitación a cada una mientras cursaran sus estudios en Madrid. A ellas les venía de perlas, y además sus familias estaban más tranquilas porque Olga era de la familia y además era mayor y responsable. «Como si hubiera alguna diferencia entre tener veinte o veinticuatro años» pensó Carlota.

Una pelota interrumpió sus pensamientos al dar contra la pierna que tenía apoyada en el suelo. Abrió los ojos y vio a una niña de unos cuatro o cinco años que corría hacia ella, presumiblemente en busca de la pelota.

La niña se paró junto al banco, cogió la pelota y la miró con unos enormes ojos azules. Le dedicó una sonrisa tímida y se dio la vuelta para salir corriendo de nuevo. Una mujer mayor venía ya tras ella, y la obligó a dar media vuelta y regresar al banco donde estaba sentada Carlota.

—Emma, discúlpate.

La niña se acercó a Carlota mirando al suelo, y murmuró de forma apenas audible:

—Lo siento, se me escapó la pelota.

—No pasa nada, no me has hecho daño —sonrió Carlota.

La pequeña levantó de nuevo los ojos y volvió a sonreírle. Se giró hacia la mujer y salió corriendo de nuevo.

«Qué felices son los niños, sin otra preocupación que jugar» pensó

Carlota. La interrupción la sacó de su momento de relax y la obligó a centrarse de nuevo en su libro. Eran casi las seis de la tarde y en poco rato tenía que marcharse a casa, ya que su turno de trabajo empezaba a las ocho. Estaba haciendo una sustitución como camarera en el restaurante del hotel donde trabajaba Olga, y tenía que cenar algo antes de enfrentarse a la jauría de clientes hambrientos y a veces irascibles que la esperaba.

El trabajo era pesado y estresante, pero pagaban bastante bien para las horas que hacía, y le venía genial para sacarse un dinerillo extra. Para sus padres había sido difícil aceptar que ella estudiara en Madrid, lejos de su casa, pero ella estaba encantada de la vida, y se las arreglaba bastante bien para no ser una carga. Entre las becas y lo que ganaba aquí y allá, apenas necesitaba que le mandaran dinero. Siempre había tenido un carácter independiente y, aunque a menudo echaba de menos a su familia, le encantaba estar sola en la gran ciudad. Su Cuenca natal hacía mucho tiempo que se le había quedado pequeña.

Un par de semanas después, otra tarde soleada, otro banco del mismo parque, el libro abierto sobre las rodillas y Carlota repasando un texto bastante aburrido. Una risa infantil acercándose la instó a levantar los ojos del texto justo a tiempo de ver como la pelota daba esta vez contra el banco en lugar de encontrar su pierna. La niña se le acercó y la miró de nuevo con sus preciosos ojazos azules.

—Hola. No te he dado, ¿verdad?

—No, tranquila.

—¿Estás leyendo un cuento?

—No, estoy estudiando.

—Ah... Me llamo Emma, ¿y tú?

—Yo soy Carlota. Encantada, Emma.

La pequeña la miraba con curiosidad. Las gafas de sol, seguro que era por eso. Los cristales rosas llamaban bastante la atención, pero... a ella le gustaban. Le hacían ver la vida con optimismo.

—Emma, deja en paz a la chica, no molestes.

La verdad es que molestar, no le molestaba. No le apetecía mucho estudiar, para no variar. Menos mal que tenía buena memoria y bastantes recursos a la hora de los exámenes. Alzó la vista y comprobó que quien había hablado era la misma señora de la vez anterior.



—No se preocupe, no me molesta.

Recordó unas *cookies* de chocolate que había metido en la mochila para merendar, y decidió que podía ofrecerle una a su pequeña amiguita. Sacó el *tupper* con las galletas y se lo enseñó.

—¿Quieres una galleta? —Entonces pensó en que tal vez a la señora no le gustara la idea y añadió dirigiéndose a ella—: Bueno, si a usted le parece bien, claro...

La mujer le sonrió. Tendría cincuenta y tantos años, el cabello negro sin una cana a la vista (perfectamente teñido, vamos) y los ojos verdosos. Era una señora elegante y de aspecto amable.

—Si a Emma le apetece, a mí me parece bien, ya ha merendado.

La niña dudó solo un momento, y luego tendió la mano y cogió una galleta. Tenía una carita dulce e inocente y el pelo rubio y largo recogido con un lazo rojo.

—Abuela, esta es Carlota.

—Encantada, Carlota. Yo soy Amanda. Veo que le has caído bien a mi nieta Emma.

—Y a su pelota también —bromeó Carlota.

—¡Oh, no me digas que te ha dado otra vez...! —empezó a disculparse la mujer.

—No, no se preocupe —la tranquilizó ella—, solo pasó cerca.

—Por favor, no me trates de usted, que no soy tan mayor.

Carlota sonrió. Desde luego era mayor que su madre, y eso que ella era la menor de cuatro hermanos.

—Es por costumbre. ¿Te apetece una galleta? Son caseras.

—¿Las has hecho tú?

Carlota asintió con la cabeza. La repostería era su hobby, su pasión. Y sabía que las galletas eran deliciosas, sin lugar a dudas.

La mujer cogió una, dándole las gracias. Luego se deshizo en alabanzas con la galleta mientras la pequeña Emma metía la mano en el *tupper* para coger otra. La señora, Amanda, se interesó por la receta, y Carlota se la explicó. Emma cogió una tercera galleta. Y entre galleta y galleta, Carlota pasó buena parte de la tarde charlando con sus nuevas amigas. Cuando se dio cuenta, tenía que marcharse. El restaurante no esperaba.

—Lo siento, me tengo que ir.

—¿Vienes mucho a este parque? —le preguntó Emma.

—Bueno, hasta ahora no venía mucho, pero me gusta bastante.

—Es mi favorito, yo vivo ahí cuando estoy con papá y la abuela —le dijo la niña indicándole uno de los edificios de pisos nuevecitos y seguramente carísimos que había junto al parque. Carlota tomó nota: «con papá y la abuela» ¿padres separados?—, y tú ¿dónde vives?

—Yo vivo al otro lado de la carretera.

—Qué bien, somos casi vecinas —rio la niña—. A ver si nos vemos otro día que traigas galletas...

Carlota rio a su vez, mientras Amanda reprendía a su nieta. ¡Los niños y su sinceridad sin tapujos!

Un par de días después volvió al parque. Y recordó llevarse unos *muffins* de chocolate que había hecho después de comer. Le dio tiempo de estudiar casi una hora en completa tranquilidad, y ya empezaba a aburrirse cuando oyó la voz cantarina de Emma.

—¡Hola, Carlota!

—Hola, Emma. ¿Y tu abuela?

—Está hablando por teléfono, allí.

Levantó la vista y vio a Amanda hablando por el móvil a unos metros de distancia.

—¿Has merendado ya? —le preguntó a la niña.

—Sí, ¿tienes galletas?

—No, mejor aún. Tengo *muffins* de chocolate. ¿Te gustan?

—Mmm... —ser relamió la pequeña—. ¡Sí!

Amanda llegó hasta ellas en el momento en que Carlota sacaba los *muffins* de su mochila. Le confirmó que Emma se había comido toda la merienda y por tanto podía comerse un *muffin*, y la pequeña, literalmente, lo devoró. Su abuela aceptó otro y Carlota también se comió el suyo. Hablaron del tiempo, del cole, de la universidad, de la hija menor de Amanda que vivía en Estados Unidos y era con quien hablaba por teléfono. Y la tarde se pasó volando.

Carlota cogió por costumbre pasar un rato en el parque todas las tardes que podía. Salía de clase, iba a casa, comía algo, estudiaba un rato mientras se tomaba un té y luego bajaba al parque a sentarse en su banco y estudiar otro rato, o repasar, o leer... De paso tomaba un poco el sol y el aire. Semana sí,

semana no, se encontraba con Emma y Amanda. Al poco tiempo supo que era porque los padres de Emma tenían la custodia compartida y la niña vivía una semana con su madre y otra con su padre. Su madre vivía relativamente cerca, aunque no lo bastante como para llevarla a aquel parque cuando estaba con ella.

Amanda vivía un poco más cerca, y se ocupaba de la niña cuando estaba con su padre en las horas en que él todavía estaba trabajando. Por lo visto tenía un puesto de directivo en la sede en Madrid de una empresa americana de cosméticos. A veces trabajaba hasta tarde o tenía compromisos después del trabajo, y Amanda estaba encantada de pasar tiempo con su única nieta. Carlota pensó que la niña llevaba con absoluta naturalidad el hecho de vivir en dos casas diferentes y que sus padres estuvieran separados, y no pudo resistirse a preguntarle a Amanda cuánto tiempo llevaban así. Amanda le explicó que en realidad, casi desde siempre. Ni siquiera habían llegado a casarse. Se habían conocido en Estados Unidos, donde ella había ido a mejorar su inglés y él acababa de terminar la Universidad. Vivieron juntos hasta que Emma tenía poco más de un año y, desde entonces, aunque tenían una buena relación, vivían separados y cada uno tenía su vida. La niña no recordaba haber vivido con los dos en la misma casa, así que no tenía más problema con su situación que el fastidio que suponía tener sus juguetes repartidos en dos casas distintas. Carlota no podía evitar sentir cierta curiosidad por el padre de Emma. Sabía que era medio americano. Bueno, en realidad tres cuartas partes de americano y una de español, ya que Amanda era hija de una española y un americano, y había pasado su vida entre Madrid y Estados Unidos. En una de sus temporadas en Nueva York había conocido al que sería su marido, George, y se había establecido allí definitivamente. Habían tenido dos hijos, John y Carol. Carol vivía en Boston con su marido, y en unos meses la haría abuela de nuevo. John y la madre de Emma habían vivido un tiempo en Nueva York, incluso después de que ella se quedara embarazada y decidieran tener a la niña, pero aplazaron la decisión de casarse para más adelante. Luego ella quiso volver a España y él consiguió un traslado en su empresa para venir a Madrid. Pero la relación no acabó de funcionar y se separaron. Amanda tenía aún un piso en propiedad en Madrid, su marido había fallecido poco después de nacer Emma, y decidió trasladarse a España a echarle una mano con la niña a su adorado hijo, del cual hablaba maravillas. Aunque también decía que a veces era demasiado serio y le

dedicaba a su trabajo mucho más tiempo del que seguramente era necesario, y la pequeña Emma lo echaba en falta. La curiosidad de Carlota acerca de John no tardaría en ser satisfecha. Una tarde, en cuanto abuela y nieta se acercaron a su banco, Amanda le preguntó sin rodeos:

—Carlota, me dijiste que se te acababa el contrato en el restaurante esta semana, ¿verdad?

—Sí, ayer era mi último día. ¿Por qué?

—Necesitamos a alguien que pueda cuidar de Emma el viernes por la noche. Yo había hecho planes con unas amigas, tenemos unas entradas para ir al teatro y no quería perderme esa obra. ¡Y mi hijo me dice ahora que tiene una cena a la que no puede faltar! ¿Has hecho de canguro alguna vez? ¿Te interesaría quedarte unas horas con Emma? Estoy segura de que John te pagará estupendamente, y además a Emma le gustas.

—Sí, claro, no hay problema. No tengo ningún plan para el viernes, estaré encantada de echarte una mano. Y tengo experiencia de sobra, soy la menor de cuatro hermanos, y tengo cuatro sobrinos. He hecho de canguro toda mi vida, te lo aseguro.

—No sabes cuánto te lo agradezco. Te apuntaré la dirección. Emma se va a poner contentísima cuando sepa que se quedará contigo.

—¿Cuándo me voy a quedar con Carlota? —la pequeña se había bajado del columpio y se había acercado sin que se dieran cuenta.

—El viernes por la noche. Papá tiene una cena, yo no puedo quedarme contigo y Carlota te cuidará, ¿qué te parece?

—¡Bieeeeeeeeen! —gritó Emma escandalosamente.

Carlota sonrió. La niña era un cielo, nada que ver con los diablillos de sus sobrinos, que se pasaban el día planeando trastadas. Pan comido.

El viernes por la tarde Carlota se estaba vistiendo cuando Miranda se asomó a su habitación.

—¿Ya te vas?

—Sí, Amanda me dijo que tengo que estar en casa de Emma a las siete. Creo que me llevaré unos apuntes. Seguramente tendré tiempo de estudiar un rato cuando la niña se duerma.

—Que te sea leve.

—Emma es un encanto, no me dará ningún problema.

Se acabó de poner los vaqueros, una camisa blanca de estilo hippie

y sus zapatillas de lona favoritas, con estampado de flores. Se peinó el pelo en una coleta alta, cogió su mochila, metió en ella unas galletas caseras y salió.

Apenas veinte minutos después estaba frente al portal donde vivía Emma. Era un edificio nuevo, pero tampoco exageradamente pijo. Tocó el timbre del portero automático y una voz grave y seria respondió:

—¿Sí?

—Soy Carlota, la canguro.

La puerta se abrió con un zumbido y Carlota subió los escalones del portal de dos en dos. Estaba un poco nerviosa. Al fin iba a verle la cara al famoso John. Subió en el ascensor hasta el segundo piso y cuando estaba a punto de llamar al timbre, la puerta se abrió.

La primera impresión fue devastadora. Amanda no le había dicho que su hijo fuera tan guapo. ¡Qué demonios guapo, era un auténtico dios griego!

John se quedó mirando también sin recato a la chica que lo miraba aparentemente alucinada desde el descansillo de su casa. Su madre había dicho que tenía veinte años, pero no los aparentaba. Era de estatura media, con los ojos color chocolate y un pelo del mismo color, largo y solo ligeramente ondulado, recogido en una coleta alta. Llevaba unos vaqueros gastados y una camisa hippie que no dejaba ver siquiera si aquel cuerpo menudo tenía algún tipo de curvas, con unas horrorosas zapatillas de flores. De su hombro colgaba una ajada mochila negra decorada con chapas y *pins*. A estas alturas no podía mandarla de vuelta a su casa, porque no tenía tiempo de buscar a nadie más, pero sin duda iba a tener una conversación con su madre por colocarle como canguro a una niña con la que seguramente Emma haría lo que quisiera.

Consciente de que la expresión de su cara podía dejar adivinar con demasiada claridad lo que estaba pensando, recuperó la compostura en una fracción de segundo y se presentó:

—Hola, Carlota, encantado. John Connor.

La chica se echó a reír.

—¿Connor? ¿Te llamas John Connor? ¿Como el de *Terminator*?

John hizo un esfuerzo por no darle con la puerta en las narices. Una friki, lo que le faltaba.

—¿Tan gracioso es?

—Supongo que sí —respondió ella todavía sonriendo—. No conozco a nadie más que se llame como un héroe de una película de acción...

Bueno, un héroe. Dicho así no sonaba tan mal, aunque las películas de

acción de corte futurista no le atraían especialmente. Había visto algunas de las películas de *Terminator* hacía siglos, y de vez en cuando alguien le recordaba que se llamaba como aquel tipo gamberro y antisocial que estaba empeñado a muerte en evitar una guerra contra las máquinas. Finalmente le indicó con la mano que pasara y ella entró.

—Emma está en su habitación. A las ocho cena y a las nueve se va a la cama. Puede ver un rato la televisión, siempre que sea un canal infantil. Regresaré entre la una y las dos de la madrugada. Aquí tienes mi número de móvil, si pasa cualquier cosa, llámame inmediatamente, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Tranquilo, todo irá bien.

—Eso espero.

Cerró la puerta y se dirigió a la habitación de su hija para decirle que se iba. Emma lo abrazó y le dio un beso y él cogió su chaqueta y salió, no sin antes repetirle a aquella chica que debía llamarlo si había el más mínimo problema.

Carlota todavía estaba intentando asimilar el impacto que le había causado John Connor. Pensándolo en frío, se arrepentía un poco de haberse reído al oír su nombre pero... era gracioso. A él no le había hecho ni pizca de gracia. ¡Qué poco sentido del humor!

Era realmente guapo. Alto, probablemente pasaba bastante del metro ochenta, con un pelo castaño oscuro casi negro, ondulado y seguramente rebelde, aunque perfectamente peinado, y unos deslumbrantes ojos azules, iguales que los de Emma. Y tenía un cuerpazo de infarto, sobre todo para llevarle... ¿cuánto, diez años? Probablemente. Pero bueno, en realidad, físicamente tampoco hay gran diferencia entre un chico de veinte años y un hombre de treinta ¿no? Estuvo a punto de reírse nada más hilar ese pensamiento. La diferencia era precisamente esa: un chico... o un hombre.

A ella le gustaban más los hombres, sin duda.

Volvió su atención hacia Emma, que le estaba enseñando toda su colección de princesas Disney, y se olvidó de John. Al menos por un rato.

Tal y como esperaba, la niña se portó de maravilla. Cenó estupendamente, con unos modales que su hermana mataría por conseguir para los trastos de sus sobrinas. Vieron un rato los dibujos animados, y a las nueve en punto la metió en la cama, le contó un cuento y le deseó buenas noches. La

pequeña se durmió sin problemas mientras ella aprovechaba el tiempo sentada en el sofá del enorme salón de la casa con sus apuntes sobre las rodillas. Tuvo tiempo de estudiar todo lo que había planeado antes de que regresara el dios griego.

Carlota se sobresaltó un poco al oír la llave en la cerradura, sobre todo porque hacía un buen rato que no miraba el reloj y no se había dado cuenta de que ya era la una y cuarto. John se asomó al salón con gesto serio.

—¿Todo bien?

—Perfecto. Es una niña buenísima. Ha cenado bien, hemos visto un poco los dibujos, y a las nueve a la cama.

Él salió y se dirigió a la habitación de la niña. Emma estaba profundamente dormida. Carlota acabó de recoger sus cosas para marcharse a casa.

John se arrepintió un poco de haber esperado que la casa estuviera hecha un desastre y la niña aún despierta. No es que lo deseara, desde luego, pero era lo que había esperado por la primera imagen que había tenido de Carlota. La acompañó hasta la puerta, abrió su cartera y le pagó.

—Gracias. ¿Quieres que te llame un taxi o algo?

Carlota sonrió. Como si fuera a gastarse la mitad de lo que acababa de ganar en un taxi para los poco más de quinientos metros que la separaban de su casa.

—No gracias, vivo muy cerca.

Él asintió y esperó a que ella entrara en el ascensor para cerrar la puerta.

Carlota abrió la mano donde John le había puesto el dinero sin preguntarle si estaba bien o no. Ella no había mirado ni cuánto le había dado. Desdobló los billetes: uno de cincuenta y otro de veinte. ¡Setenta euros! Ojalá volvieran a necesitarla. Setenta euros por poco más de seis horas de las cuales en realidad había trabajado dos y había estudiado cuatro era un chollo. Y John Connor estaba muy bueno. No le importaría en absoluto volver a verlo.

## CAPÍTULO 2

A la mañana siguiente, John no tuvo ni que preguntarle a Emma qué tal lo había pasado con Carlota. Lo primero que la niña le preguntó al despertarse fue si Carlota podía cuidarla alguna vez más. Le contó que habían estado jugando con las princesas antes de cenar, que después habían visto los dibujos mientras comían unas galletas buenísimas que le había traído, hechas por ella misma, y que le había contado un cuento antes de dormir. Su madre llamó a media mañana para preguntarle qué le había parecido Carlota y qué tal se las había arreglado con Emma, y John la tranquilizó asegurándole que la niña estaba encantada y que todo había ido bien. Omitió contarle lo equivocada que había sido su primera impresión sobre ella. Realmente seguía pensando que era una friki, pero al menos no era ninguna loca irresponsable.

Carlota se levantó temprano, ya que tenía un trabajo que acabar para entregarlo esa misma semana. Miranda estaba en la cocina cuando ella entró a desayunar.

—¿Qué tal te arreglaste con la niña? —le preguntó mientras la veía prepararse una taza de té fuerte y cargado.

—Estupendamente. Tuve mucho tiempo para estudiar y además me pagaron genial.

—¿Y cómo es el padre de la criatura?

La sonrisa que se formó en la cara de Carlota hizo que la curiosidad de Miranda subiera como la espuma.

—¿Está bueno?

—Está tremendo, aunque no sé si he visto alguna vez un tío más estirado. Parecía que llevara un palo metido en el culo —se burló—. ¿Y a que no sabes cómo se llama?

—Se llama John, te lo dijo su madre, ¿no?

—John Connor.

—¡Qué fuerte! —rio Miranda—. ¿Como el de *Terminator*?

—Eso mismo le dije yo, y no veas el mosqueo que se agarró...

Las dos amigas se rieron un rato a costa del «estirado», como lo llamaba



Carlota, antes de dar buena cuenta de las últimas galletas que quedaban de las que había hecho el día anterior. Después cada una se puso con su trabajo.

La semana siguiente ni Emma ni su abuela asomaron por el parque. La niña estaba con su madre. Pero al llegar de nuevo el lunes, se encontraron en el banco de siempre, donde Carlota estudiaba como de costumbre.

—¡Hola, Carlota! —la saludó Emma.

—Hola, preciosa —respondió ella. Y mirando a su abuela, añadió—: ¿Qué tal, Amanda? ¿Estuvo bien la obra?

—Oh, mi niña, me encantó. Muchísimas gracias por quedarte con Emma.

—Fue un placer —respondió Carlota recordando la impresión al ver a John con el pantalón de su traje gris oscuro, la camisa blanca y la corbata gris clara. Cuando se puso la americana para marcharse, ella tuvo que obligarse a no mirarle haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad. ¡Como si no hubiera visto un tío bueno en su vida!

Bueno, vestidos de traje y a tan corta distancia, en realidad pocos. Alguno que otro se veía en el metro de vez en cuando, pero no era lo mismo. A John Connor era probable que volviera a verlo. Y se moría de ganas de que eso ocurriera.

Se acordó de que había traído *muffins* de nueces, y cuando metió la mano en la mochila para sacar el *tupper*, Emma ya estaba dando palmas esperando impaciente para probar lo que fuera que había traído. Quedaba apenas un mes de curso y tenía los exámenes a la vuelta de la esquina, así que no podía entretenerse mucho. Le agradeció a Amanda que hubiera contado con ella para cuidar de Emma y tuvo buen cuidado de hacerle saber que estaría encantada de volver a hacerlo si la necesitaban. La mujer le sonrió agradecida.

—Pues no sabes lo que me alegra oír eso. Por las tardes no tengo ningún problema en quedarme con mi nieta, pero cuando John sale de noche, a veces tengo que cambiar mis planes, y mira, está bien saber que si no quiero renunciar a lo que yo tengo planeado, la niña se queda en buenas manos. Hasta hace poco, en algunas ocasiones recurríamos a una vecina mía, pero se mudó hace poco y nos hemos quedado sin canguro.

—Mientras no tenga que trabajar o algo así, yo estaré encantada de quedarme con ella cuando lo necesitéis. Ya tienes mi móvil, cualquier cosa, me llamas.

Apenas un par de semanas más tarde, llegó su ocasión de volver a cuidar de Emma. Amanda la llamó un poco apurada el viernes poco después de que ella volviera de la universidad.

—Hola, Carlota, soy Amanda, la abuela de Emma.

—Hola, Amanda, ¿pasa algo? —inquirió, preocupada por el tono nervioso de la mujer.

—Pues verás... Ha surgido un problema y necesitaba saber si te puedes ocupar de Emma la semana que viene, todas las tardes.

—¿Todas las tardes? Sí, supongo que sí...

—Es que verás, mi hija Carol, ya sabes que está embarazada... Le han mandado reposo y tengo que irme a Boston a echarle una mano. John necesita a alguien que recoja a la niña a la salida del colegio, la lleve a casa, le dé la merienda y la entretenga un rato hasta que llegue él.

—Claro, Amanda, no hay problema.

Quedaron un poco más tarde junto a la casa de Emma para que Amanda le indicara a Carlota dónde dejaba a la niña el autobús del colegio, y fueron juntas a esperarla para avisar a la responsable del autobús de que sería Carlota quien la recogería hasta nuevo aviso. Amanda no sabía realmente cuánto tiempo de reposo tendría que hacer su hija, pero seguro que Carlota tendría que ocuparse de Emma más de una semana. Tendría que organizarse para estudiar, pero el dinero le vendría genial. Desde que se le había acabado el contrato de camarera en el hotel no había vuelto a encontrar nada, y necesitaba ingresos. Además, si eran semanas alternas tampoco le quitaría tanto tiempo. Las tardes que la niña estuviera con su madre podía dedicarse a fondo a preparar los exámenes.

Recogieron a la pequeña, que por supuesto se alegró mucho de que Carlota fuera a ocuparse de ella, aunque también se mostró apenada por que su abuelita tuviera que irse. Fueron a casa y prepararon la merienda: un pequeño bocadillo y una pieza de fruta. Las instrucciones eran pocas: recoger a la niña, llevarla a casa, darle la merienda, y salir al parque siempre que no lloviera, cosa que bien entrado ya el mes de mayo, era poco probable. John regresaba a casa sobre las siete de la tarde, así que esa era la hora límite estipulada para volver. Cuando Amanda le puso una copia de las llaves en la mano, Carlota se revolvió un poco intranquila.

—¿Seguro que tu hijo está de acuerdo?

—Sí, claro. ¿Por qué lo preguntas? Espero que no fuera desagradable contigo cuando viniste a cuidar a Emma... A veces John es demasiado seco con la gente que no conoce bien.

—No sé, me pareció un poco desconfiado. —«Y un borde estirado», pero eso no se lo podía decir a su madre.

—Ya, a veces tiene un carácter un poco brusco, pero se le pasará cuando te conozca mejor.

«Lo dudo» pensó Carlota. Bajaron al parque y pasaron la tarde con la niña, viéndola jugar y charlando en el banco hasta que llegó la hora de volver a casa. Carlota seguía sin estar muy convencida de que John estuviera conforme, así que Amanda cogió el móvil, llamó a su hijo y le pidió que las fuera a buscar al parque en lugar de ir directo a casa al salir de trabajar.

Carlota y Amanda estaban hablando de los estudios y los planes de la chica cuando oyeron a Emma gritar y salir corriendo.

—¡Papá, papá!

Carlota levantó la vista y la garganta se le secó de golpe. John acababa de llegar al parque, y se agachaba en ese momento para abrazar a su hija que se había lanzado corriendo a sus brazos. Llevaba un traje azul marino con una camisa celeste y una corbata a rayas. Estaba impresionante. Se acercó a ellas con la niña en brazos, y saludó a su madre con un beso en la mejilla.

—Hola, mamá.

A continuación miró a Carlota, que trataba de que no se le notara lo nerviosa que se había puesto al verlo. El gesto de él aún era serio, pero su voz sonó más suave esta vez al dirigirse a ella.

—Hola, Carlota. Mi madre me ha dicho que te puedes ocupar de Emma, no sabes cuánto te lo agradezco.

Carlota respiró un poco más tranquila. Vale, por lo menos el ogro estaba de acuerdo, y agradecido porque ella se quedara con la niña.

John había tenido un día horrible. Primero una reunión interminable para estudiar la campaña de marketing de la próxima temporada. Después un problema con uno de los canales de distribución que había requerido de toda su atención hasta bien entrada la tarde. Y en todo ese tiempo apenas había podido quitarse de la cabeza la preocupación de que su madre tenía que irse a Estados Unidos y no tenía canguro para Emma. En casos extremos podía llamar a Su, la madre de su hija, y pedirle que se quedara con la niña, pero no

estaba dispuesto a hacerlo por una semana entera. O a saber por cuánto tiempo, porque lo del reposo en el embarazo no es raro que se alargue hasta el parto, y a su hermana le faltaban aún tres meses. No estaba dispuesto a renunciar a su pequeña durante tanto tiempo.

Aunque no quería reconocerlo, enseguida había pensado en Carlota. Por una parte le horrorizaba que aquella jovencita estrafalaria se quedara a cargo de su hija, pero por otra, la niña la adoraba, su madre le había sugerido inmediatamente que recurrieran a ella, y la noche que la había cuidado todo había ido bien. Cuando Amanda lo llamó para pedirle que se pasara por el parque, por un momento casi se aterrorizó. Necesitaba desesperadamente que Carlota dijera que sí.

Al llegar al parque enseguida las había visto. Emma estaba jugando en el tobogán mientras su madre y Carlota charlaban en un banco cercano. Lo primero que le había llamado la atención habían sido sus gafas de sol, ¡con cristales rosas! Dios santo, ¡qué atentado contra el buen gusto! Llevaba el pelo suelto, una melena larga y brillante. Iba vestida con shorts vaqueros deshilachados y un jersey enorme de ganchillo blanco sobre una camiseta de tirantes en rosa chillón. Una de sus piernas estaba cruzada sobre el banco y la otra se balanceaba rozando el suelo con unos zuecos blancos con las punteras abiertas. Tanto las uñas de sus manos como las de sus pies estaban pintadas en un rabioso rosa fucsia. La forma de vestir de esa chica era toda una declaración de principios. Susana, su ex, nunca se habría puesto algo así.

Después de saludarlas le pareció que Carlota se relajaba. Tal vez había sido demasiado cortante con ella la primera vez que se vieron. Hablaron durante un rato y se pusieron de acuerdo sobre las condiciones. Si el reposo de Carol se alargaba, Carlota no tenía inconveniente en seguir cuidando a Emma hasta las vacaciones de verano. La niña pasaba con su madre el mes de Julio y con su padre el de Agosto, y John ya tenía los billetes sacados para irse a los Estados Unidos. Tenía aún su casa en Nueva York así que pensaba pasar allí unos días, visitar también a su hermana, y tal vez llevar a Emma a Orlando para ver el parque Disney. Carlota estaría libre en Julio y Agosto, y si al volver en Septiembre aún la necesitaba, la llamaría.

Carlota regresó a casa contenta, no sabía bien si por haberse asegurado unos ingresos más que interesantes para el próximo mes y medio y quizás incluso para después del verano, o porque iba a tener la oportunidad de ver a

aquel hombre todos los días semana sí, semana no, durante todo ese tiempo. Le gustaba. Para ser honestos, distaba mucho de ser su tipo, pero le atraía poderosamente. Y sentía mucha curiosidad por saber si tenía algo de ropa que no fueran trajes y corbatas.

Miranda y Olga acababan de llegar y estaban haciendo la cena. Les contó las noticias que traía y ambas sonrieron sospechosamente.

—Ese tío te gusta —se burló Olga.

—Está muy bueno, sí, pero no me conviene. Además es demasiado mayor para mí, supongo.

—Eso es una chorrada —apuntó Miranda.

—Díselo a él —se rio Carlota—. Ya sabes que yo, puestos a echar un polvo, no tengo muchos prejuicios.

—¿Te lo tirarías? —se escandalizó su prima.

—¿Por qué no? —respondió Miranda por Carlota.

Pero ella sabía por qué no.

—No puedo tirármelo, si lo hago se acabó hacer de canguro de Emma. No tiene pinta de ser de los que dejan que su hija se entere de sus rollos o sus ligues. Y me viene bien el dinero.

—Pues también es verdad —suspiró Miranda. Y así quedó zanjado el asunto «tirarse a John Connor».

Por supuesto, el reposo de Carol se alargó hasta el parto, que se adelantó casi un mes, a pesar de todo. El bebé nació a mediados de Julio, lo cual le dio a Carlota la oportunidad de pasar con Emma muchas tardes de parque. Se entendían a la perfección, la niña no le daba ningún trabajo, y además no le quitaba mucho tiempo para estudiar. Ella estaba acostumbrada a estudiar y trabajar a la vez, llevaba tiempo haciéndolo, y sacaba horas de donde podía. Los exámenes le fueron bastante bien y además tuvo la suerte de encontrar otro trabajillo por las mañanas en una cafetería del barrio. Tenía que madrugar mucho pero no le importaba porque, como salía temprano, podía comer pronto y echar un rato la siesta antes de ir a buscar a Emma. Recogía a la niña en la parada del autobús, iban a casa, merendaban, salían al parque y Emma se pasaba la tarde correteando con los demás niños mientras Carlota leía sentada en un banco, con un ojo en la niña y otro en el libro. Emma la reclamaba cada dos por tres con un «¡Carlota, mira lo que hago!», mientras demostraba sus habilidades trepando por las barras de los columpios del

parque. Carlota sonreía y pensaba cosas como «Si te ve tu estirado padre le da un infarto», pero la aplaudía. A pesar de todo, Emma era una niña y era normal que jugara, trepara, corriera o se cayera de vez en cuando. Se acostumbró a llevar tiritas en el bolso para esas ocasiones. Por suerte, nunca era nada que no se curara con unos mimos, un poco de agua oxigenada, una tirita y un beso.

A lo que no se acostumbraba era a ver a John llegar a casa vestido con sus impolutos trajes. Cuando Emma y ella volvían del parque, jugaban un rato, o pintaban hasta que él llegaba. Le gustaba especialmente cómo le quedaban los trajes oscuros. Tenía un cuerpo atlético y era ancho de espaldas, así que la ropa le sentaba de infarto. Si pudiera verlo vestido solo con unos vaqueros y sin camiseta, se moriría de la impresión, estaba segura.

Un par de semanas antes del final de junio él le preguntó si podía quedarse con Emma el sábado por la noche. Carlota no tenía ningún plan en especial, así que no le importó. Llegó poco antes de las ocho, como él le había pedido, y cuando le abrió la puerta, ella se quedó con la boca abierta. Iba vestido un poco más informal que de costumbre, con un impecable vaquero oscuro que se ajustaba perfectamente a unas piernas largas y bien formadas, y una camisa blanca con apenas un par de botones abiertos. La invitó a pasar y fue a despedirse de su hija, como tenía por costumbre. Carlota a duras penas consiguió serenarse. Cuando él cogió su chaqueta y se marchó, empezó a preparar la cena para Emma y para ella, y después vieron un poco los dibujos animados disfrutando de un *cupcake* de *brownie* cada una. Emma adoraba el chocolate, al igual que Carlota, y era tan agradecida con los pequeños dulces caseros que le llevaba, que Carlota no podía resistir la tentación de llevarle alguno cada vez que iba a verla. A las nueve en punto la metió en la cama y le contó un cuento, y luego se sentó en el salón a ver la televisión. Estuvo un rato curioseando de canal en canal hasta encontrar una película de su gusto que, dicho sea de paso, había visto al menos tres veces. Cuando la película terminó sacó el libro que había llevado por si acaso y se puso a leer. Eran casi las dos de la madrugada cuando oyó la llave en la cerradura.

Cerró el libro y se levantó cuando John se asomó a la puerta del salón a preguntarle como hacía siempre:

—¿Todo bien, Carlota?

—Perfecto, sin problemas.

—Voy a ver a Emma.

Carlota guardó el libro en la mochila y cogió su cazadora vaquera. Se la

puso mientras John la acompañaba a la puerta. Cuando pasó junto a él y lo miró por última vez antes de salir, un nudo se formó en su garganta. Olía a algún perfume femenino empalagoso y dulzón, su camisa, antes immaculada, estaba ahora sospechosamente arrugada, y en la parte izquierda de su cuello se veía una inconfundible mancha de carmín.

Con el corazón martilleándole en el pecho se metió en el ascensor mientras él cerraba la puerta. Sus pensamientos bullían de tal manera que tuvo que correr hacia su casa por temor a que se oyeran o acabara gritándose a sí misma: «¡Idiota! Carlota, ¿cómo puedes ser tan idiota?... Estás babeando por un tío que ni siquiera te ve y que, por si tenías dudas, acaba de volver de una cita recién marcado. Ilusa... ¿qué esperabas? No es para mí, lo sabía desde el principio. Se acabó John Connor. Se acabó para siempre. No voy a volver a pensar en él ni un segundo más».

John cerró la puerta tras Carlota y empezó a desabotonarse la camisa. La noche no había estado mal. Había salido con Rebeca, la nueva incorporación al bufete de abogados que llevaba los asuntos de la empresa. Era una mujer hermosa e inteligente, un par de años más joven que él, con un bonito pelo rubio y los ojos verdes. Siempre le habían gustado especialmente las rubias, no sabría decir por qué. Llevaban un tiempo tonteando en el trabajo, casi desde que se habían conocido, y finalmente decidió invitarla a cenar. Ella se había presentado vestida con unos espectaculares zapatos negros de tacón (unos *Manolos* como bien se había ocupado de hacerle saber), una falda lápiz que marcaba unas curvas prometedoras, y una blusa semitransparente que no mostraba nada pero insinuaba bastante. Por supuesto perfectamente maquillada, con la nueva paleta de colores del verano que la empresa estaba promocionando aún, y oliendo a un perfume un poco fuerte para su gusto, pero que le daba un aire de sofisticación y seguridad en sí misma sin duda interesante. Había ido dispuesta a cazarle. Pues bien, se dejaría cazar. Por una noche no había problema. Para cubrirse las espaldas le habló de Emma durante la cena. Ella ya sabía que tenía una hija, pero se aseguró de dejarle lo suficientemente claro que, de momento, su trabajo y su hija eran para él lo más importante y no buscaba una relación. A ella aparentemente le pareció bien. Después de una copa la acompañó a su casa y ella lo invitó a subir. No se hizo de rogar. Al fin y al cabo, a nadie le amarga un dulce.

Mientras se acababa de desnudar y se ponía el pantalón del pijama para

acostarse pensó que lo mejor sería marcar un poco las distancias con ella. No quería que se hiciera falsas ilusiones, y con las mujeres nunca se sabe. A veces dicen una cosa y resulta que piensan exactamente lo contrario. Rebeca le había asegurado que ella tampoco buscaba algo a largo plazo, pero la forma en que lo había abrazado después del sexo lo había puesto en guardia. Mejor mantenerse alejado, antes de que la cosa se le fuera de las manos. Antes de dormirse, pensó vagamente en Carlota. Emma y él habían tenido suerte de encontrarla. La niña la adoraba y era evidente que ella le tenía mucho cariño a la pequeña. Era una chica agradable, pese a que a él le horrorizaba casi siempre su forma de vestir. Esa noche, por ejemplo, llevaba unos vaqueros ajados con una camiseta de Guns 'n Roses. ¡Por favor! ¿Quién llevaba todavía una camiseta de Guns n' Roses cuando hacía siglos que no se sabía apenas nada de ellos? Y además con la edad que tenía. Para cuando ella había tenido edad de ir a un concierto, aquel grupo ya hacía tiempo que estaba acabado. No le entraba en la cabeza. Y las uñas pintadas de azul. Vale, se llevaban las manicuras llamativas, pero ¿azul? Por mucho que fuera la moda, él nunca saldría con una mujer que se pintara las uñas de azul.

Pero es que a Carlota le faltaban aún un par de veranos para ser una mujer. No era más que una niña, pensó para sí mismo. Y era una lástima, porque era bonita. Puliéndola un poco seguro que sería una mujer preciosa.



## CAPÍTULO 3

Carlota entró en su casa como un huracán y cerró la puerta de un portazo. Su prima Olga la miró con cautela mientras ella irrumpía en la cocina tirando el bolso sobre una silla y resoplando malhumorada.

—¡Será gilipollas! ¡Se cree que me chupo el dedo, vamos!

—¿Quién? —se atrevió a preguntar Olga, aunque intuía la respuesta.

—¿Quién va a ser? ¡Jairo!

—¿Qué ha pasado? ¿Ha ido a buscarte?

—Me estaba esperando a la salida del trabajo. Supuestamente para que le perdonara, porque había sido un error, todo fue culpa de la loba de Lorena que se le echó encima y bla, bla, bla... Lo de siempre. Y como lo he mandado a la mierda ha acabado echándome la culpa a mí... ¡No te jode!

—¿Lo has mandado a la mierda? —inquirió su prima alzando una ceja.

—Con todas las letras —respondió Carlota esbozando una sonrisa de triunfo.

—Pues mira, me alegro, no te merece.

—Pues claro que no. Además, me habla como si se creyera más que yo, bebe como un cosaco y ni siquiera cumple como es debido. ¡Anda y que le den!

A Olga le dio la risa.

—¿No cumple?

Carlota se rio también mientras negaba teatralmente con la cabeza.

—Una lástima, la mitad de las veces no me daba tiempo ni de ponerme en situación...

—Un egoísta, vamos.

—Y más rápido que Lucky Luke.

Las dos siguieron tronchándose de risa a costa del ya exnovio de Carlota. En realidad ella no había llegado a tomarse la relación muy en serio. Apenas habían salido durante un par de meses pero lo había calado enseguida. Era un chulito aparentemente encantador que en un par de semanas se había vuelto controlador, desconsiderado y prepotente. Y le había puesto los cuernos con tan mala suerte, o tan poco cuidado, daba igual, que ella se había enterado

y esa había sido la excusa que necesitaba para deshacerse de él. En realidad tampoco es que fuera una gran pérdida. Era guapo y tenía un buen cuerpo, y además tenía ese atractivo de los chicos malos, pero no era suficiente. No se le cortaba la respiración al verlo, ni le temblaban las rodillas al sentirlo cerca. Hacía mucho tiempo que no conocía a un hombre que le hiciera sentir algo así. Exactamente cuatro años y medio, desde que conoció a John Connor.

Borró rápidamente ese pensamiento de su cabeza, y abrió el armario para sacar su taza favorita, una de Minnie que Emma le había traído de Disneyworld.

—Bueno, voy a tomarme un té y a descansar un rato. Jairo es historia.

Pasó un rato agradable leyendo en el sofá, con un té con canela frente a ella. Se relajó y descansó las piernas, fatigadas después de estar toda la mañana de pie tras la barra de la cafetería en la que trabajaba. Tenía suerte de tener un turno de mañanas, aunque tuviera que levantarse cuando aún era de noche, para abrir a las siete. Pero por lo menos así podía seguir con Emma. Amanda había estado una buena temporada en Estados Unidos cuando nació su primer nieto, y ahora su hija Carol estaba embarazada del segundo, así que de nuevo tenía su residencia permanente allí. Incluso en las temporadas en que estaba en Madrid y se ocupaba de Emma, seguían llamando a Carlota de vez en cuando, y ella rara vez había dicho que no. John le pagaba estupendamente, y la niña y ella se llevaban de maravilla, le tenía mucho cariño. Al principio le había costado bastante verlo semana sí, semana no, cuando cada día le parecía más guapo. Y lo peor era cuando la llamaba para quedarse por la noche y ella sabía que era porque tenía una cita. A menudo podía oler en él el perfume de la fulana de turno cuando regresaba a casa, o veía otra mancha de carmín en otra camisa, y los celos le devoraban las entrañas. Pero ahora ya no le importaba. Hacía tiempo que había asumido que John Connor era ese sueño que nunca se cumpliría y había renunciado a él. Había acabado sus estudios, y entretanto había tenido algunos novietes en la universidad, y entre uno y otro, también alguna noche loca sin mayor importancia. Después había empezado a trabajar en aquella cafetería, en la que llevaba ya casi dos años, y seguía sin encontrar un hombre que la llenara. Intuía cuál era el problema: el listón estaba demasiado alto.

Olga la sobresaltó un rato más tarde.

—Carlota, despierta, se te va a hacer tarde.

Entreabrió los ojos y miró el reloj. Inmediatamente se puso en pie de un salto y salió corriendo hacia su habitación.

—¡Joder! Si me descuido no llevo a por Emma.

Se puso rápidamente unos *leggings*, una camiseta y una sudadera gris. Cogió la cazadora y una bolsa que había dejado preparada sobre la cama, y salió de casa a toda prisa.

Por supuesto llegó a tiempo a la parada del autobús. Nunca había llegado tarde, pero la agobiaba tener que andar corriendo. Emma bajó de las primeras y la saludó alegremente, como siempre.

—¡Hola, Carlota! ¿Qué tal el trabajo?

—Bien, cariño. ¿Y tú el cole?

—Hemos tenido un examen sorpresa de mates, pero me ha salido genial.

—Pues claro, ¿cómo te va a salir, si las mates te encantan?

Se fueron a casa charlando alegremente. Carlota preparó la merienda y después Emma se puso a hacer los deberes. Estaba ya en cuarto de primaria, y era una niña inteligente, imaginativa y trabajadora. En apenas un momento le mostró los ejercicios terminados, y le preguntó:

—¿Podemos ir a patinar ahora?

—Por supuesto, te lo prometí. Venga, coge los patines, yo tengo aquí los míos.

Hacía un par de semanas, por el cumpleaños de Emma, Carlota le había regalado unos patines en línea. A John no le había hecho mucha gracia, pero después de soportar durante horas los ruegos de su hija, y de que Carlota le asegurara que saldrían a patinar solo por el parque cercano a casa, las dos juntas y con todas las protecciones posibles para evitar lesiones, al final había tenido que ceder. Incluso como último recurso había llamado a Susana, la madre de Emma, con la esperanza de que a ella tampoco le pareciera bien la idea de que Emma patinara, pero le había salido el tiro por la culata. A Su le había parecido bien. A ella le había encantado patinar de niña, estaba al tanto de la complicidad que había entre su hija y Carlota, y además, se habían visto unas cuantas veces y le parecía una chica de fiar. Así que John se había quedado sin argumentos.

Se pusieron todas las protecciones, se calzaron los patines y salieron con ellos puestos de casa. Solo tenían que cruzar la calle para acceder al parque, así que en dos minutos estaban patinando cogidas de la mano, riéndose

y disfrutando de lo lindo. A Carlota le encantaba patinar y era una forma estupenda y divertidísima de hacer ejercicio, ya que no tenía tiempo, ni podía permitirse ir al gimnasio. Como Emma había acabado pronto los deberes, tenían casi una hora para aprovechar que no llovía y no hacía frío.

Comprobó con satisfacción que la niña estaba cogiendo mucha soltura con los patines. Estaba muy orgullosa de ella, especialmente porque era una alumna disciplinada y entusiasta. Recorrieron toda la pista de *jogging* que daba la vuelta al parque, se sentaron un rato en un banco para beber agua y recuperar un poco el aliento, y aún dieron otra vuelta completa. Cuando regresaban al punto de inicio riendo, vieron a John que se acercaba hacia ellas.

—¡Papá! ¡Mira qué bien lo hago ya! —gritó Emma. Miró a Carlota, que asintió sonriendo, se soltó de su mano y patinó sola con soltura y decisión los cinco metros escasos que la separaban de su padre para echarse riendo en sus brazos. Él se agachó para abrazarla y darle un beso, como hacía siempre.

—Lo haces genial, princesa, pero ten cuidado ¿eh?

—No me voy a caer, papá. Hoy no me he caído ni una vez. Además, Carlota me lleva casi todo el rato de la mano.

Él levantó la vista y la miró. Carlota sintió el habitual cosquilleo en el estómago cuando sus ojos se encontraron con los profundos ojos azules de él, y le sonrió tranquilizándolo.

—No te preocupes, John. Las dos tenemos cuidado y Emma es bastante prudente.

John le devolvió la sonrisa. Después de las primeras tres tardes de patinaje se había relajado un poco. Emma se había dado un par de culetazos pero de momento no se había hecho daño con los dichosos patines. Se levantó, cogió a su hija de la mano y se dirigió a su casa.

—Supongo que vuestros zapatos están en casa ¿no?

—Es más fácil patinar sin la mochila del calzado auestas, y total, solo hay que cruzar la calle —empezó a explicarle Carlota.

—Bien, pues vamos a por ellos, que ya es hora.

Entraron los tres en el portal y se admiró de la maña con que su hija subía las escaleras hasta el ascensor con los patines puestos, agarrándose con seguridad al pasamanos. En el ascensor su mirada se desvió por un momento hacia Carlota. Llevaba el pelo atado en una coleta, con algunos mechones sueltos y alborotados por el aire. Iba vestida con unos *leggings* negros y una

sudadera gris. De vez en cuando no podía evitar preguntarse qué aspecto tendría con una falda ajustada y unos tacones.

Desterró el pensamiento rápidamente, negando con la cabeza para sí mismo, preparó las llaves de casa, y cuando salieron del ascensor, con su hija firmemente agarrada de su mano, entró en casa con ellas dos riéndose aún junto a él. Al parecer un niño se había caído en el parque por estar haciendo el fantasma con su *skate*, y venían comentando la anécdota. John apenas sonrió. Él nunca había sido bueno con el *skate*.

Carlota cambió rápidamente sus patines blancos con cordones rosas por sus botas militares negras, se despidió de Emma con un abrazo y de John con un escueto «hasta mañana», y se fue a su casa.

Cuando entró, oyó risas en el salón. Miranda estaba con Víctor, su novio. Se apartaron un poco el uno del otro cuando Carlota se asomó a la puerta.

—Hola, chicos. ¿No podéis meteros mano o lo que sea que estéis haciendo en tu habitación, Miranda?

Se fue a su cuarto riendo y esquivó por los pelos el cojín que su amiga le lanzó.

Después de darse una ducha rápida y cambiarse de ropa, se unió a sus amigos en el salón. Olga había llegado también mientras ella estaba en la ducha, y la conversación entre ellos era incluso más animada de lo habitual.

—¿De qué habláis? —preguntó al entrar y verles tan emocionados.

—Darío, el amigo de Víctor, va a pinchar el sábado que viene en la discoteca de la que hablábamos el otro día —explicó Olga—. Víctor dice que puede conseguirnos invitaciones.

—Puede ser divertido, aunque... ¿no es un sitio un poco pijo?

—No seas clasista, Carlota. Es una discoteca, habrá de todo, digo yo... —repuso Miranda.

—Pues la verdad, no sé si me entusiasma mucho la idea.

—La semana que viene Emma está con su madre, así que John no te va a llamar. ¿Tienes algún plan mejor?

—No, pero no sé si me apetece encontrarme con Jairo.

Víctor se puso un poco serio. Jairo era su amigo. No un amigo del alma, pero sí uno de sus amigos. Cuando Miranda y él se habían conocido, hacía ya seis meses, y habían empezado a salir, sus respectivos grupos de amigos se

habían acabado conociendo, inevitablemente. Él sabía cómo era Jairo y no le había entusiasmado la idea de que se liara con Carlota, pero así había sido. Y ahora que habían roto, tal y como se había temido desde el principio, podía ser un problema que salieran juntos pero no revueltos... Y el problema era que Miranda y él casi siempre salían cada uno con su grupo pero se acababan juntando en el mismo sitio, y ahora Carlota no querría salir si se iban a juntar con Jairo. Eso le fastidiaba, y si Miranda se lo tomaba mal, le fastidiaba aún más.

El gilipollas de Jairo y sus rollos de mujeres. Siempre tenía que liarla.

Carlota le vio la cara e intuyó lo que estaba pensando.

—Víctor, no es que me importe, es que no estoy muy segura de cómo reaccionará él. A mí me da igual que esté o que no esté.

—¿Te da igual? ¿No te molesta verlo?

—¿Por qué va a molestarme? ¡Si no volvería con él ni muerta!

En ese punto Miranda, Olga y ella empezaron a reírse y Víctor se relajó.

—Me preocupaba que te doliera verlo con otra o algo así. —Él, al menos, toleraría muy mal una situación como esa. Si Miranda le pusiera los cuernos y encima tuviera que verla con otro probablemente le partiría la cara al pobre tipo o explotaría intentando contenerse para no hacerlo. Obviamente, se había perdido algo y entre Carlota y Jairo las cosas no iban tan bien como cabía suponer.

—No veas lo tranquila que me voy a quedar si está con Lorena o con cualquier otra. Eso significaría que mis problemas se acabaron.

—¿Tus problemas? —inquirió él—. ¿Te ha dado algún otro problema?

—Hoy ha ido a esperarla a la cafetería para pedirle perdón, pero la cosa acabó en bronca... —intervino Miranda. Y dirigiéndose a Carlota añadió—: Me lo ha contado Olga cuando he llegado a casa y acababas de irte a por Emma.

—¿Para pedirte perdón? Este tío es imbécil. Mira, Carlota, si te da igual, mi consejo es que pases de él. Ya sabemos cómo es Jairo.

—Gracias, Víctor, pero eso estaba decidido desde hace días.

Por suerte Jairo no volvió a esperarla a la salida del trabajo, ni a llamarla por teléfono. Y ese sábado no salió con el grupo porque John le pidió que hiciera de canguro para Emma. Cuando llegó a su casa, John le abrió la puerta con cara de pocos amigos. Ella lo miró extrañada. Era habitual que se

mostrara serio, pero no que tuviera esa cara de mosqueo.

—¿Pasa algo?

—No, nada. Pasa, por favor.

Entró hasta el salón, donde Emma estaba aparentemente haciendo un puzle, aunque se limitaba a revolver las piezas con cara de fastidio. Carlota la miró seriamente y le preguntó:

—¿Qué ha pasado, Emma?

La niña tardó unos segundos en responder, y lo hizo con un tono agudo cargado de irritación mal disimulada.

—Pues que papá va a salir con la «Barbie ejecutiva» y a mí no me gusta ni un pelo.

Carlota abrió unos ojos como platos. La voz de John tronó furiosa a su espalda.

—¡Emma, no sé de dónde has sacado ese nombrecito pero te he dicho mil veces que no me gusta que la llames así! ¡Se llama Bárbara!

Carlota contuvo la risa con serias dificultades. El nombrecito había sido cosa suya, desde luego. Emma le había contado que su padre llevaba algún tiempo saliendo con una compañera de trabajo y que el domingo después de su cumpleaños habían quedado con ella para ir al cine. Había descrito a la tal Bárbara como una señora rubia, de pelo largo y ojos azules, trajeada con falda y americana, y con tacones. Y a Carlota le había salido del alma: «Vamos, la Barbie ejecutiva». Y así la llamaban las dos desde entonces.

Emma no dio su brazo a torcer.

—¡No me gusta y me da igual cómo se llame! Me habla como si yo fuera tonta, o tuviera tres años. ¿Por qué no puedes salir con alguien normal? ¿Con alguien como Carlota? ¡Ella sí me gusta!

Carlota se quedó muerta. Su pulso se disparó y se quedó anonadada mirando a Emma por temor a mirar a John y ver su expresión. Sabía lo que pensaba él de ella. Era demasiado joven y demasiado «normal» para sus gustos. O mejor dicho, no era en absoluto lo que él consideraba «normal».

John también se quedó mudo por un instante. Miró a Carlota, vestida de la forma habitual en ella: vaqueros, una sudadera ligera con la bandera británica estampada, zapatillas de lona en denim azul y un bolso gastado tipo bandolera. En la mano llevaba el plumífero negro que acababa de quitarse. ¿Cómo podía Emma pensar ni por un momento que Carlota y él podían tener algo en común? Además, Carlota era una cría.

—No quiero volver a hablar de este tema, y como te vuelva a oír lo de «Barbie ejecutiva» vas a tener un serio problema, jovencita. Ahora me marcho. Carlota, cualquier cosa, ya sabes, me llamas.

Carlota consiguió reaccionar.

—No te preocupes, John, no habrá problemas.

Podía haberle dicho «diviértete» pero ¡qué narices! No quería que se divirtiera. Quería que tuviera una bronca histórica con la Barbie ejecutiva y no volviera a verla nunca más. Pero no por ella, a ella le daba igual. Por Emma. Si a Emma no le gustaba esa tiparraca, a ella tampoco.

John cogió su abrigo y regresó al salón. Dudó un momento pero se agachó junto a su hija esperando su beso y su abrazo antes de marcharse. Emma lo miró seria, pero se despidió de él como hacía siempre.

—Lo siento, papá.

—Vale, cariño, mañana hablamos ¿eh?

Él se marchó y Carlota trató de relajar el ambiente.

—¿Te ayudo a hacer el puzle?

—Me da igual.

—Venga, pues cenamos pronto y vemos una peli de Disney. ¿Cuál te apetece?

—La que quieras.

—¿Mulán? Es divertida ¿no? —«Y ella es todo lo contrario a una princesa, igual que yo», pensó con un ligero deje de amargura que no acababa de entender a santo de qué venía.

Finalmente, Emma pareció animarse un poco.

—Vale, ¿me ayudas a recoger?

—Claro, coge la caja.

Cuando John regresó, poco después de la una de la madrugada, Carlota estaba leyendo en el sofá. Emma llevaba rato dormida. Tenía permiso para acostarse a las once los sábados, al acabar la película del canal infantil de turno o la que eligieran de la amplia colección de DVDs que había acumulado, así que al acabar la película se había ido a la cama y Carlota, después de pasarse un rato buscando algo interesante que ver en la televisión, había optado por sacar su libro.

John entró en la sala y, como siempre, le preguntó:

—¿Qué tal todo?



—Sin problemas, como siempre.

Él evitó mencionar el incidente de esa misma tarde y Carlota tampoco dijo nada. Recogió sus cosas y se fue a casa.

Miranda y Olga no habían llegado aún, era temprano, y ella no tenía sueño, así que se puso el pijama y se metió en la cama a leer un poco más. Su cabeza volvía una y otra vez a la bronca entre padre e hija y una angustia extraña se abrió hueco en su pecho. ¿Y si finalmente Emma aceptaba a la «Barbie ejecutiva» y las cosas entre ella y John seguían adelante? O encontraba a otra que le gustara a la niña. Tarde o temprano ocurriría, tendría una pareja estable, quizás se casaría. Y ella ya no volvería a cuidar de Emma.

Y tampoco lo vería más a él.

Respiró hondo y volvió a repetir a su estúpido cerebro que le daba igual, que John Connor estaba fuera de su alcance y lo mejor que podía hacer era olvidarse de él.

Le costó mucho quedarse dormida, y cuando por fin lo hizo, tuvo un sueño inquieto e intranquilo lleno de príncipes azules y diabólicas muñecas Barbie.

## CAPÍTULO 4

John dejó a Emma en el autobús del colegio, como cada mañana, y después llevó su coche al taller para el cambio de aceite que tenía pendiente. Lo dejó en un taller al que acudía habitualmente y que estaba a una distancia razonable de la oficina. Empezó a recorrer las seis o siete manzanas que debía de haber de allí al trabajo mientras le daba vueltas a la conversación que había tenido el día anterior con Bárbara. No estaba seguro de haber tomado la decisión correcta, pero ella no se lo había puesto fácil.

Su cita del sábado había sido incómoda. Le molestaba saber que a Emma no le gustaba ella. La niña había estado seria y enfurruñada la tarde que habían ido los tres al cine, pero John había pensado que era simplemente timidez, o que necesitaba algo de tiempo para hacerse a la idea y con el paso de los días lo llevaría mejor y tal vez podrían hacer otro plan juntos para que ellas se fueran conociendo. Bárbara le gustaba bastante. Era guapa, dulce, culta, sexi..., todo lo que normalmente le atraía en una mujer. Habían salido juntos durante unos meses antes de que él decidiera que era el momento de que conociera a Emma. Para él era importante que su novia y su hija congeniaran. Era primordial. Pero no había habido mucha suerte. Realmente Bárbara no había estado muy acertada con Emma. Era hija única, de modo que no tenía sobrinos y, por lo que sabía, la mayoría de sus amigas eran también mujeres solteras salvo alguna recién casada con un bebé. No tenía ni idea de cómo llevar a una niña de nueve años, y a Emma le había parecido que la trataba como si fuera tonta. Se lo había dicho nada más llegar a casa. John había intentado ser paciente... con las dos.

Por un lado Emma no quería saber nada de Bárbara, y había empezado a llamarla «la Barbie ejecutiva». En realidad el nombre tenía su gracia. Bárbara realmente era un poco muñeca..., pero era evidente que Emma lo decía en el sentido más ofensivo posible y si Bárbara se enteraba no le vería la gracia por ningún lado. Por otra parte, Bárbara había seguido insistiendo en salir de nuevo con Emma aunque él pensaba que era mejor darle tiempo. En la cena del sábado le había comentado un poco como de pasada (por supuesto sin mencionar el apodo que le había puesto su hija) la discusión que había tenido

con Emma, y la reacción de Bárbara había sido la última que él habría esperado.

Le había dicho que si Emma y ella no acababan de congeniar, siempre podía irse a vivir con su madre y pasar con ellos las vacaciones, algunos fines de semana, y esas cosas.

Solo de pensarlo se ponía furioso. ¿Pero acaso se había vuelto loca?

Le había costado un mundo serenarse lo bastante como para dejarle claro, educadamente, que su hija era, sin lugar a dudas, la mujer más importante de su vida, y cualquier otra que entrara en ella y aspirara a quedarse tenía que entender eso. Y si no encontraba la forma de llevarse bien con Emma aquella relación se acabaría más pronto que tarde.

Bárbara se lo había tomado fatal.

Después de meditarlo un par de días, había decidido que John iba a tener que presionar a Emma, o tomar una decisión. Lo había acusado de poner a la niña como excusa, de estar dándole largas..., de no tener suficiente carácter como para imponerse a su propia hija. Carácter, ¡ja! Él tenía carácter de sobra y estaba dispuesto a demostrarlo, empezando por toda una declaración de principios:

—No voy a mandar a mi hija con su madre porque tú no seas capaz de ganártela. Si no estás dispuesta a hacer el esfuerzo, lo siento, pero ella viene en el lote. Tal vez sea mejor que nos demos un tiempo antes de ver si realmente merece la pena intentarlo.

Lo de «tomarse un tiempo» tampoco le había gustado. Había respondido algo así como «Tómate todo el tiempo que quieras, por mí como si te vas con tu niña a vivir a China».

Vamos, que deducía que estaba de nuevo soltero y sin compromiso.

Tal vez si la llamara las cosas se arreglarían pero... ¡qué demonios! ¿No quería carácter? pues que cediera ella. Él tenía las cosas muy claras respecto a ese tema, y suficiente carácter como para mantener su postura sin ceder ni un palmo.

Consultó su reloj y decidió que podía tomarse diez minutos para tomar un café por el camino. La cafetería que había junto al trabajo, donde tomaba el café habitualmente, estaba cerrada por reformas, y el café de la máquina era espantoso. Miró alrededor y cruzando la calle vio una cafetería que tenía buena pinta: fachada de mármol, bien iluminada, camareros uniformados...

La mayoría de los bares de barrio le daban grima. Pero aquella era una

buena zona, una zona de negocios. Apenas estaba a tres manzanas de la oficina. Cruzó la calle y entró.

Ocupó un taburete en la esquina de la barra, junto a la entrada. No quería perder mucho tiempo. Había cuatro o cinco clientes más a lo largo de la elegante barra de mármol negro. Un camarero de unos cincuenta años, un poco calvo pero impecablemente vestido estaba atendiendo a uno de ellos mientras otra chica estaba inclinada sobre el lavavajillas aparentemente colocando unas tazas. El camarero le tapaba la vista, pero se adivinaba un bonito culo dentro de la falda de su uniforme azul marino. Llevaba unos zapatos de tipo salón, de tacón medio, y el conjunto se completaba con un chaleco también azul marino y una camisa blanca. Se incorporó un poco y John vio que llevaba el pelo recogido en un moño algo informal. Elegante, sobrio, profesional, pero al mismo tiempo fresco y juvenil. Cuando la chica finalmente se dio la vuelta, se secó las manos y se dirigió a él, aún sin verlo, casi se cae del taburete.

Era Carlota.

Ella finalmente se fijó en él y lo reconoció. No disimuló en absoluto su sorpresa y se acercó con una deslumbrante sonrisa que dejó una sensación extraña entre su estómago y su ingle.

—¡John! ¿Cómo tú por aquí?

Se encontró a si mismo mirándola atontado. Casi tuvo que obligarse a reaccionar.

—Carlota... No sabía que trabajabas aquí. He dejado el coche en el taller y quería tomar un café antes de ir al trabajo, está aquí cerca, a un par de manzanas o poco más.

—Sí, ya sé dónde trabajas, Emma me lo dijo. ¿Qué te pongo?

—Un café solo, por favor.

Ella se giró hacia la cafetera mientras él recuperaba la compostura. Lo cierto es que no tenía ni idea de dónde trabajaba, ni de casi nada sobre ella, aparte de lo que le contaba Emma de vez en cuando. Se conocían hacía más de cuatro años y sin embargo apenas cruzaban unas palabras entre ellos cada vez que se veían.

Volvió a mirarla con atención. Siempre se había preguntado cómo le sentarían una falda ajustada y unos zapatos de tacón, y por qué nunca iba vestida con ellos. Solía pensar, y seguramente estaba en lo cierto, que era mucho más cómodo ir con vaqueros, *leggings* y zapatillas a cuidar a una niña de nueve años, pero el uniforme también podía tener la culpa. Carlota tenía

pinta de adorar la comodidad, y si el trabajo la obligaba a vestir con falda y zapatos de salón todos los días, era poco probable que le apeteciera seguir vistiendo igual en su tiempo libre. De hecho su forma de vestir no tenía nada que ver en absoluto con aquel rígido uniforme. Ella era siempre una explosión de color.

Carlota le puso el café delante y entonces otro cliente requirió su atención. Aún no había conseguido quitarle los ojos de encima cuando la puerta de la cafetería se abrió y oyó una voz que lo llamaba.

—¡John! Qué raro tú por aquí... Te he visto desde fuera.

Era Jorge, el encargado del departamento de formación de la empresa. Le respondió a regañadientes:

—He dejado el coche en el taller y he parado a tomar un café por el camino.

—Ya me parecía raro verte aquí —acercó otro taburete y miró hacia el interior de la barra— ¡Carlota! ¿Me pones un cortado, por favor?

Ella le sonrió al verle, y se dirigió a la cafetera.

—Ahora mismo, Jorge.

John enarcó las cejas, sorprendido, y no pudo contener su lengua.

—¿La conoces?

—¿A la camarera? Vengo por aquí a menudo. Está cerca de la oficina, el café es muy bueno y ella es una monada ¿no crees?

John se revolvió un poco, molesto, aunque no sabría decir exactamente por qué. O tal vez sí. Que Jorge pensara en Carlota como «una monada» era raro. Y también incómodo.

Ella le acercó el café con una sonrisa que dejaba claro que, efectivamente, Jorge era cliente habitual.

—Aquí tienes, con la leche templada y dos de azúcar.

—Gracias, guapa. Cóbrame, anda.

—Deja, yo te invito. Cóbrame a mí, Carlota, por favor —intervino John. Dejó un billete sobre el mostrador y Carlota lo cogió y fue a la caja a cobrarle los dos cafés. A Jorge no se le escapó la mirada que cruzaron ella y John.

—¿Vosotros os conocéis?

—Es la canguro de mi hija.

—Joder, qué suerte. ¿Y has tenido alguna vez algo con ella? Ya me entiendes...

—No seas gilipollas —replicó John—, ¿es que no lo ves o qué? No es

más que una cría.

Carlota oyó las dos últimas frases de la conversación entre los dos hombres, y se sintió como si le hubieran dado una patada en el estómago. «¿Una cría? Te ibas a enterar tú si esta cría te pusiera las manos encima, guapito», pensaba furiosa. Hizo como si no les hubiera oído y siguió con su trabajo, captando a ratos retazos de conversación. Su atención se disparó al límite al oírles hablar de la discoteca en la que iba a pinchar el amigo de Víctor.

—Mauro quiere que vayamos para que veamos la reforma. Venga, John, ¿tienes algún otro plan para el sábado o qué? ¿Has quedado con Bárbara? Me pareció que estaba molesta contigo ayer...

—No tengo plan. No he quedado con Bárbara y seguramente no voy a quedar con ella en algún tiempo. Quizás en mucho tiempo.

Carlota se sintió aún más interesada si cabe al oír aquel comentario.

—¿Habéis roto?

—Más o menos. Le dije que deberíamos tomarnos un tiempo y no se lo tomó bien.

—Pues entonces tienes que salir. ¿Esta semana te toca la niña o no?

—No, está con Su.

—Entonces no voy a aceptar un «no» por respuesta.

—Está bien, iré a ver la dichosa discoteca. Más que nada porque si no, Mauro no volverá a hablarme. Y lo conozco hace demasiados años como para hacerle ese desplante.

Carlota sonrió con malicia. John iba a estar en la discoteca. Aunque tuviera que recorrerla de cabo a rabo, lo encontraría. Y se iba a enterar el estirado de John Connor de quién era Carlota García, que de cría hacía mucho tiempo que no tenía nada.

John y Jorge se tomaron sus cafés y se fueron, y a ella se le hizo eterna la mañana hasta que llegó la hora de irse a casa. Iba en el metro revisando mentalmente todo su armario pensando qué ponerse para dejarlo con la boca abierta. A ratos la asaltaba el pensamiento de que en realidad daba igual, porque él no la vería como una mujer, sino como la pequeña Carlota, como siempre. Pero tenía que intentarlo. Y si no, por lo menos le daría en los morros. Su amigo Jorge sí que la veía como una mujer. Se había dado cuenta de cómo la miraba y, después de todo, era más o menos de la edad de John. Si

para él seguía siendo una cría, por lo menos que viera que sus amigos no la veían de la misma manera.

Llegó a casa y entró como una exhalación. Olga estaba en la cocina, había comido hacía un rato y acababa de terminar de recoger.

—¿Ha vuelto a decir algo Miranda sobre lo de la discoteca del sábado?

—No, ¿por qué? —le preguntó Olga un poco extrañada.

—Porque tengo que ir. A ver si viene pronto esta tarde y me dice si tiene invitaciones o no. Sin invitación me da que va a ser muy chungo entrar.

—¿Y a qué viene ese repentino interés en ir a esa discoteca, si puede saberse?

—John va a estar. Y tengo que prepararle una sorpresita.

Le contó a su prima rápidamente todo lo ocurrido esa mañana, y empezaron a revolver el armario de Carlota buscando el modelito perfecto.

Lo encontraron enseguida.

Cuando llegó Miranda prácticamente la asaltaron en la puerta para preguntarle si podía conseguir las invitaciones. Carlota le contó también a qué se debía su reciente interés, y enseguida cogió el móvil y llamó a Víctor para preparar el plan del sábado. Que no le pasara nada a John Connor. Se iba a enterar de cómo son las crías de veinticinco años cuando les tocas la moral.

Esa semana Carlota no volvió a ver a John. Emma estaba con su madre, de modo que tenía las tardes libres. Cuando llegó el sábado estaba a partes iguales excitada y angustiada. Quería que John se cayera de culo al verla. Quería que todos sus amigos babearan delante de su cara por ella. Con Jorge al menos sabía que no tendría problema, si quisiera algo con él, no tenía más que chasquear los dedos, pero no era su tipo. El sábado llegó por fin, y Miranda, Olga y ella se arreglaron con esmero para salir. Víctor fue a buscarlas junto con dos de sus amigos, Luis y Miguel. Cuando ellas bajaron a la calle Víctor besó a su novia como hacía siempre, y entonces vio a Carlota, que venía detrás. Su cara se trastocó de tal manera que Miranda le dio un codazo en las costillas.

—Oye, córtate, no la tengamos —le dijo medio bromeando. Víctor sonrió cuando se sobrepuso de la primera impresión.

—Ese pobre tipo puede darse por jodido.

Cenaron algo rápido y tomaron un par de copas. Los chicos tenían que ir

pegados a Carlota porque por allá donde iba enseguida se veía rodeada de moscones.

—¿Ves? Por eso le dije a mi hermano Hugo que esto era demasiado llamativo cuando me lo regaló. Seguro que pensó que jamás me atrevería a ponérmelo.

—No es demasiado llamativo, no seas tonta —la increpó Miranda—. Lo que pasa es que te queda de muerte. Y estás preciosa con los ojos un poco más maquillados que de costumbre.

—Si no me lo encuentro me voy a sentir idiota. O peor aún, si me lo encuentro y me ignora, me muero.

—Es imposible que te ignore. A menos que sea gay, que no lo es, ¿no?

—No, desde luego.

—Pues entonces tranquila. Salvo que se haya quedado ciego de repente te verá en cuanto entres. Y no podrá ignorarte.

Carlota respiró y aún pensó que el problema vendría entonces, porque tampoco estaba segura de lo que quería hacer después. Quería que él la notara, desde luego, pero sabía que era muy arriesgado jugar con la atracción que sentía por él.

Mejor no pensar en ello.

Llegaron a la discoteca y entraron enseguida gracias a las invitaciones que había conseguido Víctor. Dejaron las cazadoras en el guardarropa y se adentraron en el local. Era grande y se estaba animando rápidamente. Aún no estaba muy lleno pero se llenaría, la cola que habían dejado atrás era buena muestra de ello. Se acercaron a la barra y pidieron unas copas. Carlota estaba hecha un flan.

Y para acabar de crispar sus nervios, apareció Jairo.

Venía solo y, para su desgracia, enseguida los encontró. Cuando sus ojos se posaron en Carlota, frunció el ceño y la miró de arriba a abajo.

—¿Y tú a dónde crees que vas así vestida? ¿Es que vas de caza?

—¿Y a ti qué coño te importa? —le respondió Carlota.

—Me importa bien poco, pero no quiero que vayas haciendo el ridículo.

—Hazme un favor y déjame en paz, Jairo.

Víctor agarró a su amigo y se lo llevó aparte en un intento por darle un respiro a Carlota. Jairo era como el perro del hortelano, no sabía valorar a una mujer cuando la tenía, pero no le gustaba que ella se hiciera valer cuando



la perdía.

Carlota seguía mirando ansiosa hacia la entrada, esperando ver a John en cualquier momento. Luis, uno de los amigos de Víctor, le estaba hablando de una película que había visto hacía unos días, cuando Olga le dio un codazo para llamar su atención.

—Carlota, ¿no es ese que viene por ahí?

Olga solo había visto a John una vez, una tarde que se había encontrado con Emma y con ella en el parque. John había salido pronto del trabajo ese día y había aparecido allí. Y Olga se había quedado impresionada. Sobre todo por el aguante que su prima demostraba al estar loca por aquel hombre (por mucho que se negara a reconocerlo) desde hacía tanto tiempo, y no haber hecho nunca nada por demostrárselo.

Carlota miró y lo vio. Jorge iba charlando con él. Les acompañaban otros tres hombres más o menos de la misma edad. Uno de ellos iba con una chica morena, los demás aparentemente iban solos.

Por lo menos no se había presentado con la Barbie ejecutiva.

Estaba tan guapo como siempre. Llevaba un pantalón negro y una camisa blanca, con un par de botones sueltos. Y rezumaba sexo por los cuatro costados.

Carlota se acaloró. No podía pensar en otra cosa al mirarlo. Y no debía, no, era plenamente consciente de ello. Respiró hondo, tomó un trago de su copa y trató de serenarse para ver con calma hacia dónde iban.

Y se dirigieron directamente hacia ellas.

Sin embargo, no la vieron. O por lo menos no la reconocieron. Seguían charlando, y aparentemente admirando la reforma del local. Seguramente habían ido antes por allí. Ella, en cambio, era la primera vez que iba. Carlota estaba apoyada en la barra junto a Miranda, esperando a que volviera Víctor. John se puso justo al lado. El corazón de ella empezó a latir con fuerza, pero se armó de valor y se giró hacia él.

—Hola, John.

Él se giró también, y Carlota apenas pudo disimular su satisfacción cuando su mandíbula casi da contra el suelo.

—¿Carlota?

—La misma. Qué casualidad, ¿no? Hola, Jorge, ¿qué tal?

John no podía creer lo que veían sus ojos. Aquella no podía ser Carlota.

Sí, por supuesto que lo era, pero... Se giró hacia Jorge que estaba junto a él y le dieron ganas de cerrarle la boca de un puñetazo. Estaba mirándola como si pudiera desnudarla con la mirada. Volvió los ojos nuevamente hacia ella y tragó con dificultad. Carlota, la pequeña Carlota, llevaba unos vaqueros más ajustados de lo habitual, con unos botines de tacón que le hacían unas piernas preciosas, y un corsé rojo brillante que se ceñía perfectamente a su cuerpo mostrando unas curvas que él nunca se había fijado en que tuviera. Y unos pechos de los que no podía apartar la mirada. No es que fuera demasiado escotado, de hecho, para el tipo de prenda que era (uno que él había visto generalmente como ropa interior, pero pocas veces para vestir) era discreto, al menos en cuanto al corte: liso, sin bordados, sin encajes... una prenda de lencería en una versión moderada para llevar por la calle. Ella por lo demás no llevaba más adornos, ni pulseras, ni anillos, ni colgantes. Únicamente unos pendientes de strass, que por suerte llamaron su atención hacia su cara y le obligaron a dejar de mirarle el escote como si fuera un adolescente cachondo o un viejo baboso. Iba más maquillada de lo que nunca la había visto, aunque tampoco en exceso. Los ojos ahumados con unas interminables pestañas, y poco más. Más que nada, la diferencia estaba en que él casi siempre la veía prácticamente con la cara lavada. Y era una lástima porque estaba preciosa así. Realmente preciosa. El pelo largo le caía suelto sobre los hombros. Y a juzgar por su sonrisa, le divertía que la estuviera mirando idiotizado.

Fue Jorge el primero de los dos en recuperar el habla.

—¡Carlota, estás impresionante!

—Gracias, supongo que el uniforme no me hace justicia —bromeó ella.

«Ni la ropa con la que vas a cuidar a mi hija» pensó John un poco molesto. ¿A dónde coño había estado mirando todos estos años, que no había visto en qué belleza se había convertido Carlota?

—¿Podemos invitarte a una copa? —consiguió decir.

—Gracias, ya tengo una.

Entonces Carlota vio a Víctor que regresaba sin Jairo, y con dos amigos más y les dio la espalda a John y a Jorge con una sonrisa y una última mirada a los ojos azules del primero.

—Bueno, chicos, que lo paséis bien. Esta noche tiene pinta de que va a ser divertida.

## CAPÍTULO 5

Durante la siguiente hora y media, John se tomó tres combinados, uno detrás de otro, con la esperanza de que mejoraran un poco su estado de ánimo, mientras veía a Carlota divertirse y bailar con sus amigas, con sus amigos, y hasta con Jorge, que se atrevió a acercarse a ella después de dudar durante un rato. Y sin embargo su humor iba de mal en peor, se estaba poniendo enfermo. No podía quitarle los ojos de encima, y en cambio ella apenas lo miraba. Cuando sus miradas se cruzaban, le sonreía y seguía a lo suyo, y esa aparente indiferencia lo estaba matando.

Vio como Jorge la cogía por la cintura y la apretaba contra sí un poco más de lo necesario, y crispó sus dedos sobre la barra para contener el impulso de ir y romperle la cara. Pero ella lo empujó un poco y lo apartó, regañándole como a un niño mientras defendía su espacio con desparpajo. Cuando John estaba dudando entre acercarse a ella y acapararla para que todos los babosos que la rodeaban la dejaran en paz, o marcharse a casa y poner fin a aquella tortura, unas manos femeninas rodearon su cintura abrazándolo por la espalda.

—Hola, cariño. ¿Cómo sabías que yo iba a estar aquí?

Reconoció la voz de Bárbara, con un par de copas de más, y se giró hacia ella soltándole las manos de su cintura.

—Hola, Bárbara. No tenía ni idea de que vendrías. Yo he venido con unos amigos —«y no me apetece nada que me interrumpas precisamente ahora» añadió para sí mismo.

—Pensé que tal vez habías recapacitado sobre nuestra conversación del otro día —siguió acariciándole el pecho y subiendo por su camisa para enredar las manos en su pelo.

Él volvió a coger sus finas manos de largas uñas pintadas en rojo sangre y trató de apartarla una vez más.

—Bárbara, creí que había dejado clara mi postura, y no tengo nada más que añadir. —Miró fugazmente a Carlota, pero ella no parecía que lo hubiera visto con Bárbara, puesto que seguía bailando de espaldas a él.

Cuando volvió de nuevo los ojos hacia la mujer que estaba empezando a

agobiarlo, ella lo tomó por sorpresa agarrando su camisa y atrayéndolo hacia su boca. Se apretó contra él alzándose sobre sus imposibles tacones, hasta que por fin sus reflejos aletargados reaccionaron y la apartó de sí casi con brusquedad.

—Bárbara, no vuelvas a hacer eso, por favor. Sigo pensando que tú y yo necesitamos pensar, por separado.

Se limpió la boca con el dorso de la mano, dejando estupefacta a la «Barbie ejecutiva» y miró hacia Carlota con aprehensión.

No estaba. Sus amigas estaban allí, pero su melena color chocolate y su corsé rojo no se veían por ninguna parte.

Recorrió frenéticamente el local con la mirada. Sus ojos volaron hacia la salida. ¿Se habría marchado?

Se deshizo de Bárbara sin contemplaciones y se movió lo suficiente como para verla saliendo del guardarropa. Llevaba su cazadora en la mano. Se iba, sola.

El impulso irrefrenable de seguirla lo arrastró hasta el guardarropa. Tenía que retirar su cazadora y alcanzarla.

Carlota se había girado hacia John en el preciso momento en que una rubia con aspecto de muñeca Barbie lo agarraba por la camisa y estampaba sus escandalosos labios rojos en los de él. Se le había caído el alma a los pies. El golpe a su orgullo había sido tan fuerte que le habían entrado unas ganas insoportables de llorar y solo había podido pensar en una cosa: tenía que salir de allí, inmediatamente.

Fue hasta el guardarropa y tuvo la suerte de recuperar enseguida su cazadora. Conteniendo las lágrimas solo gracias al poco orgullo que le quedaba, salió a la calle sin mirar atrás.

El aire fresco le dio en la cara y respiró hondo mientras intentaba serenarse y aceptar lo inevitable: John Connor no se sentía atraído por ella y eso no iba a cambiar por muy provocativa que se vistiera.

Y cuando pensaba que la noche ya no podía ponerse peor, Jairo apareció de la nada y la agarró de un brazo alejándola de la discoteca. Apeataba a alcohol.

—¡Suéltame, idiota, me haces daño!

—Tenemos que hablar.

Carlota lo encaró sin el más mínimo indicio de miedo.

—Yo no tengo nada que hablar contigo.

—Yo creo que sí. Llevas toda la noche provocándome.

—¿A ti? Tú alucinas.

Se soltó con un tirón brusco y consiguió dar dos pasos antes de que él la agarrara de nuevo, clavándole los dedos en el brazo con rabia apenas contenida.

—¿Y entonces a quién?

—Eso no es asunto tuyo.

—Mira, nena, he intentado ser paciente contigo, pero no me gusta que me chuleen y mi paciencia se está agotando. Tú lo que necesitas es mano dura.

La agarró del pelo y le apretó aún más el brazo atrayéndola contra sí. Asaltó su boca con un beso rudo, lascivo y desagradable. Carlota se revolvió asqueada y consiguió darle un rodillazo en la entrepierna, aunque no lo bastante fuerte.

Jairo se apartó, encogiéndose por un momento, pero el golpe no había sido suficiente para dejarlo fuera de juego. La rabia brilló en sus ojos oscuros y rugió en su garganta cuando le asestó un bofetón que casi la hizo caer al suelo.

—¡Zorra! Te voy a dar lo que llevas toda la noche buscando...

Carlota lo miró horrorizada por una fracción de segundo, sin saber si gritar o echar a correr, y entonces vio a John acercarse a Jairo a grandes zancadas, agarrarlo por los hombros y apartarlo de ella empujándolo a un lado con tanta fuerza que este perdió el equilibrio y cayó aparatosamente al suelo.

—¡Si vuelves a ponerle la mano encima te rompo los dientes, hijo de puta!

Jairo hizo ademán de levantarse para pelear, pero John tenía el puño preparado, con los nudillos blancos por la fuerza con la que su ira lo hacía apretarlo. Le sacaba casi diez centímetros de altura, y era al menos tan corpulento como él, así que se lo pensó mejor y se quedó sentado mirándolos con frustración y furia.

John dio un par de pasos hacia atrás, hacia donde estaba Carlota, sin bajar el puño y sin quitarle el ojo de encima al cobarde que lo miraba desde el suelo. Se acercaron un par de tipos, lo levantaron y se lo llevaron, y entonces por fin bajó la guardia y se acercó a Carlota. Ella temblaba. Le puso una mano en la nuca y la atrajo hacia su pecho con suavidad. Ella se refugió en sus brazos dócilmente, tratando aún de sobreponerse a la escalofriante escena de

la que acababa de ser protagonista.

John la abrazó con suavidad, acariciándole el pelo. Pudo sentir el dulce olor a vainilla de su champú, y se dio cuenta de que ella había rodeado su cintura tímidamente con sus brazos. Finalmente levantó los ojos y lo miró. Había esperado ver su rostro surcado de lágrimas, pero no lloraba. Sus preciosos ojos color chocolate lo miraban con una mezcla de temor, gratitud y anhelo que le hizo perder la poca cordura que le quedaba.

Y la besó.

La mente de Carlota estaba tan aturdida por la increíble sensación del cuerpo de John pegado al suyo que no fue consciente de que se había abrazado a su cintura hasta que levantó los ojos y lo miró. Sus ojos azules se clavaron en ella como si pudiera ver en su alma, hipnotizándola, y cuando quiso darse cuenta, la boca de él rozaba la suya tímidamente. Sintió sus labios carnosos y cálidos atrapar suavemente su labio inferior, para separarse después pidiendo acceso, y abrió la boca para dejarlo entrar. Él aceptó la invitación y su lengua solo perdió unos segundos en rozar ligeramente sus dientes antes de adentrarse en su boca. Se tentaron el uno al otro y se saborearon sin prisas, como si llevaran toda una vida esperando ese momento, pero tuvieran todo el tiempo del mundo para disfrutar de él.

Finalmente Carlota recordó que acababa de verlo besando a otra y se apartó de él.

—Quiero irme a casa.

—Vamos, entonces.

—Tú... Estabas ocupado.

—No, no lo estaba. Y no voy a dejarte sola después de lo que acaba de pasar.

Ella no sabía si se refería a Jairo o al beso, pero no tuvo fuerzas para llevarle la contraria. Él la abrazó y la hizo caminar hacia la parada de taxis que había al final de la calle. Por su cabeza pasó la idea de que debería haber insistido en llevarla a la comisaría a poner una denuncia, pero la tentación de quedarse esa noche con ella y encargarse personalmente de borrar el toque de las manos brutales de aquel imbécil a base de caricias y besos fue demasiado grande, hasta el punto de eclipsar cualquier otro pensamiento racional. Carlota volvió a dudar por un instante.

—Tengo que avisar a Olga y Miranda. Se preocuparán.

—Pues hazlo. Diles que estén tranquilas, yo me ocuparé de ti.

Por fin, ella tecleó un mensaje en su móvil para tranquilizar a sus amigas y se sentó junto a él en el taxi, tan cerca como era físicamente posible. Él le pasó un brazo por los hombros y, después de inclinarse hacia el taxista para darle la dirección, la atrajo hacia sí y volvió a besarla. Por la cabeza de Carlota pasó fugazmente el pensamiento de que aquello no era una buena idea, pero lo descartó sin contemplaciones. Lo besó con ansia y se apretó contra su cuerpo fuerte y musculoso. Él metió la mano bajo la cazadora de ella y acarició el corsé sobre su cintura, estrechándola un poco más en respuesta. Carlota se limitó a sentir. No quería pensar en nada, solo quería disfrutar ese momento maravilloso. Nada más le importaba.

Estaban casi llegando a su casa cuando una idea repentina la sobresaltó.

—¿Y si Jairo se presenta en mi casa?

—¿Quién es Jairo? —preguntó él frunciendo el ceño—. ¿El capullo de la discoteca?

—Sí, es... Era mi novio.

—No creo que se atreva, pero no vamos a tu casa. Yo ni siquiera sé dónde vives —susurró ligeramente avergonzado. Realmente no sabía apenas nada de ella.

Ella lo miró sin comprender, y entonces el taxi se detuvo junto a la casa de él.

John pagó al taxista y llevó a Carlota de la mano hasta el portal. Cuando paró y buscó las llaves en el bolsillo de su pantalón, ella dudó.

—John... No sé...

No la dejó decir nada más. Cerró su boca con un beso ardiente, exigente y posesivo, que le calentó la sangre y le dio arrojito suficiente para pedirle, casi para suplicarle:

—Por favor, quédate conmigo.

Carlota supo en ese mismo instante que se iba a arrepentir de su decisión, pero asintió con la cabeza y entró, seguida de cerca por él. Los dos pisos de ascensor no daban para mucho, pero sus manos volaban sin pudor por el cuerpo del otro, mientras sus lenguas se enzarzaban en una lucha legendaria en la que no había vencedores ni vencidos.

Entraron en casa y John se deshizo inmediatamente de su cazadora, que casi lanzó contra el perchero que había en la entrada. Erró el tiro y allí se quedó, tirada en el suelo sin que a él pareciera importarle lo más mínimo.

Carlota sonrió pensando que, después de todo, «don estirado» también podía ser flexible cuando le interesaba.

La cazadora de ella cayó en mitad del pasillo, entre besos y caricias, y por fin, llegaron a la habitación de él. Ella la había visto en contadas ocasiones y siempre a medias cuando él dejaba la puerta entreabierta. Emma le había dicho que odiaba que tocaran sus cosas y por eso casi siempre tenía la puerta cerrada. Cuando él encendió la luz de la mesilla y le tomó las manos para acercarla a su cuerpo, ella miró alrededor con curiosidad.

El dormitorio era espacioso, decorado con un estilo sobrio y claramente masculino, con muebles oscuros, sábanas blancas y detalles en blanco, negro y marrón aquí y allá. Todo pulcramente ordenado, despejado y elegante. «Nada que ver con mi habitación» pensó ella.

Dejó de pensar y se centró solamente en él cuando le cogió la cara entre las manos y volvió a besarla.

Enredó la mano en su pelo y la sujetó así, con la boca alzada hacia él, y su mano recorriendo su cintura, bajando hasta su culo para acariciarlo y apretarla un poco más contra él. Le estaba costando un mundo contenerse para no tirarla sobre la cama y arrancarle la ropa a tirones. Le soltó la boca y deslizó la yema del dedo por su escote, siguiendo la línea del corsé. Aquel maldito corsé lo excitaba como jamás hubiera imaginado, y lo había tenido duro la mayor parte de la noche.

—Estás espectacular con esto.

—Gracias, eso pretendía —sonrió ella.

—Pero me gustaría verte sin él.

Ella le sostuvo la mirada mientras John empezaba a soltar el corpiño con decisión y habilidad. Lo dejó a un lado y admiró sus pechos llenos y perfectos, midiéndolos con sus manos. Las llenaban con la medida perfecta, ni grandes ni pequeños. Rozó los pulgares sobre los rosados pezones, que se levantaron a su llamada inmediatamente, rogando más atención.

—Eres preciosa.

Carlota se alzó hacia él y lo besó. Sus dedos buscaron los botones de la camisa y empezó a desabrocharlos. El beso se volvió más intenso y más urgente, y John le desabrochó el botón y la cremallera de los vaqueros mientras ella casi le arrancaba la camisa. Se agachó frente a ella para quitarle los botines, y descalzó sus propios pies en décimas de segundo. Y entonces ya no pudo contenerse y la arrojó sobre la cama.



Carlota sintió un subidón de adrenalina al verlo inclinarse sobre ella, con aquellos hombros anchos y aquella espalda musculosa. Era perfecto, mejor aún de lo que ella lo había imaginado. Dejaría en evidencia al mismísimo David de Miguel Ángel.

Él apartó las sábanas de un tirón y luego agarró los vaqueros y se los bajó con rapidez. Deslizó las manos de nuevo hacia arriba por las piernas de Carlota y agarró el tanga por los costados, deteniéndose un instante a besarla con avidez, mordiéndole la boca tentadoramente y dejando sus labios ardientes y deseosos de más. Después apartó su boca de la de ella y tiró del tanga.

Y lo rompió.

Lo tiró sin contemplaciones y le dedicó una sonrisa traviesa antes de volver a inclinarse sobre ella para besarla de nuevo.

Carlota estaba alucinada. Jamás hubiera pensado que el estirado de John Connor pudiera ser un «rompebragas». ¡Con lo comedido que parecía!

Deslizó las manos por su cintura y le soltó el botón de los pantalones. Bajó la cremallera y metió la mano dentro sin reparos. Tenía una erección prometedor, y ella se moría por verla. Le bajó los pantalones a la cadera con dificultad, porque él apenas le soltaba la boca. Pero al final, captó la indirecta y se desnudó.

Carlota se quedó mirándolo con una admiración nada disimulada. Adoraba su cuerpo, grande, musculoso, moreno... No tenía apenas rastro de vello en el pecho, poco más que una pelusilla suave alrededor de los pezones. Ella dudó incluso si se depilaría.

Continuó su minucioso examen del cuerpo que durante tanto tiempo había deseado ver. Desde el ombligo bajaba una hilera de vello oscuro y tupido que formaba un triángulo hasta su ingle y enmarcaba un pene hermoso y orgullosamente erecto. Ya quisieran muchos de los niños con los que se había acostado (Jairo, sin ir más lejos) estar tan bien equipados como John.

Él captó su mirada y le preguntó, aparentemente divertido:

—¿Satisfecha con lo que ves?

—Bastante —respondió ella sonriendo—, aunque quisiera una demostración práctica antes de pronunciarme.

Él rio y se abalanzó de nuevo sobre ella, enterrando la cara en la curva de su cuello y mordisqueándole la piel provocativamente. Carlota se estremeció, se abrazó a sus hombros y disfrutó de sus caricias. Las manos de

él recorrían ya la cara interna de sus muslos enardeciendo y haciendo palpitar hasta el último poro de su piel.

Cuando la acarició entre las piernas Carlota se arqueó pidiéndole silenciosamente que siguiera. John deslizó un dedo en su interior mientras le rozaba el clítoris con el pulgar. Ella gimió y él la miró con sus ojos azules brillantes de deseo.

—Carlota, me estás volviendo loco.

Se apartó de ella, que hizo un mohín en protesta, solo para abrir la mesilla y sacar una caja de preservativos. Cogió uno, y un segundo más tarde se lo había colocado y volvía a estar sobre ella. Abrió las piernas para recibirlo, ansiosa y necesitada de él.

John no esperó más, colocó su pene en la húmeda hendidura que lo esperaba y la penetró de una sola embestida. Carlota se arqueó de nuevo, tratando de adaptarse a su tamaño mientras él comenzaba a moverse dentro de ella, con un ritmo lento y tentador al principio, pero que en un instante se volvió rápido y duro, casi frenético. Ambos jadeaban inconteniblemente, Carlota sentía la tensión acumulándose en ella, arrastrándola, hasta que no pudo soportarlo más, apretó con fuerza a John dentro de ella y estalló en un orgasmo increíble.

Gritó, gimió y jadeó. Le mordió el cuello, y él, con un gruñido gutural y un fuerte empujón se corrió también arrastrado por ella. Se quedaron enredados en la cama, entrelazados el uno con el otro, recuperando el aliento, sudorosos y satisfechos, aunque sin poder aún quitarse las manos de encima. Al fin, después de un rato, John se acordó de que tenía que quitarse el preservativo y rodó hacia un costado saliendo de ella.

Carlota emitió un leve quejido de protesta. John sonrió, fue a deshacerse del condón y regresó a su lado, abrazándola con dulzura. Ella le acarició los brazos fuertes y musculosos, el pecho firme, el pelo oscuro y suave. Miró en sus ojos azules tratando de leer su mente. Él frunció el ceño y pasó el dorso de los dedos con suavidad por la fea marca amoratada que se intuía ya en su mejilla.

—Esto se está poniendo feo... ¿Te duele?

—No, se siente caliente, pero no me duele, no te preocupes.

—No entiendo cómo alguien puede ser tan animal como para hacerte daño.

La besó con suavidad y la atrajo de nuevo hacia sí. La envolvió en sus

brazos, tiró de las sábanas para cubrir los cuerpos de ambos, y así, abrazados, se quedaron dormidos casi inmediatamente.

Cuando Carlota despertó le costó recordar dónde estaba. Pero al momento, los recuerdos de la noche anterior asaltaron su memoria haciéndola estremecerse. Se giró en la cama para descubrir que John no estaba allí. Se incorporó lentamente y respiró hondo. Aguzó el oído y oyó la ducha. Entonces se levantó y miró alrededor buscando su ropa.

Encontró los vaqueros, el corsé, y los botines con las medias. El tanga estaba hecho jirones. Se resignó a ponerse los vaqueros a pelo, sin ropa interior, y acabó de vestirse. Recordó que no se había desmaquillado la noche anterior, y se miró en el espejo. ¡Tenía una cara horrible! Fue a la habitación de Emma al tiempo que oía cerrarse el chorro del agua. Esperaba poder al menos quitarse aquel maquillaje de mapache antes de que él saliera del baño, y sabía que en la habitación de la niña había toallitas húmedas. Deseó fervientemente que las toallitas que usaba para limpiarle las manos a Emma fueran capaces de acabar con el maquillaje. Casi eran capaces de eliminar las manchas de rotulador en las manos, así que por intentarlo no perdía nada. A pesar de que el moratón causado por el bofetón de Jairo ya era visible en su mejilla, consiguió un aspecto presentable quitándose bastante bien el maquillaje corrido y desenredándose el pelo con los dedos.

Y ahora tenía que ver de qué humor se había levantado John.

## CAPÍTULO 6

John se había despertado con un cuerpo cálido y suave pegado al suyo, y había reconocido el olor a vainilla del champú de Carlota. En ese instante, todo lo sucedido la noche anterior había pasado por su cabeza y, maldiciendo para sí mismo, se había apartado de ella con cuidado de no despertarla, había cogido ropa limpia y se había metido en la ducha. Necesitaba despejarse. ¿En qué coño había estado pensando para llevarse a Carlota a casa? ¿Cómo había sido tan estúpido como para tirársela? Recordó el maldito corsé rojo, y cómo levantaba los deliciosos pechos de Carlota, y su polla empezó a reaccionar de nuevo. ¡Joder! Haría bien en ducharse con agua fría si quería tener la cabeza en condiciones de razonar con ella. Si no se enfriaba un poco volvería a pensar con la polla y acabaría tirándosela de nuevo antes de darse cuenta, sobre la mesa de la cocina o en el primer sitio en el que la pillara.

Encontrársela en la discoteca con aquella imagen tan sexi y tan diferente de la que mostraba habitualmente, al menos ante él, lo había descolocado por completo. Lo había puesto cachondo a más no poder con aquel maldito corsé, pero probablemente habría sido capaz de contenerse y recordar quién era ella y qué era para él, o sea, la canguro de su hija, de no haber sido por aquel hijo de puta que se había atrevido a pegarle.

Había salido de la discoteca justo a tiempo de ver cómo él la besaba, y había estado a punto de darse la vuelta y desaparecer, pero entonces había notado que ella se resistía, que forcejeaba con él. Se acercó un poco más y vio como le daba un rodillazo, tratando de defenderse. Y entonces aquel cabrón le había dado un rotundo bofetón, y él había tenido que echar mano de todo su autocontrol para no matarlo a golpes allí mismo.

Ella estaba asustada y abrumada por lo ocurrido, pero era más fuerte de lo que él habría podido pensar. La había abrazado por puro instinto, y la manera en que ella se había refugiado en sus brazos lo había desarmado por completo.

A partir de ese momento no pudo quitarle las manos de encima. Ni los labios. Su cuerpo había tomado el control y su mente racional se había escabullido de un modo cobarde y vergonzoso, abandonándolo a su suerte.

Probablemente porque su riego sanguíneo había dejado de lado su cerebro para dedicarse con entusiasmo a otra parte de su cuerpo.

Y entonces solo había podido pensar con la polla.

¿Y qué iba a pasar ahora? Él no podía pensar en una relación con Carlota. Era una cría, siempre lo había dicho. Tenía que reconocer que físicamente era una mujer, y una mujer preciosa, e incluso que era más fuerte y más responsable que muchas mujeres que él habría considerado «adultas», pero la diferencia de edad seguía estando ahí. Y a él le seguía pareciendo un obstáculo insalvable.

Así que se encontraba en la tesitura de hacerle ver a una chica a la que casi podía decirse que apreciaba, y a la que necesitaba (no quería ni pensar en cómo reaccionaría Emma si tenía que prescindir de Carlota), que a pesar de la deliciosa noche de pasión que habían disfrutado juntos, lo mejor que podían hacer era olvidar que aquello había ocurrido.

Acababa de llegar a esa conclusión cuando Carlota apareció por la puerta de la cocina. Tenía la cara lavada y el pelo aún un poco revuelto, pero estaba preciosa. Era preciosa. Por un momento, John casi olvidó su determinación. Aún llevaba los vaqueros y el corsé. Aunque claro, no tenía nada más que ponerse.

—Buenos días —lo saludó con una sonrisa tímida.

John estaba tomándose un café cargado apoyado en la encimera después de haber estado paseando como un león enjaulado tratando de poner en orden sus pensamientos. Le devolvió el saludo, pero contuvo la sonrisa. No quería dar pie a malentendidos ni confusiones.

—Buenos días. ¿Quieres un café?

—Prefiero té, si no te importa.

—No, claro —ni siquiera sabía que le gustara más el té que el café—. Ahora te pongo uno.

Carlota habría deseado otro tipo de recibimiento. Al menos una sonrisa, ya que seguramente un beso era demasiado pedir. Pero él se mostraba distante. Sus peores temores se empezaban a confirmar. Se sentó, sintiéndose un poco fuera de lugar con aquel corsé. John iba vestido con unos vaqueros y una camiseta blanca, estaba escandalosamente atractivo incluso con algo tan sencillo como aquello aunque, sin duda, ambas prendas serían de marca y le habrían costado un pastón. Aun así, sonrió para sí misma. Siempre se había preguntado si tendría algo más que trajes, camisas y corbatas.

Él le preparó el té y se lo acercó con cortesía, pero más serio de lo que a ella le hubiera gustado.

—¿Quieres comer algo?

—No, gracias. —De todas formas, no creía que fuera capaz de tragar nada.

Hubo un momento de tenso silencio. Carlota se preparó mentalmente para la retahíla de excusas que vendría a continuación. Las había oído algunas veces y las había dicho otras muchas. Es lo que ocurre cuando te despiertas al lado de alguien con quien realmente no tienes ningún interés en volver a tener nada.

Sabía que pasaría esto, desde el mismo momento en que aceptó subir a su casa.

Pero no por eso dolía menos.

Por fin él arrancó.

—Escucha, Carlota, yo... siento mucho lo de anoche. Creo que los dos nos dejamos llevar un poco por la situación, pero yo no debí permitir que pasara nada entre nosotros. Ha sido un error y lo lamento, de verdad.

Ella respiró hondo. Bien, ya se lo había dicho. Y lo que más le fastidiaba era oír que, para él, la noche en la que uno de sus mayores sueños se había hecho realidad, había sido «un error».

—Vale. Pues qué lástima. Déjame decirte que yo no lo lamento en absoluto. —John se quedó pasmado, pues no se esperaba aquella respuesta. Ella siguió hablando—: Entiendo que fue un calentón, pero no diría que fue un error.

—Fue un error si va a suponer algún problema para ti seguir siendo la canguro de mi hija.

Egoísta. Lo único que le preocupaba era quedarse sin canguro, pensó ella.

—Ningún problema, señor Connor. Me ha quedado clarísima su postura.

A él le molestó que lo tratara de usted. No lo había hecho nunca. Ni cuando se conocieron y a ella le había hecho tanta gracia que se llamara como aquel personaje de *Terminator*.

—Carlota, creí que lo entenderías. Los dos nos equivocamos al dejar que esto pasara, somos demasiado diferentes...

—Eso es una chorrada. Y en todo caso, el error fue tuyo. Yo solo quería irme a mi casa. Fuiste tú quien me trajo aquí y me pidió que subiera. Yo acepté

y no me arrepiento. Se llama «ser consecuente». Gracias por el té, creo que ahora me iré a mi casa y te libraré de mi incómoda presencia.

Se levantó, cogió su cazadora, que él había dejado en una silla cercana, y se dirigió a la puerta sin vacilar. John la siguió sin saber aún qué decir. Ni siquiera estaba seguro de estar haciendo lo correcto. Carlota siguió hablando, aún sin mirarlo:

—Por cierto, mañana llevaré a Emma otra vez a patinar al parque, si te parece bien.

—Sí, claro.

—Entonces, adiós.

Salió y cerró la puerta de un portazo. Él se quedó plantado en el recibidor con la cabeza hecha un lío. Joder... ¿por qué tenía que haber metido la pata de semejante manera?

Carlota llegó a casa hecha una furia. Entró, tratando de no hacer más ruido del necesario hasta saber si Miranda y Olga estaban despiertas. La casa estaba en silencio, de modo que fue directa a su habitación, dejó la cazadora, cogió ropa limpia y se metió en la ducha.

Bajo el chorro del agua caliente, las emociones que llevaba un rato tratando de contener salieron a flote, y lloró de pura frustración. ¡Estúpido cobarde! ¿Cómo podía cerrarse en banda de esa manera, cuando era tan evidente que había atracción entre ellos? Ni siquiera estaba dispuesto a darle una oportunidad. A dársela a ambos. No le interesaba conocerla y dejar que le demostrara que no era ninguna niña. No le había dado ninguna opción.

En fin, él se lo perdía.

Se limpió las lágrimas, respiró hondo y levantó la cabeza.

—Ya, Carlota. Ni una lágrima más por John Connor. No lo merece.

Después de decirlo en voz alta, al fin se serenó lo suficiente como para acabar de ducharse y salir.

Se embadurnó de crema, se secó el pelo con mimo, se vistió con los *leggings* y la camiseta y salió. Miranda y Olga la esperaban ya en la cocina. La miraron expectantes, pero un vistazo a su cara fue suficiente para que se dieran cuenta de que las cosas no iban tan bien como cabía esperar. Olga fue la primera en reparar en el moratón.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

—Un bofetón —respondió ella escuetamente.

—¿John te pegó? —le preguntó Miranda horrorizada.

—No, tonta, fue Jairo. John llegó a tiempo de quitármelo de encima antes de que la cosa se pusiera aún peor.

—¿Has dormido con él? —preguntó Olga, conociendo de antemano la respuesta.

—Sí.

—No pareces muy feliz.

—Hemos tenido una conversación un poco incómoda esta mañana.

Las puso al corriente de casi todo. De lo cariñoso y atento que había sido con ella después del incidente con Jairo, de cómo la había invitado a su casa y había demostrado que no siempre era tan estirado... y de cómo le había explicado al levantarse que todo había sido un error y lo lamentaba mucho, opinión que ella no compartía.

—Menudo cerdo... —gruñó Miranda negando con la cabeza.

—Un cobarde, eso es lo que es —apuntó Olga.

—¿Y ahora? —preguntaron las dos casi a un tiempo.

—Ahora nada. Él quiere que hagamos como si nada hubiera ocurrido ¿no? Pues bien, a ver si puede.

El lunes Carlota fue al trabajo un poco más maquillada que de costumbre. El moratón de su mejilla había empezado ya a atenuarse y cambiar de color. El golpe no había sido tan fuerte, después de todo. Miranda la había ayudado a camuflarlo y apenas si se notaba.

Jorge se presentó a tomar café antes de ir al trabajo. Sin duda había notado que John y ella habían desaparecido al mismo tiempo y venía buscando noticias al respecto. Cuando le puso el café delante, le preguntó, como quien no quiere la cosa:

—¿Qué tal el sábado? No te vi marcharte.

—Ya, es que me sentí un poco mal y decidí irme a casa.

—¿Y te fuiste sola?

—No, me encontré con un amigo y me acompañó.

No tenía por qué darle más explicaciones. Él insistió un poco más.

—John también desapareció de repente.

—¿Ah, sí?

Por suerte otro cliente se acercó a la barra y Carlota se las arregló para mantenerse ocupada hasta que Jorge se marchó. Que le sacara la información a



su amigo, si podía. Aunque realmente dudaba de que John le fuera a contar a nadie «su error».

El día transcurrió con una lentitud exasperante, pero por fin, llegó a su casa después del trabajo y se vistió para ir a casa de Emma. Tardó un rato en decidir qué ponerse. Iba a patinar, tenía que llevar algo cómodo, pero al mismo tiempo, quería que John Connor se acordara cada día, durante el resto de su vida, del pasado sábado por la noche.

Se puso unos *leggings* negros una camiseta roja y una sudadera gris con cremallera, entallada y más bien corta, que le permitía lucir su culo estupendamente. Tenía un buen culo. Y a John no le iba a quedar más remedio que reparar en él.

Cogió también una cazadora, corta, por supuesto, y se fue a buscar a Emma. Se llevó para merendar unas cookies de chocolate que había hecho el domingo por la tarde, en pleno bajón. El chocolate era único para subir el ánimo.

Cuando Emma bajó del autobús la saludó tan alegremente como siempre, y se puso aún más contenta al ver la bolsa de los patines.

—¿Hoy también vamos a patinar?

—Sí, si acabas los deberes pronto aprovechamos que no llueve y bajamos a patinar un rato.

—¡Genial! Hoy tengo de matemáticas y un poco de inglés. Pero está chupado.

Subieron a casa y le preparó un vaso de leche, una pieza de fruta y algunas galletas de las que le había llevado, y se sentó con ella mientras hacía los deberes. Emma era una crack con las matemáticas, le encantaban, y en apenas un momento tenía hechos los ejercicios. Tenía también unos ejercicios de inglés, con el que obviamente a nivel oral o gramatical no tenía ningún problema ya que lo había aprendido de su padre siendo aún un bebé, pero la ortografía, sin embargo, no era lo suyo. Carlota le corrigió algunos errores y cuando hubo acabado sus tareas, se calzaron los patines y salieron al parque.

Disfrutaron juntas durante un buen rato, corriendo y riendo. Estuvieron un par de veces a punto de caerse porque Emma era cada vez más atrevida, pero todo quedó en un susto. Carlota estaba feliz. La idea de regalarle los patines había sido genial.

Miró el reloj y vio que casi eran las siete. John debía de estar a punto de

llegar. Miró hacia su casa, por donde a veces venía a buscarlas, cuando regresaba pronto del trabajo, y lo vio.

Las mariposas empezaron a revolotear en su estómago inoportunamente, y su piel se erizó por el recuerdo de la noche que habían pasado juntos. Respiró hondo y se mentalizó para enfrentarse a su indiferencia, con más indiferencia aún.

Él ya las había visto, y se acercaba sonriendo. Iba vestido con un traje gris claro, con camisa blanca y corbata también gris, y un abrigo largo. Le hizo señas a Emma, y ella se lanzó a sus brazos, como hacía siempre. Carlota los miró, y se acercó despacio. Él levantó la mirada y la saludó cortésmente.

—Hola, Carlota. ¿Qué tal todo?

—Estupendamente.

«Mentira. Pero no pienso darte la satisfacción de decírtelo».

Volvieron a casa los tres juntos, como de costumbre. Carlota había dejado allí sus botines. Los mismos que él le había quitado con tanta delicadeza la noche del sábado.

Emma le contó que había hecho enseguida los deberes, que los de matemáticas le habían salido a la primera, y que Carlota le había tenido que corregir algunos errores en los ejercicios de inglés.

Él se sorprendió un poco.

—No sabía que hablaras inglés.

Ella lo miró con suficiencia.

—He ido a la universidad. Hablo inglés y francés. Y un poco de portugués, lo justo para defenderme. Los vecinos de mis padres son portugueses y pasé bastante tiempo con ellos cuando era pequeña.

—Ah... —Se sintió un poco estúpido. Él hablaba inglés, alemán y español, tres idiomas. Ella casi cuatro. Y para no variar, no tenía ni idea de que tuviera tanto conocimiento de idiomas.

«Carlota 1-Estirado 0. Para que te vayas enterando de con quién te las ves. Para empezar no soy ninguna provinciana inculta» pensó Carlota con satisfacción.

Entraron en casa y se quitaron los patines y las protecciones, mientras John insistía en echarles un vistazo a los ejercicios de inglés de Emma. Las correcciones de Carlota, por supuesto, eran correctas.

Cuando la vio calzándose los botines, los reconoció en el acto. El pulso se le aceleró ligeramente. Y un poco más cuando ella se puso de pie y fue a

recoger sus cosas, dándole la espalda. Los ojos se le fueron a su precioso culo, que se mecía provocador con cada paso que ella daba sobre aquellos botines de tacón.

Casi la prefería con zapatillas, era menos tentadora.

Trató de serenarse y se metió en su habitación a dejar el abrigo y la americana. Emma aprovechó para acercarse a Carlota y susurrarle:

—Oye, casi se me olvida. El jueves es el cumpleaños de papá. ¿Podrías ayudarme a hacerle una tarta? Quiero darle una sorpresa, y como tú eres tan buena en eso...

—Pues claro, cariño, cuenta conmigo.

John regresó y se quedó un poco mosca cuando las vio cuchicheando, pero no dijo nada. Acompañó a Carlota a la puerta y se sintió ligeramente molesto cuando ella se dirigió al ascensor y esperó de pie, de espaldas a él y sin girarse a mirar atrás ni siquiera cuando entró dentro. Echaba de menos encontrarse con sus ojos marrón chocolate de vez en cuando. En toda la tarde apenas lo había mirado a los ojos una vez.

Furioso consigo mismo por el hecho de que aquella insignificancia le importara, cerró la puerta y regresó con su hija.

Carlota llegó a casa eufórica y sacó su arsenal de recetas. Eligió unas cuantas de sus favoritas y las dejó preparadas para llevárselas a Emma al día siguiente. Ella sabría mejor qué le gustaba a John. Estaba orgullosa de lo bien que había pasado la prueba de fuego. Se había mostrado indiferente, como si realmente no hubiera pasado nada entre ellos, pero sabía que él no era tan inmune a ella como quería aparentar. Había visto su cara cuando ella cogió los botines. Y sabía que había estado mirándole el culo. Y probablemente lo había impresionado con su conocimiento de idiomas. «Pues no te queda nada, guapito. Puedes darte por jodido porque voy a sacar hasta la artillería pesada. Tú no conoces a Carlota García».

El martes por la tarde cuando Emma bajó del autobús, Carlota ya estaba entusiasmada con la idea de hacerle una tarta a John.

—¡Hola, Carlota! ¿Has pensado algo para la sorpresa de papá?

—Pues claro, te he traído mis recetas favoritas para que elijas la que creas que le gustará más a tu padre.

Pese a las protestas de la niña, se negó a hablar más de la tarta hasta que

acabara los deberes, de modo que Emma se puso a ello para acabar lo más pronto posible. Estaba lloviendo, así que se quedaron en casa preparando la sorpresa.

Para la satisfacción de Carlota, Emma eligió un bizcocho de chocolate. Después de barajar varias posibilidades para el relleno y la decoración, se decidieron también por un relleno de crema de chocolate y una decoración a base de más chocolate. John Connor era una caja de sorpresas, Carlota jamás habría imaginado que tenía auténtico vicio por el chocolate.

Ya tenían una cosa en común.

Para cuando él llegó, habían hecho desaparecer cualquier rastro de sus planes para sorprenderlo y estaban jugando al ajedrez tranquilamente. Emma acababa de aprender en el colegio y le encantaba. Él besó a su hija, como cada día, saludó a Carlota, y ella le devolvió el saludo con aparente indiferencia. Consiguió que el orgullo herido le revolviere el estómago. No había esperado que ella se olvidara tan fácilmente de lo que había ocurrido entre ambos, sobre todo después de haber confesado que no lo lamentaba en absoluto y para ella no había sido un error.

John no lo entendía, de ninguna manera. Y no hacía más que darle vueltas, lo cual le fastidiaba enormemente.

Para colmo de males, había ido con un vestido. Uno de esos tipo jersey, de aspecto cómodo pero corto y ajustado al cuerpo, con unas medias tupidas, y unas botas altas, de tacón. Otra vez tacones. Empezaba a sospechar que lo hacía a propósito.

Si seguía por ese camino iba a conseguir volverlo loco.

## CAPÍTULO 7

El miércoles Carlota se llevó a casa de Emma un molde pequeño para hacer el bizcocho y una báscula de cocina. No sabía si John tendría alguna (de hecho, lo dudaba) y prefería no arriesgarse.

Emma bajó del autobús como un torbellino. Cuando vio la bolsa que Carlota llevaba en la mano, sonrió.

—¡Hola! ¿Has traído lo que planeamos ayer?

—Pues claro. Venga, date prisa, que hoy lo primero es preparar el bizcocho y meterlo en el horno. Mientras se hornea tienes tiempo de hacer los deberes, y tenemos que tenerlo todo recogido para cuando llegue tu padre.

—¿Y dónde lo vamos a guardar? No quiero que papá lo vea hasta mañana...

—Me lo llevo yo, no te preocupes. Mañana lo traigo y terminamos la tarta.

Fueron corriendo a casa y se pusieron manos a la obra. Carlota había comprado o cogido de su casa todo lo que no tenía John: levadura, chocolate para postres, cacao en polvo... Sacó una ensaladera grande para hacer la mezcla, precalentó el horno advirtiéndole a Emma que no se acercara, y entre las dos, pesaron los ingredientes y prepararon la masa, que enseguida empezó a cocerse en el horno mientras Carlota fregaba los cacharros que habían ensuciado y Emma hacía los deberes. Como solo necesitaban un bizcocho pequeño, en poco más de media hora estaba hecho.

Emma estaba tan entusiasmada que daba saltos y palmaditas en la cocina mientras Carlota comprobaba si el bizcocho estaba a punto pinchándolo con una brocheta de madera, antes de sacarlo del horno. Lo dejaron enfriar un rato y después lo envolvió cuidadosamente y lo guardó en la bolsa que había llevado antes de que John llegara y las pillara con las manos en la masa, como suele decirse. Recogió el molde y dejó todo como estaba justo unos minutos antes de que sonara la llave en la cerradura.

Emma y ella abrieron los libros que habían dejado preparados como coartada por la primera página que pillaron.

—¡Hola, papá! —lo saludó la niña sonriente—. ¿Qué tal el trabajo?

—Bien, nena. ¿Y tú en el cole?

—Bien. Estábamos leyendo.

Miró a Carlota con complicidad, y esta asintió mirando a John con indiferencia. Y no supo ni cómo consiguió mostrarse indiferente. Estaba tan guapo como de costumbre, se había inclinado entre las dos para besar a Emma, y estaba muy cerca, demasiado.

Por fin él se incorporó y llevó su abrigo a su habitación mientras Carlota recogía su bolsa y se ponía su plumífero. Se despidió de la niña con un guiño y se dispuso a marcharse.

Él la acompañó a la puerta. Sacudió la cabeza. Ahora la veía diferente incluso con vaqueros. O tal vez antes no se había fijado en lo bien que le sentaban.

Antes de que se marchara, le preguntó con cierta incomodidad:

—Carlota, espera... Quería preguntarte si podrías quedarte con Emma el sábado por la noche.

A ella se le revolvieron las tripas de pensar que iba a salir con la Barbie, pero se mantuvo tan impasible como pudo.

—Sí, claro, sin problemas.

—Gracias. Te veo mañana.

—Vale, hasta mañana.

Cuando Carlota entró en el ascensor y oyó cerrarse la puerta de John, le dieron ganas de gritar. ¡Joder! No podía creerse que volviera a salir con aquella rubia tonta.

Se serenó un poco antes de salir a la calle. Bueno, tal vez no saliera con ella después de todo, tampoco lo sabía con seguridad... ¿Y si era una nueva? Mejor no pensarlo.

Llegó a casa y metió el bizcocho en el frigorífico con el ceño visiblemente fruncido. Olga la miró y le preguntó con cautela:

—¿Ha pasado algo?

—John me ha pedido que vaya el sábado a cuidar a Emma. Va a salir.

—¿Y tienes idea de con quién?

—Conmigo no. Y no sé si prefiero que sea con esa Barbie estúpida o con otra nueva.

—Sabías que pasaría, Carlota. Llevas cuatro años cuidando a su hija al menos un sábado al mes mientras él sale con otras.

Carlota suspiró.

—Pero antes no sabía que yo también podía gustarle.

Por fin llegó el día del cumpleaños de John. Carlota se fue a trabajar pensando que le gustaría que él pasara algún día por la cafetería, ahora que sabía que ella trabajaba allí. Pero el que pasó fue Jorge, que iba casi día sí, día no.

—Buenos días, Carlota. ¿Me pones un cortado?

—Hola, Jorge. Ahora mismo.

Jorge no perdió ocasión de tantearla de nuevo. Era evidente que no había conseguido que John le confirmara que se habían ido juntos el sábado, pero sospechaba que se estaba perdiendo algo.

—¿Sabes que hoy es el cumpleaños de John?

—Sí, claro. Su hija lleva toda la semana hablando de eso. Aquí tienes tu café.

No pensaba darle ningún indicio para pensar que a ella le gustara John Connor, no necesitaba saberlo. Lo único que necesitaba saber era que no estaba interesada en él. Carlota sospechaba que eso era lo que había detrás de tanto interés en la relación entre John y ella. Jorge quería saber si tenía el camino libre.

Se lio con el lavavajillas y se mantuvo alejada de Jorge. Cuanta menos coba le diera, mejor.

Cuando salió del trabajo, preparó las cosas que necesitaría para terminar la tarta de John, se relajó un poco oyendo música y hasta se echó una cabezadita, aunque tuvo la precaución de poner la alarma del móvil, no fuera a despistarse y llegara tarde a buscar a Emma.

Recogió a la niña y fueron corriendo a casa. Mientras Emma hacía los deberes, Carlota sacó el bizcocho, que se había llevado el día anterior a casa para que John no lo viera, y los ingredientes, y cuando la niña acabó, prepararon la crema de chocolate para el relleno. A Emma también le encantaba el chocolate, y cuando la tarta estuvo rellena y cubierta, se presentó voluntaria para lamer la cuchara, la espátula y cualquier utensilio que tuviera algún resto de crema. Carlota preparó una decoración con filigranas de chocolate, y también escribió con el mismo chocolate «*Happy Birthday*» sobre papel vegetal, puso el rótulo a enfriar y, cuando estuvo rígido, lo colocó sobre la tarta. Quedó preciosa. Emma estaba encantada.

—Venga, ahora vamos a recoger todo antes de que llegue tu padre.

Limpiaron todo y esperaron sentadas en la cocina, emocionadas, con las velas de los números 3 y 5 pinchadas en la tarta y la persiana a medio bajar para que el efecto fuera mayor cuando encendieran las velas al oír la llave en la cerradura.

John aparcó el coche en el garaje y miró el reloj. Eran las siete menos diez. Salió del coche un poco fastidiado y subió a casa. Hoy quería llegar pronto, quería disfrutar de la tarde con su hija, pero al final, se había entretenido más de la cuenta. Bárbara le había montado un numerito. Se había presentado en su despacho poco antes de salir, vestida con un jersey fino y escotado, una falda ajustada y un poco más corta de lo habitual, y sus zapatos rojos de tacón. Lo había sorprendido mostrándose más que dispuesta a felicitarlo efusivamente... pero él la había rechazado. No estaba seguro de por qué. Probablemente porque ella le parecía fuera de lugar últimamente, o porque se estaba cansando de sus juegucitos. Seguía presionándolo para retomar las cosas donde estaban, aunque él ya no sabía si quería retomar nada. Estaba hecho un maldito lío.

No podía sacarse a Carlota de la cabeza.

Cuando entró en casa y cerró la puerta le extrañó no oír el bullicioso saludo habitual de Emma. Miró hacia la cocina y vio que apenas había luz. ¿Quién había bajado así la persiana? Se acercó intrigado, pensando que era muy raro que Carlota se hubiera llevado a la niña al parque sabiendo que era su cumpleaños, y más aún con el día gris que había salido. Llevaba toda la tarde lloviznando a ratos.

Entonces vio a Emma, que con una sonrisa de oreja a oreja, le gritó «Felicidades, papá», y empezó a cantarle el «*Happy Birthday*» mientras Carlota también sonreía, las dos colocadas una a cada lado de una pequeña tarta de chocolate con las velas encendidas.

Se acercó y se agachó frente a la mesa, junto a su hija, mirándola embobado y sonriendo, admirando la tarta, que tenía una pinta deliciosa, mientras ellas terminaban de cantar. Carlota estaba preciosa, con unos vaqueros, sus botines y un jersey azul de cuello vuelto, largo y de aspecto suave.

Cuando acabó la canción, él sopló las velas. La niña aplaudió y se echó en sus brazos y él la besó riendo.



—Gracias, cariño. ¿Y esta tarta?

—La hemos hecho Carlota y yo. Es para ti, ¿te gusta?

John parpadeó alucinado. ¿Carlota había hecho aquello? Había pensado que la habrían comprado en alguna pastelería especializada... Era una tarta preciosa. Y tenía un acabado absolutamente profesional.

—¿En serio la habéis hecho vosotras?

—¡Claro! Ya te he dicho muchas veces que Carlota sabe hacer galletas, bollos, bizcochos, tartas y de todo. Ya verás cómo además está riquísima.

John miró a Carlota sorprendido, enarcando una ceja. Ella levantó la cara y, orgullosa, le dedicó una sonrisa torcida que venía a querer decir «a ver qué te crees, yo sé hacer montones de cosas que tú ni siquiera intuyes». Él sonrió y le susurró con voz grave y cálida.

—Gracias.

Carlota tragó con dificultad. Esa sonrisa por sí sola era capaz de hacerle perder los papeles, pero combinarla con aquel tono de voz... era casi cruel.

—No hay de qué. Felicidades.

John volvió a susurrar de nuevo «gracias» y Emma sonrió con picardía.

—Tienes que darle dos besos, Carlota. Es su cumpleaños.

John miró a la niña sin dar crédito a lo que había oído. Emma lo miró como diciendo «¿Qué? Te dije que Carlota me gustaba para ti, ¿de qué te extrañas?». Bah, tonterías, era imposible que una niña de nueve años fuera tan maquiavélica.

A Carlota casi se le sale el corazón por la boca, pero sonrió, se acercó a John y le dio dos besos en la mejilla. No se había afeitado y su piel era áspera por la barba incipiente. Olía a alguna colonia masculina y deliciosa, seguramente carísima. Se apartó de él tan pronto como pudo y fue a buscar un cuchillo para cortar la tarta.

Se sentaron los tres a comer un pedazo de tarta que, por supuesto, estaba deliciosa. Aún quedó suficiente para el postre de la cena, y hasta para el día siguiente. Carlota recogió sus cosas y se dispuso a marcharse. John la acompañó hasta la puerta.

—Gracias por la tarta, ha sido toda una sorpresa.

—Dáselas a Emma, ha sido idea suya, yo solo la he ayudado.

—Bueno... Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Se dio la vuelta y esperó pacientemente el ascensor sin volver a mirarle.

Le costaba horrores, pero lo hizo. Se marchó a casa con una estúpida sensación de triunfo. Su tarta le había gustado.

El sábado por la tarde Miranda, Víctor y Olga estaban charlando en el salón, mientras Carlota se vestía para irse a cuidar a Emma. Iban a volver a la discoteca, Víctor tenía invitaciones otra vez.

—Por cierto, Carlota, estuve hablando con Jairo. Miranda me contó lo que te hizo. Parecía arrepentido y le eché una buena bronca. Espero que no vuelva a molestarte porque, si lo hace, yo mismo te llevaré a comisaría a poner una denuncia.

Carlota asintió.

—Te agradecería que le dijeras que por favor no vuelva a hablarme ni a acercarse a mí. No quiero volver a saber nada de él. Simplemente no existe.

—Descuida, se lo diré. No creo que espere otra cosa de ti después de cómo se comportó el otro día.

—Bueno chicos, pues que lo paséis bien. Me voy a currar.

—Ánimo —le dijo Olga mirándola con un poco de compasión. No debía de ser fácil ir a cuidar a la hija del hombre que te gusta para que él se vaya por ahí con otra.

Carlota se encogió de hombros y se marchó.

Cuando llegó a casa de John y este le abrió la puerta, estaba nerviosa, pero trató de que él no se diera cuenta. Llevaba una camiseta negra, ajustada al cuerpo y que le marcaba minuciosamente cada uno de sus músculos. También el pantalón y los zapatos eran negros, y tenía una americana gris en la mano. La temperatura de Carlota subió instantáneamente.

—Hola —saludó ella tímidamente.

—Hola, Emma está en su habitación. Pasa, por favor.

La siguió hasta la habitación de la niña para despedirse de la pequeña. Después se marchó y Carlota trató de no pensar en lo que él haría esa noche. A fin de cuentas, no podía exigirle nada.

Apenas pasaba de la una y media cuando John regresó. Carlota estaba leyendo, como de costumbre. Emma hacía rato que se había dormido. Él se asomó al salón, como hacía siempre.

—¿Qué tal todo?

—Bien, como siempre.

Carlota no pudo evitar hacerle una revisión furtiva en busca de alguna mancha de carmín, algún cabello rubio o algún otro signo que indicara con quién había salido aquella noche.

—He visto a tus amigos.

Ella se sorprendió. Perfecto, así sabría exactamente con quién había estado.

—¿En serio?

—Sí, hemos vuelto a coincidir en la discoteca del otro día.

Algo se apretó en el interior de Carlota al recordar «el otro día», pero se sobrepuso. Si a él no le afectaba, no iba a ser ella la que le dejara ver que a ella sí. Mucho.

—Ah, sí, Víctor había conseguido invitaciones.

—¿Víctor? —preguntó él, un poco perdido. Ella no se había molestado en presentarle a sus amigos, el único al que había «conocido» aparte de Olga y Miranda, si es que sabía quiénes eran ellas, había sido Jairo.

—El novio de Miranda, mi compañera de piso. La del pelo castaño y rizado que estaba conmigo el sábado.

—Ah, sí, ya la recuerdo. Olga es la morena de pelo corto ¿no?

—Sí, es mi prima.

—La vimos una vez en el parque —dijo él, sorprendiéndola.

—Es verdad, ahora me acuerdo. ¿Vas mucho por allí? —Se arrepintió tan pronto como lo dijo. «¿Y a ti qué te importa, Carlota? No deberías preguntarle por dónde sale o deja de salir».

Pero a él no pareció molestarle la pregunta.

—El local es de un amigo. Bueno, es uno de los dueños. La semana pasada insistió en que fuéramos a ver la reforma, y esta semana los chicos han insistido en volver a ir. Al parecer más de uno triunfó la semana pasada...

Carlota tragó saliva, pensando: «Ya. Tú, por ejemplo». Se levantó y recogió rápidamente sus cosas. Pasó junto a él casi sin mirarlo.

—Bueno, me marchó, que es tarde.

—Que descanses.

La acompañó a la puerta, y ella salió deseando pillar a Miranda y a Olga para hacerles un interrogatorio en toda regla. Por lo menos no se quedaría con las ganas de saber con quién había estado él. Pero había dicho «los chicos». Tal vez, por un golpe de suerte inesperado, la Barbie había desaparecido de su

vida.

Para John la noche no había sido muy divertida. Había cenado con algunos amigos, entre ellos un par de compañeros de trabajo, como Jorge, por ejemplo, y luego habían ido a tomar unas copas. Uno de los que había salido con él era Mauro, uno de los socios de la discoteca, así que habían vuelto a ir otra vez. John se había sentido raro al ver a los amigos de Carlota. Faltaba ella, pero claro, estaba con Emma. Los recuerdos de la noche que habían pasado juntos habían vuelto con fuerza a su memoria. Ella le gustaba, odiaba reconocerlo, pero le gustaba.

Tenía que mantenerse apartado de ella, costara lo que costara.

Carlota llegó a casa deseando que Miranda y Olga estuvieran allí, pero era demasiado temprano. Esperó un rato despierta, pero tardaban demasiado y optó por acostarse, estaba rendida. Ya se enteraría por la mañana de cómo había ido la noche, tanto para ellas como para John.

Se despertó la primera, y esperó pacientemente a que sus amigas dieran señales de vida. La primera en levantarse fue Olga, que entró en la cocina con una enigmática sonrisa.

—¿A que no sabes a quién nos encontramos anoche?

—A John. Me lo dijo cuando volvió a casa. ¿Con quién estaba? Llevo toda la noche esperando para interrogaros.

Olga sonrió.

—No había mujeres a la vista, que supongo que es lo que necesitas saber. Alguna se le acercó, pero no parecía muy interesado. Se fue solo a casa, a eso de la una. Los demás se quedaron.

—Sí, él llegó como a la una y media.

—No parecía que se estuviera divirtiendo mucho.

Carlota se mordió el labio. Esperaba que no fuera porque echaba de menos a la Barbie ejecutiva...

—Uno de sus amigos es uno de los dueños del local, por lo que me dijo.

—Pues ya podías pedirle invitaciones. Me gusta ese sitio.

—¿Te gusta? —preguntó Carlota extrañada. Olga era de costumbres fijas, si salían de los cuatro locales de copas a los que iban habitualmente, enseguida se agobiaba. Que hubiera ido a la discoteca el día que pinchaba Darío no era tan raro, pero que le apeteciera repetir...

—Estuve bailando con un tipo interesante... y charlamos un rato.  
—¿Y? —Aquello explicaba muchas cosas.  
—Y nada. Yo no me voy con nadie de buenas a primeras. No le conozco de nada.  
—¡Pero te gusta! ¿Cómo se llama?  
—Se llama Isaac.  
—¿Y qué más sabes de él? —Si le gustaba, seguro que le había hecho un interrogatorio digno de la CIA.  
—Tiene treinta y dos años, es informático y vive en Móstoles.  
—¿Y es guapo?  
Olga sonrió.  
—Bueno, no está mal. Un poco más alto que yo, más bien delgado, moreno y con gafas. Pero sí, supongo que es guapo. Y muy inteligente, y divertido.  
—Me temo que Víctor va a tener que esforzarse en conseguir más invitaciones... ¿No?  
—Igual John podría conseguirlas si se las pides...  
—Ni lo sueñes. No voy a pedirle invitaciones a John.  
—¡Mira que eres desconsiderada!

La semana siguiente Víctor también consiguió invitaciones, y el sábado fueron a la discoteca, pero John no apareció. Cuando Carlota fue el lunes a cuidar a Emma se enteró de que había estado con gripe buena parte de la semana, de hecho cuando llegó a casa todavía tenía mal aspecto. Posiblemente incluso tenía fiebre.

Estuvo tentada de hacerle la cena, darle un Ibuprofeno o algo así y mandarlo a la cama a descansar, pero se contuvo. Era mayorcito y sabía cuidar de sí mismo.

Y no quería ni imaginarse cómo se tomaría que «la pequeña Carlota» le dijera lo que tenía que hacer.

Al menos en un par de días había mejorado considerablemente. La que cogió también la gripe fue Emma, de modo que el sábado John se quedó en casa con su niña y no necesitó que Carlota la cuidara.

Ella salió simplemente porque Olga estaba deseando presentarle a Isaac, no porque le apeteciera salir. Sabía perfectamente que el único hombre en el que ella estaba interesada no iba a estar en la discoteca.

## CAPÍTULO 8

Ese lunes, John se levantó cansado, física y mentalmente. Apenas le había dado tiempo a recuperarse de la gripe cuando también Emma la había cogido, y se había pasado el fin de semana pendiente de ella. Pero Emma por suerte nunca estaba enferma muchos días seguidos y, de hecho, tan solo en esos dos días había conseguido darle la vuelta. No era una niña propensa a tener fiebre y no había tenido ni que faltar al colegio. Cuando eso ocurría tenía que andar haciendo malabares para conseguir cuadrar sus horarios con los de Su, y que uno de los dos pudiera quedarse con ella. O en caso extremo podía recurrir a Charo, la mujer que les limpiaba la casa y se ocupaba de algunas otras tareas domésticas un par de horas diarias. Era una mujer amable, bien pasados los cincuenta, pero su tiempo también estaba organizado al milímetro y era difícil que pudiera estirar su jornada durante más de un día y quedarse con Emma en caso de necesidad.

Desde luego, él preferiría poder contar con Carlota, pero ella trabajaba por las mañanas. Mientras conducía al trabajo iba pensando en lo bien que se entendían su hija y ella. Era evidente que Carlota tenía buena mano con los niños, era dulce y cariñosa, pero también firme cuando era necesario. Y Emma siempre decía que era muy divertida y sabía hacer de todo.

En eso, probablemente a él le quedaba aún mucho por descubrir. La tarta de su cumpleaños había sido toda una revelación, pero estaba seguro de que la pequeña Carlota tenía muchas otras habilidades ocultas. Recordó también el asunto de los idiomas. ¡Quién lo hubiera dicho! Aunque claro, en realidad, él ni siquiera sabía qué carrera había cursado en la universidad. Lo mismo podía ser ingeniero aeronáutico que dentista, o economista.

Negó con la cabeza, sonriendo. No, seguro que no era nada de eso. Ninguna de esas profesiones encajaba con la personalidad alegre y chispeante de Carlota. ¿Quizás Bellas Artes o algo más creativo? Lo que no acababa de entender era por qué trabajaba de camarera. ¿Es que no había nada relacionado con su hipotético futuro profesional en lo que pudiera trabajar? ¿No tenía ambiciones o sueños en ese sentido? Seguro que sí, tenía que tenerlas.

Y se prometió a sí mismo que las descubriría. Era vergonzoso que se mantuviera en la ignorancia de esa manera en todo lo referente a ella.

Aparcó el coche y miró el reloj. Iba sobrado de tiempo. En una fracción de segundo se le ocurrió que podía ir a tomarse un café. Un café decente, y no como el agua sucia y amarga que salía de la máquina de café de la oficina. Le vendría bien para cargar las pilas. Antes de pensarlo dos veces empezó a caminar las tres manzanas que separaban el edificio de su empresa de la cafetería donde trabajaba Carlota.

La vio en cuanto cruzó la puerta, y ella levantó la vista y también lo vio. Se acercó a la barra y se sentó en el mismo taburete que la otra vez.

—Hola, John ¿Otra vez por aquí? Se ve que te gustó el café.

—Es mucho mejor que el de mi oficina, te lo aseguro. ¿Me pones un café solo, por favor?

—Ahora mismo.

Ella se giró hacia la cafetera y él pudo observarla con detenimiento. El uniforme le sentaba bien, indudablemente. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta y tirante. A él le gustaba más suelto, tenía una melena preciosa.

Sus pensamientos empezaban a desmadrarse, así que cogió el periódico y comenzó a hojearlo para poder apartar la vista de ella.

Carlota le puso delante el café y le preguntó:

—¿Qué tal está Emma? ¿Ha ido al colegio?

—Sí, ayer ya no tenía fiebre. Incluso salimos por la tarde a dar un paseo. No podía retenerla en casa por más tiempo.

Ella se rio, y después le preguntó amablemente:

—¿Y tú, cómo estás?

—Bien, gracias, cansado pero bien. A mí me ha dado más palo que a ella.

—Sí, no tienes muy buen aspecto.

Era una verdad a medias. Tenía cara de cansancio, pero con su traje oscuro, su camisa blanca impecable, y su corbata en color burdeos, estaba impresionante, con buena cara y sin ella.

—Vaya, gracias —sonrió él.

Ella se sonrojó un poco. Cuando lo miró vio que sus ojos brillaban con picardía.

—Ya sabes a qué me refiero —se vio obligada a puntualizar.

Un hormigueo recorrió su piel, desde la nuca hasta los dedos de los pies.

De repente era como si el aire se estuviera cargando de electricidad.

Seguro que era él quien provocaba eso.

Con serias dificultades, se giró hacia el otro lado de la barra. Si seguía mirándola así, acabaría mojando las bragas.

John trató de centrarse de nuevo en el periódico, siendo consciente de la tensión que se había creado de repente entre ellos. Él la había provocado y ella había reaccionado. Con dos palabras, una mirada y una sonrisa. No había hecho falta nada más. Y habría jurado que su piel se había erizado lo mismo que la de él. Había recordado la noche en que había estado desnudo ante ella, y cómo ella lo había mirado, y admirado, reconociendo que estaba «bastante» satisfecha con lo que veía. Seguro que ella había pensado en algo parecido hacía un momento, después de aquel inocente «no tienes muy buen aspecto».

Carlota era muy fácil de provocar. Aquello le gustaba. Aunque a primera vista, tal vez no lo pareciera, él era un provocador nato.

Miró el reloj, apuró su café y la llamó.

—¡Carlota! ¿Me cobras, por favor?

—Sí, claro.

Se acercó y cogió el billete que él le tendía. John sintió un impulso y... lo siguió.

—Oye, ¿sales fuera en el puente?

—No, para empezar, tengo que trabajar. Solo libro el domingo. —Ella se preguntó perpleja a qué venía aquella curiosidad de repente. ¿Es que iba a invitarla a salir?— ¿Por qué?

—No, por nada... Me preguntaba... Ya te comenté que uno de los socios de la discoteca es amigo mío, y había pensado que tal vez quisieras unas invitaciones para ti y para tus amigos.

Carlota sintió un atisbo de decepción, pero no lo dejó entrever. Tal vez él estuviera allí, después de todo. Y seguro que Olga agradecería que volvieran. Las cosas con Isaac iban viento en popa.

—Sí, claro, es un sitio genial. Si puedes conseguir unas cuantas, te lo agradecería muchísimo.

—Eso está hecho. Mañana te las traigo. Bueno, o pasado mañana, en cuanto pueda hablar con Mauro.

Carlota le dio las vueltas y él se levantó para marcharse. La miró una última vez cuando ella ya empezaba a atender a otro cliente, y salió.



Carlota se quedó a partes iguales emocionada y confundida. No entendía muy bien por qué había aparecido allí de repente. Bueno, obviamente a por un café... pero no. Había muchas más cafeterías en la zona. No quería ver indicios de nada, pero los había, seguro que los había.

O tal vez solo quería que ella supiera que la niña ya estaba bien.

¿Y lo de las entradas?

Suspiró. En fin, mejor no darle más vueltas al asunto. Ya se vería. No quería hacerse ilusiones y llevarse luego un chasco. Lo mismo solo quería ser amable porque había vuelto con la Barbie y quería que ella saliera y se divirtiera sin él.

Pues vaya una mierda.

El miércoles por la mañana John pasó por la cafetería para llevarle invitaciones para la discoteca. Suficientes para ella, Miranda, Olga, Víctor y otros cuantos amigos más, para el viernes y el sábado. Ella tenía que trabajar el sábado, pero entraba más tarde, a las diez de la mañana. Podía salir un rato y marcharse a una hora razonable para levantarse en condiciones para ir a trabajar. Tendría la oportunidad de enseñarle el local a Hugo, su hermano menor, que había decidido pasar el puente en Madrid y se quedaba en su casa. Hacía tiempo que no lo veía y le apetecía mucho salir por ahí con él. Con Hugo era imposible aburrirse.

El jueves, pese a ser festivo, Carlota trabajaba, así que dejó en casa a Miranda, que tenía puente, y a Olga, que trabajaba de tardes esa semana, y se fue a la cafetería. Hugo llegaría a media mañana, pero las chicas estaban en casa para recibirle. Iban a estar un poco apretados, más que nada porque él dormiría en el sofá las tres noches que iba a quedarse en Madrid, pero Olga estaba también encantada de recibir la visita de su primo. Ellos dos solo se llevaban un año, Olga tenía veintinueve y Hugo treinta, y habían jugado mucho juntos de pequeños. Incluso de jovencitos habían salido con el mismo grupo de amigos. Miranda también lo adoraba, de hecho, había estado colada por él cuando era aún una niña. Pero cinco años de diferencia habían sido demasiados, Hugo ni siquiera la había tomado en serio. Claro que eso había sido cuando ellas todavía estaban cursando la ESO y él ya estaba en la universidad. De catorce años a diecinueve había un abismo.

Ahora, cinco años no eran nada. A ella ni siquiera le parecían un

obstáculo los diez que le llevaba John. Después de todo, tampoco eran tan diferentes, veinticinco o treinta y cinco, no son más que números cuando en realidad eres un adulto y te sientes capacitado para tomar tus propias decisiones y cometer tus propios errores.

Y ella no pensaba que John hubiera sido un error.

Lástima que él sí.

Cuando salió del trabajo, un hombre alto de pelo castaño la estaba esperando en la puerta.

—¿Qué pasa, peque? ¿No me vas a dar dos besos?

—¡Hugo! Pensaba que me esperarías en casa.

—Me apetecía ver dónde trabajabas. Olga me ha acompañado casi hasta aquí, de camino a su trabajo. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú? Hacía tiempo que no te veía.

Desde el verano, como al resto de sus hermanos y a sus padres. En Navidad tenía unos días libres y pasaría con ellos la Nochebuena. Tenía muchísimas ganas de verlos a todos.

—Pues ya me ves. Creo que como siempre.

Le guiñó un ojo. Sí, desde luego. Seguía teniendo esa cara de chico travieso que volvía locas a las mujeres.

Se fueron a casa charlando y poniéndose al día, y pasaron la tarde recordando anécdotas de la infancia con Miranda en el salón de casa. Víctor también se unió a ellos, y los dos hombres congeniaron inmediatamente, pese a que el novio de Miranda había ido más que nada para «controlar» que su chica no corriera peligro... No sabía qué tipo de relación tenían ella y Hugo pero por cómo hablaba de él, se había sentido un poco celoso. Cuando había conocido al hermano de Carlota se le habían pasado enseguida las dudas. Parecía un buen tipo, trataba a Miranda igual que a su hermana pequeña, y le había caído bien. Así que por la noche se fueron todos de marcha, en cuanto llegó Olga.

Fueron a los bares de copas que frecuentaban habitualmente. Bailaron y se rieron hasta que les dolió la mandíbula. Carlota se había puesto un top, un vaquero ajustado y tacones y Hugo bromeaba con ella.

—Guau, hermanita, estás espectacular... ¿Cómo es que no hay ningún madrileño babeando a tu alrededor? Deben de estar ciegos, o no sé cuál es el problema...

—El problema es que ella solo tiene ojos para un neoyorkino.

Carlota casi mata a Miranda en ese momento.

—¿Neoyorkino? —Hugo la miró con curiosidad—. ¿Tienes un noviete americano?

—Nada de noviete, idiota.

—Es su jefe —se rio de nuevo Miranda.

—¿Te quieres callar de una vez, payasa? —se enfadó Carlota. Su hermano no necesitaba ese tipo de información. Probablemente se burlaría de ella, y si contaba algo en casa, su madre era capaz de presentarse en Madrid para conocer al americano.

—¿Su jefe? —Hugo estaba cada vez más interesado—. ¿Su jefe de la cafetería?

—No. Es el padre de la niña que cuido por las tardes. Pero no es mi novio ni nada parecido, ¿vale? No es nada. Punto. Y no quiero hablar más de él.

—Ah..., o sea, que te gusta, pero aún no se ha dado cuenta de lo que vale mi hermanita... ¡Qué gilipollas!

Carlota le dio un empujón, y Hugo se rio, pero optó por dejar el tema. Era evidente que a Carlota le molestaba. No sabía quién era aquel tipo, pero juraría que a ella le gustaba mucho. Si el tipo no era importante no tendría inconveniente en hablar de él.

Volvieron relativamente pronto a casa, y aun así el viernes en el trabajo Carlota estuvo un poco más cansada de lo habitual. Aunque también estaba excitada por ir a la discoteca esa noche. Quizás estuviera John.

Buscó en su armario algo sexi que ponerse. Recordó una blusa de seda, con amplia manga corta, tipo túnica, que se había puesto un par de veces. No hacía demasiado frío, así que serviría si se llevaba algo de abrigo encima. Era de un brillante rojo cereza y su escote barco la hacía caer hacia un lado dejando a la vista uno de sus hombros. Se puso debajo una camiseta de tirantes negra, y la combinó con vaqueros elásticos negros y zapatos de salón rojos, con tacón alto y plataformas. Los había comprado tirados de precio y para ocasiones especiales eran perfectos.

Esta era una ocasión especial; John Connor estaba acabando con su paciencia.

Se dejó el pelo suelto y se maquilló. Los ojos con un discreto ahumado

en negro y la boca con un brillo rojo cereza. Cuando salió al salón, donde la esperaba su hermano, este se la quedó mirando sorprendido.

—Joder, hermanita, cómo has crecido...

—¡Idiota! ¿Siempre tienes que estar igual?

Él se rio.

—Estás espectacular. Me vas a dar mucho trabajo esta noche.

—Tú diviértete y déjame a mí, que puedo defenderme solita perfectamente.

Cuando Olga y Miranda estuvieron listas, poco después de que llegara Víctor, salieron y fueron a cenar. Optaron por un chino que les gustaba mucho y donde servicio era ágil, ya que no podían entretenerse mucho. Carlota tenía que trabajar al día siguiente. Se fueron a la discoteca tras tomar un café rápido. Aún estaba bastante vacía, era pronto. Las chicas salieron a bailar mientras Víctor y Hugo las miraban desde la barra, charlando animadamente. Poco después llegó Isaac con un par de amigos. Olga sabía que iba a estar allí, y enseguida empezó a coquetear con él. Parecía un buen tipo. No es que fuera especialmente guapo, pero tenía algo, con ese aire intelectual que le conferían las gafas. Daba la impresión de ser tímido, pero curiosamente, con Olga hablaba hasta por los codos. A Carlota le gustaba. A ver si dejaban de marear la perdiz y empezaban a quedar, sin andarse con tantos rodeos.

Víctor y Hugo finalmente se acercaron a las chicas y estuvieron bailando un rato los cuatro, mientras Olga e Isaac mantenían una intensa conversación, hablándose al oído un poco más allá. A Hugo no le hacía mucha gracia que su hermanita estuviera teniendo tanto éxito entre los hombres. Estaba casi todo el tiempo rodeada de mirones y babosos.

—Pues si la llegas a ver el día que se puso el corsé rojo, flipas —le dijo Víctor.

—¿El corsé rojo? ¿El que yo te regalé? No pensé que te atreverías a ponértelo —le dijo riendo.

—Pues se atrevió, y el americano casi se muere en el sitio —intervino Miranda.

—¿Por qué no te callas, guapita? —la interrumpió Carlota antes de que dijera más de lo que su hermano tenía por qué oír.

Hugo se fue al baño y se quedaron allí bailando. Y entonces Carlota se giró hacia la puerta, y vio a John, a tres metros de ella con cara de no estar divirtiéndose nada en absoluto. Parecía que se le había muerto el gato. Iba

vestido con pantalones negros y un jersey fino gris. Espectacular, como siempre.

Lo miró extrañada y se acercó. Él no se movió.

—John, ¿qué tal? ¿Te pasa algo?

—¿A mí? No, nada. Y tú ¿qué tal? ¿Te estás divirtiendo?

Carlota juraría que había sarcasmo en su voz.

—Pues sí, bastante.

—No sabes cuánto me alegro. Ahora si no te importa, creo que voy a por una copa.

—Espera..., quería presentarte a alguien.

John se quedó clavado en el sitio. Había entrado en la discoteca ya buscándola con la mirada, y la había visto, con sus amigos, y con aquel tipo con quien parecía tener una conexión especial. Habían estado bromeando y riendo, y él había estado a punto de darse la vuelta y largarse. Pero entonces ella lo había visto y se había acercado. ¿Por qué? ¿Para qué? ¿No estaba con otro? Y encima quería presentárselo... Aquello era casi cruel.

—Ya conozco a tus amigos.

Entonces vio al tipo que se acercaba a ellos mirándolo con una mezcla de recelo y curiosidad. Los dos hombres se midieron el uno al otro por un momento. Y entonces Hugo le puso la mano en el hombro a su hermana, y John apretó los dientes.

—¿Algún problema, Carlota? —No se le había escapado que el tipo de los ojos azules estaba enfadado. Tal vez ella lo había despachado sin ningún tacto. Era típico de Carlota.

—No, Hugo, qué va. Mira, este es John. John, él es mi hermano, Hugo.

Al oír la palabra «hermano», John se sintió estúpido y aliviado a partes iguales. Era su hermano, joder. Y él que llevaba veinte minutos deseando partirle la cara...

Hugo frunció el ceño.

—¿John?

—John Connor —añadió John.

—Joder, como el de *Terminator* —se le escapó a Hugo antes de pensar si estaría harto de oír eso.

—Sí, eso —se rio Carlota—, como el de *Terminator*.

—Encantado. Mi hermana me ha hablado de ti. —«Tú eres el americano» pensó, divertido.

Carlota lo miró con una advertencia clara en los ojos: «Hugo, como te pases, te mato», y él añadió, al ver la expresión cautelosa de John:

—Dice que tienes una hija encantadora.

—Ah, sí, Emma.

—Bueno, creo que me voy a por una copa. Te dejo en buenas manos, ¿no, Carlota?

Se marchó sin esperar una respuesta.

Carlota y John se miraron sin saber qué decir. Al final fue Carlota la que se decidió a hablar.

—¿No te gusta bailar? Creo que aún no te he visto hacerlo.

—No soy muy bueno.

—A ver, eso tengo que verlo yo.

Él se dejó llevar, sin saber muy bien por qué. Y ella comenzó a bailar junto a él. Sonaron los primeros acordes de una canción que al parecer le gustaba, y empezó a bailar como si estuviera sola en la pista. Y en realidad era como si lo estuviera, él al menos no podía ver a nadie más.

La letra se abrió paso en su cabeza. La reconoció, era «*Mercy*», de Duffy.

*I love you*

(Te quiero)

*But I gotta stay true*

(Pero debo permanecer fiel)

*My morals got me on my knees*

(Mi moral me tiene de rodillas)

*I'm begging please stop playing games*

(Rogando por favor que dejes de jugar)

Él la miró bailar, absorto en sus movimientos, en su cuerpo y en su melena. Tragó con dificultad. ¿Qué demonios estaba haciendo? Ella era seguramente todo lo que un hombre podía desear, y él pretendía apartarla de su lado. Era un estúpido. No cabía otra explicación.

*I don't know what you do*

(No sé qué es lo que haces)

*But you do it well*

(Pero lo haces bien)  
*I'm under your spell*  
(Estoy bajo el poder de tu hechizo)

Ella se acercó y lo miró a los ojos. Y él supo que estaba perdido. No tenía forma de escapar de esos ojos de color chocolate. La cogió por la cintura mientras ella continuaba bailando frente a él, moviéndose de una forma sexi y segura. Su pulso se aceleró, más aún. Empezó a sentir que su cuerpo reaccionaba ante ella. Se estaba poniendo como una piedra. Y ella ni siquiera lo había tocado.

*You got me begging you for mercy*  
(Tú me tienes rogando compasión)  
*Why won't you release me*  
(¿Por qué no me sueltas?)  
*You got me begging you for mercy*  
(Tú me tienes rogando compasión)  
*Why won't you release me*  
(¿Por qué no me sueltas?)  
*I said release me*  
(He dicho que me sueltes)

Alguien pasó en ese momento junto a ellos y la empujó contra él. Carlota tropezó y se sujetó a John sin pensarlo, apoyando las manos en su pecho. Levantó la vista y lo miró, un poco cohibida. No había tenido intención de tocarlo.

Ni tampoco de mirarle la boca como si estuviera deseando comérsela sin medida, pero lo hizo.

Y por fin, John Connor captó la indirecta.

Su boca atrapó la de ella ansiosamente, dejándole saber cuánto tiempo había deseado ese beso. No hubo roces sutiles ni pidió permiso para entrar. La tomó, sin más. Mordió los labios, su lengua invadió la boca de ella, y ella le salió al encuentro. Se enzarzaron en un baile frenético, saboreándose con furia. Carlota le enredó los dedos en el pelo y él la estrechó con fuerza contra él, haciéndole notar cuánto la deseaba. Se olvidaron de todo y de todos por unos minutos.

Y entonces acabó la canción y se rompió el hechizo. John se apartó despacio de ella, y Carlota temió oír de nuevo las odiadas palabras «es un error».

Pero él no dijo eso.

—¿Tienes que trabajar mañana?

—Sí, a las diez.

Lo pensó solo un momento.

—Pasa la noche conmigo.

Ella se quedó quieta y callada, agarrada aún a su cuello. Empezó a deslizar las manos soltándose, como si no tuviera fuerzas ya.

—No sé si es una buena idea.

—¿Por qué no?

—Porque mañana te arrepentirás.

—No, creo que no.

—No estás seguro. ¿Qué voy a hacer contigo, John Connor?

—No sé... ¿darme una oportunidad?

Carlota suspiró. La tentación era demasiado grande como para resistirse.

—Está bien. Pero te advierto que como mañana digas que ha sido un error, te mato.



## CAPÍTULO 9

John sonrió y volvió a besarla. Ella le devolvió el beso con pasión, sin dudas. Esperaba que él no se arrepintiera de nuevo por la mañana. No estaba segura de poder soportarlo.

John la miró a los ojos. Ella estaba segura de lo que quería. Él aún no, pero la necesitaba. Confiaba en que las cosas fueran más fáciles por la mañana que la última vez. Al menos debía intentar morderse la lengua. Si volvía a decir que aquello era un error, quizás Carlota no lo mataría, pero sabía que escuchar algo así le haría daño. Y ella no se merecía eso. Se suponía que, de los dos, él debía ser el más maduro pero, paradojas de la vida, era ella la que no tenía miedo de tomar decisiones ni de asumir las consecuencias de sus actos. Aquello lo descolocaba. Tal vez no era tan cría como él siempre había creído.

—¿Nos vamos? Mañana tienes que trabajar —le preguntó por fin. Su voz sonó grave y ronca, exactamente con el tono seductor que hacía que Carlota perdiera por completo la cabeza.

—Sí, espera, voy a despedirme. —Se dio la vuelta y se acercó a Víctor y Miranda, que estaban a poca distancia y la interrogaban ya con la mirada—. Me voy con él.

—¿Estás segura? —le preguntó Miranda.

—Yo sí. Él no sé, pero tengo que intentar que entienda que ve diferencias insalvables donde no las hay.

—Vale, pues suerte, cariño.

—Gracias —respondió Carlota sonriendo—. ¿Y mi hermano?

—Está por allí. —Señaló con la cabeza y Carlota vio a Hugo bailando con una chica morena, de pelo corto y gafas de pasta—. Creo que no te va a echar de menos. Vete tranquila, yo le explico luego.

—Vale, mañana pasaré a cambiarme antes de ir a trabajar.

—No te prometo que estemos despiertos.

—Que os divirtáis —se despidió Carlota con un guiño.

—Y tú también —respondió Miranda sonriéndole también con complicidad.

Salieron de la discoteca muy juntos, la mano de John en la cintura de Carlota, y su pecho casi pegado a la espalda de ella. Cogieron un taxi y, otra vez, se apretaron en el asiento trasero, el uno junto al otro, besándose de vez en cuando, sin prisas, con deleite, disfrutando lo indecible de cada beso.

Al llegar a casa de John bajaron del taxi cogidos de la mano. Él no acababa de creerse que ella hubiera aceptado acompañarle después de cómo la había herido sin duda la vez anterior. No pensaba volver a cometer el mismo error. Al menos esperaba con toda su alma no cometerlo.

Subieron en el ascensor conteniendo con dificultades su impaciencia. John la abrazó y le retiró un mechón de pelo de la cara, para besarla con ternura. No quería avasallarla. La vez anterior le había dado la impresión de que había sido demasiado brusco con ella, demasiado pasional. Por Dios... ¡si hasta le había roto el tanga! Y no creía que ella valorara positivamente ni la rudeza ni las prisas. Había tenido demasiadas mujeres poco aficionadas al «aquí te pillo, aquí te mato».

Se contuvo hasta que estuvieron dentro y dejó su abrigo en el perchero de la entrada. Cogió el abrigo de ella y lo dejó también allí. Entonces la sujetó por la cintura y, besándola, comenzó a caminar abrazado a ella hacia la habitación.

Carlota estaba en una nube, extasiada por él, por su mirada azul, por el calor de su cuerpo y el olor de su colonia. Lo deseaba como no había deseado nunca a ningún otro. Cuando entraron en su habitación, acarició su pecho sobre el fino jersey gris.

—Me gustas así vestido. Es casi raro no verte con traje y corbata.

—¿No te gustan los trajes? —preguntó él. Suponía que no. Ella trabajaba de uniforme, y no creía que el traje de chaqueta se contara entre sus prendas preferidas, seguramente tampoco para los hombres.

—Tus trajes me encantan. No conozco a ningún hombre al que le siente mejor un traje que a ti. Pero me alegro de ver que también tienes otro tipo de ropa. Sinceramente, lo dudaba.

Él sonrió complacido al oír aquello, y empezó a desabrocharle la blusa con delicadeza.

—Yo también dudaba de que tú tuvieras algo más que vaqueros gastados y zapatillas. De hecho, ni me había planteado la posibilidad de que alguna vez usaras tacones.

—Eres muy estrecho de miras ¿sabes? Y estás lleno de prejuicios.

Se quedó tan asombrado que no supo ni qué decir. De hecho, sus palabras lo hicieron dudar. ¿Tendría ella razón? ¿La habría estado prejuzgando sin conocerla realmente?

Carlota sonrió al ver la reacción de él, y cogió el jersey por el bajo para sacarlo por su cabeza con decisión. Él se dejó hacer.

—Aunque tampoco encajas exactamente con la idea que me había hecho de ti. Me temía que fueras demasiado serio. Me alegro de que no lo seas.

—¿Serio? ¿En qué sentido? —La blusa cayó al suelo como un suspiro, y le sacó también de un solo movimiento la camiseta negra de tirantes que llevaba debajo, para admirar por fin su piel suave y su sujetador de encaje negro. Había esperado que ella usara lencería más candorosa: blanca, beige, de algún color pastel. Pero la vez anterior su tanga era negro y ahora al parecer también. Otra sorpresa.

No era tímida en absoluto. Eso le había parecido la vez anterior, pero se lo estaba confirmando con rotundidad. Más sorpresas.

—Pensaba que serías más... suave conmigo.

John estaba desconcertado.

—¿Te hice daño?

—No, en absoluto —sonrió—. No soy tan delicada. De hecho, me gusta un poco de... ímpetu.

Él tragó con dificultad, y se puso duro como una piedra. Si le hubiera dicho directamente «quiero que me folles como un animal» no habría conseguido una reacción más primitiva.

—Te gusta el ímpetu... —repitió él, como si fuera incapaz de entenderlo. Le desabrochó los vaqueros y ella se descalzó los zapatos para que pudiera quitárselos.

—Eso he dicho. ¿Tan raro te parece?

—Al final vas a tener razón... —le dijo él besándole el cuello con un roce cálido de los labios, dejándole sentir sus dientes por una fracción de segundo y enviando escalofríos a lo largo de su columna vertebral.

—¿En qué?

—En lo de los prejuicios. Creo que me había hecho una idea equivocada de ti.

—¿Y eso es bueno... o es malo? —preguntó con un atisbo de temor. Iba a quitarle el bóxer pero no lo hizo. Tal vez creía que a él no le gustaba que fuera

tan lanzada.

—Creo que bueno. Muy bueno. Aunque voy a tener que comprobarlo por mí mismo.

Bajó los vaqueros de ella hasta los tobillos y se los quitó. Llevaba un minúsculo tanga de encaje negro, a juego con el sujetador. Lo miró, y ella le dijo rápidamente:

—Prefiero que no lo rompas, me gustan los conjuntos emparejados.

Él sonrió.

—¿Y si te digo que me encantaría romperlo?

—Entonces mañana quiero un conjunto nuevo. Seguro que tienes tan buen gusto para la ropa interior como para los trajes... —sonrió ella con picardía.

Él no podía creer en su suerte. Carlota era... simplemente maravillosa.

La empujó sobre la cama cayendo sobre ella, metiendo la rodilla entre sus piernas y separándoselas ligeramente. Deslizó la mano hacia arriba entre sus muslos, y ella gimió antes incluso de que alcanzara su objetivo. Verla tan excitada lo volvía loco.

Agarró el tanga con firmeza y se lo arrancó de un tirón, desgarrándolo sin contemplaciones.

—Te debo un conjunto, tomo nota.

Carlota rio y le echó los brazos al cuello para atraerlo hacia su boca. La besó con pasión y dureza, y ella respondió con igual intensidad. Aquello era incluso más de lo que John jamás se habría atrevido a soñar.

Deslizó hacia abajo los tirantes del sujetador, y tiró suavemente del encaje para liberar sus pechos perfectos. Los pezones se erguían provocativos, hinchados y rosados llamándolo, tentándolo a que los probara.

Su boca aceptó la invitación y los besó suavemente, uno tras otro. Después deslizó la lengua por ellos, trazando un camino a través de su pecho, y más tarde por su esternón hasta su garganta, donde mordió ligeramente y la hizo gemir.

Cogió los pezones entre los pulgares y presionó ligeramente.

Carlota se arqueó y ahogó un grito de placer.

Sí, definitivamente le gustaba un poco de ímpetu.

Succionó los pezones, uno tras otro, con fuerza, comprimiéndolos casi contra su paladar. Mientras tenía uno en la boca, pellizcaba el otro, y ella se retorció extasiada por sus caricias. Lo sujetaba con fuerza del pelo,

apretándolo contra sí. Él finalmente abandonó sus pechos, palpitantes, inflamados y enrojecidos, y deslizó la lengua por su vientre, hacia el ombligo y más abajo.

Carlota se tensó, expectante. El deseo la estaba matando. Él enterró la cara entre sus piernas y lamió su sexo con avidez. Atrapó el clítoris entre los labios, succionando levemente mientras un dedo entraba en ella con facilidad. Lo hizo girar con suavidad y añadió un segundo dedo. Carlota jadeaba a punto de perder el control. Las sensaciones se sucedían sin darle tiempo a asimilarlas. Cuando él añadió un tercer dedo, estirándola y llenándola mientras su lengua empujaba el clítoris con firmeza, empezó a temblar de un modo incontenible. John se incorporó sobre ella y la besó. Ella sintió su propio sabor en la boca de él, y protestó cuando él se retiró para alcanzar un preservativo de la mesilla.

Se lo quitó de la mano, lo rasgó y se lo puso con repentina lentitud, acariciándolo suavemente. Después lo empujó de espaldas sobre la cama y se subió a horcajadas sobre él. Lo montó sin contemplaciones, gimiendo sin recato.

John se quedó pasmado, viéndola moverse sobre él con seguridad y determinación. Buscando su placer sin remordimientos. A duras penas logró contenerse para esperarla.

Ella se inclinó hacia atrás, buscando un mejor ángulo para disfrutar de él, y él aprovechó para deslizarse el pulgar entre los rizos de su pubis, hasta alcanzar el inflamado clítoris. Lo frotó en círculos, y ella apretó su vagina con fuerza cuando un violento orgasmo la sacudió.

Se sintió apresado, exprimido y adorado. El placer bajó por su columna vertebral, tensando sus testículos y desbordándose dentro de ella.

Se corrió con un gemido ronco mientras ella lo comprimía aún con las últimas convulsiones de su orgasmo.

Carlota se desplomó sobre John, agotada y satisfecha. La palma de su mano se apoyaba en el pecho de él, jugueteando con la pelusilla que le rodeaba los pequeños y duros pezones. Lo pellizcó y él se estremeció, clavándose un poco más en su interior. Ella sonrió con picardía.

Levantó la vista y lo miró. Sus ojos azules estaban entrecerrados mientras trataba de recuperar el ritmo de su respiración.

—Eso ha sido bastante impetuoso... ¿no crees? —bromeó ella rozando de nuevo uno de los pezones de él con el pulgar.

John sonrió y abrió los ojos.

—Definitivamente, creo que no he estado más equivocado con alguien en mi vida.

—Creo que eso es bueno... —murmuró ella complacida.

—Lo es.

Casi se durmieron así, el uno sobre el otro. Hasta que a Carlota empezaron a dolerle las rodillas y se apartó de él con desgana.

Miró el reloj. Era tarde y al día siguiente tenía que trabajar.

John se deshizo del preservativo y ella se quitó el maquillaje. Por suerte había tenido la prudencia de llevarse toallitas desmaquilladoras por si acaso. Luego programó la alarma del móvil, regresó con él a la cama y se refugió en el calor de sus brazos. El la besó en el pelo y apagó la luz.

Y se durmieron abrazados sin decir ni una palabra más.

## CAPÍTULO 10

Carlota se despertó sobresaltada al oír la alarma de su móvil. Cuando se movió para apagarlo fue consciente de un brazo que la rodeaba y de un cuerpo cálido pegado a su espalda que comenzaba también a moverse a medida que despertaba. Recordó la noche anterior y se giró para mirarlo, temerosa de su reacción. Si volvía a apartarla de él, no sabía si podría seguir mirándolo a la cara.

—Buenos días. ¿Has dormido bien?— la saludó John.

Carlota no consiguió averiguar su estado de ánimo por el tono de su voz. Sonaba calmada y neutra.

—De maravilla, la verdad. ¿Y tú?

—También. Habrá que levantarse ¿no? Tienes que trabajar.

—Sí, lo sé. Se levantó y buscó su ropa. Él se levantó también y sacó ropa limpia para vestirse.

—Voy a darme una ducha. Si quieres ducharte también...

—Prefiero pasar por mi casa, gracias. Además, no tengo ropa interior...

—Ya, es verdad. —John sonrió. Tenía que comprarle un conjunto. O dos, ya que en realidad era el segundo tanga que le rompía—. Dame cinco minutos y estoy contigo. Hay té en la cocina pero, si quieres, te llevo a casa para que te cambies y luego te acerco al trabajo. Nos sobra tiempo para desayunar algo de camino.

No esperó una respuesta y entró al baño a ducharse. Carlota se vistió, tratando de procesar sus palabras. Llevarla a casa, y luego acercarla al trabajo. Desayunar juntos. Aún no sabía si eso era bueno o malo. Podía estar preparando el camino para deshacerse de ella más sutilmente, o podía ser que esta vez estuviera dispuesto a conocerla mejor.

Acabó de vestirse, sin bragas una vez más, y en cinco minutos John salió del baño recién duchado, con el pelo húmedo y el aspecto más sexi que ella hubiera podido imaginar. Llevaba un pantalón de pana fina de color crudo y un jersey azul marino de estilo marinero. La sangre de Carlota empezó a acelerarse en sus venas. Tragó saliva, sin ser capaz de quitarle los ojos de encima. Él sonrió.

—Si estás lista, nos vamos.

—Sí, ya estoy.

Cogió su abrigo y salió delante de él. John la llevó hasta el coche, la acercó a casa y aparcó junto al portal.

—Te espero aquí. Tómate el tiempo que necesites.

—Vale. Hasta ahora.

Cuando Carlota entró en su casa, todos estaban aún dormidos, así que sacó su ropa, se duchó rápidamente, se secó un poco el pelo y volvió a bajar, sin saber aún qué podía esperar de John. Él esperaba dentro del coche, escuchando la radio. Ella abrió la puerta y se sentó de nuevo junto a él.

John la miró y arrancó el coche sin decir nada. Tenía la cabeza hecha un lío, pero al menos había sacado un par de cosas en claro de la noche anterior; una: Carlota no era, ni por asomo, la niña que él siempre había visto bajo su ropa deportiva y desenfadada; y dos: no iba a dejarla escapar sin al menos intentar averiguar si podían encajar en algo más que en la cama.

Porque en la cama encajaban, de eso no le había quedado ninguna duda.

Se había vuelto loco con su desenvoltura y su naturalidad. No era tímida, ni frágil, ni había dudado en tomar la iniciativa cuando le había apetecido. Su manera de hablarle mientras se desnudaban el uno al otro lo había dejado anonadado. Le había dicho, de forma más o menos sutil, y provocándolo quizás incluso sin proponérselo, que le gustaba el sexo con... ¿Qué palabra había utilizado? Ah, sí. Con ímpetu.

La había entendido sin ningún problema.

A Carlota le iba la marcha. Exactamente como a él.

Le había costado encontrar parejas que compartieran sus gustos. Con Su, de hecho, el primer problema había sido el sexo. Habían empezado muy jóvenes y John se había ido animando poco a poco... mientras que Su había evolucionado exactamente en la dirección opuesta. Habían seguido siendo amigos, tenían mucho en común y se entendían estupendamente en todo, salvo en el dormitorio.

Desde luego había salido con mujeres con las que el sexo había sido bueno, incluso muy bueno, pero la mayoría no habían sido más que ligues para una o dos noches, máximo un par de semanas. Era raro que estuvieran interesadas en una relación con un hombre que tenía una hija pequeña cuando lo que querían, principalmente, era sexo. Desde luego había habido un par de excepciones en ese grupo que habrían matado por entrar en su vida para



quedarse, pero no eran el tipo de mujeres que él querría presentarle a su hija.

Y las mujeres que sí habría querido presentarle a Emma, y que querían algo más que sexo con él normalmente se retraían si él era un poco más rudo de lo habitual. Por no mencionar que la mayoría lo miraban raro cuando sugería juguetes eróticos, *bondage* o algo por el estilo.

Con Bárbara las cosas habían ido un poco mejor. Al menos no había salido huyendo la primera vez que le propuso atarla. Sin embargo, tampoco le parecía una entusiasta. Era demasiado pasiva, parecía como si le estuviera haciendo un favor.

Y él no quería eso. Quería que ella lo disfrutara también, que se entusiasmara, que le parara los pies, que cediera porque lo deseaba, no porque creyera que era lo que tenía que hacer para conservarlo.

Era complicado de definir, pero quería una mujer como la que Carlota parecía ser.

Quizás se estuviera equivocando una vez más con ella, pero tenía que comprobarlo.

Encontró un hueco para aparcar a un par de manzanas de la cafetería donde trabajaba Carlota. La miró y consultó su reloj.

—Nos sobra como media hora. ¿Conoces algún sitio donde podamos desayunar?

—Sí, claro, en la calle de atrás hay una cafetería que abre antes que nosotros.

Salieron del coche y caminaron juntos, uno al lado del otro. John se sentía extrañamente violento. Como si no se hubieran visto desnudos el uno al otro hacía menos de doce horas.

Carlota estaba en ascuas. Él había estado pensativo y taciturno en el coche. Estaba acabando con sus nervios. Caminó a paso ligero hasta la cafetería, con él al lado, entró y le indicó una mesa tranquila en un rincón.

—¿Nos sentamos ahí?

—Perfecto. ¿Qué quieres?

—Deja, yo te invito.

—Faltaría más. Has pasado la noche en mi casa, el desayuno corre de mi cuenta.

Ella se sonrojó, y acto seguido se sintió idiota, pero oírlo mencionar la noche que habían pasado juntos hizo reaccionar a su cuerpo más de lo que ella hubiera deseado.

Se sentó tratando de recuperar la calma.

—Vale, pues un té negro y un cruasán, por favor.

—Enseguida —le respondió él sonriendo, y se fue a la barra.

Regresó con un té negro, un café solo y dos cruasanes, y se sentó frente a ella. Le echó el azúcar al café y lo removió, mientras Carlota se esforzaba en empezar a comerse su cruasán. Tenía que comer algo, aunque estaba tan nerviosa por no saber aún qué iba a decirle John, que le costaba tragar. Por fin, él se decidió.

—¿Vais a salir esta noche?

—Tenemos entradas para la discoteca.

John tomó un sorbo de café sin saber muy bien por dónde seguir. «Quiero volver a pasar la noche contigo». «Quiero volver a romperte el tanga». «Quiero follarte toda la noche y despertarme aún dentro de ti».

No podía decirle algo así, joder.

Pero era lo que quería.

Al final, Carlota se acabó el cruasán y el té, y John seguía sin soltar prenda. Y ella no pensaba pasarse todo el día sin saber a qué atenerse, así que cogió el toro por los cuernos y preguntó sin rodeos.

—¿Te arrepientes?

John no se esperaba una pregunta directa, pero casi la agradeció.

—No, no me arrepiento. Estoy sorprendido, pero no arrepentido.

Carlota respiró aliviada. Enarcó una ceja, buscando sus ojos azules.

—¿Sorprendido bien o sorprendido mal?

Él le sostuvo la mirada. Le encantaban sus ojos color chocolate.

—Sorprendido. Necesito más información.

—¿Qué información necesitas? —la conversación estaba empezando a cambiar de tono y el aire se cargaba por momentos en torno a ellos. ¿Estaban hablando de sexo o solo se lo parecía a ella?

—¿Quieres cenar conmigo esta noche?

Menos mal que se había acabado el desayuno, si no, sin duda, se habría atragantado y quizás incluso ahogado por la impresión.

—Vale. ¿A qué hora?

—¿Te recojo a las ocho?

—Me parece bien.

—A las ocho, entonces.

Ella asintió, aún sin poder creérselo. Miró el reloj y vio que se le hacía

tarde.

—Tengo que irme. Gracias por el desayuno.

—De nada. Te acompaño.

Salieron juntos y la acompañó hasta la cafetería, caminando junto a ella y mirándola de reojo de vez en cuando. Sus manos se rozaron al andar, por casualidad, y a Carlota le dio la impresión de que una corriente eléctrica hacía saltar chispas entre ellos, subiendo por su brazo para llegar hasta su nuca, y enviando un estremecimiento a lo largo de su columna vertebral. Él se paró al llegar, y se despidió con un leve gesto de cabeza y una sonrisa.

—Bueno, pues hasta las ocho.

—Adiós —respondió ella. Y entró en la cafetería. El día se le iba a hacer eterno. No podía esperar a que dieran las ocho.

Cuando salió del trabajo cogió el metro y se fue a casa con el estómago hecho un nudo de nervios. Apenas había metido la llave en la cerradura cuando oyó gritar desde el salón.

—Hombre, ¡por fin!

Se asomó y vio que estaban allí Víctor, Miranda, Olga y Hugo, tomando café y aparentemente, esperándola.

—¿Qué? ¿En qué quedó la cosa? —preguntó Miranda sin rodeos.

Carlota miró a Víctor y a su hermano Hugo. Desde luego, no iba a dar detalles delante de ellos. Hay cosas que solo se comentan entre chicas.

Miranda se levantó como un rayo.

—O.K. Lo sentimos, chicos, conversación privada. A tu cuarto, Carlota. Quiero todos los detalles. ¡Ya!

Olga se levantó también riendo y las tres se metieron en la habitación de Carlota mientras los chicos se quedaban en la sala, sabiendo perfectamente el tipo de conversación que se iban a perder. De todos modos, Hugo tampoco quería saber detalles sobre la vida sexual de su hermana pequeña. Y Víctor se ponía malo solo de pensar que seguramente Miranda también compartía información «confidencial» con las demás.

Pusieron la tele y decidieron olvidarse de las chicas por un rato.

Olga entró la última y cerró la puerta y, antes incluso de que Carlota soltara el bolso sobre su cama, preguntó:

—¿Y? ¿Se arrepintió?

—Parece que no. Vamos, de hecho me dijo que no.

—¡Menos mal! —exclamó Miranda con entusiasmo— ¿Y ahora?

—Me ha invitado a cenar esta noche.

—¿En serio?

—Sí. Hemos quedado a las ocho.

—Yo creo que le gustas —dijo Olga seriamente.

—¿No creéis que tiene pinta de ser todo un caballero? —preguntó Carlota con picardía, anticipándose a la reacción de sus amigas.

—Oh, no... —dijo Miranda dramáticamente—. ¿Lo es?

—En absoluto —se rio Carlota—. El estirado no veáis cómo se suelta cuando coge confianza...

Miranda se rio también a carcajadas. En el salón, Víctor enarcó una ceja. Hugo hizo como que no había oído nada.

—Entonces, ¿estás dispuesta a repetir? —preguntó Olga sonriente. Ella no era tan aventurera en el sexo como su prima, pero si Carlota estaba tan contenta con John, aquello significaba que había estado a la altura. Probablemente incluso había superado sus expectativas. Bueno, al menos no tenía pinta de ser un mal tipo, o un tipo peligroso que pudiera hacerle daño. No era ni remotamente parecido a Jairo.

—De momento, me debe un par de tangas.

—¡Oh, joder! Qué suerte —se rio de nuevo Miranda—. No me digas que encima es un rompebragas...

—Como te oiga tu novio te vas a meter en un lío —bromeó Carlota—. Cualquiera diría que él no lo es...

—Bueno, tiene sus momentos, no me quejo.

Después de un rato de charla, y de decidir qué debía ponerse Carlota esa noche, volvieron al salón. Entonces ella recordó que su hermano estaba ligando cuando ella se marchó.

—¿Y tú qué tal, Hugo?

—¿Yo? Bien.

Víctor le dio un codazo.

—Vamos, confiesa... —Miró a Carlota y añadió—: La morena de las gafitas lo secuestró y ha aparecido a las seis de la mañana.

—Ya, y tú lo sabes porque has dormido aquí esta noche. Dais asco todos —le dijo Olga bromeando—. La única que no durmió acompañada anoche fui yo.

—Pues no sé a qué esperas —le replicó Miranda con picardía—. El informático tiene cara de tímido pero seguro que colabora encantado si le echas una mano. ¿Por qué no le entras tú?

Olga negó con la cabeza como diciendo «estás loca». Carlota le dio unas palmaditas en el hombro.

—Aunque no le entres, deberías espabilarlo un poco, Olga. Se está haciendo de rogar demasiado, y es obvio que está interesado en ti.

—¿Tú crees?

—¡Pero si os monopolizasteis el uno al otro toda la noche! —se exasperó Miranda—. Lo que no entiendo es por qué seguís perdiendo el tiempo de esa manera.

—Nena, todo el mundo no es tan decidido como tú —apuntó Víctor, sentándola en su regazo. En realidad Miranda siempre había sido incluso más lanzada que Carlota. Pero Olga no era en absoluto así. Prefería tomarse más tiempo. Sobre todo, no le gustaba tomar la iniciativa. Y se había topado con la horma de su zapato. Si Isaac era como ella, ya podían armarse de paciencia porque la cosa iba para largo.

Se pasaron la tarde charlando relajadamente frente a unas cervezas en la sala, hasta que Carlota decidió que sería mejor que empezara a arreglarse. Cuando se presentó en el salón, vestida con vaqueros, un jersey granate de cuello vuelto, botines grises de tacón y su cazadora de cuero, Miranda asintió complacida.

—Me gusta. Viene a decir «soy perfectamente capaz de estar a la altura pero no voy a cambiar radicalmente por ti».

—¿Todo eso se puede decir con la ropa? —preguntó Víctor sorprendido.

—¡Pero qué básicos sois los hombres! —le respondió Miranda exasperada.

Carlota cogió el bolso, metió un tanga de repuesto y miró el reloj. John debería de estar a punto de llegar. En ese momento sonó el timbre del portero automático.

—Bueno, chicos, si no os veo en la discoteca... Hasta mañana, espero.

# CAPÍTULO 11

Carlota bajó nerviosa en el ascensor. Tenía una cita con John, después de su fantástica segunda noche juntos. Y esperaba que la cita diera pie a la tercera noche.

Aquel hombre le gustaba con locura, incluso con todas sus rarezas.

Cuando se había colocado sobre él sin previo aviso la noche anterior, dudó de cómo reaccionaría. A muchos hombres no les gustaba que ella tomara la iniciativa de buenas a primeras. Algunos se sentían intimidados, e incluso ofendidos, como si estuviera poniendo en duda su capacidad amatoria. Estúpidos. Ella quería alguien que no tuviera dudas, que fuera tan capaz de dominar la situación como de dejarle a ella el control cuando le apeteciera. La sensación con John había sido increíble. Sencillamente, habían encajado como hacía tiempo que no encajaba con nadie. Quién lo iba a decir, con lo estirado que parecía.

Llegó al portal y él la estaba esperando.

Las mariposas se revolucionaron en su estómago y el pulso le empezó a latir con fuerza en cada vena. Él la miró y todo se apretó por debajo de la cintura de Carlota. Dios, estaba impresionante, debería estar prohibido ser tan guapo, y encima vestirse así. Iba completamente de negro, zapatos, pantalones, jersey de cuello alto y cazadora de cuero, todo en negro. Con sus ojos claros y su cabello oscuro tenía un aire de hombre peligroso que era absolutamente irresistible, al menos para Carlota.

John miró a Carlota y sonrió para sus adentros. Vaqueros, jersey... Al menos se había puesto unos botines de tacón, pero estaba claro que no pensaba «disfrazarse» para él. No obstante, estaba guapa. Y habían coincidido en la cazadora de cuero.

—Hola.

—Hola —la saludó también él—. Tengo ahí el coche. ¿Nos vamos?

Le abrió la puerta del vehículo y Carlota se sentó junto a él. No estaba mal, el coche del estirado: un BMW gris plata, a juego con la mitad de sus trajes. Tan impecable como cualquiera de ellos. Se imaginó a la pobre Emma viajando en aquel coche, sin poder comer chuches, ni beber agua por temor a mancharlo... Giró la cabeza dudando incluso si llevaría a la niña en aquel coche, pero sí, había una silla de niño en el asiento trasero, y una Barbie olvidada en el asiento contiguo. John siguió su mirada al tiempo que ponía el

coche en marcha.

—Vaya, Emma se dejó una muñeca el otro día...

—Me gusta tu coche.

—Gracias, a mí también —sonrió—. ¿Tú conduces?

—Tengo carnet pero no tengo coche. Tuve uno que heredé de mi hermano Hugo cuando saqué el carnet y él compró coche nuevo, pero ya era de segunda o tercera mano y no aguantó mucho más. De todas formas, para moverme por Madrid, tampoco lo necesito. Para ir a Cuenca hay autobuses, así que no es algo imprescindible.

—¿A Cuenca? —preguntó él intrigado. ¿Qué se le podía haber perdido a ella en Cuenca?

Carlota lo miró con algo parecido a la desesperación. Por supuesto, no sabía nada de ella.

—Mis padres y mis hermanos mayores viven en Cuenca. Yo me vine a estudiar a Madrid y me quedé, pero ellos están todos allí.

—Ah, claro. Mi madre me dijo que tenías varios hermanos y sobrinos, es verdad.

—Sí, antes de cuidar a Emma era mi principal experiencia como canguro —le dijo ella sonriendo.

—¿Eres la menor?

—Sí. Paco tiene treinta y siete, Marisa treinta y tres, y Hugo treinta. Yo soy la pequeña.

—¿Y tienes exactamente...?

—Veinticinco. Pensé que lo sabías.

—Bueno..., más o menos. —Como si en realidad importara un año más o un año menos. Seguían siendo diez años de diferencia, pensó él.

—¿Qué problema tienes con mi edad? A mí no me parece que sea un dato tan importante.

John se sorprendió un poco de que ella abordara el tema tan directamente. Tenía agallas, la niña, eso había que reconocerlo.

—Claro que es un dato importante, Carlota. La mentalidad, los gustos, el bagaje cultural de cada uno está en función de su edad, entre otras cosas.

—Eso es una chorrada.

John enarcó una ceja. Después miró a Carlota fijamente, y ella casi se encogió en el asiento. Vale, posiblemente se había pasado un poco en las formas, pero era una chorrada.



—No estoy acostumbrado a salir con chicas tan jóvenes.

—No es ilegal, soy mayor de edad. —John le dedicó otra mirada asesina. Carlota continuó—. Para mí no es un problema. La edad es una referencia pero no significa nada por si sola.

—¿Habías salido alguna vez con alguien de mi edad?

De hecho sí, cuando era mucho más joven. Se había enrollado con un amigo de su hermano Paco. Ella tenía poco más de los dieciocho y él casi los treinta. Miró a John antes de responder.

—¿De verdad quieres saberlo?

John se tensó imperceptiblemente. Vaya con Carlota. Lo estaba provocando a propósito. Y si quería que se sintiera molesto, o celoso... lo estaba consiguiendo.

—En realidad no importa.

—¿Ves? Pues ya estamos de acuerdo.

Él no habló mucho más hasta llegar al restaurante. Dejó el coche en un parking cercano y fueron dando un paseo. Carlota no se sorprendió mucho al ver el sitio, se había esperado algo así. Era un local espacioso, elegante, con una cuidada iluminación y un aire *vintage*. Exactamente lo que había esperado de él. Lo saludaron como si fuera cliente habitual, y les asignaron una mesa tranquila. Admiró la decoración mientras les traían la carta.

—¿Te gusta?

—Es interesante, sí.

Él sonrió. Seguro que estaba pensando que ella no habría entrado en un sitio como aquel en su vida.

Carlota se dejó aconsejar por él y la comida le encantó. El postre por supuesto lo eligió ella. Para eso era la especialista. Tomaron un poco de vino, y charlaron. Había muchas cosas que no sabían el uno del otro. John le habló de su trabajo, y aunque Carlota no conocía los entresijos de la industria cosmética, era una mujer, así que sabía perfectamente de qué hablaba él cada vez que mencionaba un producto. John parecía levemente sorprendido, probablemente porque ella no solía maquillarse mucho, especialmente cuando iba al parque con Emma, o se iba a quedar a cuidarla un sábado por la noche.

Cuando le tocó a Carlota hablar de su trabajo, John quiso saber primero qué había estudiado. Carlota sonrió. Había preparado la mitad de su carrera mientras cuidaba a su hija, y él ni siquiera sabía qué estudiaba.

—Soy Técnico Superior en Dirección de Servicios en Restauración.

—¿Y eso qué significa exactamente?

—Qué algún día Miranda y yo tendremos nuestro propio negocio de hostelería.

John la miró intrigado. Así que tenía ambiciones profesionales, después de todo.

—¿Qué clase de negocio?

—Uno pequeño, desde luego. La idea es una pastelería especializada en *cupcakes*, galletas, *muffins*, y repostería decorativa, con zona de cafetería para que la gente pueda sentarse y comerse un dulce con su café, y luego llevarse más a casa, cuando ya los haya probado. Es un tipo de local que se está poniendo de moda en grandes ciudades. En Londres hay algunos espectaculares.

—¿Y habéis empezado a mirar locales o algo?

Ella lo miró como si acabara de decir la estupidez del año.

—Para eso hace falta dinero, y de momento es algo que no tenemos. El sueño tendrá que esperar.

Por un momento John no supo qué decir. No dudaba de que Carlota fuera perfectamente capaz de llevar a cabo su proyecto. Era una lástima que el único problema fuera el dinero.

—¿Y no habéis pensado en buscar un socio capitalista?

—¿Que nos deje llevar las riendas a nosotras sin meter las narices? Ya me gustaría...

En eso tenía razón. No sería fácil conseguir algo así. Carlota siguió hablando de su trabajo actual. Estaba a gusto, aunque madrugaba bastante, pero libraba los domingos, porque la cafetería estaba en plena zona de negocios y era el día de descanso. Le daba para vivir bien, aunque sin grandes lujos, y hasta tenía unos ahorrillos.

Después del postre siguieron charlando con un café y, por fin, John pidió la cuenta y salieron.

—¿A dónde te apetece ir?

—A donde quieras —mintió ella. Le apeteecía ir a su casa y pasar el resto de la noche en la cama con él. Pero no pensaba decírselo así, a las claras.

A John le apeteecía llevársela a casa y comprobar si podían entenderse tan bien en la cama como le había parecido la noche anterior, pero tampoco quiso precipitarse. Así que optó por llevarla a la discoteca.

Cuando entraron le pasó la mano por la cintura, y ella agradeció el gesto con una sonrisa, para pasar su mano también por la cintura de él. Se acercaron a la barra y pidieron una copa. Poco después les localizaron Víctor y Miranda.

Carlota les presentó a John «oficialmente» y preguntó por su hermano y por Olga.

—Pues Hugo anda por ahí con Maca, la morenita de gafas. Y Olga, lo creas o no, acaba de marcharse con Isaac. ¡Por fin!

—¿En serio? ¡Joder, ya era hora!

John enarcó una ceja y Carlota captó el movimiento. Se sintió en la obligación de explicar su vehemente reacción.

—Es que llevan casi un mes hablando y sin atreverse a nada más, y es evidente que se gustan...

John sonrió y Carlota se sonrojó un poco, casi como si él le hubiera dicho «tú no tendrías ese problema ¿no? Cuando quieres puedes ser absolutamente directa».

Mientras Miranda y Víctor pedían otra copa, John se inclinó sobre el oído de Carlota.

—Tú no eres tan tímida como tu prima, ¿verdad?

Sonaba provocador, pero a Carlota no le hizo mucha gracia.

—¿Te gustan las mujeres tímidas?

—No especialmente.

Su voz sonó grave y ronca, y la miró de una forma que hizo que Carlota se mordiera el labio y apartara la vista de sus ojos azules, mientras la sangre latía con fuerza en sus venas. La alteraba, hasta el punto de que casi conseguía intimidarla cuando la miraba así. Y no era fácil intimidar a Carlota.

Él buscó sus ojos de nuevo y le sonrió. Carlota pudo a duras penas sostener su vaso, y optó por dejarlo sobre la barra. Entonces empezó a sonar «*Mercy*» de Duffy, la canción que había bailado con él, o para él, la noche anterior. John siguió mirándola y le pidió, susurrándole al oído:

—Baila para mí.

Habría hecho el pino puente sobre la barra si él se lo hubiera pedido. Además adoraba esa canción, y era tan sugerente... Empezó a bailar, y en apenas un segundo, le echó los brazos al cuello y lo obligó a bailar con ella. Se giró de espaldas a él, moviendo las caderas provocativamente, rozándose contra él, mientras él la sujetaba por la cintura. Volvió a girarse para mirarlo a la cara. Los ojos azules de John brillaban, oscuros y profundos, con un anhelo

inconfundible.

La deseaba, desesperadamente.

Se agarró más fuerte a su cintura y la apretó contra su cuerpo. Movi6 una mano a su nuca y la atrajo hacia su boca. Carlota se abraz6 a su espalda y lo mir6 a los ojos mientras sus labios se entreabrían en una silenciosa invitaci6n. John mordisque6 su boca, lami6 el labio superior, chup6 el inferior tirando de él con malicia. La mano que tenía aún sobre la cintura de Carlota baj6 por el jersey hasta sus nalgas para acabar plantada en medio de su culo. Ella not6 su erecci6n clavándose en su vientre y sonri6 satisfecha.

—¿Qué es tan gracioso? —pregunt6 John mordisqueándole el l6bulo de la oreja.

—Nada... Cosas mías.

—Responde, Carlota, no me gusta que me den evasivas... —su voz era baja y suave, pero son6 extrañamente autoritaria. Y aun así Carlota decidi6 que prefería jugar con fuego antes que decirle que le divertía ponerlo cachondo.

—Y a mí no me gusta que me den órdenes.

Él seguía mordisqueando la curva de su cuello justo por debajo de su oreja, y enviando deliciosos escalofríos de placer por su columna vertebral, pero se detuvo de pronto. La mir6 a los ojos y le pregunt6 con total seriedad.

—¿En serio? ¿No te gusta?

El tono de su voz provoc6 que la imaginaci6n de Carlota se disparara, y sus bragas se mojaran. Trag6 saliva buscando la forma de responderle.

—Bueno..., depende.

Fue el turno de John de sonreír satisfecho.

—Ya me parecía a mí.

Seguía muy pegado a ella, Carlota sentía su calor quemándole la piel en cada centímetro de su cuerpo que estaba en contacto con el de él.

John no creía que pudiera soportar mucho tiempo más la dulce tortura de tener a Carlota moviéndose entre sus brazos, excitándolo deliberadamente. Porque lo hacía deliberadamente, no le cabía la menor duda. La permanente erecci6n empezaba a resultar dolorosa. Pens6 de pronto que no sabía qué coño estaba haciendo todavía allí con ella cuando donde quería tenerla era en su cama.

Y decidi6 que era el momento de abordar dos cuestiones complicadas.

—Carlota, hay un par de cosas que deberíamos hablar.

Carlota se puso en guardia. Lo de «tenemos que hablar» no suele ser un buen augurio. Menos aún si es un hombre quien lo dice. Por lo general los hombres no hablan, actúan. Y algunos después se arrepienten, sin más.

—¿Qué cosas? —preguntó tratando de no dejar entrever su ansiedad.

—Para empezar quiero estar seguro de que los dos estamos de acuerdo en que lo que pase entre nosotros no tiene por qué afectar a Emma.

Emma, claro.

—Supongo que quieres dejar a Emma al margen. Es lo que quieres decir, ¿no?

—Sí, eso es lo que quiero decir.

Se entristeció un poco. Estaba diciéndole que no era más que un polvo, o dos. Y ella no sabía si quería dejarlo ahí o ver si merecía la pena conocerlo mejor. Bueno, sí lo sabía. Le gustaba demasiado, quería agotar las posibilidades.

—Entiendo que tu hija no tiene por qué estar al tanto de tu vida sexual, no te preocupes. La semana que viene soy perfectamente capaz de comportarme como si no hubiera pasado nada entre tú y yo.

Él captó el tono ligeramente amargo de su voz. No lo había entendido bien.

—No me malinterpretes... Quiero decir que... tal vez deberíamos conocernos mejor, pero Emma no tiene por qué saberlo, de momento.

Carlota lo miró a los ojos, con sus ojos de chocolate llenos de asombro. Él le acarició la espalda, haciendo que su piel se erizara al paso de su mano.

—¿Hablas en serio?

—Bueno..., creo que sí. ¿No estás de acuerdo?

—Sí, claro.

—Pues eso nos lleva al otro asunto.

—¿Qué otro asunto?

—Tu hipotética afición por el ímpetu y tu disposición a aceptar órdenes.

Carlota casi se cae de la impresión. No podía estar hablando de lo que ella creía que estaba hablando en medio de la discoteca y con sus amigos a dos pasos.

—No sé si te estoy entendiendo.

John valoró su reacción. Estaba alterada, excitada. Su pulso latía con intensidad y se había sonrojado. Si hubiera podido acceder a sus bragas estaba seguro de que las habría encontrado más que húmedas.

—Yo creo que sí.

Su mirada era intensa y provocadora. Carlota se moría por besarlo, pero era evidente que él no había dicho todo lo que quería decir.

—¿Y qué quieres saber exactamente?

—¿Dejarías que te atara a la cama?

Joder, qué directo. La sola idea la ponía como una moto.

—Es posible...

—¿Y que te vendara los ojos?

Tragó saliva de nuevo. La cosa se ponía interesante. John Connor mejoraba por momentos.

—También, supongo...

Él volvió a besar suavemente la curva de su cuello, para luego rozar sus dientes por la vena que pulsaba con fuerza en él, casi cubierta por el jersey. Susurró contra su piel antes de mirarla fijamente.

—¿Y si quiero amordazarte?

Sus ojos se abrieron como platos.

—¿Hoy?

—Por ejemplo. ¿Me lo permitirías?

—No.

John se esforzó en no dejar entrever ninguna emoción.

—¿Por qué no?

—Porque no te conozco lo suficiente. Y no estoy tan loca.

Se mordió el labio. De eso no estaba tan segura. Cualquier otra en su sano juicio quizás habría salido corriendo un par de preguntitas antes.

Él sonrió, aparentemente satisfecho.

—Bien, es lo que esperaba que dijeras.

—¿Qué? ¿Pero tú me estás vacilando o qué?

—Necesitaba oír un «no». Si estuvieras dispuesta a hacer cualquier cosa cuando apenas nos conocemos, y no tienes ni idea de hasta dónde podría llegar yo, sería mejor que lo dejáramos aquí.

Necesitaba saber que ella no estaba tan desesperada por acostarse con él que se saltaría todas las lógicas normas de prudencia y no tendría más límites que los que él decidiera. No podía respetar a una mujer que no supiera decir que no. Y no se acostaría más de dos veces con una mujer a la que no respetara al menos un poco.

Por otra parte adoraba que le dijeran que no cuando él sabía que ese

«no» solo era un «aún no».

Carlota todavía no sabía si besarlo o mandarlo a hacer puñetas. Él se adelantó y la besó. Fue un beso breve, suave y provocador. Y después la apartó un poco de sí.

—Espero no haberte asustado.

—Yo no me asusto fácilmente.

—Ya lo veo. Tampoco soy el lobo feroz.

Ella sonrió. Se relajó un poco.

—¿Seguro? Habría jurado que me comerías si me iba contigo a tu casa...

John entrecerró los ojos. Ya estaba duro como una piedra. Los vaqueros le apretaban con fuerza la erección. ¡Pequeña provocadora!

—Todo puede ser. Nos vamos, despídete si quieres.

Carlota sonrió y se despidió de sus amigos. Acababa de ganarse su tercera noche. Y prometía. Prometía mucho.

## CAPÍTULO 12

Salieron de la discoteca cogidos por la cintura y cuando llegaron al coche John la aprisionó con su cuerpo grande y fuerte contra la puerta y la besó posesivamente, reclamando cada centímetro de su boca. Carlota enredó los dedos en su pelo y lo atrajo contra sí. Adoraba sentirlo pegado a ella. Cuando él se apartó al cabo de un rato, Carlota tenía los labios inflamados y palpitantes, y se moría por llegar a casa.

John le abrió la puerta y entró también en el coche. Arrancó mirándola de soslayo con una sonrisa y condujo hacia su casa sin perder más tiempo.

Carlota lo miraba en silencio. De vez en cuando él giraba hacia ella sus ojos azules y todo su cuerpo se estremecía. Iba dándole vueltas a las curiosas preguntas que le había hecho él en la discoteca.

Que quisiera atarla a la cama no le importaba. Alguna que otra vez la habían atado o esposado, y era divertido. Carlota era de la opinión de que, en general, el sexo, si es divertido, es aún mejor. Por supuesto a veces le gustaban la ternura y la sutileza. No muchas veces, pero en función del estado de ánimo, era una opción. Y también un poco de rudeza y rapidez, en plan «aquí te pillo, aquí te mato»; ese tipo de sexo apasionado y caliente que, no obstante, no funcionaba con cualquier tipo de hombre. Con Jairo, por ejemplo, era un desastre. Él siempre tenía prisa y ella no se excitaba lo suficiente.

Sin embargo con John funcionaba, sin duda. La primera vez que se habían acostado, de hecho, había ido todo bastante rápido, pero había sido genial. Carlota se ponía como una moto solo con que la mirara y esbozara una sonrisa. Ni eso, con media sonrisa era suficiente. Era una sonrisa llena de intención, de promesas. Y su cerebro ponía en marcha instantáneamente todos los procesos para revolucionar hasta la última hormona de su cuerpo. La volvía loca, literalmente. Lo deseaba con locura.

No le apetecía mucho que le vendara los ojos, la verdad. Era demasiado hermoso para privarse de su vista. Era un hombre impresionante. Pero si a él le apetecía, estaba dispuesta a considerarlo.

La mordaza era otra cosa. Nadie le había puesto nunca una y dudaba que le gustara. La había visto curioseando en las tiendas online de artículos



eróticos, y en algún que otro videoclip subido de tono. Incluso habían salido en alguna de las novelas que leía, pero le daba la impresión de que debía de ser algo molesto, no especialmente divertido, e incluso ligeramente humillante. Debía de ser difícil tragar con una bola puesta en la boca, y no estaría nada sexi con la barbilla llena de saliva. Además, ¿cómo sabría él si ella estaba o no de acuerdo con lo que hacía, si no podía hablar?

Sinceramente, no le había tomado muy en serio. Daba la impresión de que lo había dicho para probarla.

Por otra parte, si insistía, quizás más adelante podría estar dispuesta a considerar probarlo, pero... que se lo cobraba, lo sabían hasta en China. Para Carlota las cosas funcionaban *quid pro quo* o no funcionaban. Quizás John no lo sabía, pero más pronto que tarde se enteraría.

Para cuando se quiso dar cuenta, habían llegado. Él salió del coche, le tendió la mano y la atrajo contra sí para abrazarla. Entraron en el portal, en el ascensor, e incluso en casa, comiéndose a besos. Solo se separaron cuando llegaron al dormitorio.

John dejó la cazadora sobre un galán y puso también allí la de Carlota. Entonces deslizó las manos con suavidad hasta el bajo de su jersey, lo agarró y se lo sacó por la cabeza. Ella llevaba debajo una camiseta de tirantes gris. Se veían bajo ella los tirantes del sujetador, con estampado de cuadros de Vichy en blanco y rojo.

Le quitó la camiseta, deseoso de ver mejor qué tipo de ropa interior se había puesto ella. El sujetador era de algodón, con las copas acolchadas pero sin un relleno que realmente no necesitaba. La forma era bonita, tipo corpiño y cerrado con tres corchetes. El escote le favorecía, y el estampado era inocente (solo un poco, al fin y al cabo era blanco y rojo), pero sexi al mismo tiempo. En ella casi cualquier cosa resultaba sexi.

Carlota dudó si había elegido correctamente. Tal vez debía haberse puesto algo más fino, algo de encaje o de satén. Pero aquel conjunto era muy mono, a ella le gustaba, y además, no iba a poder romperle las bragas (bueno, al menos eso esperaba). Se negaba a permitir que le rompiera nada más hasta que hubiera repuesto los primeros dos tangas.

John le desabrochó los vaqueros sin decir nada aún. Se arrodilló frente a ella y le quitó los botines y las medias, y después se deshizo de los pantalones para descubrir la parte de abajo del conjunto de cuadritos Vichy. Era una braguita pequeña, aunque no un tanga de los que se rompen con un tirón. Se

pegaba a su culo como una segunda piel, y le daba un aspecto casi tan candoroso como provocativo.

Ella le miró y sonrió.

—¿Te gusta?

—Mucho.

—Me alegro. Y ahora creo que debería desnudarte yo a ti.

Agarró el jersey negro y se lo quitó sin dudar. A John le gustaba que fuera decidida. No esperaba a que él le dijera qué hacer, ni pedía permiso.

Debajo del jersey llevaba una camiseta negra de manga corta, ajustada al cuerpo y que le marcaba cada músculo con precisión. Carlota se mordió el labio. Qué curioso, no había nada de estirado en él de puertas para adentro. Era un hombre decidido y sexi a rabiar.

Se deshizo también de la camiseta y le pasó las yemas de los dedos por el pecho. Al pasar por los pequeños pezones los rozó con las uñas, haciendo que él se estremeciera de pies a cabeza.

Bajó las manos hasta la cinturilla de los pantalones, le quitó el cinturón, soltó el botón y le bajó la cremallera. John se descalzó los zapatos y se quitó los calcetines antes de permitirle continuar. Carlota lo admiró, de pie frente a ella, con el torso desnudo, los pies descalzos y los pantalones desabrochados. Un auténtico semidiós, eso es lo que parecía.

Lo empujó de espaldas sobre la cama y le bajó los pantalones a las caderas. John sonreía, francamente divertido. A la niña le gustaba mandar. En fin, dejaría que se divirtiera un rato, por qué no. Levantó las caderas para que ella pudiera quitarle los pantalones y Carlota examinó sin recato su ropa interior. Era un bóxer negro, liso, suave y ajustado. Ella lo acarició apenas con las puntas de los dedos y se sentó a horcajadas sobre él. Se inclinó y lo besó, haciéndole cosquillas con el pelo. Deslizó las palmas de las manos por su pecho y pellizcó los pezones sin previo aviso.

John ahogó un jadeo entre sorprendido y excitado, y ella sonrió con picardía.

—¿Es divertido? —le preguntó él en un tono engañosamente dulce.

—Pues sí, bastante —respondió ella con descaro.

—En cinco minutos se te acaba el recreo.

Carlota soltó una carcajada, y le arañó el pecho suavemente desde los hombros hasta la cintura, parando justo al borde del bóxer.

—Entonces tendré que aprovechar. Por cierto, ¿qué piensas hacer

después?

—¿Estás dispuesta a dejar que te ate?

—Eso ya lo habíamos hablado, pero quiero saber qué más.

—No sé, me gusta jugar. ¿Hay algo que expresamente no quieres que haga?

Ella lo miró con recelo. A pesar de su juventud, su experiencia no era tan limitada como seguramente él pensaba, pero además era una lectora compulsiva, y entre otros géneros, devoraba novela erótica de todo tipo. Había leído lo suficiente como para saber que esa pregunta podía ir con trampa.

—Esa pregunta es muy ambigua. No sé si los dos manejamos el mismo abanico de posibilidades.

John se quedó de piedra. La niña seguramente estaba más informada de lo que él había creído, si no, se habría limitado a nombrarle una o dos prácticas intocables y punto.

Podría darle una lista, pero como bien había dicho ella, no sabía si manejaban el mismo abanico de posibilidades. Tampoco era plan de asustarla.

—Bien, en principio no soy partidario de fotos ni grabaciones. Ni de prácticas que puedan dejar marcas permanentes o heridas.

Carlota asintió. Vale. Pero eso no era lo bastante claro. Marcas o heridas podían ser la parte más extrema del sado... y a ella no era algo que le apeteciera ni en su versión más light.

—Marcas aparte... ¿Me harías daño? No me atrae el dolor en absoluto.

—Perfecto, a mí tampoco.

Carlota seguía deslizando los dedos alrededor de los pezones de él. Estaba nerviosa, inevitablemente. La conversación era un poco incómoda, pero necesaria. No quería llevarse sorpresas.

—No me gustan los juegos de asfixia.

John se sorprendió de nuevo. Desde luego, su abanico de posibilidades era amplio.

—No hay problema.

—Y como norma general, no comparto.

—¿No compartes?

—Tres son multitud, ya sabes...

—¿Y si el tercero es de látex, o de silicona?

Ella se rio. Incluir un vibrador no tenía nada que ver con incluir a otra

persona.

—Bueno, esa es la única opción que me vale para un trío.

—Bien, entonces nos entendemos.

Ella dudó, no sabía si era necesario seguir concretando más. John creyó entender su vacilación. Le acarició los muslos con suavidad y la miró a los ojos.

—Si hago cualquier cosa que no te guste solo tienes que decírmelo y pararé inmediatamente. Solo son juegos, Carlota.

Ella asintió. De momento, le valía.

Y entonces él se movió bruscamente levantándola y girándola con él, y la atrapó bajo su peso sobre la cama. Sujetó las muñecas de Carlota con sus manos fuertes y grandes y las levantó sobre su cabeza, inmovilizándola. La miró con aquellos profundos ojos azules y sonrió. Y ella se derritió literalmente con aquella sonrisa. Todos sus temores se desvanecieron como humo.

—Se acabaron tus cinco minutos. Mi turno.

La besó profundamente, desatando el ansia en su interior. Carlota sentía su calor y su peso sobre ella y se retorció buscando el roce de su cuerpo. Él se apartó y le soltó las muñecas.

—No te muevas, enseguida vuelvo.

Regresó con una corbata granate estrecha. Soltó los corchetes del sujetador de Carlota y se lo quitó sin miramientos. A continuación, aflojó el nudo de la corbata sin soltarlo, y le ordenó en voz baja y melosa.

—Dame tus muñecas.

Carlota extendió las manos obedientemente. Él se las juntó y las pasó por el hueco de la corbata. Tiró hasta ajustarla y comprobó que no estuviera demasiado apretado y no le hiciera daño.

—¿Te roza?

—No, está bien.

—Ponlas sobre tu cabeza, y no las muevas de ahí.

Carlota se sintió un poco decepcionada. Solo un poco. Él había dicho que la ataría a la cama. Aunque claro, después de todo lo que habían hablado, quizás era prudente tomarse las cosas con calma. Tiempo tenían de experimentar, ¿no?

John le quitó las braguitas, concentrándose en no romperlas, y volvió a besarla, esta vez con lentitud. Rozó apenas sus labios, mordisqueándolos,

lamiéndolos y pellizcándolos con los de él. La tentó durante unos minutos hasta decidirse a entrar en su boca, y para entonces los jadeos se escapaban entre los labios inflamados y entreabiertos de Carlota. Lo habría agarrado por el cuello y le habría metido la lengua hasta la campanilla, pero no podía hacerlo sin bajar las manos que tenía aprisionadas por la corbata. Y tampoco quería contrariarlo, así que se aguantó las ganas y tomó lo que él le daba.

John recorrió su boca con la misma exasperante tranquilidad que se había tomado en sus labios, rozando, paladeando, succionando su lengua, empujándola con la suya. El calor fluía entre ellos como una corriente de lava, y mientras tanto, las manos de él empezaron a bajar por el cuerpo de ella. Acarició sus pechos con suavidad, con el dorso de los dedos, con los nudillos y finalmente con la yema de los pulgares, haciendo círculos cada vez más cerca del pezón, mientras su lengua seguía arrasando su boca. Al primer roce sobre las puntas, estas se pusieron duras y reclamaron más atención. Entonces él se apartó de su boca, y sin dejar de mirarla a los ojos, pasó la lengua sobre sus pezones, uno tras otro, una y otra vez, con suavidad y la misma exasperante lentitud.

Carlota tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no bajar las manos.

Los pechos le dolían. Estaban duros y pesados, y la lengua de él los hacía palpar con cada roce. Entonces él sopló suavemente sobre ellos y ella gimió arqueándose.

John sonrió con malicia y chupó uno de los pezones, succionándolo en su boca. Carlota apretó las manos una contra otra. No tenía que bajarlas... No tenía que bajarlas...

La mano de John bajó por su vientre mientras él torturaba el otro pezón. La caricia sobre su abdomen era suave y cálida, el roce de sus dedos tan ligero como una pluma. Y en cambio su boca se aplicaba con dureza sobre sus pechos. Sintió el roce de sus dientes sobre el pezón y se tensó.

Él captó el sutil cambio en su postura y se retiró. Sopló sobre el pezón y lo pellizcó girándolo suavemente entre el pulgar y el índice.

—No voy a hacerte daño, Carlota, confía en mí.

Ella tragó saliva y asintió. Los dientes de él volvieron a rozar el pezón con delicadeza. Chupó de nuevo, lamió, y por fin, la mordió suavemente. La presión apenas llegó a ser dolorosa, se quedó justo sobre el límite. Sin embargo, lanzó un brusco latigazo de placer a través de todo su cuerpo.

Carlota gimió de forma audible, apretó los muslos y sintió palpar su sexo buscando algo que lo aliviara. John deslizó más abajo la mano que tenía sobre su abdomen, cruzó la barrera de pequeños rizos oscuros, y dejó que sus dedos la llenaran. Dos a un tiempo. Carlota abrió las piernas y lo recibió, mojada y ansiosa, apretando tantos músculos como podía controlar en torno a él. Sus dedos se movieron suavemente, adentro y afuera, y luego los giró. Ella jadeó, concentrándose en no mover las manos. Aquello era increíble.

Él seguía dedicándose a sus pezones. Lamía, chupaba y mordía, subiendo poco a poco en intensidad, aunque ella apenas era realmente consciente de la diferencia. Sentía continuos latigazos de placer, cada vez más intensos, mientras los dedos de él seguían moviéndose y girando en su interior, más profundamente y más rápido.

Él encontró entonces un punto en el interior de ella que la hizo gemir y tensarse violentamente, y continuó presionando allí al tiempo que succionaba un pezón en su boca para tirar de él con fuerza.

Y Carlota no pudo soportarlo más.

Dejó escapar un grito ronco al estallar en un orgasmo violento y repentino. Sus manos atadas con la corbata se movieron de su posición, tratando de agarrarlo, de abrazarse a él. John soltó su pecho para cubrir su boca, sujetando con su mano libre las muñecas en su posición original. Siguió moviendo los dedos con suavidad y sintiéndola temblar en torno a ellos.

Cuando retiró los dedos ella gimió protestando.

Se incorporó y se quitó el bóxer, liberando una potente erección. Cogió un preservativo, lo rasgó rápidamente y se lo colocó. Carlota seguía con las manos sobre la cabeza.

Él se colocó entre sus piernas, la levantó por las caderas, y la penetró con suavidad. Ella se estremeció al sentirlo, y sintió crecer de nuevo la excitación en su interior. Comenzó a embestirla con fuerza, con movimientos largos y duros, mientras levantaba sus rodillas metiendo los brazos por debajo de ellas. Carlota lo apretó, tan fuerte como pudo. Él respiró hondo tratando de controlarse, y ella sonrió complacida mientras su propio placer alcanzaba nuevas cotas. Tenía una buena musculatura vaginal, lo sabía, la ejercitaba a conciencia, y sabía cómo utilizarla.

—Carlota, si haces eso no voy a poder aguantar.

—Sé exactamente lo que hago.

Sentir cómo él intentaba moverse dentro de ella, mientras la presión de

su vagina apenas se lo permitía, la volvía loca. Estaba a punto.

—Carlota, por favor...

—Suéltame las manos.

Él le bajó las rodillas con cuidado y ella le tendió las muñecas. Aflojó el nudo de la corbata y la tiró a un lado. Volvió a cogerla de la misma manera y continuó clavándose en ella con dureza. No muchas veces. Carlota volvió a apretarlo y perdió completamente el control.

Sintió el placer atravesando su cuerpo como una fuerza imparable de la naturaleza, se tensó, se enterró en su cuerpo dulce una última vez, y se dejó ir con un gemido ronco, sintiendo aún como ella lo aprisionaba y le exprimía hasta la última gota.

Carlota lo sintió tensarse y apretó aún más, aferrándose a él. El placer estalló con fuerza, arrastrándola al abismo con aquel hombre que volvía su mundo del revés.

Apenas se dio cuenta de que él le había soltado las rodillas y se había derrumbado sobre ella, pero pronto sintió su peso. John tenía la cara enterrada en la curva de su cuello. Carlota le besó la sien y él levantó la cabeza para mirarla. Sus profundos ojos azules reflejaban un torbellino de emociones, mezcladas con un cansancio colmado de satisfacción.

—Pesas mucho.

—Lo siento. ¿Estás bien?

Se retiró con cuidado, y Carlota se estremeció ligeramente.

—Sí, perfectamente.

—¿Y tus muñecas? ¿Te duelen?

—No, todo bien.

—No te he hecho daño, ¿no?

—¿Acaso me has oído quejarme? —se burló ella.

—No —sonrió él.

—Pues eso.

—Algún día me explicarás dónde has aprendido a hacer eso.

—¿Hacer qué?

—Apretar así...

—Ah, eso son trucos de chicas —bromeó—. ¿No te lo habían hecho nunca?

—Sí, pero... obviamente tú estás mejor entrenada.

—Ten cuidado, a ver si además de los dos conjuntos que ya me debes, te

voy a pedir también una medalla.

Él se levantó de la cama riéndose para ir a quitarse el preservativo.  
Carlota era única. Y le encantaba.



## CAPÍTULO 13

John regresó a la cama, y Carlota se acordó de que tenía que quitarse el maquillaje, así que se levantó y fue al baño. Se miró al espejo ya con la cara lavada. No sabía si era por John o por el buen sexo, pero se veía fenomenal, pensó sonriendo para sus adentros. Volvió junto a él y se acostó con la espalda pegada a su pecho fuerte y bien torneado. El la abrazó con suavidad y ella enseguida empezó a adormecerse. Se encogió acurrucándose contra él como un gatito, buscando su calor. El suave olor a vainilla de su melena envolvió a John hasta que también él se quedó dormido, pensando, en ese espacio perdido entre la vigilia y el sueño, cómo podía haberla visto semana sí, semana no, durante más de cuatro años, sin llegar a reparar en la increíble mujer que era.

Carlota fue la primera en despertar por la mañana. Sintió a John junto a ella y se movió con sigilo para verlo de frente. La luz que se filtraba por la ventana era apenas suficiente para ver sus rasgos, pero ella se los sabía de memoria. Las cejas bien delineadas y las pequeñas arrugas de expresión junto a sus ojos. Los labios carnosos y masculinos, y un asomo de barba perfilándose ya en su barbilla. Era hermoso. Impactante. Incluso sin afeitarse y con el pelo revuelto. Y tan, tan sexi que ya lo deseaba de nuevo. Deslizó la yema del dedo sobre sus labios, hacia la barbilla. La barba raspaba ligeramente. Siguió bajando hacia la garganta, sobre la nuez, hasta el hueco entre sus clavículas, y por el esternón hasta el vello suave y casi inapreciable que le rodeaba los pezones. Cuando lo rozó allí, él se estremeció. Deslizó la mano aún un poco más abajo, por las líneas marcadas de sus abdominales. Tenía una auténtica «tableta de chocolate» ahí abajo... Le dio un susto de muerte cuando le habló con voz grave y profunda.

—Puedes seguir bajando.

—Pensaba que estabas dormido.

—Lo estaba.

—Siento haberte despertado.

—No importa. ¿Vas a seguir bajando o no?

Ella se rio. Al parecer él también se despertaba con ganas de más. Lo

miró a los ojos, su rostro era impassible como el de una estatua griega. Una hermosa estatua griega.

—¿Por qué no nos duchamos juntos?

La impassibilidad de John se quebró con una carcajada. Carlota no dejaba de sorprenderlo.

—No te andas por las ramas ¿eh?

—¿¡Qué!?! —preguntó ella en tono de protesta enarcando una ceja—. He pensado que sería... agradable.

—Muy agradable, sin duda. Vamos.

Se levantó de la cama y agarrándola de la mano, tiró de ella hasta el cuarto de baño. Abrió el chorro de agua y comprobó la temperatura con la muñeca antes de meterse en la ducha arrastrándola con él. Carlota dio un gritito cuando la metió directamente bajo el chorro del agua caliente. Se pegó a ella riendo provocativamente y la besó.

Carlota se abrazó a él, sintiendo como el agua que le caía a John sobre la nuca le salpicaba la cara. Cerró los ojos, con las pestañas empapadas de minúsculas gotitas, mientras la boca de él tentaba la suya pidiendo permiso para entrar. Sus labios se abrieron inmediatamente, y él entró, sin prisas, demorándose en cada roce hasta el límite de lo soportable, mordisqueándolos, lamiéndolos y probando el sabor del agua clorada de la ducha en ellos. Ella buscaba su lengua y repasaba el filo de sus dientes anhelando perderse en su boca, mientras sus cuerpos se mantenían unidos en un abrazo posesivo, pero John no cedía terreno. Finalmente ella gruñó de frustración y él la miró sonriendo.

—¿Qué prisa tienes?

—Lo estás haciendo aposta.

—Sí. Eres demasiado mandona para mi gusto.

—A lo mejor tienes que pensar en variar tus gustos... no sabes lo que te estás perdiendo... —se burló Carlota.

—Lo creas o no, creo que empiezo a hacerme una idea —se rio él. Tenía buen concepto de sí misma, desde luego. Eso le gustaba. Realmente era una chica increíble.

Cogió el bote de gel de baño y se puso un poco en la palma de la mano, apartándose unos centímetros del chorro de la ducha. Frotó suavemente entre las manos para hacer espuma y el aire se llenó de un dulce olor a coco.

—Me gusta como huele tu gel de baño —dijo Carlota.

—A mí también. Ven, deja que te enjabone.

La giró para ponerla de espaldas a él y deslizó las manos a lo largo de sus brazos. Se los levantó para hacerla entrelazar las manos en el cuello de él, y volvió a deslizarlas por su cuerpo, acariciando suavemente la curva de la axila, casi haciéndole cosquillas, para detenerse después en sus pechos. Los tomó en las palmas de las manos y rodó los pulgares sobre ellos, provocándole estremecimientos de puro placer que se extendían por su piel como las olas de una marejada.

Carlota se agarró a su cuello con fuerza, gimió y se apretó contra él. Oírla gemir hizo que la respiración de John se acelerara hasta convertirse en una especie de jadeo, al tiempo que su erección se endurecía casi al punto del dolor. Bajó sus manos por el vientre suave de ella. Adoraba su cuerpo. Carlota tenía las curvas precisas en los lugares adecuados. Llevó una mano a su cadera y hacia la unión del muslo con una nalga redonda y tentadora, mientras la otra mano se perdía entre los rizos de su pubis, abriéndola con los dedos. Ella gimió de nuevo y abrió las piernas, facilitándole el acceso. John jugueteó un rato entre sus pliegues, excitándola y provocándola, retirándose cuando ella empezaba a estar demasiado cerca, para continuar acariciándola otra vez, sin dejar nunca que la excitación muriera. Hasta que él mismo ya no pudo soportarlo más, y en ese instante, Carlota se giró en sus brazos para rogarle mirándole a los ojos:

—Por favor, fóllame, no puedes tenerme así por más tiempo.

Sin decir una palabra la levantó y la apoyó contra la fría pared de azulejo. Estaba a punto de clavarse en ella cuando un súbito acceso de lucidez lo frenó.

—¡Mierda! Un condón, necesitamos un condón...

—No hace falta, tomo la píldora —le dijo Carlota buscando su boca con desesperación.

—No, espera, tengo en el cajón.

La soltó y la puso en el suelo. Carlota bufó contrariada. Deseaba sentirlo sin látex de por medio.

Él salió de la ducha dejando un reguero de agua hasta el cajón del armarito que había sobre el lavabo, de donde sacó un condón que se colocó rápidamente. Ella frunció el ceño.

—¿Follas mucho en la ducha? La mayoría de la gente no tiene condones repartidos por toda la casa. —«Al menos, yo no» pensó ella.

Él sonrió divertido.

—Soy un hombre precavido.

—No es necesario, yo me cuido también, ya te lo he dicho.

—Prefiero no arriesgarme. Emma no fue exactamente planificada, y con ella cubrí el cupo de sorpresas. O eso espero.

Entró en la ducha, la cogió otra vez en volandas y la apoyó de nuevo contra la pared. Antes de darle tiempo a decir nada más, la penetró bruscamente, superado por la necesidad. La forma en que su cuerpo cálido y suave lo envolvía lo volvía loco, literalmente.

Carlota se aferró a él, sujetándose a su cuello mientras lo sentía en su interior, llenándola, clavándose en ella una y otra vez hasta que le pareció que iba a partirla en dos, y entonces las sensaciones estallaron en su interior en torno a él y gritó su nombre, clavándole las uñas en la espalda. John sintió las convulsiones del orgasmo de Carlota e inmediatamente se dejó ir, embistiendo con fuerza una vez más y corriéndose con ella mientras enterraba la cara en su cabello mojado y gruñía de pura satisfacción. A duras penas mantuvo el equilibrio hasta que pudo ayudarla a poner los pies de nuevo en el suelo, saliendo de ella con desgana.

Carlota lo miró a los ojos y sonrió. Le pasó el pulgar por las arruguitas que se formaban en su frente al fruncir el ceño por la concentración. Él sonrió ante aquel tierno gesto, y la besó con suavidad.

—Deberíamos acabar de ducharnos.

Ella se miró las manos. Tenía los dedos arrugados. Se rio y asintió.

—Sí, pásame el champú.

—Déjame hacerlo a mí.

Se deshizo del condón y después le lavó el pelo con cuidado. Se lo enjuagó y la besó de nuevo hasta casi olvidar que su intención era acabar de ducharse. Ella cogió el bote de champú con intenciones de lavarle el pelo a él. John se rio.

—No creo que puedas hacer eso.

—¿Por qué no? —preguntó ella.

—No llegas, retaco.

Carlota abrió unos ojos como platos. Él le sacaba fácilmente veinte centímetros de altura, o quizás más, pero de ahí a llamarla «retaco»...

—Vuelve a llamarme eso e inmediatamente estarás a mi altura —le dijo con una mirada maliciosa.

Él la miró inquisitivamente, y ella sonrió mientras levantaba la rodilla hasta la altura de la ingle de él. Se detuvo justo a tiempo, pero John se encogió automáticamente, esperando el golpe. Carlota se rio. Él frunció el ceño.

—No vuelvas a hacer algo así o te meterás en un lío, y de los gordos.

—Mira cómo tiemblo... —se burló ella—. Tú sí que deberías tener cuidado con lo que haces... o dices. Tú me has provocado.

—Es muy fácil provocarte. —Se acercó sonriéndole con picardía.

—Quizás, pero harías bien en medir las consecuencias. Puedo ser impulsiva y peligrosa... acabas de verlo.

Él la besó y no le dejó decir nada más. Cuando la soltó, el corazón de Carlota galopaba como loco, y los labios le dolían, lastimados por tanta intensidad.

—Acaba de ducharte, te vas a enfriar —se burló él esta vez.

Carlota salió de la ducha de mala gana. Si John no se hubiera puesto a preparar el desayuno lo habría arrastrado de nuevo a la cama, pero el olor del café le despertó el apetito. Tenía hambre, un hambre de lobos.

—Creo que no aprecias la bollería industrial... ¿Qué prefieres? Tengo tostadas, cereales...

—Me conformaré con tostadas —respondió ella en tono jovial— y un té.

—Es verdad, olvidaba que prefieres el té al café.

Desayunaron casi en silencio, aunque mirándose y sonriéndose casi todo el tiempo. Carlota estaba hechizada por su sonrisa. Era guapo, considerado y al mismo tiempo, provocador. Nada que ver con el estirado que siempre imaginó que sería.

John estaba sorprendido y desarmado por la soltura y la seguridad de Carlota. Además de ser preciosa, era inteligente, ingeniosa, sexi, divertida y espontánea. Siempre había pensado que con las mujeres era mejor saber a qué atenerse, pero ella era un soplo de aire fresco en su vida, y lo atraía como nadie lo había atraído nunca antes.

Carlota lo miraba, conteniendo una pregunta en la punta de la lengua. La incertidumbre la mataba, odiaba no saber a qué atenerse, así que al final, no pudo aguantar por más tiempo y la soltó a bocajarro.

—¿Y ahora qué?

John dio el último sorbo a su café y la miró sin comprender.

—Qué ¿de qué?

—¿Aquí no ha pasado nada o podríamos vernos alguna otra vez? Fuera

de mi trabajo con tu hija, quiero decir.

John sonrió, tan fascinado como sorprendido, y su sonrisa se amplió hasta estallar en una risa sonora y espontánea. Carlota lo miraba anonadada. ¿De qué se reía aquel idiota?

Por fin John contuvo la risa y le preguntó, con los ojos brillantes y la sonrisa todavía asomándose a su boca:

—¿Me estás pidiendo una cita?

—Si te parece tan gracioso, entiendo que nos quedamos con la opción «A» —le escupió con furia—. Aquí no ha pasado nada, entendido...

Se levantó para marcharse, pero apenas se dio la vuelta, John la cogió del brazo y tiró de ella para encerrarla entre sus brazos. Sus ojos color chocolate brillaban de ira.

—Suéltame, idiota.

—Tienes mucho genio, ¿sabes? —Ella se retorció tratando de deshacerse de su abrazo, pero John no la soltó—. Deberías aprender a controlar tus impulsos, Carlota. Yo no he dicho con qué opción prefiero quedarme y te has precipitado en tus conclusiones.

—A mí no me des lecciones. No me he precipitado en nada, acabas de reírte de mí.

—Eso no es verdad. Me ha hecho gracia lo práctica y directa que puedes llegar a ser. No es lo mismo. Ni siquiera es parecido.

Carlota dudó. A lo mejor a veces sí era un poco impulsiva, pero todavía no sabía a qué atenerse. John habló por fin.

—Prefiero que Emma no sepa que hemos salido juntos este fin de semana, pero ten por seguro que me encantaría que nos viéramos fuera de tu trabajo con mi hija.

La miró a los ojos y aflojó la presión de sus brazos, pero continuó abrazándola. Carlota se perdió en sus ojos azules. Quería volver a verla, después de todo... Aunque decir que habían «salido juntos» ese fin de semana era un eufemismo que se quedaba bastante corto para lo que había pasado entre ellos.

John notó cómo ella se calmaba. Pequeña fiera... Había estado a punto de salir corriendo. Miró su boca carnosa y cálida, y ella instintivamente se mordió el labio. La provocación fue insoportable para él, atrapó el labio entre sus dientes y lo succionó en su boca. Ella se abandonó en sus brazos y le devolvió el beso con tanta pasión como había puesto un momento antes en

insultarlo.

Carlota apareció en su casa poco antes de la hora de comer. Por una parte le apetecía pasar el día entero con John, pero por otra no quería agobiarlo. Sabía que a veces era demasiado temperamental, y seguramente su reacción ante la risa de él (causada en realidad por la sorpresa) había sido más que desproporcionada. No quería atosigarlo y estropearlo todo. Llevaba cuatro años largos deseando una oportunidad, la que había tenido por fin ese fin de semana, y no quería echarla a perder. Miranda y Olga estaban sentadas en la cocina, charlando, mientras se acababa de hacer en el horno una lasaña.

—¡Por fin! Nos tienes en ascuas... ¿Qué tal tu noche?

Carlota sonrió y le respondió a su prima negando con la cabeza.

—No, guapita, tú primero. Lo mío no es novedad. ¿Qué tal con Isaac?

Olga sonrió con cara de absoluta felicidad.

—Es un encanto.

—¿Un encanto? ¿Solo eso?

Miranda se rio. Olga se sonrojó un poco.

—Vale, fue genial, es un encanto y me llamará esta semana. Y no voy a daros más detalles. Punto.

Miranda se volvió hacia Carlota.

—¿Y el estirado? ¿Se le va quitando el almidón?

—Aún le queda algo de puertas para afuera, pero en la cama te sorprenderías —bromeó Carlota. De pronto recordó que su hermano se suponía que andaba por allí—. ¿Y Hugo? ¿Todavía está durmiendo?

—Todavía no ha aparecido, que no es igual. Lo volvió a secuestrar la morenita de gafas, Maca.

—Pero ¿qué me estás contando? ¿Mi hermano repitiendo con la misma chica?

—Creo que le ha dado fuerte —sonrió Olga.

Miranda se atrevió por fin a preguntar lo que las dos realmente querían saber desde que Carlota había entrado por la puerta:

—Y... ¿te ha dicho John si sigue pensando que lo vuestro es un error, o hay alguna novedad al respecto?

—Creo que hay alguna novedad, pero en una o dos semanas estaré segura —respondió Carlota.

## CAPÍTULO 14

El domingo por la tarde, Carlota despidió a su hermano con pena, aunque se verían de nuevo en apenas dos semanas, ya que ella iría a casa de sus padres a pasar con ellos la Nochebuena y la Navidad. Le apetecía hablar con John, aunque solo fuera por oír su voz, pero se aguantó las ganas de llamarle. Al día siguiente lo vería, cuando él regresara del trabajo. Tenía que controlarse, no podía estropearlo por impaciente.

John pasó la tarde del domingo pensando más de lo que le hubiera gustado. Aquellas dos noches con Carlota lo habían dejado marcado. No era en absoluto la niña que él había visto desde que la conoció. Era una mujer preciosa, fantástica y decidida. No sabía muy bien cómo iban a conseguir encajar el uno con el otro fuera de la cama, pero no pensaba dejarla escapar sin intentarlo. Hacía unos días tenía casi decidido que lo suyo con Bárbara no iba a funcionar, pero desde que Carlota había vuelto a meterse en su cama no le cabía ya la menor duda. Esperaba que Bárbara lo entendiera por sí misma pero, si no, tenía que aclarárselo cuanto antes.

Carlota recogió a Emma en la parada del autobús el lunes por la tarde. El tiempo era frío y desapacible, y se fueron directas a casa. La niña hizo los deberes y después se pusieron a jugar al ajedrez. Carlota estaba un poco nerviosa ante la idea de ver a John, pero hizo lo posible por relajarse. Emma no debía notar nada raro entre ellos hasta que John decidiera otra cosa.

El corazón le dio un pequeño vuelco cuando oyó la llave en la cerradura. Emma miró a la puerta esperando ver a su padre asomarse en cualquier momento. Y efectivamente, al momento se vio el rostro moreno y sonriente de John y sus increíbles ojos azules.

—Hola, chicas ¿qué hacéis?

—Hola, papá —lo saludó Emma—. Estamos jugando al ajedrez.

—Muy bien, cariño.

Miró a Carlota y sus ojos claros se clavaron en ella por un instante, acariciándola sin tocarla. Luego continuó hablando con Emma



—¿Sabes con quién he hablado esta mañana?

—¿Con quién?

—Con la abuela. Viene la semana que viene.

—¡Qué bien! —aplaudió Emma—. Tengo muchas ganas de verla.

—¿Tu madre viene a pasar la Navidad con vosotros? —le preguntó directamente Carlota.

—Sí, Emma está conmigo en Navidad, no puedo coger vacaciones esos días y contaba con que tú estuvieras trabajando —le respondió él.

—Bueno..., ya te comenté que pensaba ir a ver a mi familia.

—Sí, también contaba con eso. Carol se puede arreglar sin ella por una temporada, así que no hay problema.

—Genial —le respondió Carlota sonriendo—, también tengo ganas de verla.

En realidad le entró la duda de si lo vería mucho o poco ese mes si su madre estaba con ellos. El año anterior también había pasado en Madrid la Navidad, pero John había recurrido a Carlota para salir algunas noches y para que se quedara con Emma un par de tardes mientras ellos ultimaban las compras navideñas.

Emma y ella recogieron el juego mientras John guardaba su abrigo. Carlota lo admiró cuando regresó al salón para reunirse con su hija y despedirse de ella como acostumbraba a hacer. Se había quitado también la americana del traje gris claro, y se aflojaba la corbata de rayas que llevaba sobre la camisa blanca. Tan guapo y elegante como siempre.

John la miró también, y no pudo evitar sonreír para sus adentros. En el fondo, Carlota nunca dejaría de ser ella misma, con o sin él. No perdía su esencia. Y eso le gustaba, aunque fueran tan diferentes.

Si la cambiaba la echaría a perder. Ella era única y especial tal y como era.

Iba vestida con vaqueros, un jersey de punto rosa fucsia y botas militares negras. Cogió su plumífero negro y un gorro fucsia de lana, y se los puso. John la miraba asombrado. Seguía siendo ella, la pequeña Carlota, con su ropa cómoda y de colores chillones y su aspecto de niña dulce y rebelde a un tiempo, pero ahora él sabía que debajo de aquella fachada había una mujer directa y práctica, que no tenía nada que ver con la fragilidad que su imagen sugería. O que le había sugerido a él.

Seguramente Carlota era de todo menos frágil. Y aun así, le aterraba la

idea de hacerle daño.

Ella se despidió de Emma y empezó a caminar hacia la puerta. Él la siguió. Al llegar a la puerta se giró al recordar algo, y casi chocó contra él. El pulso de John se aceleró y ella sonrió y habló en voz alta, dirigiéndose a Emma.

—¡Emma, si mañana llueve traeré algo para preparar una sorpresa!

Emma se asomó lo justo para sonreírle y responder.

—¡Perfecto! ¡Me encantan las sorpresas!

John la miró con curiosidad mientras ella abría la puerta para marcharse.

—¿Qué clase de sorpresa?

Carlota lo miró y sonrió.

—Si te lo cuento, no es una sorpresa.

Salió y llamó al ascensor, girándose para mirarlo solo cuando la puerta se abrió. John seguía allí plantado sin poder quitarle los ojos de encima, pero cuando ella entró y estaba a punto de pulsar el botón, reaccionó recordando algo.

—¡Carlota, espera!

Ella pulsó el botón para impedir que la puerta se cerrara.

—¿Qué pasa?

—Tengo algo para ti.

Entró en casa a toda prisa mientras Carlota salía del ascensor y esperaba de nuevo junto a la puerta, intrigada. Él salió con una bolsa de Etam Lingerie. A Carlota se le subieron los colores.

—Te lo debía. Espero que te gusten.

Ella se mordió el labio, y él sonrió al verla azorada.

—Gracias. Hasta mañana.

Carlota entró en el ascensor y desapareció. John cerró la puerta y regresó con Emma. Mientras se cambiaba de ropa para preparar la cena y Emma ponía la mesa, seguía sonriendo. Esperaba que a Carlota le gustaran los dos conjuntos que había comprado. Se había pasado buena parte de la tarde del domingo y de esa mañana pensando qué tipo de lencería debía comprarle para reponer los dos tangas que le había roto ya. Conocía un par de tiendas donde sin duda encontraría conjuntos para dejar boquiabierta y agradecida para una buena temporada a cualquier mujer, pero no tenía sentido gastar un dineral cuando su intención era comprarle algo que pudiera romper sin

remordimientos si le apetecía. Y aun así, tampoco servía cualquier cosa. Y además tenía que gustarle, tenía que ser de su estilo: algo sexi, alegre, no demasiado comedido ni tampoco demasiado descarado. Lo último que quería era ofenderla. Aunque algo le decía que Carlota, en ese aspecto, no se ofendería fácilmente.

Había elegido la tienda porque sabía que encontraría ropa interior de todos los estilos, con un buen acabado y a un precio razonable para romperlo si le apetecía. Cuando entró, solo había un par de mujeres jóvenes que lo miraron con mal disimulada curiosidad, y también con cierta admiración. Con un golpe de vista, encontró la sección adecuada, y fue directo. El color fue lo primero que le atrajo del primer conjunto. El sujetador le gustó, tenía unas copas tipo *push-up* en satén fucsia, con encaje negro superpuesto. Un color perfecto para Carlota, alegre y vivo, con un punto descarado pero al mismo tiempo inocente, aunque solo lo justo. El tanga a juego era minúsculo, como a él le gustaban. Esperaba que no fuera demasiado resistente. No quería hacerle daño al arrancárselo de un tirón, como tarde o temprano estaba seguro de que haría.

Recordó que Carlota le había advertido que le gustaban los conjuntos emparejados, así que compró dos tangas iguales. Así, si rompía uno de ellos, ella no podría quejarse todavía. Si rompía el segundo, se quejaría con toda seguridad, eso sí.

Buscó otro conjunto, esta vez en negro. Ella solía usar lencería negra, le gustaría. Le llamó la atención un sujetador de encaje negro, con unas copas perfectas y un poco retro. Cogió a continuación la braguita a juego, o mejor dicho, el tanga, porque descartó inmediatamente la versión braguita y la versión *culotte*. A él le gustaban los tangas, así que compraría algo que encajara con ella, pero por supuesto al gusto de él. En ese momento se le acercó la dependienta, con su mejor sonrisa.

—¿Puedo ayudarle?

—Creo que ya lo tengo todo, gracias.

Cogió otro tanga más, por si acaso, y se dirigió a la caja. La dependienta lo miró de reojo mientras le cobraba. Era una mujer de su edad o poco más, rubia, bien maquillada y vestida de traje. El tipo de mujer que solía llamar su atención, hasta hacía poco.

Ahora no podía quitarse de la cabeza a Carlota.

Cuando el ascensor se detuvo en la planta baja, Carlota se atrevió por fin a mirar dentro de la bolsa. Ya sabía que era lencería, y la marca en general le gustaba, pero tenía un poco de miedo de ver lo que él había comprado.

Por una parte le daba un poco de vergüenza pensar en John comprando lencería para ella. Era... raro.

Por otra, no sabía si habría elegido algo que realmente le gustara. Le horrorizaría que él le regalara algo demasiado recatado o virginal, o algo tipo «bragas de cuello vuelto». No quería que la viera como una virgen inexperta porque, desde luego, no lo era. Pero tampoco sabía si le gustaría algo demasiado atrevido. Aunque realmente no sabía decir dónde estaría el límite. Ella podía ser bastante atrevida. Y le costaba pensar en algo que John pudiera comprar y que la hiciera sentirse incómoda, insultada o menospreciada de alguna manera. Él no era así, era un caballero. Un caballero al que le gustaba jugar, pero un caballero al fin y al cabo.

Al final se decidió, metió la mano en la bolsa y vio por encima lo que había. Algo negro de encaje. Bien, encajaba con su estilo. Y debajo, satén fucsia con encaje negro superpuesto. Los ojos se le abrieron y brillaron al ver el precioso sujetador y los dos tangas. Casi corrió a su casa para verlos con más detenimiento.

Entró como una exhalación y fue directa a su habitación. Ni Olga ni Miranda estaban en casa, así que se sentó sobre su cama y vació la bolsa sin miramientos. Cogió primero el conjunto fucsia, emocionada. Le encantaba, era perfecto para ella. Miró la talla y también era perfecta. «Desde luego, tiene buen ojo» pensó con una pequeña punzada de celos. Por unos segundos se extrañó de que hubiera dos tangas. Pero entonces buscó el otro conjunto, encontró otros dos tangas y soltó una carcajada.

Obviamente, John pensaba romper al menos uno de cada.

El otro conjunto era de encaje negro. El sujetador un poco más cerrado de lo que ella acostumbraba a usar, pero tenía pinta de sentar de maravilla, y era muy fino y bonito. El tanga no era tan minúsculo como el fucsia, pero también era un tanga. «Por supuesto, un *culotte* o una braguita no se rompen tan fácilmente» pensó, divertida. Oyó la llave en la cerradura y la voz de Olga a continuación.

—Carlota, ¿eres tú?

Salió a la puerta de su habitación con una gran sonrisa. Olga la interrogó con la mirada.

—Ven, mira lo que me ha comprado John.

Los dos conjuntos triunfaron tanto con Olga como con Miranda, aunque esta última insistía en que debía haber incluido un ligero. Carlota no se imaginaba a John regalándole uno, al menos de momento. Ella no usaba ese tipo de cosas. Ni siquiera era una gran aficionada a las faldas. Por supuesto, tenía algunas, pero solía usarlas con pantis gruesos, no con medias finas para ligero. Bastante tenía de faldas, zapatos de salón y medias de lycra con su uniforme de trabajo. Cuando hubieron terminado de admirarlo y de darle su opinión, tanto Olga como Miranda coincidieron en que debería llamarle o mandarle un mensaje para agradecerle el regalo, ya que le había roto dos tangas y le había comprado cuatro, más dos sujetadores. Y todo era muy bonito, así que al menos le debía un gesto de agradecimiento. Carlota descartó la llamada. Emma estaba con él, así que no le resultaría cómoda esa opción. Dudó por un momento si tendría WhatsApp, pero probó suerte y resultó que sí. «Bueno, si no responde le mandaré un SMS» decidió por fin. Y empezó a teclear.

«Gracias por tu regalo. Me gustan mucho»

Para su sorpresa, la respuesta llegó enseguida:

«Me alegro de haber acertado. ¿Qué tal la talla?»

Respondió sonriendo.

«Perfecta. Aunque debe de haber un error... hay dos tangas de cada...»

John sonrió. Emma lo miró intrigada.

—Papá, ¿lo que ha sonado es un wasap?

—Sí.

—Pero si tú nunca usas eso... Carlota sí, pero a ti no te había visto nunca usarlo...

—Pues también lo uso a veces. Ve a lavarte las manos, enseguida vamos a cenar.

«Ningún error. Son tangas de repuesto para que no puedas protestar si decido romper alguno»

Carlota se rio con picardía.

«Estoy deseando saber cómo y cuándo pretendes romper el próximo»

John vigiló que Emma aún no hubiera acabado de lavarse las manos, y se recolocó el paquete que le molestaba en los pantalones. Aquella conversación lo estaba poniendo duro.

«Esta semana va a ser complicado, pero si eso es una proposición, te

prometo que la tendré en cuenta»

Carlota casi aplaudió. ¡Sí! Casi tenía otra cita.

«Te tomo la palabra»

John no respondió, pero por la hora que era, Carlota dedujo que Emma y él habrían empezado a cenar. Guardó con cuidado sus conjuntos nuevos y se puso también a preparar la cena.

A la mañana siguiente, Carlota se llevó una sorpresa al ver aparecer a John por la puerta de la cafetería. Llevaba un traje gris oscuro, camisa blanca y corbata color crema bajo su abrigo negro. Impecable y guapísimo, como siempre. Miró hacia la barra y le sonrió al verla. Carlota sintió que le flaqueaban las rodillas.

—Hola, John... ¿Cómo tú por aquí?

—Me estoy aficionando al café, supongo —y añadió en un susurro, de modo que solo ella lo escuchara—: y a la camarera.

Sintió el rubor subir a sus mejillas y se sintió un poco tonta, pero muy feliz. Ese era su chico (o algo así) y le estaba tirando los tejos.

—Ponme un café solo, por favor.

—Enseguida.

Carlota regresó un momento después con el café de John, y él aprovechó para preguntarle:

—Entonces ¿te gustó el regalo?

—Me gustó mucho. Esperaré a estrenarlo contigo.

—No esperaba menos.

Ella rio y fue a atender a otro cliente. John se sintió feliz y aliviado por esa afirmación. Había esperado, o más bien deseado que ella estrenara aquellos regalos para él, pero con las mujeres y la ropa nueva uno nunca podía estar seguro. Si fuera Su, ya lo llevaría puesto.

De pronto la puerta se abrió y oyó una voz conocida a sus espaldas.

—Hombre, John, ¿otra vez aquí? Se ve que te gusta el café...

«Y la camarera» pensó John mientras se giraba para saludar a Jorge.

—Sí, me gusta. Y a ti también, ¿no?

—Sí, ya te lo dije.

«También me dijiste que ella era una monada» añadió John para sí mismo con una punzada de celos en el estómago, pero no dijo nada.

Carlota atendió a Jorge un poco nerviosa y siguió con sus tareas. De

alguna manera se sentía como si estuviera haciendo algo malo o ilegal al tener que ocultar que entre John y ella había pasado algo, que había algo, o ella esperaba fervientemente que lo hubiera. Pero tenía que esperar a que él quisiera dar ese paso. Ella no tenía ningún compromiso ni nadie a quien dar explicaciones. El sí.

Los dos hombres se enfrascaron en una charla sobre el trabajo y Carlota trató con todas sus fuerzas de no mirar a John. Solo cuando le pidió que le cobrara le dedicó de nuevo su atención y una radiante sonrisa. Sus dedos se rozaron cuando cogió el billete que él le tendía, y la electricidad la recorrió de arriba abajo. John recogió su cambio, la miró con intensidad por un instante y luego le dijo adiós, para salir sin mirar atrás acompañado por Jorge.

Jorge sí miró de nuevo hacia Carlota. Y ella vio en sus ojos que se olía algo.

## CAPÍTULO 15

John salió de la cafetería haciendo un verdadero esfuerzo para no volver atrás la cabeza y mirar a Carlota. No tenía ganas de darle explicaciones a Jorge, y este no había dejado de preguntarle si había algo entre Carlota y él desde la noche del corsé rojo, cuando había salido de la discoteca detrás de ella y había acabado llevándosela a casa.

Había pasado exactamente un mes, y sí, ahora sí estaba seguro de que entre Carlota y él había algo, aunque aún no era capaz de definir qué.

Bueno, había atracción física, mucha atracción física, de hecho.

Había una innegable conexión a nivel sexual. Pese a lo diferentes que aparentemente eran, se complementaban, al menos hasta donde él había tenido ocasión de comprobar.

Y aunque en realidad sabían más bien poco el uno del otro, se conocían hacía tiempo y por lo tanto se respetaban y se apreciaban. No podía decir que fueran amigos, pero no era una desconocida.

Era consciente de que había un vínculo emocional que los ataba, y no se trataba solo de Emma.

Pero a todo eso no sabía cómo llamarlo. No podía decir que estuviera enamorado, era pronto para eso. Tampoco era justo decir que le gustaba, o que solo se trataba de sexo, porque sabía a ciencia cierta que se trataba de algo más.

Estaba hecho un putito lío.

Jorge no tardó en empezar el interrogatorio:

—Me ha chocado volver a verte en la cafetería de Carlota.

—¿Por qué? A ti también te gusta el café que tienen.

—Pero yo llevo más de un año tomando el café allí.

—¿Y? Yo lo he probado ahora y me gusta más que el de la máquina de la empresa. No creo que sea tan raro.

Jorge esbozó una sonrisa.

—No estoy ciego, John. He visto cómo la miras.

John se esforzó en mantener el tipo.

—No sé a qué te refieres.



—Claro que lo sabes. La primera vez me dijiste que no era más que una cría, pero el día que apareció en la discoteca con aquel corsé... no le quitabas el ojo de encima. Y qué casualidad, desapareciste a la vez que ella. Y ahora entro en la cafetería y te veo desnudándola con la mirada. Y ella te mira como si fueras un Dios del Olimpo.

—Yo no la estaba desnudando con la mirada, no digas chorradas.

¿En serio ella lo miraba de esa manera? Su ego se dio unas palmaditas en la espalda. ¡Un Dios del Olimpo! No estaba mal, no.

—¿Chorradas? Me dirás que no tiene un cuerpo precioso... Daría el sueldo de un mes por verla desnuda.

John apretó los dientes y los tendones de su cuello se tensaron hasta casi dolerle. Le costó un infierno no partirle la cara a Jorge por hablar así de Carlota.

Jorge se rio por lo bajo. John había picado el anzuelo sin pensarlo siquiera.

—No me digas más, tu reacción es suficiente. Entre vosotros hay algo, y yo acabaré enterándome.

Estuvo a punto de confesar, pero Jorge no insistió y, al final, John lo agradeció. Necesitaba más tiempo.

A la que no sabía cómo iba a enfrentar si volvía a la carga era a Bárbara. No quería hierla innecesariamente, ni quería decirle que había otra persona pero, definitivamente, tenía que hacerle ver que ya no había nada que arreglar entre ellos.

Por suerte, al llegar a la oficina se enteró de que había pedido unos días de permiso para ocuparse de su madre que había sufrido un pequeño accidente doméstico. Por lo menos en unos días no tendría que preocuparse por ella.

Carlota acabó su turno y se fue a casa. Comió algo, se echó un rato y se levantó con tiempo de sobra para ir a buscar a Emma. Preparó una bolsa con lo que necesitaría para la sorpresa que le había prometido, ya que desde mediodía llovía sin tregua. Cuando la niña bajó del autobús miró la bolsa y le preguntó emocionada:

—¿Cuál es la sorpresa?

—Haremos galletas de Navidad para tu abuela, y para tu madre y tu padre y para regalar a quien tú quieras. ¿Te apetece?

—¡Pues claro que sí! ¡Es una idea genial!

Se fueron a casa apretujadas bajo el paraguas de Carlota, y tan pronto como Emma acabó los deberes, se liaron con las galletas. Carlota había llevado cortapastas, rodillo y papel vegetal para extender la masa, y hasta su batidora de ganchos para amasar. Cuanto menos tardaran en hacerlas, mejor. No quería que llegara John y se encontrara la cocina patas arriba.

Emma eligió hacer el copo de nieve, el árbol de navidad, el muñeco de jengibre y el calcetín navideño. Carlota aplaudió su elección. Midieron los ingredientes y prepararon la masa. Solo dudaron un momento si de vainilla o de chocolate.

Chocolate, por supuesto.

Cuando John llegó a casa se estaba haciendo la última hornada y Carlota había recogido y limpiado ya todos los cacharros que habían utilizado. Nada más meter la llave en la cerradura y abrir la puerta, le llegó el delicioso olor a galletas recién hechas.

—Papá, ¿adivinas la sorpresa? —le gritó Emma desde la cocina.

—¿Cómo no voy a adivinarla, si huele de muerte? —respondió él, divertido—. ¿Galletas de chocolate?

—¡Sí! Muy bien, papá.

Entró en la cocina sonriendo y se encontró a su hija sentada a la mesa guardando las galletas ya frías en cajas metálicas que sin duda Carlota había traído. Ella estaba inclinada junto al horno, verificando al parecer el punto de cocción de las últimas galletas. Se levantó y lo miró sonriendo, y John se quedó embobado mirándola.

Iba vestida con vaqueros y botas, como casi siempre, y una camisa de cuadros de leñador, de color violeta. Por encima se había puesto un delantal negro largo, para no mancharse la ropa. Se quitó el delantal, lo dobló y lo guardó en su bolsa, retirándose un mechón de pelo rebelde que le caía sobre la cara y sujetándolo detrás de su oreja. John la imaginó arrodillada sobre su cama, vestida solo con esa camisa a medio abotonar y uno cualquiera de los conjuntos que le había regalado el día anterior.

Parpadeó con fuerza para borrar esa imagen de su cabeza. No era el momento. Centró su atención en Emma, que le ofrecía una galleta.

—¿Quieres una? No puedes comer más, que mañana vamos a decorarlas.

Carlota acabó de recoger sus cosas mientras John alababa la galleta y se iba a dejar su abrigo. Regresó para acompañarla a la puerta, como hacía siempre. Emma la despidió con un abrazo y una enorme sonrisa.

—Me encanta la sorpresa, Carlota. Mañana seguimos ¿no? A la abuela le van a encantar.

—Claro que sí, cariño. Verás cómo te quedan geniales.

John la siguió hasta la puerta, mientras Emma acababa de guardar las galletas.

Se quedaron mirando por un momento, sintiendo la llamada de los labios del otro, pero no dieron el paso. Carlota sentía el pulso en su garganta, y tenía frío... Deseaba el calor de las manos de él en su piel.

Se abrochó la cazadora y le sonrió a modo de despedida.

—Bueno, hasta mañana.

—Hasta mañana.

Le sonrió desde el ascensor, pero él no dijo nada más. Tener que contenerse así la mataría si tenía que hacerlo por mucho tiempo, pensó al cerrarse la puerta mientras dejaba escapar un suspiro de resignación.

Al día siguiente, John no fue a tomar café. Carlota se llevó un pequeño chasco, ya que pensaba que volvería. El que sí apareció fue Jorge, que se sorprendió un poco de no encontrar allí a su amigo. Probablemente él lo había hecho por eso, pensó ella. Y le dolió un poco ese pensamiento. Empezaba a molestarle tener que estar escondiendo lo que sentía. Esperaba que él no pretendiera que se escondieran indefinidamente. No podría soportarlo.

Esa tarde, y la siguiente, Emma y ella acabaron de decorar las galletas con glasa. La niña era una excelente alumna y quedaron preciosas. John no escatimó en alabanzas para las dos, y sus ojos decían aún más que su boca cuando miraba a Carlota, pero siguió sin tocarla ni acercarse más a ella. Al aproximarse el fin de semana, la ansiedad de Carlota iba en aumento. ¿Saldría él el sábado por la noche? No le había dicho nada, pero...

John andaba dándole vueltas al mismo asunto. Quería salir con Carlota, quería estar con ella, lo necesitaba. Pero tenía a Emma hasta el domingo. No sabía cómo plantearle a su hija la posibilidad de que Carlota y él salieran juntos. Para su sorpresa, el jueves por la noche, antes de acostarla, mientras leían juntos unas páginas del último libro de *Kika superbruja* que le había comprado, fue Emma quien le dio la solución.

—Papá, ¿podemos ir al cine el fin de semana?

—Claro. ¿Qué película quieres ver?

—*El Hobbit*.

John se quedó un poco sorprendido.

—¿*El Hobbit*? ¿Estás segura? No es una película de dibujos.

—Ya lo sé, papá, pero quiero verla. Mamá dijo que podíamos ir, pero la semana que viene quiere que vayamos a comprar ropa para la cena de Fin de Año y seguro que no tenemos tiempo. Por favor, papá, Carlota me prestó el libro y me gustó mucho.

—¿Has leído *El Hobbit*? —John estaba alucinado.

—Sí. Es de aventuras... y la peli es para mayores de siete años. Yo tengo nueve, puedo ir.

—Bueno, supongo que podemos ir.

—¿Por qué no invitamos a Carlota? A ella le gusta mucho el cine.

John sonrió y miró a su hija. Emma lo miraba con una cara de inocencia absolutamente falsa. Qué sorpresa descubrir en su propia casa a una pequeña arpía manipuladora de solo nueve años.

—¿Quieres invitar a Carlota?

—Sí. ¿No te cae bien?

Él aguantó la risa. Recordaba que Emma le había dicho que prefería que saliera con Carlota antes que con Bárbara. Por lo visto seguía gustándole la idea. Qué noticia tan estupenda.

—Claro que me cae bien.

—¡Pues llámala!

—Emma... ¿me estás organizando una cita con Carlota?

La niña enrojeció hasta la raíz del pelo. «Pillada in fraganti», pensó John francamente divertido. No podía creerse que las cosas fueran tan fáciles.

—Bueno, creo que tú le gustas... Y tú también la miras a veces... Yo la quiero mucho, es mucho mejor que Bárbara, desde luego, y como tú no has vuelto a salir con Bárbara... ¿O sí has salido con ella?

—No, no he vuelto a salir con ella, aunque no creo que tenga que darte explicaciones sobre ese tema.

A la niña le tembló el labio como si estuviera a punto de echarse a llorar. John le acarició la mejilla con ternura.

—Llamaré a Carlota, a ver si le apetece salir con nosotros.

Los ojos azules de Emma se iluminaron de pronto y sonrió sin disimular su alegría.

—¡Gracias, papá! Carlota es genial, ya lo verás.

John consiguió a duras penas mantenerse impasible. Ya lo sabía, desde luego. Le dio un beso a su hija y le prometió que hablaría con Carlota cuanto antes para ver si tenía planes para el sábado. En cuanto Emma estuvo acostada, cogió su móvil y le envió un wasap. No era su forma favorita de comunicarse pero no quería que Emma lo oyera hablar con ella y no podía invitarla al cine en la cafetería mientras ella estaba trabajando. Por otra parte, tampoco quería esperar, no fuera a hacer planes y le dijera que no.

«¿Tienes plan para el sábado por la tarde?»

Carlota oyó el teléfono y vio el mensaje. Sus ojos se abrieron como platos.

«No. ¿Por qué?»

«Emma y yo vamos al cine a ver *El Hobbit* y quiere que vengas con nosotros»

El orgullo de Carlota se resintió. «Emma quiere que vengas» ¿Y él? ¿Acaso él no?

«¿Y tú qué? ¿Tú quieres que vaya o prefieres que tenga planes?»

John se mordió el labio al leer su respuesta. ¿Lo estaba provocando o se había molestado por su forma de invitarla?

«Me encantaría que vinieras. Ni siquiera estoy seguro de que me apetezca ver esa película, pero Emma ha dicho que a ti te gustaría y me ha puesto en bandeja la posibilidad de tantear qué le parece que tú y yo nos conozcamos mejor. Dime que sí, por favor»

«Suficiente», pensó Carlota. Además de tener razón en que no podían desaprovechar esa oportunidad de ver cómo reaccionaba Emma, la película le apeteecía (seguramente mucho más que a él) y además se lo había pedido por favor. No podía negarse.

«De acuerdo, iré con vosotros. Mañana por la tarde concretamos, si te parece bien»

«Perfecto, sacaré las entradas. Hasta mañana»

«Hasta mañana»

Echó de menos algún apelativo cariñoso, pero se conformó con la cita, aunque incluyera a la niña. Era importante que ella la aceptara en la vida de John. Si algo salía mal con Emma, no le cabía ninguna duda de que él se cerraría en banda. Su hija era lo primero.

El viernes por la mañana John tampoco fue a tomar café, y Carlota

recogió a Emma en la parada del autobús con un nudo de nervios formándose en su estómago. La niña saltó hacia ella al verla, absolutamente eufórica.

—Dime que papá te ha llamado, por favor...

—Sí, me ha llamado —sonrió Carlota.

—¿Vendrás con nosotros al cine?

—Sí, por supuesto. Me apetece un montón ver esa película.

—¡Y a mí! Nos lo vamos a pasar genial los tres, ya verás.

Carlota contuvo a duras penas su alegría. A Emma le hacía mucha ilusión que saliera con ellos. Realmente, Bárbara debía de haber sido muy torpe con ella, porque era una niña encantadora.

Después de merendar y hacer los deberes, acabaron de empaquetar las galletas, en pequeñas cajas decoradas por ellas mismas con pegatinas y adornos navideños. Había galletas para la abuela Amanda, para la madre de Emma, para su profesora del colegio, para que su padre se llevara al trabajo, y para merendar todos los días que faltaban hasta Navidad, como mínimo. La niña incluso apartó una para Miranda y otra para Olga.

—Les van a encantar. Gracias, cielo —le dijo Carlota sonriendo. Era un detallazo que pensara incluso en sus compañeras de piso.

Se oyó la puerta y apareció John.

—¿Qué hacéis?

—Empaquetar las galletas. Mira qué bonitas quedan, papá. Estas son para ti.

—Gracias cariño. Te han quedado preciosas.

—Nos han quedado, papá. Las hemos hecho entre Carlota y yo.

—Sois unas artistas —aseveró él con decisión. Miró a Carlota y ella sintió su pulso acelerarse—. Mañana te recogemos a las cinco y cuarto, si te parece bien. La película es a las seis, tenemos tiempo de llegar, comprar palomitas y lo que os apetezca.

—Vale, estaré preparada. Gracias por la invitación.

—Lo vamos a pasar genial —dijo Emma emocionada.

Carlota miró a John y sonrió. No tenía pinta de disfrutar viendo *El Hobbit* aunque quizás le resultara más tolerable yendo con ella. En realidad ella no sabía si iba a ser capaz de estar atenta a la película. Aquel hombre le gustaba con locura.

Ojalá Emma no se arrepintiera de haberlos empujado a esa cita.

## CAPÍTULO 16

Carlota llegó de trabajar el sábado y empezó enseguida a prepararse. No tenía mucho tiempo, de modo que se dio una ducha rápida, se secó el pelo a conciencia, se maquilló lo mínimo imprescindible y se puso la ropa que había dejado preparada. Le había costado decidirse. Para empezar, no quería ir muy diferente de su estilo habitual, porque no quería que Emma pensara que pretendía ligarse a su padre. Pero, por supuesto, era lo que pretendía, así que quería ir guapa, y un poco sexi. Al final había optado por vaqueros, como era habitual en ella, un jersey azulón con un gran cuello vuelto y botas negras de tacón. Con una sonrisa pícara se pintó las uñas de azul noche, un poco más oscuras que el jersey. Probablemente a John le horrorizaría, pero a Emma le encantaban sus uñas de colores y a ella también.

Tal vez John cambiaría de idea si le pasaba esas uñas por la nuca o se las clavaba en la espalda.

En realidad estaba casi segura de que lo haría. Tendría que buscar una ocasión para comprobarlo.

Miranda y Olga aprobaron su indumentaria. Después de todo, no era una cita «de verdad», es decir, iban al cine con la niña, un sábado por la tarde. Se imponía algo mono, pero no muy vestido, y a Carlota aquellos vaqueros le sentaban de maravilla. Los tacones ya eran un pequeño capricho, porque lo normal sería que llevara las botas militares o sus adoradas zapatillas Converse. Le desearon suerte y ella quedó en llamarlas cuando volviera del cine si no estaban ya en casa y le apetecía salir por la noche.

Lo cierto era que no le apetecía en absoluto. Le habría encantado quedarse con él hasta tarde, pero no iba a ser posible. No con Emma.

A las cinco y cuarto en punto sonó el timbre del portero automático. Carlota sonrió pensando: «Para ser americano, hace gala de una puntualidad británica», y respondió que bajaba enseguida. Cogió el bolso, se puso su cazadora de cuero, se despidió de Miranda y Olga y bajó a la calle.

John y Emma esperaban dentro del coche de él, en doble fila. Carlota abrió la puerta del copiloto y se sentó. Emma la saludó efusivamente desde el asiento trasero.

—¡Qué guapa estás, Carlota!

—Gracias, cariño.

Miró a John de reojo. Iba vestido con un pantalón beige, una camisa a rayas y una chaqueta azul oscuro. Estaba rabiosamente guapo. Vio que él también la miraba, y desviaba la mirada hacia sus manos. «Oh, Dios... Igual me he pasado. Ahora estará haciéndose cruces por mis uñas azules. Bueno, es lo que hay, mejor que se haga a la idea» murmuró para sus adentros.

John la miró una vez más, le sonrió y arrancó. Condujo en silencio, mientras la música de la radio llenaba el coche. Estaba muy guapa con su melena suelta, los vaqueros con botas altas de tacón (su lado fetichista estaba emocionado por aquel detalle) y su jersey azul. Le habían chocado las uñas, pulcramente pintadas a juego con el jersey. Las llevaba más bien cortas y cuadradas, apenas con un poco de forma. Tenía unas manos bonitas, pero... ¿azules? En fin... Carlota siempre sería Carlota. Aquel punto provocador en ella lo divertía, a pesar de todo.

Quién iba a pensar hacía solo unas semanas que unas uñas azules le parecerían divertidas.

Llegaron al centro comercial donde estaban los cines y aparcaron. John y Carlota bajaron del coche y Emma se soltó el cinturón y esperó a que su padre le abriera la puerta. Él cogió su cazadora y el abrigo de Emma del asiento trasero, y ayudó a su hija a bajar. La niña le sonrió ampliamente a Carlota, emocionada con la perspectiva de una tarde de cine con los dos, y empezó a caminar junto a su padre. John le pasaba una mano por el hombro. Carlota se situó al otro lado de la pequeña.

—Gracias por haberme invitado.

—Le dije a papá que te gustaría la película, que tú me dejaste el libro.

—Me sorprendió que hubiera leído algo así, la verdad —intervino John—. No sabía que le hubieras prestado ese libro.

Carlota lo miró dubitativa. Esperaba que no le hubiera molestado aquello.

—Hace un par de meses lo estuve releendo porque sabía que pronto estrenarían la película, y Emma lo vio una tarde en el parque y le llamó la



atención. Quiso saber de qué iba la historia y le ofrecí prestárselo, espero que no te moleste. Sé que no es un libro expresamente para niños, pero... a ella le gustó y lo peor que podía pasar era que le aburriera...

John vio que estaba un poco apurada y se apresuró a tranquilizarla.

—No te preocupes, me parece bien, es solo que me choca que haya leído algo tan... peculiar.

—¿Peculiar? —Carlota se rio—. ¿Me estás llamando friki?

John se dio cuenta de que no había estado muy acertado con la palabra. Trató de disculparse, aunque realmente siempre había pensado que Carlota era un poco friki.

—No es eso, es que... creo que es un libro complicado para una niña de su edad... y probablemente denso. Sin embargo le gustó.

—¿Tú lo has leído?

—Sí, lo he leído.

—Pues mira, eso sí me sorprende, no te lo voy a negar... —se burló ella.

—¿Te sorprende? ¿Y por qué, si puede saberse?

—No tienes pinta de leer novelas fantásticas, de aventuras y personajes de razas extrañas en mundos imaginarios. Pareces mucho más práctico que todo eso.

—Me estás llamando aburrido —afirmó él enarcando una ceja.

—Yo no he dicho eso —se defendió ella.

—Pero lo piensas.

El cerebro de Carlota le jugó entonces una mala pasada. Recordó a John atándole las muñecas con una corbata, rompiéndole el tanga, follándola en la ducha. Y se puso roja como la grana. No, definitivamente ya no pensaba que fuera aburrido.

John la vio sonrojarse y su sorpresa duró solo un instante. Ella estaba pensando en algo comprometedor, o no se habría sonrojado. Quizás en sexo. En sexo con él. Y a juzgar por su azoramiento no pensaba que fuera aburrido.

Contuvo una sonrisa y reparó en que Emma los miraba de hito en hito, como preguntándose si aquella conversación iba por buen camino o acabarían sacándose los ojos el uno al otro. Esperó que la niña no se hubiera percatado del apuro que estaba pasando Carlota. Por si acaso cambió de conversación.

—Yo he leído mucho, Carlota. De todo. Seguramente te sorprenderías. ¿Vamos a por palomitas?

Emma aplaudió la sugerencia, y Carlota asintió con una sonrisa tímida.

«¿Me sorprendería? Pues ni te cuento la cara que se te quedaría a ti si estuvieras al tanto de mis lecturas».

Compraron el cubo más grande de palomitas que había, un par de botellines de agua para Emma y John y un refresco para Carlota. Los ojos de la niña brillaban de emoción al entrar en la sala de cine y buscar sus asientos. John miró a Carlota y sonrió.

—Le encanta el cine, lo vive.

—Eso es genial, ¿no? —le respondió ella mirándole a los ojos.

—Sí, desde luego. Y para mi es una novedad que la película no sea de dibujos animados, aunque el cine fantástico y de aventuras no sea mi preferido.

—¿Y qué tipo de cine te gusta entonces?

—Pues... histórico, dramático...

—Como si no hubiera bastante drama en la vida real.

Carlota se mordió la lengua nada más decir aquello, pero a John no pareció molestarle, de hecho, incluso sonrió.

—Sí, en eso tienes razón. Supongo que a ti no te va el drama.

—Pues no. Las históricas, pase, si están bien hechas y no son muy aburridas... Es decir, si tienen algo de aventuras, o de romance... Pero por lo demás, prefiero pagar para reírme que para llorar como una magdalena y salir del cine con un bajón de muerte.

—Es razonable —sonrió de nuevo él.

—Y la ciencia ficción supongo que tampoco te va ¿no? Eres demasiado... práctico.

—Ya. Aburrido... ¿no?

—Lo has dicho tú, no yo. —Y, aunque intentó controlarse con todas sus fuerzas, volvió a sonrojarse.

—Bueno, no me entusiasma. Aunque hay alguna excepción.

—¿Como cuál?

—Alien, por ejemplo.

—Bien, no eres un caso perdido, entonces. ¿Y cine de terror?

—No, gracias.

—No me digas que eres miedoso...

Él la miró con suficiencia.

—¿Lo parezco?

—No. Vale, no te gusta y punto.

—Si acaso, de suspense, pero más que nada clásicos... Hitchcock y cosas así.

—Uff... vamos a dejarlo.

«Sí, será lo mejor —pensó él—. No parece que tengamos muchos gustos en común».

Emma encontró los asientos y se sentó en el medio. Al fin y al cabo era una niña, y no estaba segura de que la película no la asustara. John se sentó a su derecha y Carlota a su izquierda, y le pusieron en las manos el cubo de palomitas. Y se dispusieron a pasar dos horas y media en un mundo de fantasía y aventuras.

John no se enteró de la mitad de la película. Había leído el libro hacía siglos, cuando aún era un adolescente y devoraba todo lo que caía en sus manos, pero lo cierto era que la historia no le atrapaba. Al menos se alegraba de que Carlota hubiera ido con ellos, porque Emma y ella sí que la estaban disfrutando. Mantenían los ojos fijos en la pantalla, sin apenas moverlos, y se hacían comentarios al oído en voz baja. Emma se agarró a la mano de su padre en un par de ocasiones cuando la tensión de la trama la hizo encogerse en el asiento, pero por lo demás, disfrutó lo indecible de la película. Se comieron las palomitas entre los tres en apenas un rato. Los ojos de John se encontraron con los de Carlota en un par de ocasiones cuando sus dedos se encontraban en el interior del cubo y enviaban por sus nervios pequeños calambres que les hacían hormiguitar la piel, con una especie de sentimiento de anticipación que ambos sabían que no venía a cuento. Estaban con Emma, no había ninguna posibilidad de que ella acabara en su cama. Pero sus ojos le decían cuánto lo deseaba.

Cuando la película acabó y salieron del cine, ellas dos seguían comentando los mejores momentos, absolutamente emocionadas. Obviamente les había gustado. Y él al menos había disfrutado de la posibilidad de ver cómo era tener a las dos mujeres más importantes de su vida juntas y con él al mismo tiempo.

Y le había gustado la experiencia. Le había gustado mucho.

Su cerebro racional de pronto casi sufrió un shock.

«John Connor... ¿acabas de pensar que Carlota es una de las dos mujeres más importantes de tu vida? ¿Pero te has vuelto loco o qué?»

La miró de reojo. Iba abrazada a Emma, y las dos seguían charlando entusiasmadas y con los ojos brillantes. Era preciosa, increíble, dulce, y muy

sexi.

Sí, aquella niñata se lo había metido en el bolsillo en menos de un mes. Patético, pero cierto. Podía tratar de negar la evidencia, pero no podía engañarse a sí mismo.

Quería a Carlota en su vida. No podía ni quería prescindir de ella.

Era el momento de dar otro paso.

—Emma, ¿te apetece que nos quedemos a cenar?

La niña lo miró asombrada.

—¿A cenar? ¿Aquí? ¿Con Carlota?

—Si a ella le apetece, claro.

La miró con el corazón al galope. «Di que sí, Carlota, di que sí».

Carlota lo miró intrigada. Y emocionada, aunque no dejó entrever esto último.

—¿Cuál es el plan? Soy toda oídos.

—¿Una hamburguesa? —preguntó mirándolas a las dos con fingida inocencia. Emma no podría resistirse a esa propuesta, y Carlota no podría decirle que no a Emma. La niña, tal y como él esperaba, empezó a dar saltitos de pura emoción.

—¡Ooohhh! Sí, Carlota, por favor, di que sí.

Carlota sonrió y lo miró entornando los ojos. Su mirada era tan transparente que casi podía oírla pensar: «Debería darte vergüenza utilizar así a tu propia hija».

Pero, por supuesto, dijo que sí.

—Yo me quedaré con una ensalada, creo. Todavía tengo las palomitas aquí.

Señaló a su garganta, que se veía esbelta con el cuello de aquel jersey. John deseó morder la vena que palpitaba suavemente bajo su piel, como si fuera un vampiro adolescente. Y sus hormonas actuaron como si lo fuera. Empezó a notar la afluencia de sangre a una zona de su cuerpo que no era nada oportuna reaccionando en ese momento.

Tragó saliva y trató de centrarse.

—Pues venga, tarde completa, ¿no os parece?

Cruzó los brazos con la cazadora sobre su estómago para ocultar la incipiente erección. Entraron en la hamburguesería y Emma se apresuró a ocupar una mesa cerca de la zona de juegos para niños. Bien, al menos eso les daría un rato de conversación a solas.

Dejó la cazadora en la silla, y le dio tiempo a Carlota para que pensara lo que quería pedir. Él siempre iba a tiro hecho y Emma también, así que en cuanto ella hizo su elección, las dejó charlando en la mesa y se fue al mostrador a hacer el pedido.

Carlota estaba realmente sorprendida. Esperaba que las cosas fueran bien con Emma pero, a decir verdad, iban rodadas. Siempre se habían entendido bien, pero el hecho de que John estuviera allí no modificó en absoluto el buen rollo que solía haber entre ellas. De hecho juraría que a la niña no le molestaba en absoluto la idea de ellos dos... juntos.

Le dio un poco de vértigo.

John le gustaba, le gustaba muchísimo. Pero tenía una hija, y le llevaba diez años. ¿Estaba preparada para meterse en una relación que a medio plazo implicaba ser madre sustituta a tiempo parcial? Por otra parte... la mayoría de sus amigos no querían saber nada de bebés al menos en los próximos cuatro o cinco años, pero ¿cómo veía ese tema un hombre de treinta y cinco años que ya era padre?

No sabía si era mejor que no quisiera saber nada de repetir, o que quisiera que Emma en algún momento tuviera hermanos.

De todas formas haría bien en olvidarse del tema por el momento. Era pronto para plantearse algo así y, conociéndose, se lo soltaría a John en el momento menos pensado.

Él regresó con la comida y Carlota se obligó a olvidarse de sus divagaciones. Bromearon y rieron con las ocurrencias de Emma, hasta que la niña terminó su cena y pidió permiso para irse a jugar. John se lo dio encantado, pues estaba deseando quedarse a solas con Carlota.

—¿Te estás divirtiendo?

—Sí, mucho —respondió ella sonriendo sinceramente.

—Cine y hamburguesa con una niña de nueve años no es lo que se dice un planazo.

—Tú vas en el lote ¿no? El plan no está tan mal, te lo aseguro.

Lo miró con descaro de arriba abajo, provocándolo. Él sonrió, halagado.

—Emma está encantada contigo. Te adora.

—Supongo que para ella soy mejor opción que la «Barbie ejecutiva» — soltó Carlota sin pensárselo. Se dio cuenta demasiado tarde de que aquello podía considerarse una grosería, pero ¡qué coño! Era verdad. Ella era mucha

mejor opción que aquella estirada. Para los dos.

John la miró sorprendido una vez más por su desparpajo, y para alivio de ella, se rio.

—Sí, creo que para mí también lo eres.

—Sigo esperando una respuesta.

Él la miró desconcertado.

—¿A qué pregunta?

—A la de cómo y cuándo piensas empezar a romper los regalos que me hiciste.

Se quedó boquiabierto. Aquella pequeña descarada disfrutaba poniéndolo en un compromiso. La facilidad que tenía para provocarlo y excitarlo era vergonzosa.

Bueno, había oportunidades que uno no podía dejar pasar. Y aquella sin duda era una de ellas.

—¿Mañana por la noche te va bien? Llevaré a Emma a casa de su madre a media tarde. Te invito a cenar en mi casa y me enseñas uno de los regalos... el que prefieras.

Si pretendía ponerla nerviosa o avergonzarla de alguna manera, le salió el tiro por la culata. Carlota se inclinó sobre la mesa para susurrarle mirándole a los ojos.

—¿Me estás ofreciendo sexo, John Connor?

John trató de parecer sereno, aunque su sangre parecía haberse espesado en sus venas, y su corazón latía con tal fuerza que lo sentía en la ingle. Aquella pequeña desvergonzada no conocía límites cuando se trataba de provocarlo.

—No es una oferta. Es una promesa.

—Bien, te tomo la palabra. ¿Con corbata o sin ella?

Le sonrió mordiéndose el labio. «Cuando te pille esa boca te vas a enterar, descarada», pensó él.

—Creo que te estás ganando algo mejor que la corbata.

—¡No me digas! Me vas a crear expectativas... Espero no llevarme una decepción.

—Haré lo posible por estar a la altura —le respondió él sonriendo.

Miró el reloj y vio que era más tarde de lo que creía. El tiempo se le había pasado volando.

—Deberíamos irnos, Emma se va a dormir en el coche.

—Vale. —Se levantó y empezó a ponerse la cazadora.

Él se levantó también, cogió la suya y se dispuso a ir a buscar a la niña. Carlota lo llamó antes de que se fuera.

—¡John!

—¿Sí?

Carlota le sonrió de tal forma que pudo sentir como se le fundían un par de cientos de neuronas.

—Gracias por la película y la cena. Me lo he pasado genial.

—Entonces habrá que repetirlo.

Se dio la vuelta, satisfecho y se marchó a buscar a Emma.

## CAPÍTULO 17

Acercaron a Carlota a su casa y después John se apresuró a acostar a Emma. La niña estaba feliz, y no dejó pasar la ocasión de hacérselo saber.

—Papá, me lo he pasado genial. ¿Podemos salir otro día con Carlota?

—Si quieres se lo pregunto.

—¡Sí, porfa! Me gusta mucho, ¿sabes?

—Ya lo sé, os conocéis hace mucho tiempo, y ella te quiere mucho también.

—Papá, quiero decir que me gusta para ti...

—Emma, no empecemos.

—¿Qué? ¿A ti no te gusta?

John dudó si lanzarse a la piscina solo durante unos segundos. Luego pensó que no le iba a salir una ocasión mejor que aquella.

—Sí, me gusta. ¿Te parecería bien también si la invitara a salir alguna vez cuando tú estás con mamá?

—Pues claro...

—Me alegro. Si a ti te cae tan bien, creo que es buena idea que nos conozcamos mejor.

—Sí, yo también lo creo, papá.

—Pero Emma, de momento solo se trata de conocernos, ¿vale?

No quería que la niña se montara películas ni se hiciera ilusiones ni nada parecido. Su, la madre de Emma, había rehecho su vida y hacía ya un par de años que se había casado. Emma se lo había tomado bastante bien porque conocía a Michael prácticamente desde que nació. También era americano, y trabajaba con Su. John y él se conocían casi desde que se mudaron a España y Su empezó a trabajar, y se llevaban bien, de modo que todo había sido bastante natural, aunque la niña había tenido una temporada más revoltosa de lo habitual, probablemente por celos, hasta que las cosas se habían asentado y había visto que seguía ocupando el mismo lugar en la vida de su madre. A él le preocupaba un poco la idea de meterse en una relación más o menos seria. Con Bárbara no había funcionado. Intuía que con Carlota Emma no sería un problema, pero no quería precipitarse. Si las cosas no salían bien, el chasco



para ella sería realmente doloroso. Adoraba a Carlota.

Pero es que era imposible conocerla y no adorarla. Él apenas había empezado a escarbar en la superficie, y cuanto más sabía de ella, más le gustaba.

Le dio un beso de buenas noches a su hija y se fue a su habitación. Pensar de nuevo en Carlota le había recordado que tenía cosas que preparar para la noche siguiente.

Carlota había llegado a casa a una hora en la que aún le daba tiempo de salir con sus amigas, pero no le apetecía nada. Se puso el pijama, se desmaquilló y se metió en la cama con un libro en el que apenas conseguía concentrarse. Había sido un día muy interesante. Tal vez, como John había dicho, salir con él y con Emma al cine y a cenar una hamburguesa no era precisamente un «planazo», pero lo cierto era que se lo había pasado genial. Le apetecía casi cualquier plan con él. Como si la invitaba a la ópera. Por muy aburrido que fuera, se pasaría dos horas mirándolo y no se aburriría en absoluto.

Y además había conseguido otro plan para la noche siguiente. Y ese sí que tenía pinta de ser un planazo. John la había invitado a cenar y le había prometido sexo, sin rodeos.

Se relamió los labios y se mordió el inferior. Aquel hombre era un espécimen soberbio, y además en la cama había resultado ser de lo más sorprendente. Casi no podía esperar a saber qué haría la noche siguiente. Porque lo había provocado lo suficiente como para saber que él prepararía algo. Y que, por supuesto, le rompería el tanga. Llevaría el fucsia. Era su favorito, pero merecía la pena sacrificarlo por una noche memorable. Y si él no se encargaba de que lo fuera, ya se encargaría ella.

Por la mañana Carlota se despertó la primera, puesto que no se había acostado tan tarde como Olga y Miranda. Aprovechó para hacer un poco de limpieza en su cuarto y rebuscó en su armario la ropa que se llevaría a la «cena» con John, por llamarla de alguna manera. No se complicó mucho la vida. Se iba a poner el conjunto de satén fucsia con encaje negro, y tenía clarísimo cuánto quería mostrar y cuánto insinuar. Se pondría zapatos negros de tacón, unos *leggings* negros ajustados y un jersey también negro, amplio y suave, con un gran escote barco que se deslizaba hacia uno de sus hombros

mostrando un buen trozo de piel y el tirante fucsia. Él sabría desde el primer momento lo que llevaba debajo. La pregunta del millón era si acabarían de cenar o no.

Cuando oyó que Olga se había levantado, salió también a la cocina. Su prima estaba haciendo café.

—¡Carlota! ¿Qué tal el cine? Estuvimos esperando que nos llamaras... ¿No te apetecía salir?

—No, la verdad es que el cine se alargó con una hamburguesa y cuando llegué me daba pereza salir de casa.

—¿Y qué tal?

Carlota sonrió feliz.

—Muy bien. A Emma y a mí nos encantó la película. John se la tragó, que no es poco —bromeó provocando a su vez la sonrisa de su prima.

—¿Y la niña?

—Encantada. Creo que la tengo de mi parte.

—Qué buena noticia.

—Hoy voy a cenar con él. En su casa.

Olga enarcó una ceja. Carlota esbozó una sonrisa pícaro.

—Sí, es exactamente lo que parece, una encerrona. Solo que no estoy segura de quién se la ha hecho a quién.

Carlota se preparó un té mientras Olga le contaba los pormenores de la noche. Parecía que lo de Isaac iba bien. Se lo había traído a casa, pero se había marchado de madrugada porque aún vivía con sus padres y no tenía costumbre de pasar la noche fuera sin avisar.

—¿Y Miranda?

—Víctor sí se ha quedado a dormir —respondió su prima con un guiño—. Oye, Carlota, ahora que me acuerdo, ayer me llamó Juan para preguntarme si podías ir de extra al restaurante el próximo viernes. Hay un par de cenas de empresa, Belén está todavía de baja y además le ha fallado alguna de las extras habituales.

—¿El viernes? Bueno, el sábado no tengo que madrugar tanto... y el dinero me vendrá bien, vale. En realidad no tengo ningún plan... aunque ojalá que lo tenga con John por lo menos para el sábado.

—Seguro que sí. Me parece que está más que dispuesto a dejarse cazar.

—Ojalá —sonrió ella.

Víctor y Miranda se levantaron un rato después, y él se marchó después

de tomarse un café. Las tres amigas prepararon la comida mientras hablaban de sus planes para Navidad.

—¿Tú qué día te vas, Carlota? —preguntó Miranda.

—El domingo por la tarde. Volveré el día de Navidad, después de la comida y la sobremesa, y esas cosas... El miércoles trabajo.

—¿También tendrás que cuidar a Emma?

—No lo sé aún, Amanda viene el domingo, supongo que se ocupará ella la mayor parte del tiempo.

—¿Y cómo crees que se va a tomar la madre de John lo tuyo con su hijo? Carlota se quedó en silencio. En realidad no tenía ni idea.

—Pues no lo sé. Ni siquiera estoy segura de cómo definir lo mío con John. Básicamente es sexo, pero... bueno, ya lo sabéis, a mí me gusta hace mucho tiempo. Él es un tipo genial. Y le tengo mucho cariño a Emma.

—Ya —se burló Miranda—. Aunque sea básicamente sexo, tú quieres sexo con él a largo plazo, ¿no?

—A corto, medio y largo plazo —puntualizó Olga.

—Estás pillada, reconócelo.

—Soy transparente ¿no? Joder, es que... me gustaría creer que hay algo más, pero... somos demasiado diferentes.

—Siempre has dicho que eso era una chorrada —la acusó Miranda.

—Ya, pero no sé si él está de acuerdo. Me da miedo que en cualquier momento se aburra y... pase de mí.

—Es imposible que se aburra contigo. El aburrido se supone que es él, seguro que no ha tenido nada tan interesante en su vida en los últimos veinte años.

Carlota miró a su prima y sonrió. Menos mal que podía contar con el apoyo incondicional de Olga y de Miranda. A veces, hasta una luchadora como ella tenía sus momentos de duda.

Después de comer, Carlota trató de relajarse un rato leyendo, aunque le costaba horrores concentrarse en el libro. No podía sacarse a John de la cabeza. Para colmo de males, el protagonista de la novela tenía su cara, y eso no ayudaba. Al final lo dejó a un lado y decidió sacar los regalos de Navidad que aún le faltaba por envolver. Como no podía ir a pasar el día de Reyes con su familia, de sus regalos se encargaba Papá Noel. Así podía ver la cara de sus sobrinos la mañana de Navidad al abrir los paquetes. Ya eran bastante

mayores, pero a ella seguía haciéndole ilusión. Sacó el papel de regalo, los lazos y la cinta adhesiva y se puso manos a la obra. Por lo menos eso la distraería por un rato.

A media tarde recibió un mensaje de John en su móvil:

«Voy a llevar a Emma a casa de su madre. Tengo que preparar un par de cosas cuando regrese. ¿Te viene bien estar aquí a las nueve?»

Su lado pícaro eligió la respuesta por ella. Y sin pensárselo dos veces, tecleó y envió:

«Por una vez, y sin que sirva de precedente, acataré tus órdenes»

Él respondió sonriendo. Ya estaba provocándolo.

«No era una orden, pero si insistes, puedo ponerme mandón»

La respuesta llegó de vuelta en segundos.

«¿Lo harás? ¿En serio? Estoy dando saltitos de emoción»

John estaba anonadado... En qué hora se le había ocurrido mandarle un inocente mensaje para quedar con ella. Ahora no podría levantarse en un rato. La imagen de Carlota emocionada ante la idea de recibir órdenes de él era demasiado para su autocontrol, aun cuando sabía que lo decía en broma y para provocarlo.

Qué facilidad tenía para hacerlo, la muy descarada...

Y cómo le gustaba a él aquello, joder.

«En mi casa a las nueve, entonces»

«Sí... Señor»

Carlota se reía sola. Apostaba a que John se iba a montar en el coche con una erección de campeonato. Empezaba a conocerlo demasiado bien.

Aquella noche iba a ser divertida.

John tuvo que esforzarse para calmarse antes de poder meter a Emma en el coche y salir para casa de Su. Carlota lo volvía loco, no había conocido nunca a nadie como ella. Le encantaba su forma de ser, directa y espontánea. A pesar de su juventud era una mujer de armas tomar. No se andaba por las ramas.

Llegaron a casa de Susana y subió con la niña de la mano. Michael le abrió la puerta. Era un hombre grande y atlético, rubio, de ojos grises y sonrisa afable. Le estrechó la mano a John, como solía hacer, y recibió un beso de Emma.

—Hola, Michael. ¿Y mamá?

—Está en tu habitación, colocando ropa, creo.

—Mira, tengo galletas de navidad para vosotros. Las he hecho con Carlota.

—Ah, qué bien, a tu madre le van a encantar.

John se agachó para abrazar a su hija.

—Bueno, cariño, pues el domingo te recojo para ir a buscar a la abuela al aeropuerto, ¿vale?

—Vale, papá.

—Ya llamaré a mamá para quedar.

—O.K.

La niña le dio un beso y salió corriendo hacia el interior de la casa con la caja de galletas en la mano, llamando a su madre.

—Saluda a Su de mi parte —le dijo John a Michael—. Ya la llamaré para decirle a qué hora recojo a Emma el domingo.

—Vale, tranquilo, no tenemos ningún plan especial, así que a la hora que te venga bien.

Regresó al coche mirando el reloj. Las siete. Tenía tiempo de preparar la cena y la mesa, y de darse una ducha antes de que Carlota llegara.

Hora y media después, tenía la mesa puesta, la merluza en el horno y la ensalada de canónigos con queso de cabra lista para aliñar. Había puesto cava a enfriar y tenía preparado también lo que necesitaba para el postre. Con eso no pensaba complicarse, Carlota era una experta y él no pasaría la prueba si tenía que cocinar algo dulce.

Se metió en la ducha y apenas acababa de vestirse cuando sonó el timbre del portero automático. Abrió y esperó a Carlota en la entrada de su casa, con la puerta abierta.

Carlota subió en el ascensor, mucho más nerviosa de lo que quería reconocer. En realidad no era una cena romántica, más bien habían quedado para... bueno, para que le rompiera un tanga. Pero la idea de quedar con él, para cualquier cosa, era excitante. Más aún cuando sabía que acabarían en la cama.

Cuando se abrió la puerta y lo vio, plantado en la puerta de su casa, con el brazo apoyado en el marco, las mariposas del estómago casi se le salieron por la boca.

Debería ser ilegal estar tan bueno.

Llevaba un pantalón de vestir negro, con cinturón, y una camisa blanca, arremangada hasta el codo y con un par de botones sueltos. A través de la pulcra tela de algodón Carlota intuyó sus pequeños pezones y tentada estuvo de arrancársela a bocados.

«Primero la cena, Carlota, contente» pensó, tratando de serenarse. Él apartó el brazo del marco cuando ella se acercó, y le indicó que pasara.

Carlota entró, dudando cómo debía saludarlo. Quería besarlo, pero no sabía si sería capaz de contentarse con eso. Susurró un tímido «Hola» y lo miró a los ojos.

Él la miró a su vez, y en sus ojos azules pudo ver un hambre que nada tenía que ver con la cena. Le habló con voz baja y ronca, sensual a más no poder.

—Hola. Gracias por venir.

Se inclinó sobre ella y le rozó apenas los labios con los suyos. Iba a apartarse, pero su boca no le obedecía, volvió a tentarla, entreabriendo los labios y rozándola ligeramente con su lengua cálida y temblorosa. El pulso de Carlota empezó a acelerarse, se puso de puntillas sobre sus tacones y lo agarró por el cuello de la camisa. Tiró de él y se quitó el hambre de su boca devorándolo sin miramientos.

Al cabo de un par de intensos minutos, se retiró un poco avergonzada. Joder, acababa de comerle la boca sin cortarse ni un pelo... ¿qué pensaría él?

John estaba alucinado. Llevaba toda la tarde mentalizándose para hacer acopio de todo su autocontrol y no abalanzarse sobre ella en cuanto traspasara la puerta y, nada más llegar, ella se pasaba por el forro toda su precaución y sus reservas.

Lo que realmente le apetecía era echársela al hombro y cargarla hasta su habitación para tirarla sobre la cama y follarla hasta la extenuación. Se lo merecía, por inconsciente.

Pero después de las molestias que se había tomado preparando la cena, la obligaría a cenar si era necesario. No iba a dejar que le echara en cara que solo la había invitado para llevársela a la cama. Incluso aunque los dos fueran conscientes de que había sido exactamente eso. Vio que ella lo miraba un poco avergonzada («A buenas horas», pensó), y le sonrió para tranquilizarla.

—Será mejor que empecemos a cenar.

## CAPÍTULO 18

Carlota pasó hasta el salón comedor, donde él había decorado la mesa con todo detalle. Había puesto un mantel de color burdeos con un camino de mesa de hilo blanco. La vajilla era también blanca y junto a ella brillaban unas finas copas de agua y de cava. A un lado de la mesa, una cubitera esperaba con la botella preparada. Él cogió su cazadora y su bolso, le retiró la silla y la acomodó en su sitio. Después se sentó frente a ella y tomó la botella de cava.

—Espero que te guste.

—Sí, claro.

La descorchó y llenó las copas, brindando con ella quedamente antes de dar un sorbo y levantarse para ir a por la ensalada.

Carlota estaba bastante impresionada. El centro de la mesa estaba decorado con un cuenco con dos rosas naturales, y en un lateral había un candelabro con tres velas del mismo color del mantel. Estaban encendidas y desprendían un olor suave y dulzón. Él regresó con las ensaladas, y señaló las velas.

—¿Quieres que las apague?

—No, no me molesta, y quedan muy bonitas.

«Te has tomado muchas molestias para que esto no parezca una noche de sexo sin más».

Empezaron a cenar mientras él le contaba lo orgullosa que se había ido Emma a casa de su madre con las galletas que habían preparado entre las dos. A John no le pasó inadvertido el tirante fucsia del sujetador asomando por el escote barco del jersey, y empezó a imaginar cómo le quedaría el conjunto entero. Era evidente que ella había pretendido dejarle saber desde el principio lo que había elegido para permitirle romper. Lo cierto era que la provocación tenía su gracia.

Acabaron la ensalada y él volvió a la cocina para regresar con el segundo plato: merluza en papillote. Ella lo miró sorprendida.

—¡Vaya! Esto tiene muy buena pinta.

—No soy mal cocinero. ¿Qué creías?

—Vale, reconozco que te había subestimado.

Se tomaron un par de copas de cava y la conversación discurrió por temas poco comprometedores, como el colegio de la niña o sus respectivos trabajos. Finalmente él recogió los platos y fue a buscar el postre.

Regresó con un bol de cristal con dos enormes bolas de helado de chocolate, con sirope y rosetones de nata. Lo puso en el medio, entre los dos, y miró a Carlota con una sonrisa pícara.

—No estoy tan loco como para ponerme a hacer un pastel o algo así teniendo en cuenta que tú eres una eminencia en el tema.

Ella soltó una carcajada.

—Qué exagerado...

—¿Te gusta el helado?

—Me encanta. Más aún si es de chocolate.

Él metió la cucharilla en el bol y cogió un poco de helado, un poco de nata y un poco de sirope. Se lo acercó a ella a la boca invitándola a probarlo.

—Abre la boca. —Carlota dudó, sorprendida. Y él la sorprendió aún más—: Dijiste que obedecerías. Abre la boca.

Ella consiguió sonreír mientras todo se apretaba en su interior, y abrió la boca. El chocolate helado, la nata, casi tibia por contraste, y el sirope espeso y dulzón se mezclaron en su paladar y cerró los ojos disfrutando del placer de aquella explosión de sabores y texturas.

John estuvo a punto de descontrolarse por completo. Cargó la cuchara y lo probó a su vez. Carlota lo miró sonriente.

—Está de muerte. Dame más.

Él entró encantado en el juego, y volvió a llevarle la cucharilla a la boca. Le manchó de nata la comisura de los labios, y le pasó el pulgar con suavidad para limpiársela. A continuación se lo llevó a la boca y lo chupó sin dejar de mirarla.

Ella sonrió mientras pensaba: «También se jugar a eso. Ahora verás». No escatimó en gestos provocativos, como lamerse los labios o entrecerrar los ojos mientras él le daba una cucharada de helado tras otra. Para ser sinceros, en su escala de valores, el chocolate era el placer más parecido al sexo que se le podía ocurrir, y los disfrutaba casi por igual. Al cabo de un rato cogió la otra cuchara y decidió darle el helado también a él, ya que estaba tan embelesado mirándola que apenas había probado el postre.

Unas cuantas cucharadas después, el bol estaba vacío. John estaba tan excitado que los testículos le dolían y los pantalones a duras penas conseguían



contener su tremenda erección después de tanto juego de provocaciones. Carlota realmente era una inconsciente o estaba loca, porque estaba tensando la cuerda hasta límites casi peligrosos. Solo podía pensar en arrancarle la ropa y follarla como si le fuera la vida en ello.

Entonces ella se levantó y rodeó la mesa, para ir a sentarse a horcajadas en su regazo y pasarle el pulgar por el labio inferior.

—Tienes chocolate aquí.

Y agarrándolo del pelo, le pasó la lengua por los labios antes de sumergirla en su boca.

Él abrió la boca para recibirla, con la respiración jadeante y el pulso a mil por hora. Carlota se apretó contra él, restregándose contra su polla sin ningún decoro mientras lo besaba concienzudamente, como si estuviera reclamando algo que le pertenecía por derecho.

Aquella chica iba a matarlo.

Se apartó de su boca con una sonrisa burlona, se levantó y cuando John pensaba que ya no podía hacer nada más temerario o sorprendente, se quitó los *leggings*.

Vestida solo con el amplio jersey, la ropa interior y los zapatos de tacón, volvió a acomodarse sobre él. John la miraba incrédulo mientras deslizaba sus manos grandes por los suaves muslos femeninos para ir a agarrar su precioso culo, absolutamente a su merced dada la escasa cobertura que le proporcionaba el minúsculo tanga.

Ella sonrió con picardía, lo estaba haciendo a propósito, quería asegurarse de que le destrozaba el tanga arrancandoselo de un tirón y la follaba como un loco. Parpadeó incrédulo, y entonces la miró fijamente. Su paciencia y su autocontrol se acababan de agotar. Carlota vio una determinación oscura en sus ojos azules, y su rostro aparentemente serio no llegó a asustarla pero la preocupó. Tal vez se había excedido pinchándolo... Solo tal vez.

Entonces John se levantó de golpe, sujetándola aún por las nalgas, y se la echó sobre un hombro sin miramientos, mientras ella se agarraba a su espalda y trataba de zafarse.

—¡Eh! ¿Qué crees que estás haciendo? ¡Bájame!

—Si te crees que puedes provocarme de esa manera durante dos días seguidos y no pagar por ello, no solo eres una inconsciente, también me subestimas.

Ella continuó pateando, y se llevó dos sonoros azotes en las nalgas desnudas mientras él caminaba con paso decidido hacia su habitación.

—Estate quieta, descarada, tú te lo has buscado.

Carlota dejó de patear inmediatamente. Los azotes no habían llegado a ser dolorosos pero aun así, la piel de su culo picaba y se calentaba por momentos. Por otra parte, tenía que reconocer que verlo así era... excitante, tremendamente excitante.

Solo esperaba no haberse pasado de lista.

John entró en su cuarto y cuando Carlota esperaba que la pusiera en el suelo, la dejó caer sin miramientos sobre la cama. Ella lo miró indecisa, sin saber qué podía esperar.

El alivio la hizo expulsar todo el aire de los pulmones, que ni siquiera había sido consciente de que estaba reteniendo, cuando vio que él le sonreía. Se desabrochó rápidamente la camisa mientras ella se sentaba sobre la cama, con las piernas cruzadas. Se llevó la mano a las nalgas y se frotó la piel, que se le había enrojecido ligeramente.

—Eres un cavernícola, los azotes estaban de más.

—¿Eso crees? Yo pienso que me he contenido, demasiado, incluso. Has estado invocando mi vena cavernícola mucho rato, ¿qué esperabas? No soy un santo, y desde luego no soy de piedra.

Ella sonrió. Sí, había esperado sacar el cavernícola de él, y aunque los azotes le picaban... había sido divertido. Y seguramente no había hecho más que empezar.

Él se descalzó y se arrodilló en la cama frente a ella. Le quitó los zapatos y después agarró el jersey y se lo sacó por la cabeza con un movimiento decidido.

La miró con hambre, admirando el contraste del satén fucsia y el encaje negro abrazando aquellos pechos perfectos, y señalando el punto entre sus piernas en el que se moría por perderse una y otra vez.

—Te queda perfecto, tal y como imaginé.

—Sí, me encanta.

—Pero esperas que lo rompa... —susurró contra su boca mientras deslizaba las manos por su espalda para soltar los corchetes del sujetador. Se lo deslizó por los brazos y lo tiró a un lado.

—Bueno, no hace falta.

—Haberlo pensado antes.

La empujó de espaldas sobre la cama y agarró sus muñecas, que entrelazó con una de sus manos grandes sobre la cabeza de ella. Entonces deslizó la otra mano hacia abajo por su cuerpo, hasta el borde del pequeño tanga. Pasó el índice por la cinturilla, luego cerró los dedos con fuerza sobre la tela y dio un tirón brusco.

El tanga se desgarró sin apenas resistencia. Esbozó una sonrisa perversa y lo tiró junto a la cama.

—Bueno, pues ya me has enseñado el primer regalo, y he cumplido mi promesa de romperlo. ¿De momento estoy a la altura de tus expectativas?

—Me temo que si me quejo solo conseguiré empeorar las cosas... —se burló ella.

John negó con la cabeza. Esa chica no tenía medida.

—Te encanta provocarme.

Ella sonrió.

—Pues sí.

—¿Sabes el dolor de huevos que he tenido desde ayer por tu culpa?

Ella no pudo ocultar su sorpresa. No estaba acostumbrada a que él fuera tan... gráfico.

—Lo siento, supongo.

—Mentirosa, no lo sientes en absoluto.

Se movió hacia un lado y abrió la mesilla. Carlota abrió unos ojos como platos cuando vio unas esposas de cuero negro. Él sonrió complacido al ver su expresión, sobre todo porque no parecía estar asustada ni intimidada en absoluto.

Le soltó las manos y la miró fijamente.

—Dame tus muñecas.

—¿Vas a ponerme eso?

—¿Tú qué crees? Me preguntaste si con corbata o sin corbata. He dado por hecho que esperabas algo así... y juraría que no me he equivocado.

Carlota dudó solo un momento. Sí, definitivamente había esperado algo así, solo que no creía posible que John se atreviera a tanto.

Evidentemente no hacían más que subestimarse el uno al otro.

Sin decir nada más, le tendió las muñecas. John sonrió complacido, cerró la primera, extendió sus brazos hacia arriba, pasó la segunda por uno de

los huecos del cabecero de la cama y después la cerró también sobre la otra muñeca de Carlota.

La miró con deleite, deteniéndose todo lo que quiso en su piel perfecta y sus curvas deliciosas, hasta que ella empezó a sucumbir a la expectación y a retorcerse bajo su mirada, vencida por la ansiedad.

Entonces, como siempre, le perdió su lengua.

—¿Vas a hacerme esperar mucho rato?

—Todo lo que quiera, te lo has ganado.

«Todo lo que aguante, más bien» pensó para sí mismo. Se moría de ganas de clavarse en ella.

Carlota bufó, contrariada. Entonces él se arrodilló entre sus piernas, se inclinó sobre ella con los brazos apoyados a ambos lados de su cuerpo y la besó larga y profundamente dejándola mareada y confusa, y con los labios ardientes y doloridos. Y entonces empezó a recorrer su cuerpo con lametazos y besos, primero el cuello, luego las clavículas. A continuación el pecho, pasando de un pezón a otro, chupándolos con fuerza en su boca hasta que ella gimió y se arqueó pidiendo más. Y luego se recreó en acariciar con sus dedos los sensibilizados pezones, apretándolos y pellizcándolos mientras su boca chupaba y mordisqueaba sin tregua, hasta que Carlota pensó que podría correrse si él seguía haciendo eso.

Pareció leerle el pensamiento, porque se detuvo.

—¡No, joder! ¡No te pares!

John estaba tan duro que si ella pudiera rozarle la polla se correría. Tenía suerte de que estuviera inmovilizada. Verla frustrada y a su merced le proporcionó una inesperada satisfacción. Era una dulce venganza, porque sabía que solo la iba a hacer esperar un poco más.

Estaba deseando perderse en su cuerpo.

Le sonrió con malicia y metió su cara entre las piernas de ella. Carlota contuvo el aliento, y se arqueó cuando la rozó levemente con la lengua.

—No te muevas o tendré que atarte también los pies.

—No te atreverás.

—No me tientes...

Decidió estarse quietecita. Si le ataba los pies y decidía seguir jugando con ella se volvería loca. Lo necesitaba dentro ya, no podía, no quería esperar más. Él volvió a acariciarla con lametazos lentos y cálidos. La necesidad creció entre sus piernas hasta que estuvo tan cerca que parecía que solo

necesitaba una caricia más, pero él mantenía un ritmo lento y perezoso, y no era suficiente, la mantenía sobre el límite, y sin duda lo hacía a propósito.

—John, por favor... —jadeó—, te necesito...

Él pretendía provocarla un poco más, torturarla un poco más por el inhumano pulso que le había estado echando a su autocontrol desde que había entrado por la puerta de su casa, pero oírle suplicar era más de lo que podía soportar. Se apartó de ella y se quitó los pantalones en una fracción de segundo. El bóxer negro fue detrás, liberando su dolorida y anhelante erección. Carlota lo miró con ansia mientras él alcanzaba un condón y se lo colocaba rápidamente.

—No creo que pueda aguantar mucho tiempo, nena.

La acarició con el pulgar y ella se retorció. No quería más estímulos, lo quería a él, ya, inmediatamente.

—Oh, venga, por favor, ya...

—No me gusta que seas tan mandona.

Le tapó la boca con un beso y se clavó en ella de una sola estocada. Carlota arqueó las caderas yendo a su encuentro en cada embestida, y la sensación de plenitud al sentirlo dentro se desbordó en un orgasmo demoledor que la hizo gritar mientras él empujaba con fuerza, enterrándose profundamente en ella al tiempo que se corría también con un gemido ronco.

Se quedaron los dos desmadejados y rendidos, tratando de recuperar la respiración. Ella se retorció murmurando una protesta mientras tiraba de las esposas, y él sonrió mientras se las soltaba, sin salir aún de ella.

—Pero qué protestona eres.

—Tápame la boca si te atreves.

—Carlota, no me provoques.

Ella se calló. Probablemente sí se atrevería, y de momento no creía conveniente empujarlo más. Las esposas habían sido divertidas, pero tampoco había prisa por seguir explorando juegos. Empezaba a parecerle un jugador más experto de lo que aparentaba.

Él le acarició las muñecas y los brazos con suavidad.

—¿Estás bien?

—Muy bien, cavernícola, gracias por preguntar.

John salió de ella con otra sonrisa y fue a tirar el condón. Dios..., sería todo un reto lidiar con Carlota un día tras otro. Nunca se aburriría. En comparación con ella todas las mujeres que habían pasado por su cama eran

tan... grises...

Ya no podía imaginarse a otra mujer a su lado. No la dejaría escapar, no era tan idiota.

Carlota ya se estaba poniendo el sujetador. Estaba preciosa semidesnuda, con las mejillas encendidas y el pelo revuelto. Cualquiera que se la cruzara de aquí a su casa, sabría que acababa de echar un polvo. Uno de los buenos. Y aquella cara de satisfacción se debía enteramente a él.

—¿Me das mi bolso? Me he traído un tanga de repuesto.

—Ahora te lo traigo. ¿Cuándo podré romperte el otro?

Ella se rio mientras él salía a buscar su bolso y su cazadora. Le llevó también los *leggings*, que se habían quedado tirados en el suelo del comedor. Ella ya se había puesto el jersey, y se estaba arreglando un poco el pelo con los dedos.

John se puso el bóxer y los pantalones mientras Carlota acababa de vestirse, y la atrajo contra sí cuando pasó junto a él en dirección a la puerta.

—Gracias otra vez por haber venido —le dijo mirándola a los ojos. Ella se perdió en sus ojos azules por una fracción de segundo.

—Ha sido un placer. Literalmente —sonrió burlona.

La besó y le dio la vuelta empujándola hacia la puerta, instándola a caminar delante de él con un nuevo azote en las sensibles nalgas.

—¡Ay!

—Eso por descarada —se rio él.

Cuando llegó a la puerta, Carlota se giró y lo miró de frente. Antes de pensar siquiera en lo que hacía, soltó lo que le andaba rondando por la cabeza desde que había empezado a vestirse.

—¿Te veré algún día esta semana?

John sonrió.

—Desde luego. Para empezar, me encanta el café que preparas.

Ella sonrió también, le dio un beso breve y salió susurrándole:

—Es bueno saberlo.

John la vio entrar en el ascensor y cerró la puerta con una gran sonrisa.

La «cena» había sido simplemente perfecta.

## CAPÍTULO 19

Apenas llegó a la habitación, John empezó a despejarse de la borrachera mental que le había producido el fantástico polvo con Carlota. Y cayó en la cuenta de que debía haberse ofrecido a llevarla a casa, o haberla invitado a quedarse. Era poco probable que ella optara por lo último teniendo en cuenta que el día siguiente era lunes y se levantaba muy temprano, por lo que él sabía, pero... podía haberla llevado en vez de quedarse plantado en la puerta como un gilipollas, descalzo y sin camisa.

Ella se había vestido y se había largado demasiado rápido, su cerebro necesitaba más tiempo para reaccionar después de una «cena» como aquella. Cogió el móvil y la llamó.

Carlota casi acababa de salir del portal y se disponía a cruzar la calle cuando oyó sonar su móvil con el tono de *You could be mine* de Guns'n Roses. Era la banda sonora de *Terminator II*, el tono que tenía para John Connor.

Si él se enteraba seguramente no le parecería gracioso, pero a ella sí. Contestó con una sonrisa.

—Hola, ¿me he olvidado algo?

—Tú no, pero yo sí. Soy gilipollas, debería haber bajado contigo y haberte acercado a casa, ¿dónde estás?

—Estoy cruzando el parque, no te preocupes, en cinco minutos estoy en mi casa, no hacía falta que te molestaras.

—Espérame y te llevo.

—Que no, John, en serio. ¿Crees que no te lo habría pedido si hubiera querido que me llevaras?

Él ni lo dudó. Como si Carlota tuviera algún problema en pedir cualquier cosa.

—Me siento idiota.

—No te preocupes, buscaré la forma de que me compenses. Que descanses.

Y le colgó, sin más.

John se quedó mirando el teléfono. No le acababa de gustar cómo sonaba aquello. Con la cabecita loca que tenía Carlota a saber qué se le

ocurría pedirle como compensación.

Cuando Carlota llegó a casa, Olga y Miranda la bombardearon a preguntas. Ella trató de excusarse con un «me voy a la cama que tengo que madrugar» y una sonrisa gamberra, pero al final claudicó y les dio algunos detalles. No muchos: el menú, la decoración que él había preparado y su numerito después del postre. Olga se quedó al borde del colapso.

—¿En serio has hecho eso? ¿Te has quitado los *leggings* y te has subido sobre él nada más terminar el postre?

Miranda se moría de risa. Carlota sonrió orgullosa.

—Olga, el único postre que yo quería era él, no sé si te das cuenta.

Pero la siguiente pregunta fue sobre cómo había reaccionado él, y ella tuvo que confesar que se había pasado un poco provocándolo y eso le había costado un par de azotes, por supuesto bienvenidos. Esta vez Miranda se quedó tan alucinada como Olga.

—Que ha hecho... ¿qué? ¿John? ¿John Connor? ¿El mismo al que llevas cuatro años llamando «el estirado»?

—Te sorprenderías, Miranda —rio Carlota—. No voy a daros más detalles, pero es genial, el sexo con él es genial, me lo paso genial y creo que él también está satisfecho con la situación, por así decirlo.

—Tú no estás satisfecha con la situación. Tú quieres más —puntualizó Olga.

—No quiero presionarle. Las cosas están bien como están, no tengo prisa.

—¿Habéis quedado de nuevo?

—Bueno..., más o menos. Supongo que nos veremos otra vez en algún momento de esta semana.

El momento llegó con rapidez. John apareció en la cafetería a la mañana siguiente. Carlota le sonrió complacida cuando lo vio entrar.

—¡Hola! ¿Lo de siempre?

—Sí, por favor.

La miró con intensidad, como si pudiera acariciarla con la mirada. Ella se ruborizó ligeramente y se giró hacia la cafetera. Le preparó un café solo, como siempre, y se lo sirvió.

—¿Qué tal has dormido? —le preguntó él en un susurro.



—De maravilla.

—Siento no haberte llevado a casa.

—Si sigues disculpándote voy a aprovecharme de la situación. Y no te lo aconsejo.

Se dio la vuelta y se fue a atender a otro cliente con una sonrisa inocente. John le puso el azúcar a su café sonriendo para sí mismo como un idiota.

Se tomó el café y le pidió que le cobrara. Cuando sus dedos se rozaron casi se podían ver saltar las chispas. Dudó si invitarla a algo esa misma tarde, pero no se atrevió. Tampoco quería agobiarla, ni tentar a su suerte.

Carlota le cobró y él se despidió con un «hasta pronto» que ella no supo cómo interpretar. Podía ser «hasta luego» o «luego te llamo» o «mañana vuelvo a por otro café» o «un día de aquí al fin de semana, quizás te llame». Le quedó una sensación tonta de vacío en el estómago.

John salió del trabajo bastante cabreado aquella tarde. Bárbara no se había reincorporado aún, pero le había mandado un wasap que había estado a punto de producirle una úlcera:

«Te echo de menos. Me gustaría que habláramos de lo nuestro»

Él no había respondido. No le apetecía hablar con ella. No tenía nada más que decirle, y no había ningún «lo nuestro» de lo que hablar. Creía que lo habían dejado claro.

Por otra parte Jorge seguía muy pesado mencionando a Carlota cada dos por tres. Y él no quería decirle nada. No todavía.

No sabría explicarle qué había entre Carlota y él porque no sabía qué coño significaba para ella. Se estaban conociendo. Se acostaban. Se atraían. ¿Qué más? Ni idea. Ojalá lo supiera.

Solo sabía que él no podía dejar de pensar en ella y que no quería ni imaginar tener que prescindir de ella.

¿Y qué significaba ella para él?

Le asustaba pensar en eso. Empezaba a importarle. Demasiado.

Tenía que relajarse y dejar que las cosas fluyeran.

Qué frase tan estúpida. Como si fuera tan fácil.

Decidió que para no pensar lo mejor sería mantenerse ocupado. Podía empezar a comprar algunos regalos de Navidad. Debería comprar algo para su madre antes de que llegara. Con ella allí, ocultarle cualquier compra sería muy

difícil, tenía una intuición especial para fastidiar las sorpresas.

Se fue a un centro comercial y miró un par de tiendas. Finalmente compró un broche en forma de mariposa y un pañuelo de seda. Su madre siempre había sido coqueta, y tenía casi fijación por las mariposas. Tenía que comprar también algo para Charo, su asistente. Eligió unos pendientes en forma de lágrima. Seguro que le gustarían, a aquella mujer afable y trabajadora le emocionaba cualquier detalle que tuvieran con ella. Y también le faltaba Silvia, su secretaria. Era una mujer delgada, seria y eficiente, algo mayor que él. Se conocían hacía años, desde que él había llegado a España y habían empezado a trabajar juntos. Se entendían a la perfección y se tenían un gran aprecio y respeto. Ella había enviudado bastante joven, al poco tiempo de casarse. No tenía hijos, pero hacía menos de un año que se había vuelto a casar, y él realmente se alegraba de verla casi tan seria como siempre, pero mucho más serena y feliz. Era una buena secretaria y una colaboradora excepcional, así que se merecía un buen regalo. Vio un bonito reloj de color blanco, con un estilo femenino y minimalista, perfecto para ella. Y cuando salía con el reloj, le llamó la atención el escaparate de la tienda de enfrente. Era una tienda de lencería. Y Carlota saltó a su mente sin previo aviso.

¿Debería comprarle algo? Sí, desde luego, pero... ¿algo tan personal? Se suponía que debía hacerle algún regalo de parte de Emma y de él, pero otras veces le había comprado un bolso, un foulard, una pulsera..., algo colorido pero elegante, con clase, que luego ella acababa combinando de la manera más insospechada con su personal forma de vestir.

Debería comprarle algo así y olvidarse de la lencería.

Pero se moría de ganas por verla con algo sexi de color rojo en Nochevieja. Algo que le diera suerte, como solía decirse, algo que él pudiera quitarle para hacerle el amor apasionadamente y dejarle claro a quién pertenecía: a él, a John Connor.

Mierda, si empezaba a ponerse territorial con Carlota, aquello no podía ser nada bueno. Le había pasado solo una vez, con Su. Y había acabado enamorado como un burro y teniendo una hija con ella.

No había funcionado, pero... era la madre de su hija. Siempre tendrían eso.

Si se empezaba a poner así también con Carlota... estaba jodido, pero que bien jodido. La niñata lo tendría cogido por los huevos antes de que pudiera darse cuenta.

Se paró frente al escaparate y admiró el conjunto que llevaba el maniquí. Era perfecto para Carlota. El sujetador era de tul rojo con pequeños lunares, tirantes negros y un fino ribete blanco en el escote. Muy navideño, pensó sonriendo. Y fresco y alegre, como ella. La braguita era tipo tanga también del mismo tul rojo, con un pequeño volante ribeteado en blanco, igual que el sujetador, y la cinturilla en negro. Y tiras de ligero negras incorporadas, su perdición.

La imagen de Carlota con medias y ligero fue suficiente para hacerlo decidirse. Tenía que comprarle aquel conjunto, y tenía que asegurarse de que salía con él en Nochevieja porque se pasaría la noche pensando cómo y cuándo metería las manos bajo su vestido para soltar las medias de aquel ligero y desnudarla despacio, sin prisas, para después darle la bienvenida al nuevo año de la mejor manera posible: enterrado profundamente entre sus muslos.

Entró en la tienda y lo compró. Y ya decidiría otro día cuál sería el regalo «presentable» para cuando su madre le preguntara qué le había regalado a Carlota.

Regresó a casa tarde, justo a la hora de la cena. Entró y guardó sus compras y, mientras se ponía cómodo para cenar, miró su móvil. ¿Debería llamarla? No quería agobiarla, pero tampoco le parecía muy correcto ignorarla... y a fin de cuentas, quería que le reservara la Nochevieja.

Podía mandarle un mensaje, era menos comprometedor que una llamada, pero era un contacto. No obstante, se sentía un poco cobarde rehuendo hablar con ella. Cogió el teléfono y marcó antes de pensarlo dos veces.

Carlota escuchó el tono de *You could be mine* y su corazón se aceleró. Llevaba todo el día pensando en él y en el «hasta pronto» que le había dedicado aquella mañana, y el estirado por fin se dignaba a llamarla.

—Hola, John.

—Hola. ¿Qué tal el día?

—Bien, ¿y tú?

—Bueno, regular.

Ella casi lo interrumpió. Y sonó un poco preocupada, qué encanto.

—¿Y eso? ¿Algún problema?

—No, nada, cosas del trabajo... Además he estado de compras, y es algo que me agota.

—Ya, como a la mayoría de los hombres —se burló ella.

—¿Tienes planes para Nochevieja?

La pregunta la pilló absolutamente por sorpresa. Se quedó muda, sin saber qué responder.

—Carlota, ¿estás ahí?

—Sí. O sea, estoy aquí, pero no, no tengo planes, bueno, nada definitivo. ¿Por qué?

John sonrió. Vaya, por lo menos ella también se había puesto nerviosa.

—Porque me gustaría pasarla contigo.

—Ah... —Ella tardó aún unos segundos en procesar aquella respuesta. Luego sonrió de tal manera que supo que él sentiría su sonrisa a través del teléfono—. Pues me parece genial. A mí también me gustaría.

—Bien.

—¿Has pensado en algo?

—Aún no... ¿Qué te apetece a ti?

Carlota dudó. Le apetecía salir con sus amigas, como hacía siempre, pero también le apetecía estar con él, y acabar durmiendo con él para despertar a su lado. Era un plan inmejorable para fin de año.

John creyó entender su silencio.

—¿Tus amigos qué planes tienen?

—Poca cosa. Supongo que saldrán de copas, sin más.

—¿Y si consigo invitaciones para la fiesta de la discoteca de Mauro?

Ella abrió unos ojos como platos.

—¿Para todos?

—No te prometo nada, pero puedo intentarlo... ¿Cuántas serían?

—Por lo menos cuatro, supongo: Olga, Isaac, Miranda y Víctor... Si puedes, claro.

—No creo que haya problema. Hablo con él y te digo algo.

—¡Gracias! —Sonó entusiasmada, tanto que John sonrió con picardía al tiempo que su pene se endurecía ante la posibilidad de beneficiarse de aquel entusiasmo. Seguro que se lo agradecería generosamente si conseguía las dichas entradas. No es que a él le entusiasmara la idea de ir a la discoteca, pero ella probablemente quería salir con sus amigas, y él quería estar con ella y que se divirtiera. El local de Mauro era mejor opción que un macro-cotillón (solo de pensarlo se ponía enfermo) y para ella sería más divertido que ir a un cotillón de verdad. A uno más serio, vamos.

Inconvenientes de salir con una cría.

Pero tendría que lidiar con ellos, porque no pensaba dejarla suelta en fin de año, y menos con el conjunto de lencería que iba a regalarle.

—Bueno, te aviso con lo que sea ¿vale?

—Vale. Gracias otra vez.

—No me las des todavía. Además, ya se me ocurrirá alguna forma de cobrarme el favor... —le dijo riendo entre dientes, con el tono más provocativo que pudo.

Ella se rio también. Oh, sí, le gustaba ese juego. Su tono se volvió meloso y seductor.

—No, ni lo sueñes... Tú tenías que compensarme por no acercarme a casa anoche, ahora que lo pienso.

—Qué pena. Pero bueno, entonces, si consigo las entradas, considérate compensada.

—Lástima, pensaba aprovecharme de eso.

—Ya... Yo también.

—Entonces estamos en paz.

—Supongo que sí.

—Pues vaya... —sonó casi como si estuviera haciendo pucheros.

John supo que tenía que colgar o se iría a buscarla a su casa para traérsela a rastras a su cama. Carlota tenía ese poder sobre él: conseguía que la deseara desesperadamente con una facilidad que lo asustaba.

—Bueno, descarada, ya vale. Estás pinchándome y tu culo lo lamentará si sigues por ese camino.

Carlota soltó una carcajada y luego consiguió decir entre risas:

—Vale, avísame cuando sepas algo. Mi culo te envía saludos.

Y colgó.

John tardó menos de veinte segundos en llamar a su amigo Mauro y conseguir invitaciones para la fiesta de fin de año.

Carlota no se le iba a escapar esa noche, de ninguna manera. Y su culo tampoco.

## CAPÍTULO 20

Carlota se ponía cada vez más nerviosa, mirando constantemente el reloj en el trabajo. Era ya la hora en que John solía aparecer por la mañana cuando iba a tomar café, y los ojos se le iban a la puerta cada dos por tres.

Oyó que entraba alguien y se giró, pero no era John, era Jorge.

—Hola, Carlota. ¿Me pones un cortado, por favor?

—Sí, claro, ahora mismo —le respondió con una sonrisa.

Preparó el café y se lo llevó. Cuando se lo puso delante fue consciente de que él no le había quitado el ojo de encima en todo el rato. Volvió a sus tareas y entonces oyó de nuevo la puerta. Esta vez sí, era John. La miró y le sonrió, guapísimo como siempre con su traje azul marino y su camisa celeste, con corbata a rayas en azul, blanco y tostado. Ella se sintió derretir bajo sus ojos azules, pero trató de mantener la compostura, estaba trabajando.

John vio a Jorge y frunció el ceño, molesto. Habría preferido unos minutos con ella a solas. Por supuesto, no tenía elección, de modo que se sentó junto a él en la barra.

—Jorge, ¿qué tal?

—Bien, ¿y tú? Ayer no te vi el pelo... ¿saliste corriendo?

Carlota se acercó sonriendo y le preguntó:

—¿Un café solo?

—Sí, por favor.

Ella fue a ponerle el café y John continuó hablando con Jorge mientras la miraba de reojo.

—Fue un día complicado y tenía que hacer unas compras. A ver si hoy las cosas van mejor.

—Pues no sé qué decirte. Ayer estaba todo el mundo revuelto con lo de la auditoría en las oficinas de Lisboa ¿no? Cuándo se va Ernesto, ¿hoy?

—Sí, esta tarde, creo.

—Estos americanos son la hostia, siempre tocando los cojones.

Nada más decirlo, Jorge miró a John, un poco avergonzado. Él también era americano, a fin de cuentas. Carlota le trajo el café en ese momento y se dio la vuelta enseguida para atender a otro cliente.

John sonrió.

—Si dudan de que las cosas se estén haciendo bien, es normal que manden a alguien a comprobarlo, Jorge. Yo creo que el departamento financiero de Lisboa es un desastre, qué quieres que te diga.

—Espera que no te toque ir a arreglarlo.

—Sí, lo que me faltaba...

John miró a Carlota con disimulo. La falda del uniforme, pese a ser de un tejido resistente y nada elegante, le hacía un culo precioso. Volvió a imaginarla con la lencería roja de Nochevieja.

«No, John, por ahí no vas bien a estas horas de la mañana». Miró el reloj y vio que se le hacía tarde. Se acabó el café de un trago y la llamó:

—Cóbrame, Carlota, por favor.

—No, deja, me toca a mí —terció Jorge.

John casi sintió celos de ver a su amigo rozar la mano de Carlota al entregarle las monedas para pagarle los cafés, pero se mantuvo imperturbable y se despidió de ella con una sonrisa lo más inocente que pudo.

—Hasta otra, Carlota.

—Que tengáis un buen día.

Pues vaya un puto día de mierda.

No llevaba ni una hora en la oficina cuando Ernesto, el Director Gerente, había entrado en su despacho como un elefante en una cacharrería.

—Vete a casa y prepara una maleta, te vienes a Lisboa conmigo esta tarde.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque aquello está hecho un desastre y te necesito allí. El viernes a más tardar estaremos de vuelta, no te preocupes.

Suficiente para joderle la semana. Emma estaba con su madre y él no iba a poder ver a Carlota porque tenía que irse a Lisboa a salvarles el culo a los ineptos de la delegación de Portugal. Esperaba que al menos echaran al gilipollas que se suponía que estaba al cargo, pero que evidentemente no daba un palo al agua.

Acabó de meter lo que le faltaba en la maleta y miró el móvil. Era pronto para llamar a Carlota, aún estaría trabajando. La llamaría cuando llegara a Lisboa.

Carlota terminó su turno y se marchó a casa, recordando la breve visita de John de aquella mañana. Jorge y él habían hablado de algún tipo de problema en el trabajo. Esperaba que no fuera nada, la noche anterior lo había notado un poco preocupado, o agobiado, no estaba segura, pero no le gustaba verlo así. Trató de relajarse un poco leyendo y tomándose un té, pero no podía dejar de darle vueltas a la invitación de John para Nochevieja. No habían podido hablar por la mañana, ni le había enviado ningún mensaje. Ni siquiera sabía si tenía o no entradas para la fiesta de fin de año en la discoteca de su amigo.

Y ella quería saber algo, y además quería hablar con él, así que después de dudarlo un rato, a eso de las siete, cuando él solía llegar a casa, cogió el teléfono y lo llamó.

Pero él no respondió. Una voz impersonal le dijo que el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura.

Qué raro... ¿Se habría quedado sin batería? a esas horas ya no podía estar trabajando. ¿Habría pasado algo?

Se obligó a esperar diez minutos y volvió a marcar, pero obtuvo la misma respuesta. No era normal que estuviera ilocalizable, ni medio normal, siquiera.

Empezó a pasearse por la casa como un león enjaulado. Miranda estaba planchando y se preocupó al verla tan nerviosa.

—¿Pasa algo, Carlota?

—Estoy llamando a John y tiene el teléfono apagado. Es raro, él siempre está localizable.

—Se habrá quedado sin batería, o le habrás pillado en mal momento...

—Sí, a las siete de la tarde. A esta hora ya está en casa normalmente.

—Pues no sé...

Entonces empezó a sonar *You could be mine* en el móvil de Carlota y esta se apresuró a responder.

—¡John, hola!

—Hola... ¿ocurre algo?

—No, nada, ¿te ocurre algo a ti? Te he llamado dos veces... —se mordió el labio. No estaba echándole nada en cara, no estaba regañándolo, solo estaba preocupada. Esperaba que no le molestara.

—No he tenido un buen día.

—¿Estás en casa? Puedo pasarme, si quieres... —Casi se arrepintió.



Casi. Se moría de ganas por abrazarlo y mejorar su día de tantas maneras como él quisiera.

Pero él suspiró frustrado al otro lado de la línea.

—¡Ojalá! Estoy en Lisboa, Carlota. He tenido que venir esta tarde, de improviso. Probablemente no vuelva hasta el viernes.

Las ganas de Carlota le estallaron en la cara. Ella que había esperado volver a tenerlo antes del fin de semana...

—El viernes yo trabajo. El jefe de Olga necesitaba ayuda por un imprevisto y le he dicho que sí.

—Yo también estoy ocupado el viernes, pero... ¿Me reservarás el sábado?

—Pues claro —sonrió ella, ya de mejor humor.

—Si te apetece, podemos ir a cenar algo más interesante que una hamburguesa y un cubo de palomitas...

—Me apetece cualquier plan en el que tú seas el postre.

¡Toma ya, sin cortarse ni media!

John se quedó de piedra, otra vez. Carlota no dejaba de sorprenderlo. Pero le arrancó inmediatamente una sonrisa.

—Tomaré nota de eso. Oye, tengo que dejarte, estaba reunido todavía con los auditores americanos y tenemos que zanjar un par de cosas antes de irnos al hotel. Te llamaré cuando pueda, ¿vale?

—Vale, tranquilo.

—Por cierto, tengo las invitaciones. Y cuatro más para tus amigas. Espero que me lo agradezcas efusivamente.

Ella se rio. Por supuesto que lo haría.

Llegó el viernes y John no había vuelto a dar señales de vida. Y Carlota estaba que trinaba. A mediodía, cuando ya no esperaba noticias, le entró un mensaje de wasap:

«Estoy en el aeropuerto, en un rato vuelvo a Madrid. Han sido tres días agotadores pero problema resuelto. Mañana te llamo»

Estuvo tentada de pincharlo un poco, porque estaba un poco enfadada por su falta de consideración al no llamarla más que una vez en cuatro días. Pero se compadeció de él, a fin de cuentas no sabía realmente cómo de agotador había sido el trabajo. Y esa tarde estaría de vuelta, eso era lo importante. Al día siguiente se verían y se lo comería a besos en cuanto lo

pillara, lo necesitaba.

Poco después empezó a prepararse para ir a trabajar. Al menos se distraería trabajando hasta el momento en que pudiera tener de nuevo a su chico delante.

John llegó por fin a su casa después de cuatro días agotadores y un vuelo de regreso retrasado. No estaba de humor para la cena de Navidad de la empresa, pero no podía dejar de ir. Se dio una ducha, se vistió con una camisa blanca, un traje negro y una corbata azul noche con lunares blancos. Cogió su coche y condujo hasta el centro, consiguiendo que su humor empeorara aún más a causa del tráfico. Para colmo de males, al llegar al hotel en el que tendría lugar el evento, la primera persona que se le echó encima, literalmente, fue Bárbara. Iba vestida con un vestido rojo con péplum, bastante ajustado, pero elegante y favorecedor, con zapatos negros de tacón altísimo, bolso de charol y un abrigo negro. Estaba muy guapa, pero no le encendía la sangre. No era Carlota.

—¡John, has venido! ¿Por qué no contestas a mis mensajes ni a mis llamadas? ¿Todavía estás enfadado? Tenemos que hablar.

—Bárbara, lo siento, no estoy de humor.

Y la dejó plantada para cruzar el bar e ir a saludar a su secretaria que estaba en la otra punta. Lo importante era deshacerse de Bárbara. No podría soportar su egocéntrica charla.

Jorge se le acercó un rato después. Llevaba un traje gris azulado con camisa blanca y una corbata morada.

—¿Qué? ¿Qué tal el viaje?

—Ni me hables. No quiero volver a saber nada de los portugueses en mi vida. El tío era un auténtico inútil. Esperemos que el que se queda a cargo lo haga mejor. Al menos parecía capaz.

Consiguió evitar a Bárbara durante un rato, pero entonces los invitaron a pasar al comedor y cuando se sentaba en una mesa junto a Jorge y Silvia, apareció de la nada y se sentó a su lado.

No podía levantarse y cambiarse de mesa, sería una grosería, pero iba a tener que hablar seriamente con ella después de la cena.

Procuró hablar hacia su izquierda, donde estaba sentada Silvia, su secretaria, entre Jorge y él, para ignorar a Bárbara todo lo que fuera posible. No le gustaba que lo acorralaran, y ella estaba tratando de hacer exactamente

eso.

Empezaron a desfilan los camareros con los primeros entrantes, y cuando vio quién se acercaba a su mesa, se le cayó el alma a los pies.

Carlota era su camarera.

Ella lo miró, incrédula, por unos segundos, pero luego se repuso inmediatamente. Estaba allí por trabajo y eso era lo que iba a hacer, trabajar. Empezó a dejar platos sobre la mesa sin mirarlo directamente. Sin embargo, no pudo ignorar a Jorge.

—¿Carlota! ¿No me digas que eres nuestra camarera?

—Hola, Jorge, ya ves. Qué pequeño es el mundo.

Miró de reojo a John y se marchó. Empezaron con las ensaladas mientras Bárbara miraba a John y a Jorge con los ojos entrecerrados. Al fin, preguntó con malicia.

—¿Algún antiguo ligue, Jorge?

John casi se atragantó con el vino.

—No, trabaja en una cafetería cerca de la empresa, solo la conozco de eso.

John estaba a punto de respirar aliviado, cuando su supuesto amigo decidió continuar con algunos detalles que nadie le había pedido:

—Pero John la conoce bastante, es la canguro de Emma.

Bárbara se volvió hacia John aparentemente calmada. Si se olía algo, no iba a dejar que lo supieran.

—De modo que esa es la famosa Carlota. ¡Qué poca cosa!

John apretó los dientes y la miró tratando de permanecer impassible.

—Emma la adora.

—Ya. Me lo dijo como doscientas veces el día que la llevamos al cine.

Por suerte Silvia aprovechó la mención del cine para preguntarles por una película que su marido y ella dudaban si ir a ver, y el resto de la mesa se olvidó de Carlota. Hasta que volvió con más platos. Todos los hombres de la mesa la miraban con mal disimulado interés para cuando empezó a recoger los platos de los entrantes, antes de sacar el plato principal. El uniforme era sencillo, una falda negra justo por encima de la rodilla y una camisa blanca, con un chaleco gris y una pajarita negra, pero la falda resaltaba su culo de una manera que era imposible ignorar. Cada vez que uno se la quedaba mirando, John se tensaba un poco más, hasta que creyó que los tendones del cuello le acabarían saltando como las cuerdas de una guitarra. Aquel culo era suyo y de

nadie más. Y se estaba poniendo enfermo solo de ver cómo babeaban soñando con ponerle la mano encima.

Al final, Jorge se la puso.

Carlota estaba ya recogiendo los platos del fantástico solomillo que a John casi le había sabido a corcho por efecto de la tensión acumulada y la más que probable úlcera que se estaba formando en su estómago, cuando Jorge regresó del baño a la mesa y le palmeó el culo al pasar junto a ella para sentarse en su sitio. Seguramente había bebido demasiado, pero eso no le daba derecho a tomarse esa licencia. John se quedó clavado en el sitio por una fracción de segundo, agarrando con fuerza la copa que tenía en la mano para no romperle la cara en ese preciso instante. En lo que él dudaba, Carlota se dio la vuelta, se inclinó al oído de Jorge y le dijo con calma:

—Jorge, si vuelves a tocarme el culo, te juro que te llevas los dientes en una bolsa.

No sonó a broma. Sus ojos reflejaban una furia apenas contenida. A Jorge la desinhibición proporcionada por el alcohol se le pasó de golpe y farfulló una disculpa.

Silvia apenas pudo contener una sonrisa. La chica hablaba en serio. Si volvía a tocarle el culo probablemente le partiría la boca. Se la veía perfectamente capaz.

Carlota se levantó y se marchó dignamente sin volver la vista a la mesa. John decidió levantarse y salir, al baño, a donde fuera. Si se quedaba a dos metros de Jorge antes de poder calmarse, sería él el que le rompería los dientes.

No se dio cuenta de que Bárbara salía detrás de él. Lo alcanzó en la puerta del baño.

—¡John, espera!

—¿Qué quieres, Bárbara? —le respondió con desgana.

—Tenemos que hablar.

—No creo que sea el momento ni el lugar.

—Me estás evitando, ¿qué quieres que haga? ¿Cuánto tiempo vas a seguir ignorándome?

—Bárbara, no funcionó y te dije que la opinión de Emma me importaba mucho. Lo siento, no creo que merezca la pena darle más vueltas. Se acabó. Espero que te vaya bien y que podamos seguir siendo amigos.

Cualquiera diría que esa era la típica frase que se dice para quedar bien,

pero no era el caso. No es que a John le importara algo la amistad de Bárbara, pero en fin, si ella quería ser su amiga, él podía serlo. Seguía siendo amigo de Su después de haber estado a punto de casarse (gracias a Dios que no lo habían hecho), de haber estado juntos cuatro años y tener una hija en común. Era un hombre civilizado, aunque estuviera deseando matar a Jorge.

Bárbara lo miró sin dar crédito a lo que oía.

—¿Hay alguien más? —le preguntó.

—No es por eso —mintió a medias él. No era un «no», pero realmente no era solo por Carlota. Él había intuido que entre Bárbara y él las cosas no funcionarían antes de acostarse con Carlota. Y después ya no le había quedado ninguna duda.

—No lo entiendes. He estado intentando hablar contigo desde hace tiempo porque... yo... estoy embarazada. Voy a tener un hijo tuyo, John.

La boca de John cayó abierta y sus ojos se desorbitaron de pura incredulidad. Negó con la cabeza mecánicamente.

—No puede ser.

—Los condones fallan. Tú eres el padre, te lo aseguro.

El mundo se le vino abajo en décimas de segundo, pero su sentido práctico se impuso.

—¿De cuánto estás?

Ella apenas dudó un instante.

—De nueve semanas.

Dos meses... Sí, hacía casi dos meses que no se acostaba con ella, pero las fechas cuadraban... ¿Y por qué había tardado tanto en decírselo?

—¿Por qué no me has dicho nada hasta ahora?

—Cuando me enteré tú estabas distante. Te enfadaste por lo que dije de que Emma podía vivir con su madre, y me ignorabas. Sé que me equivoqué, pero no me dejaste hablar contigo. Y no quise presionarte, pensé que con el tiempo recapacitarías, pero no ha sido así. Te estás alejando de mi cada vez más, y ya no podía esperar más para decírtelo.

John no tenía palabras para expresar lo desgraciado que se sentía en ese momento. Ella trató de abrazarlo.

—Cariño, sé que podemos arreglarlo, podemos ser felices. Déjame demostrártelo.

Se apartó como si ella fuera una desagradable medusa y su contacto le produjera urticaria. Y supo en ese preciso instante lo que quería y lo que no.

Lo que debía hacer y lo que no tenía por qué aceptar.

—No, Bárbara, no podemos.

—¿Qué? ¿Cómo que no podemos? ¿Y el bebé? ¿Es que ya no sientes absolutamente nada por mí?

—No, lo siento. Lo cierto es que hay otra persona. Y no pienso renunciar a ella.

—No puedo creer que te desentiendas de tu hijo así como así.

—Yo no he dicho que me desentienda. Te recuerdo que ya tengo una hija, su madre y yo asumimos que estábamos mejor separados que juntos, y no pasa nada. Solo hay que tener voluntad y respeto y mirar por el bien del niño, y las cosas funcionan, créeme.

—Yo no quiero criar a tu hijo a semanas alternas. Quiero tenerte conmigo.

—Pues no va a ser posible, Bárbara, asúmelo. Cuando quieras podemos empezar a hablar de cómo nos vamos a organizar, y no eludiré mis obligaciones como no lo hice con Emma, pero no quiero estar contigo y no vas a obligarme. Ahora, si no te importa, tengo que ir al baño.

## CAPÍTULO 21

Carlota había salido del comedor para buscar un quitamanchas que le había pedido una señora de cierta edad con un par de copas de más que se había echado la mitad de la segunda copa de más por el vestido. Se quedó de piedra cuando vio a John y a aquella arpía rubia vestida de rojo hablando en la puerta del baño. Estaba sentada con él en la mesa, y se lo comía con los ojos. Carlota tenía un nudo en el estómago desde que había empezado a servir aquella mesa por su culpa. Y ahora se los encontraba allí, hablando como si compartieran confidencias. Para colmo ella había tratado de echarle los brazos al cuello. El autocontrol de Carlota aquella noche era de Matrícula de Honor, porque lo que le apetecía era arrastrarla por el pelo y fregar con su melena el suelo del cuarto de baño. A pesar de todo, consiguió contenerse.

Le había parecido que John la detenía, pero no se había quedado a ver en qué acababa la cosa. Estaba trabajando, y no podría soportarlo si él se dejaba abrazar por aquella buscona, menos aún si la besaba.

¡Maldito John Connor! Se había pasado una semana ignorándola en Lisboa y ahora andaba con secretitos con aquella Barbie.

Su cerebro se iluminó de pronto. Joder, era «la Barbie ejecutiva», su ex. No la había visto bien, pero encajaba con la descripción que le había dado Emma. Tenía que ser ella.

El dolor que sintió ante aquella revelación fue atroz, pero se obligó a respirar y a contener las lágrimas que pugnaban por salir. No les daría ese gusto, a ninguno de los dos. Entró de nuevo en el comedor y esperó.

Ella regresó la primera a la mesa. No muy satisfecha con la conversación, a juzgar por su cara. Y a los pocos minutos llegó él, serio y con aspecto muy cansado. Miró a Carlota, que estaba acabando de repartir los postres, como si buscara en ella apoyo, o consuelo. Sin embargo no lo encontró. Sus ojos de chocolate estaban congelados, impasibles.

John no probó el postre. La cena había sido una pesadilla y empeoraba por momentos. Solo quería marcharse a casa, a ser posible con Carlota.

Por desgracia, todavía faltaban los cafés y las copas. Cuando ella pasó con la bandeja del café, juraría que la vio mirar a Bárbara como si estuviera

tentada de volcársela encima, pero le preguntó con voz neutral qué tipo de café quería y continuó con su tarea.

Jorge casi ni la miró cuando le pidió un cortado. Estaba muerto de vergüenza por el hecho de que ella le hubiera llamado la atención por propasarse. Y tenía suerte de que John se contentara con eso. Aún dudaba si partirle la cara.

Carlota sirvió las copas, un poco desconcertada por la expresión de John. Se le veía tan... cansado. No le había vuelto a dirigir la palabra a la Barbie, después del momento de confidencias que habían compartido junto al baño. Carlota empezaba a dudar si se había equivocado al juzgarle y en realidad lo que había presenciado había sido más bien una bronca civilizada de examantes.

Porque si aquella zorra todavía tenía algo que ver con él, iba a arder Troya.

John rechazó la copa y la miró como si buscara en ella una tabla de salvación. Carlota casi sintió lástima por él. ¿Qué coño había pasado con aquella buscona para que estuviera tan agobiado?

Cuando empezaron a levantarse, unos para irse a casa y otros para seguir la noche de marcha en una sala de fiestas cercana, John buscó a Carlota con la mirada. Estaba recogiendo mesas a unos pasos de él. Se acercó a ella con tres zancadas y la agarró del brazo con suavidad.

—¿A qué hora sales?

—Cuando termine.

—¿Y cuánto falta para que termines? Te espero y te llevo a casa.

—No te molestes.

—Carlota, por favor... Te necesito.

Aquello la desarmó. Lo miró a los ojos y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no acariciarlo con ternura y borrar las arrugas de preocupación que surcaban su rostro a base de besos.

—Me falta una media hora, quizá menos —su tono fue mucho más suave esta vez.

—Te espero en el bar... ¿De acuerdo?

Ella asintió con la cabeza, le sonrió y siguió con su trabajo. John se volvió y se encontró a Jorge mirándolo con una mezcla de sorpresa y curiosidad.

—¿Nos vamos?



—No, yo me quedo.

—¿Te quedas? ¿Dónde?

—En el bar. Voy a tomarme otro café y a esperar a Carlota.

Jorge parpadeó incrédulo, no estaba seguro de cómo interpretar lo que acababa de decirle su amigo. John continuó.

—Ella y yo estamos juntos, Jorge, y si le vuelves a tocar el culo, el que te revienta la boca soy yo.

Ya. Lo había dicho. No aguantaba ni un minuto más con aquel maldito secreto.

La voz de Bárbara lo sorprendió de pronto.

—¿Estás con ella? ¿Con esa mosquita muerta? ¿Me cambias por una cría que trabaja de... ¡de camarera!?

Se volvió con toda la calma de la que fue capaz.

—Es un trabajo digno, Bárbara.

—¡Es una cría! ¿No te da vergüenza?

Todos los argumentos que había esgrimido hasta hacía poco para convencerse a sí mismo de que no podía haber nada entre Carlota y él pasaron con velocidad por su mente, pero ya no le importaba. En lo importante, no eran tan diferentes.

—No tengo nada de qué avergonzarme. Es mayor de edad y perfectamente capaz de decidir con quién quiere estar. Y yo también.

—Eres un perverso, siempre lo sospeché.

Lo miró con desprecio y se marchó dándoles la espalda.

Tener un hijo en común con ella para el resto de su vida iba a ser una auténtica pesadilla, y se estaba aterrorizando por momentos al pensar cómo lo encajaría Carlota.

Veinte minutos después, todos se habían marchado. Él se había despedido cortésmente alegando que estaba cansado del viaje, y no habían insistido. Menos aún Jorge, que le había pedido disculpas hasta aburrirlo por su comportamiento con Carlota, y se había marchado al fin con los demás, con los ojos puestos en una chica nueva de Recursos Humanos. John estaba sentado en una banqueta del bar, mirando distraídamente la taza de café vacía, cuando sintió una mano presionar suavemente su hombro, y le llegó el olor a vainilla del champú de Carlota. No la había oído llegar. Se giró para mirarla y vio preocupación en sus ojos oscuros.

Ella iba vestida con un pantalón pitillo rosa chicle, zapatillas de deporte en negro y rosa, y una sudadera con capucha a rayas negras y blancas, con letras rosas. El bolso bandolera iba coordinado en los mismos tonos, y llevaba su plumífero negro en la mano. Sonrió antes de darse cuenta. La combinación de rosa y negro era muy habitual en ella, y le daba un aire entre tierno y decidido que jamás le habría llamado la atención en otra persona. Su dulce descarada. No quería imaginarse su vida si la perdía.

—Hola —le susurró ella con voz suave—. ¿Has tenido un mal día?

—Espantoso. Pero creo que empieza a mejorar.

—Seguro que sí.

Abrió las piernas para hacerle un sitio entre ellas y la atrajo hacia sí para abrazarla. Ella le acarició el pelo y le pasó los pulgares por las líneas de cansancio que empezaban a marcarse junto a sus ojos. Lo besó con suavidad, y él agradeció el beso. Se sentía agotado, física y emocionalmente.

Ella lo miró de nuevo a los ojos y le preguntó tímidamente.

—¿Nos vamos?

Él suspiró.

—Ven a mi casa, por favor.

—Mañana trabajo.

—Yo te llevo.

—Vale.

Aquello no sonaba como la promesa de una noche apasionada, pero Carlota no pudo negarse. Él estaba realmente mal, y no sabía por qué. Se agarró a su cintura y él le pasó el brazo por los hombros y la atrajo contra su cuerpo mientras caminaban hacia el coche.

No volvió a pronunciar una palabra, y a ella empezó a costarle contener la lengua mientras el coche rodaba en silencio hacia su casa. Por fin no pudo más y preguntó.

—La rubia era Bárbara, ¿verdad?

A John le costó tragar. Carlota no era tonta, debió de suponer que intuiría algo.

—Sí, esa era Bárbara.

—¿Sigue habiendo algo entre ella y tú?

La miró con el ceño fruncido, visiblemente contrariado.

—No, claro que no. Si estoy contigo no estoy con nadie más. ¿Acaso tú sí?

—No, desde luego, pero... os he visto hablando junto al baño.

La cara de John se desencajó ligeramente.

—Creo que es mejor que lo hablemos en casa.

Carlota pasó los peores diez minutos de su vida pensando qué podía ser tan terrible que él no podía decírselo ya, sin rodeos. Cuando entraron en el ascensor el silencio era tan pesado que casi asfixiaba, a pesar de que él le acariciaba suavemente la espalda, como para amortiguar el impacto de un golpe que aún no había dado. Se iba a volver loca si no empezaba a soltar ya lo que fuera que había pasado.

Apenas hubo metido la llave en la cerradura, Carlota cruzó la puerta y se giró para mirarlo con los brazos en jarras.

—Dímelo. Lo que sea. Me está matando tanta incertidumbre.

Él se pasó la mano por el pelo con gesto nervioso y cerró la puerta. Tomó aire y se dispuso a romperle el corazón sin anestesia.

—Bárbara está embarazada. Va a tener un hijo mío.

El primer impacto fue como un puñetazo en el estómago. La sangre empezó a pulsarle con fuerza en las sienes, y luego pensó que, al fin y al cabo, se había ido con ella y no con la Barbie. Reunió el valor para preguntar:

—¿Y qué vas a hacer?

—Nada. Le he dicho que asumiré mi parte de responsabilidad como hago con Emma, pero hasta ahí. Ella y yo ya no tenemos nada.

—¿Eso le has dicho?

—Sí. ¿Qué querías que le dijera? También le he dicho que hay otra persona en mi vida.

Carlota se quedó muda. Esa persona era ella. John añadió casi en un susurro:

—Es contigo con quien quiero estar, no con ella...

Asintió mirándolo con los ojos brillantes, como diciendo «y yo contigo». Después retomó el hilo que había estado a punto de perder.

—¿De cuánto está?

John leyó la pregunta no formulada en los ojos oscuros de Carlota. Seguro que estaba pensando algo como «¿Has vuelto a acostarte con ella?».

—Está de nueve semanas. Carlota, no me he vuelto a acostar con ella desde mi cumpleaños. Desde que tú y yo... Desde que estoy contigo. Yo no soy así.

Carlota asintió con la cabeza. Maldita zorra... Seguro que había

esperado recuperarlo con eso.

—¿Por qué no te lo ha dicho antes?

—No le he dado opción, la verdad. ¿Podemos ir a la habitación?

Ella empezó a caminar mientras una idea cogía forma en su cabeza. Una idea maquiavélica, pero no descabellada, a fin de cuentas.

—Creía que tú siempre usabas condones para que no te pasaran cosas así.

—Los uso. No sé qué ha podido pasar.

—¿No recuerdas ningún «percance»? ¿En serio?

Él no la entendió. Pero le vio la cara y supo que había algo que se le escapaba.

—¿Qué estás pensando, Carlota? Intuyo que me estoy perdiendo algo.

—¿Crees que hay alguna posibilidad de que se lo haya inventado para intentar cazarte con la excusa del bebé?

—¿Qué?

Sus ojos se abrieron como platos. Negó con la cabeza. No era posible que Carlota pensara... O que Bárbara pretendiera engañarlo con algo así.

—A mí me parece raro que tomando tantas precauciones y sin que conste ningún fallo esté embarazada. Y que no te lo haya dicho hasta ahora cuando debía de saberlo desde hace al menos un mes.

—No puedo creerme que seas tan mal pensada.

—Soy una mujer, y una mujer inteligente. Piensa mal, y acertarás, dicen. Yo solo te digo que me parece muy oportuno todo esto.

—Pero Carlota, tú sabes que yo he sido capaz de criar a Emma de acuerdo con Su sin estar con ella, porque no estábamos bien y no hacía ninguna falta que estuviéramos juntos. ¿Por qué iba a pensar Bárbara que volvería con ella por el hecho de que hubiera un bebé en camino?

—Eso me lo tendrías que decir tú. ¿Crees que ella podría pensar eso?

John dudó unos segundos.

—Lo cierto es que puede ser. Se ha sorprendido cuando le he dicho que, aun así, no había nada que arreglar entre nosotros.

Carlota murmuró una palabrota para sí misma. Se jugaba el cuello a que era mentira. Seguro que había esperado hacerlo volver. Podía tratar de llevárselo a la cama y quedarse embarazada para justificarse, o salir corriendo a buscar a algún incauto que le arreglara el papelón. O podía fingir un aborto.

Pero John volvió a negar con la cabeza.

—No, Bárbara no sería tan tonta... ni tan manipuladora. ¿Cómo va a pensar que puede obligarme por el hecho de que esté embarazada? Creo que Emma es la prueba de que eso no funciona conmigo.

—Tú sabrás. Pero si quieres un consejo, pídele una ecografía. O incluso una prueba de paternidad. No me extrañaría que tratara de solucionar el entuerto de una forma poco elegante. Ni siquiera que perdiera el bebé «sospechosamente». Cosas más raras se han visto.

Él se quedó en shock. La mitad de las opciones que le acababa de mencionar Carlota ni se le habrían pasado por la cabeza, pero... no podía poner la mano en el fuego por Bárbara.

—Me estás asustando, Carlota... Con lo inocente que parece... ¿cómo puedes pensar que alguien sea capaz de algo así?

—Tú sí que eres inocente. Abre los ojos, John. Es una mujer despechada. Y una mujer despechada es capaz de cometer estupideces tan grandes como esa y más.

Carlota se desnudó, quedándose solo con las braguitas, se desmaquilló y se metió en la cama. Él hizo lo mismo, abrazándola contra su cuerpo como si fuera su tabla de salvación.

—Espero que no tenga que sufrir nunca tu despecho. Debes de ser terrible.

—Yo soy un angelito, tienes suerte. Solo que un angelito muy listo y malpensado.

Él no pudo evitar sonreír. La besó suavemente y la abrazó con calidez. Y antes de que Carlota pudiera darse cuenta, escuchó su respiración lenta y pesada y supo que se había dormido.

Lo miró con ternura. Estaba agotado, la noche, y quizás incluso la semana entera debía de haber sido una pesadilla para él.

Ella aún estaba procesando el shock, pero cada vez estaba más segura de que su intuición no la engañaba. Y ojalá fuera así, porque Bárbara, como ex, no parecía tan civilizada como Susana.

Puso el despertador y se envolvió en sus brazos. Le costó un poco dormirse, pero estaba con él. Él no quería saber nada de la Barbie a pesar del bebé. Quería estar con ella.

Era todo lo que necesitaba saber. Lo apoyaría en lo que hiciera falta, simplemente no podía soportar la idea de que quisiera alejarla de su lado. Al

final, después de darle muchas vueltas al asunto, se durmió de puro cansancio.

## CAPÍTULO 22

John se despertó sobresaltado de una pesadilla angustiada. En ella, Carlota lo había dejado, y se veía obligado a vivir con Bárbara, que lucía una enorme barriga y era una bruja perversa y desagradable con él y con Emma. Cuando sintió el tacto suave y cálido del cuerpo de Carlota junto al suyo, tenso y empapado en sudor, se relajó un poco. Al menos ella no había salido huyendo todavía.

Entonces sonó el despertador en su móvil. Debía de haberlo programado la noche anterior, aunque él no lo recordaba. Se había quedado dormido nada más meterse en la cama.

Lástima de noche desaprovechada, pero realmente no tenía el cuerpo para jotas.

Ella se movió y apagó el móvil. Después se volvió y lo miró.

—Hola, dormilón. ¿Has descansado?

—Más o menos.

—Pues quédate un rato más. Me voy en metro, no pasa nada.

—Ni hablar, te prometí que te llevaría. Me doy una ducha y en diez minutos estoy. ¿Pasamos por tu casa?

—Sí, por favor, tengo que cambiarme.

—Vale, enseguida salgo.

Se metió en el baño y se dio una ducha rápida dando gracias al cielo por tenerla todavía junto a él.

Pasaron por casa de Carlota y la esperó en el coche, como la última vez. Ella regresó enseguida, y les quedó tiempo para desayunar, también como la vez anterior. No le importaría que aquello se convirtiera en un hábito.

Cuando entraron en la cafetería, le indicó una mesa y le preguntó con una sonrisa cómplice:

—¿Té y un cruasán?

—Sí, por favor.

—Enseguida.

Unos minutos después se sentaba frente a ella con su café y su cruasán,

mirándola con admiración y sincero agradecimiento.

—Gracias por haberte quedado. Estaba seguro de que saldrías corriendo cuando te lo contara.

—¿En serio? —se sorprendió Carlota—. ¿Y por qué creías eso?

—¿No estuviste tentada?

—No, en cuanto me dijiste que querías estar conmigo y no con ella.

—Voy a pedirle la ecografía. Y si está embarazada, también la prueba de paternidad. No puedo estar seguro de que no sea un truco.

—Bien. Y... John, si el niño es tuyo...

Se le formó un nudo en la garganta. Él se aventuró a terminar la frase:

—...¿Tendrá la mejor canguro del mundo cuando esté conmigo?

—Por supuesto —sonrió ella con un deje de tristeza.

—Gracias. No dejas de sorprenderme. Como pareja no soy ningún chollo ¿sabes?

—¿Ah, no?

—No.

—Pues debes de estar ocultando fallos muy gordos, pero vamos, no sé yo...

—Vamos, Carlota. Tengo una hija de nueve años, casi una preadolescente, una expareja con la que tengo una relación cordial y civilizada, y ahora otra expareja que va a tener un hijo mío... o que puede que lo vaya a tener. ¿No ves un cúmulo de problemas a mi alrededor?

—Tienes razón, gracias por el té, y adiós.

Hizo amago de levantarse y él casi se muere en el sitio, pero se sentó riendo.

—Pero qué tonto eres... ¡Has picado!

John no daba crédito.

—¿Te parece gracioso?

—Mucho.

Debería montarle una bronca por haberle dado un susto de muerte, pero ella le sonreía con picardía mientras lamía distraídamente la cucharilla del té, y acabó arrancándole una sonrisa.

—Quieres matarme de un infarto.

—Exagerado. Yo no veo tantos problemas. Emma es una niña encantadora, cariñosa y muy inteligente. Que tengas una relación cordial con Su y vuestra hija se beneficie tremendamente de ella solo dice de vosotros que



sois adultos civilizados y unos buenos padres. ¿Qué problema ves ahí?

—Bárbara se ponía celosa cuando le mencionaba a Su.

—¿Por qué? Hace años que os separasteis, y ella se ha casado ¿no? A mí no me parece una amenaza. Además, me cae bien, se puso de mi parte cuando le compré a Emma los patines —bromeó.

Él sonrió.

—Tú pareces más perspicaz que Bárbara, eso no te lo puedo negar.

—Ella sí va a ser un problema, ¿verdad?

—Probablemente. Quiero decir... si es cierto lo del bebé.

—Yo solo necesito saber a qué atenerme.

—Bien, entonces el problema será mucho menor. Yo ya no siento nada por ella.

—¿Y por mí? ¿Qué soy yo en tu vida, John?

Él se quedó cortado, no se esperaba esa pregunta. Y ella se mordió la lengua, no debería haberla formulado tan pronto.

Pero a situaciones desesperadas, medidas desesperadas, o como fuera que se dijera aquello. Necesitaba saber.

Él tragó saliva y la miró a los ojos. No había bromas ni segundas intenciones en aquella pregunta. Ella realmente quería saber a qué atenerse, necesitaba algo en lo que apoyarse para seguir con él.

—Me importas mucho, Carlota. Me haces sentir vivo. Me descolocas y me provocas continuamente, pero no me lo pasaba tan bien con una mujer desde... casi no me acuerdo.

Con una mujer. Él había dicho «con una mujer». Carlota anotó un tanto para su ego.

—¿Ya no te parezco una cría?

—En absoluto.

—Menos mal, una buena noticia —bromeó ella. A continuación miró el reloj—. Tengo que irme o llegaré tarde.

—Te acompaño.

Salieron de la cafetería y ella se sorprendió un poco, aunque desde luego gratamente cuando él la cogió de la mano. La acompañó hasta la puerta y le preguntó antes de irse:

—¿Comes conmigo?

—Salgo tarde, a las tres.

—No me importa, te vengo a buscar, si quieres.

—Vale.

—Hasta luego entonces.

—Hasta luego.

Le puso la mano en la nuca y le tomó la boca con un beso profundo y posesivo, colmado de promesas y de gratitud. Después le sonrió y se marchó guiñándole un ojo y jugueteando con las llaves del coche.

Carlota se enfrentó a su jornada de trabajo con un optimismo fuera de lo común. Probablemente porque se sentía feliz y todos los problemas parecían desvanecerse con el calor de aquel beso.

Las tres llegaron mucho antes que ningún otro sábado. Carlota se despidió de su compañero, Eduardo, se cambió de ropa y salió.

John la esperaba fuera, paseando junto a la puerta. Le sonrió al verla. A pesar de unas ligeras ojeras, tenía mucha mejor cara que el día anterior.

—¿Qué tal la mañana?

Ella le echó los brazos al cuello y lo besó.

—Bien, pero mucho mejor ahora.

—¿A dónde quieres ir?

—Me da igual, a donde tú quieras.

John había pensado en un pequeño restaurante donde iban a comer a menudo los de la oficina. Esperaba que a esas horas todavía pudieran conseguir una mesa. Al menos contaban con la ventaja de que estaba muy cerca.

Nada más entrar los recibió una camarera morena y bajita que le saludó alegremente.

—John, qué raro verte aquí un sábado... ¡No me digas que has estado haciendo horas extras!

—No, Esther, hoy no trabajo, que bastante me ha caído esta semana.

La morenita miró a Carlota con curiosidad.

—¿Mesa para dos?

—Sí, por favor.

Los condujo a una mesa en un rincón apartado. El local era más amplio de lo que parecía a simple vista, y tenía una decoración alegre y luminosa en tonos de blanco, naranja y verde. A Carlota le sorprendió un poco porque no parecía la clase de restaurante pijo al que él iría.

—No me digas que sueles comer aquí.

Él la miró un poco desconcertado.

—Sí, ¿por qué? ¿No te gusta? La comida es buena y está cerca del trabajo.

—No dejas de sorprenderme.

—¿Y eso?

—Parece un sitio agradable, pero... no tan elegante como habría esperado de ti.

—Piensas que soy un pijo.

Ella se rio.

—Pues un poco sí, para qué negarlo.

—Vale, quizás un poco. Pero eso no quiere decir que no pueda ver cualidades más allá de la primera impresión.

—¿Me estás diciendo que al principio te horrorizó?

—Seguramente.

—Y cambiaste de opinión. Igual que conmigo.

Él le sonrió y sus ojos casi brillaron.

—Sí, igual que contigo.

La camarera regresó con el menú y pidieron con rapidez. Era tarde y tenían hambre.

—¿Qué planes tienes para esta noche? —preguntó ella mientras probaba su delicioso pastel de pescado.

Él se inclinó y le susurró en voz baja.

—Hacerte el amor hasta que no puedas ni moverte.

Ella se rio.

—Ten cuidado con lo que ofreces, podría tomarte la palabra.

—¿Es que te apetece salir?

—Podemos salir un rato y marcharnos pronto... Mañana es domingo.

—Como quieras. ¿Has quedado con tus amigas o algo?

—No me ha dado tiempo. Esta mañana solo he coincidido con Miranda diez minutos. ¿No te importaría salir con ellas?

No se lo imaginaba yendo a los bares de copas que ellas frecuentaban.

—Supongo que es negociable, si a ti te apetece.

—Les preguntaré qué planes tienen cuando llegue a casa, y te aviso, ¿vale?

—Pero cenas conmigo.

—De acuerdo. ¿Tengo que vestirme de etiqueta? —Lo miró con una

sonrisa burlona.

—Me da igual lo que te pongas pero quiero el conjunto negro debajo.

—Bueno, si me vas a dejar llevarte de copas, puedo concederte eso.

—Qué generosidad la tuya... —se burló él.

—Conmigo las cosas funcionan *quid pro quo*, hazte a la idea. De lo contrario, no funcionan.

—Parece razonable... más o menos.

—¿Mas o menos?

—Estoy acostumbrado a tomar las decisiones.

—Pues te vas a tener que desacostumbrar si quieres que nos llevemos bien. No soy fácil de mangonear.

—No lo dudo —rio él.

Hasta el momento no le había costado mucho entenderse con ella, sobre todo teniendo en cuenta que eran muy diferentes en cuanto a gustos y costumbres. Le había dado la impresión de que Carlota se adaptaba bastante bien a él, aunque por lo que estaba entendiendo, ella también pretendía pedirle que se adaptara de vez en cuando.

Bueno, podía intentarlo. Tenía que intentarlo si quería que aquello funcionara. Solo esperaba que sus exigencias fueran razonables.

Terminaron de comer y John la llevó a casa. Se despidieron en el coche con un beso intenso y largo y Carlota quedó en llamarle cuando hablara con sus amigas.

Cuando subió a casa, las encontró en la sala viendo la televisión.

—¡Benditos los ojos! ¿No salías a las tres? —se burló Miranda—. ¿Te ha secuestrado «el estirado» para comer?

—Pues mira, sí —respondió Carlota con una amplia sonrisa— y necesito saber qué planes hay para esta noche porque se viene con nosotras.

—¿Lo dices en serio? —parpadeó Olga alucinada.

—Sí. Me voy a cenar con él y luego nos acoplamos.

—Nosotras cenaremos aquí y luego salimos. Víctor y los chicos han quedado para ver no sé qué partido, y Olga ha quedado con Isaac a partir de las dos.

—Tiene cena —explicó Olga.

—Vale, pues yo os llamo después de cenar y me decís dónde estáis. Ah, y por cierto... tengo un regalito.

—¿Qué regalito? —preguntaron al unísono.

—Mauro le ha dado a John entradas para la fiesta de fin de año de la discoteca. Para nosotros dos y vosotros cuatro.

—Joder, nena, tu novio es un chollo —le dijo Miranda entusiasmada—. Quédatelo, ni te lo pienses.

—¿Un chollo? Cuando os cuente lo que me pasó ayer os vais a quedar muertas.

Y les contó con todo lujo de detalles la ajetreada noche que habían tenido, entre la sorpresa de encontrarse en el restaurante, Jorge tocándole las narices (o el culo, más bien) y la Barbie ejecutiva tratando de hincarle el diente a su chico. No se atrevieron apenas a interrumpirla hasta que acabó, solo se miraban con expresiones que pasaban continuamente del asombro al horror... hasta que acabó diciéndoles que él le había dicho claramente que quería estar con ella y que estaba decidido a pedirle una ecografía y una prueba de paternidad a la lagarta rubia.

—Me juego el cuello a que es mentira —afirmó Miranda.

—¿Seguro que es tan tonta como para pensar que va a cazarlo con eso? Si él no se casó con veinticinco años por un embarazo no planificado... ¿cómo va a dejarse pillar con treinta y cinco?

—Eso mismo pienso yo, pero obviamente la Barbie no tiene suficientes neuronas para pensar todo eso.

—Va a ser eso —se burló Miranda—. Por si acaso, tú afilete las uñas y no la pierdas de vista, ¿vale? Esa tiene pinta de necesitar que alguien le pare los pies.

—Pues mira, lo mismo como me busque le satisfago esa necesidad gratuita y altruistamente...

—Mejor que no te busque... —intervino Olga—. No te conoce.

## CAPÍTULO 23

Quedaron en que John pasaría a recogerla a las ocho y media. Carlota se puso el conjunto de lencería negro que le faltaba por estrenar, y metió el otro tanga en el bolso por si acaso. Conociendo a John, era posible que acabara hecho trizas en el suelo.

Aunque ella tenía planes para él esa noche.

Se vistió, se maquilló resaltando sus ojos un poco más de lo habitual, y se dejó el pelo suelto. Cuando él llamó, ella ya estaba lista para bajar. Se despidió de sus amigas y quedó en llamarlas más tarde.

Salió del ascensor y sonrió al verlo esperando junto a la puerta. Era evidente que, ya que había aceptado salir con las amigas de ella, había tratado de no vestirse como un ejecutivo, como hacía habitualmente.

Se había puesto vaqueros (eso sí, seguro que eran más caros que toda la ropa que llevaba puesta ella junta, calzado y cazadora incluidos), y un jersey fino gris de cuello redondo, con su cazadora de cuero, y unos zapatos negros discretos. La miró fijamente, y ella dudó si le gustaba lo que veía o no... hasta que salió a la calle y se puso a su lado, y él le sonrió, le dio un beso breve y le susurró al oído:

—Definitivamente, tú pretendes que me dé un infarto.

La noche no era del todo fría para ser diciembre, y Carlota había optado por unos shorts negros de cuero con medias tupidas también negras, sus botines negros y un jersey morado ligero y amplio que le llegaba a la cintura, con escote en pico. Debajo llevaba una camiseta negra de tirantes, y por encima, su cazadora de cuero, bastante más rockera que la de él. Empezaron a caminar hacia el coche y ella preguntó dudando:

—¿No te gusta?

—Claro que me gusta, tú me gustas.

—¿Y esto?

Le mostró las uñas pintadas de morado. Él sonrió.

—Creo que pronto tendré peleas con Emma por ese tema. A ella le encantan.

—Pero a ti no.

—No es eso. Me choca, pero lo cierto es que es absolutamente tu estilo.

—No pegamos ni con cola.

—¿Acaso intentas deshacerte de mí? —le preguntó poniéndose serio.

Ella se paró en seco.

—No.

—Pues acaba con eso ahora mismo. Me pasé un mes intentando convencerme a mí mismo de que éramos demasiado diferentes, mientras tú argumentabas que eso era una chorrada. Y ahora que me he dado cuenta de que lo es, me vienes con esas.

Estaba casi enfadado. A Carlota le dieron de pronto ganas de achucharlo. Se plantó frente a él al lado del coche y le echó los brazos al cuello mirándolo a los ojos.

—Tienes toda la razón. Yo siempre he dicho que era una chorrada.

—Menos mal que lo reconoces. —Una sonrisa se empezó a formar en su boca.

—¿Y sabes una cosa?

—¿Qué?

—Que te quiero.

John se quedó pasmado. Pero rodeó la cintura de ella con sus manos fuertes y le sonrió.

—Se supone que una chica no debe ser la primera en decir eso.

—¿Ah, no?

—No.

—¿Y eso quién lo dice? —Carlota sabía que lo que él decía era cierto, pero a ella nadie le decía lo que tenía o no tenía que decir, sobre todo tratándose de sus sentimientos. Si se burlaba de ella se iba a arrepentir.

—Bueno, lo dice la mayoría de la gente que conozco.

—Yo no soy como la mayoría.

—Tú no eres como nadie que haya conocido antes.

Ella dudó un momento si aquello era bueno o malo. Se suponía que bueno, pero...

Y entonces él se inclinó y susurró junto a su boca.

—Yo también te quiero, descarada.

Ella iba a replicar, pero él la estrechó contra sí y se lanzó sobre su boca mordiéndole suavemente el labio inferior, lamiéndole el superior, y finalmente saqueándola con su lengua, hasta que la de ella salió a su encuentro y se

fundieron como una sola cosa.

Encajaban a la perfección, por muy diferentes que pudieran ser.

John tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para soltarla, abrirle la puerta del coche y conducir hacia el centro en lugar de arrastrarla a su casa y arrancarle la ropa.

—¿Dónde vamos a cenar?

—¿Te gusta la comida italiana?

—A mí me gusta casi todo.

—Pues no necesitas saber más —le respondió él con un guiño.

Lo primero que pensó Carlota al ver el restaurante fue que era una pasada. John era un hombre de gustos caros y exclusivos, lo sabía. Y no tenía ni idea de si el sitio era caro o no lo era, pero era espectacular. Estaba decorado en tonos tierra, tostados y dorados, y el ambiente era cálido y mediterráneo. John sonrió al verla mirar alrededor, extasiada.

—Este sitio me encanta, la comida es fantástica y la verdad, hacía tiempo que no venía.

Les dieron una mesa en un lateral, y Carlota disfrutó de una comida deliciosa en la mejor compañía. John estaba de mucho mejor humor. Cada uno probó de la ensalada del otro (Carlota no se hubiera imaginado a John compartiendo su comida ni muerto, pero parecía encantado) y después ella probó la pasta que pidió él, y él se comió una buena parte de la pizza de ella.

—Coge otro trozo, yo no puedo con más.

—¿Seguro?

—Seguro. Además, mi culo me lo agradecerá.

Él se rio.

—Tu culo es perfecto, no digas tonterías.

—Tú no sé dónde metes lo que comes, pero yo si me paso un poco sé perfectamente dónde se queda.

—Esto se quema con un rato de gimnasio.

—¿Vas al gimnasio?

—Al menos dos o tres veces por semana, depende del tiempo que tenga. Suelo aprovechar el rato de la comida, excepto cuando no tengo a Emma que puedo ir por la tarde sin preocuparme de la hora que sea. Suelo coincidir con varios amigos: Jorge, Rafa, Saúl... Es una buena terapia antiestrés.

«Así estás de bueno» pensó ella. Pero no se lo dijo, por supuesto.



—Yo me conformo con patinar con tu hija.

Acabaron de cenar entre risas y bromas, y después de un delicioso tiramisú y un típico cappuccino, pidieron la cuenta y salieron a la calle. John la estrechó contra sí mientras se dirigían hacia el bar donde acababan de quedar con Miranda y Olga. Pero apenas habían dado tres pasos fuera del restaurante cuando tres mujeres sacadas de una revista de moda doblaron la esquina para pasar junto a ellos. Una de ellas era Bárbara.

Se paró y los miró con gesto de incredulidad mientras las otras dos continuaban hasta la puerta del italiano donde ellos acababan de cenar.

—No me lo puedo creer... Nunca pensé que cayeras tan bajo.

—Ahórrate las palabras desagradables, Bárbara, por favor.

Centró su mirada en Carlota y la recorrió de arriba abajo, con una sonrisa socarrona. A continuación escupió con desprecio:

—No sé cómo no te da vergüenza sacar de casa a esta muerta de hambre, con esa ropa de mercadillo que lleva.

John estrechó un poco más a Carlota y murmuró un «ignórala» mientras trataba de seguir andando. Pero Bárbara se interpuso.

—Es patético que un hombre como tú ande con una cría como ella. Y además... ¿Le has hablado ya de tu afición a las perversiones?

En la cara de Carlota se pintó la sorpresa, y miró a John interrogándolo.

Él se encogió de hombros como diciendo «ya sabes».

Bárbara no entendió bien el gesto. La expresión sorprendida de Carlota y la aparente cara de resignación de John le dieron ánimos para seguir intentando hacer daño.

—Ya puedes tener cuidado, niñata. Parece muy educado y cortés, pero a la que te descuides, pretenderá atarte a la cama o algo peor.

Carlota miró a John con incredulidad, y luego soltó una carcajada.

—¿O algo peor? Por favor, define «algo peor» porque si tu idea de perversión es que alguien te ate a la cama... ¡Qué lástima, todo lo que te habrás perdido!

Bárbara se sonrojó, producto tanto de la vergüenza como de la rabia al ver que le había salido mal el juego, y encima Carlota se reía de ella.

—Claro, si eres una zorra no tendrás ningún problema en hacer cualquier cosa que él quiera. Atarte es solo el principio.

John hizo amago de contestarle, pero Carlota se le adelantó.

—Lo que él haga o deje de hacer conmigo desde luego no es asunto tuyo.

Y no te digo lo que yo pienso de ti porque se te pueden caer las orejas a trozos. Ahora quítate de en medio si no quieres que te quite yo.

Dio un paso al frente, decidida, y apartó de un empujón con el hombro a Bárbara, que se había quedado como si le hubiera dado dos tortas con la mano abierta.

—Ahora puedo ignorarla, si quieres. ¡No te jode, la Barbie!

John volvió la cabeza atrás para ver a Bárbara echando humo por las orejas y a sus dos amigas horrorizadas unos pasos más allá. Estrechó un poco más a Carlota y siguió caminando.

—A veces me asustas, Carlota.

—Te aseguro que he estado de lo más contenida, para todo lo que ha dicho esa... esa... bueno, me callo porque si no sí que te voy a asustar.

Él sonrió.

—Y yo que temía que dijera algo que pudiera herirte.

—Seguro que yo tengo la lengua más afilada que ella.

Sin embargo, le había dolido lo de «muerta de hambre» y «ropa de mercadillo», y él se dio cuenta por la expresión de su cara.

—Tú eres mejor que ella en todos los sentidos. La ropa cara no da clase ni educación, y no hablemos de inteligencia.

—Vale, no se merece ni un minuto más de nuestro tiempo. Vamos a buscar a las chicas.

Y trató de borrar a aquella zorra mentirosa y manipuladora de su cabeza para disfrutar de la noche. Al fin y al cabo no había hecho más que empezar.

John había tratado de prepararse mentalmente para el tipo de locales que podían frecuentar Carlota y sus amigas, pero a pesar de todo, volvió a sorprenderlo. Había de todo. Primero fueron a uno de ambiente moderno y un poco futurista, en el que la música era una mezcla un poco ecléctica que iba desde rock de la Movida hasta Madonna o Lady Gaga. Carlota se entusiasmó cuando empezó a sonar *Born this way*.

—¿Te gusta la música?

—Sí. ¿A ti no?

—Bueno... Madonna me gusta. Lady Gaga... es un poco radical para mi gusto.

—Pues a mí me encanta.

Él captó un fragmento de la letra, y le llamó la atención. Nunca se había

parado demasiado a escuchar aquella canción, pero Miranda y Carlota la cantaban con entusiasmo, y no pudo menos que escucharla. El estribillo simplemente le fascinó:

*I'm beautiful in my way*  
(Soy hermosa a mi manera)  
*'Cause god makes no mistakes*  
(Porque Dios no comete errores)  
*I'm on the right track baby*  
(Estoy en el camino correcto)  
*I was born this way*  
(Nací así)

*Don't hide yourself in regret*  
(No te escondas en el arrepentimiento)  
*Just love yourself and you're set*  
(Solo ámate a ti misma y listo)  
*I'm on the right track baby*  
(Estoy en el camino correcto)  
*I was born this way*  
(Nací así)

Ésa era su chica, definitivamente. Toda una declaración de principios.

Víctor se unió a ellos poco después de la una. Había dejado a sus amigos en otro bar para reunirse con su chica, y enseguida siguieron la ruta para encontrarse con Isaac, el novio de Olga. A John le cayeron bien los dos chicos. Víctor era más joven, no llegaría a los treinta. Era rubio de ojos grises y con el pelo un poco largo, cubriéndole la nuca. Cuando empezaron a charlar se enteró de que trabajaba en una tienda de deportes. Hacía poco que lo habían ascendido a jefe de sección.

—Puedes culparme de que tu hija tenga patines. Yo le di la idea a Carlota.

—No fue mala idea después de todo, solo que yo nunca fui muy hábil patinando y temía que se hiciera daño.

—Carlota no dejaría que hiciera nada realmente peligroso.

—Sí, ya lo sé.

Desvió los ojos hacia ella y la vio mirándolo. Le sonrió y le guiñó un ojo antes de seguir bailando como si nada.

El último bar al que fueron era completamente diferente, con una decoración ochentera y música a tono. Cuando entraron estaba sonando *La isla bonita* de Madonna. John estaba perplejo.

—¿Te gusta este sitio?

—Sí, hay buen ambiente y la música es divertida. ¿A ti no?

Todavía no lo sé. Dentro de un rato te lo digo.

Se tomó con los chicos una cerveza (sin alcohol, que había traído el coche) mientras ellas tres bailaban como locas. Pensó que no iba a ser tan terrible después de todo salir con aquel grupo en fin de año. Carlota estaba en su salsa, Víctor parecía un buen tipo e Isaac aunque era de pocas palabras, también le caía bien. Era informático, y poco más joven que él. Aún no se había terminado la cerveza cuando empezó a sonar una canción de George Michael que siempre le había gustado, *I want your sex*. Curiosa música, la de aquel sitio.

Carlota se le acercó como una gata ronroneando. Le echó los brazos al cuello y se frotó contra él sutilmente, mirándolo a los ojos. Suficiente para provocarle una erección de caballo.

—¿Qué te parece si nos vamos?

—Pensé que no lo ibas a sugerir nunca.

La besó intensamente, hambriento de ella, haciéndole notar el efecto que producía en él. Cuando por fin la soltó, Carlota se giró hacia sus amigos y se despidió con un gesto.

—Nos vamos, chicos.

—Ha sido un placer conoceros —dijo John con una sonrisa sincera.

Salieron del bar cogidos de la mano. Ella lo miró a los ojos y le preguntó con una media sonrisa:

—¿Te lo has pasado bien?

John asintió con una pequeña sonrisa.

—Mejor de lo que esperaba.

—Bueno, me conformo.

—Pero seguro que ahora viene la mejor parte. —Su voz adquirió un tono ronco que a Carlota le provocó un estremecimiento de anticipación. Se mordió el labio y aventuró:

—¿Aquella en la que me rompes el tanga?

—Esa misma.

—Ya veremos —atajó ella con decisión—. Hoy toca negociar.

## CAPÍTULO 24

John se quedó un poco mosca con aquella afirmación de Carlota, pero ella solo compuso una sonrisa enigmática y no soltó prenda hasta que llegaron a casa. Apenas habían entrado en el ascensor, él la besó posesivamente, apretándola contra la pared y quitándole el aliento. Cuando llegaron al segundo piso, Carlota sonrió, con los labios palpitantes y un brillo pícaro en los ojos.

—¿Qué te pasa, Connor, estás ansioso?

—He tenido demasiado público toda la noche.

—A mí no me molestan las demostraciones de afecto en público.

Él se quedó dudando unos segundos mientras sacaba las llaves y abría la puerta.

—Bueno, a mí en realidad supongo que tampoco, dentro de un margen... Aunque no tengo mucha costumbre.

—Espero que sea una costumbre revisable.

Ella caminó con soltura hasta la habitación, y él la siguió. Sí, en realidad estaba bastante ansioso. Había pasado una semana agotadora, la noche anterior había sido un asco gracias a Bárbara, y ahora por fin estaban a solas después de una semana entera sin tenerla. La había echado muchísimo de menos. Se moría de ganas de perderse en su cuerpo y olvidarse de todo.

Cuando la alcanzó, la estrechó entre sus brazos, esta vez con más suavidad. Le cogió el pelo con la mano y tiró ligeramente para echarle la cabeza atrás saqueando su boca lenta y profundamente. Carlota se entregó, encantada de la vida. También lo había echado de menos. Terriblemente.

Las cazadoras quedaron tiradas de cualquier manera sobre una silla mientras se besaban, cada vez con más urgencia, sin apenas soltarse la boca más que para darse mordiscos suaves en los labios y arrancarse la ropa el uno al otro sin dejar de mirarse. Carlota tuvo que apartarlo de un empujón riendo para poder sentarse y quitarse los botines, porque él empezaba a bajarle los shorts sin descalzarla. En un par de minutos, a él le quedaba solo un bóxer blanco y a ella el conjunto negro de sujetador y tanga que él le había regalado. Ella miró el bóxer que se ajustaba como un guante a su perfecto cuerpo, enarcó

una ceja y sonrió.

—¿Dolce and Gabbana? ¿Pero cómo puedes ser tan... pijo?

Él se encogió de hombros y sonrió.

—Son cómodos. Y me ayudan a no quedar en evidencia cuando me provocas como has hecho antes restregándote contra mí en el bar.

Ella sonrió con picardía, y se le acercó lentamente, como una gata a punto de saltar sobre un incauto ratón.

—¿Te he puesto duro?

Su polla saltó dentro del bóxer de marca, que a duras penas consiguió seguir conteniéndola.

—Carlota, no empieces... o te arrancaré el tanga a mordiscos.

—Que te crees tú eso.

Lo empujó sobre la cama y se subió encima a horcajadas. John iba a agarrarla para ponerla debajo cuando ella le tendió una mano con la palma abierta, con aire decidido.

—Dame las esposas.

Se quedó pasmado.

—¿Qué?

—Las esposas de cuero negro, dámelas.

—Ni lo sueñes. Las esposas son para ti. No vas a atarme.

—¿Y por qué no?

Empezó a frotarse contra él, que estuvo a punto de gemir en respuesta. Ella se inclinó y lo besó mordiéndole el labio suavemente. John tuvo que hacer un esfuerzo para responder.

—Porque prefiero ser yo quien te ate. ¿A esto te referías cuando has dicho que tocaba negociar?

—Sí, a esto.

—Pues lo tienes difícil, porque la idea de estar atado y a tu merced no me atrae en absoluto. Necesitarías un argumento muy, muy, pero que muy bueno para convencerme.

Carlota lo miró a los ojos, se relamió los labios y se los mordió como si lo estuviera pensando aunque, por un instante, él pensó que solo estaba saboreando su victoria, como si tuviera un as en la manga.

Dios, aquella boquita suya era una tentación.

Y entonces se inclinó un poco sobre él sin apartar aquella mirada de chocolate fundido y susurró:

—Te voy a hacer la mejor mamada de tu vida.

El tiempo se paró. John sintió su corazón palpitando con fuerza y la garganta tan seca que a duras penas conseguía tragar, y su polla dio un tirón doloroso.

—Hecho.

A tomar por culo la negociación. Era un argumento irrefutable. Sería un gilipollas si se negara.

Tendió la mano hacia la mesilla y sacó las esposas de cuero. Volvió a dudar por una fracción de segundo. No se había dejado atar por una mujer en su vida, y ahora se iba a poner a merced de una de veinticinco años. A merced de Carlota.

Un instante eterno después, John trataba de acompasar su respiración mientras su cerebro se reconectaba con su cuerpo tras el orgasmo más intenso que podía recordar. O al menos uno de los tres mejores de su vida, de eso estaba seguro.

Carlota sonrió, satisfecha por haber conseguido hacerlo ceder y por haberle puesto aquella expresión de éxtasis en la cara. Se inclinó sobre él, que abrió los ojos al sentirla moverse.

—¿Quieres que te suelte o me dejas seguir?

—¿Seguir? Joder..., dame tiempo al menos...

—¿Tiempo? No creo que necesites tiempo, necesitas atención.

Volvió a acariciarlo y a continuación le pasó las uñas por la piel. Cuando se acercó a la zona sensible John se tensó y Carlota lo miró burlona.

—Pero mira que eres desconfiado...

—Es que estoy atado, no sé si te das cuenta.

—Pero estás conmigo, tonto.

Volvió a cerrar la mano en torno a su pene, que aún se mantenía semierecto, y empezó a moverla arriba y abajo, con la presión justa. Cuando él iba a repetirle que necesitaría más tiempo... su rebelde apéndice decidió que no hacía falta.

Se quedó anonadado.

—Suéltame.

—¿En serio?

—Suéltame, todavía llevas puesto el tanga.

—¿Y no vas a indultarlo? —le hizo un mohín.



Él sonrió con picardía mientras ella continuaba acariciándolo y se ponía más duro cada vez.

—No. Además tengo otro regalo para ti

Ella se quedó quieta, sorprendida.

—Dámelo.

—Después, lo primero es lo primero. Suéltame.

Le soltó las esposas y a él le faltó tiempo para ponerla debajo y arrancarle el tanga de un tirón.

—¡Eres un bruto! —se rio ella.

Pero se derritió bajo sus besos y enredó las piernas en sus caderas cuando sacó un preservativo, se lo puso rápidamente y se enterró tan profundamente en su cuerpo como lo había estado un rato antes en su boca.

Carlota se estiró como un gato mientras John se deshacía del preservativo y volvía con ella a la cama. Se arrodilló entre sus piernas y ella gimió.

—No, por favor... Dame una tregua...

—No necesitas tiempo, necesitas atención —le dijo él con malicia.

—Estoy más que satisfecha, no necesito nada. Bueno, sí, mi regalo.

Él dudó si merecía la pena insistir, pero Carlota ya se estaba sentando sobre la cama y le tendía la mano con gesto impaciente.

Se levantó con desgana y abrió el armario.

—En realidad es tu regalo de Navidad.

—¿Y no vas a esperar a que lo abra delante de Emma, como siempre?

—Creo que este no debería verlo Emma. No te preocupes, tengo otro más... apto para todos los públicos para poner bajo el árbol de Navidad.

Fue suficiente para disparar su expectativa. Carlota casi le arrancó de las manos la bolsa de regalo roja y dorada, y rasgó la pegatina del cierre sin miramientos.

Metió la mano y sacó dos pequeñas piezas de lencería roja. Sonrió al deducir que él las había comprado para Nochevieja.

El sujetador era de tul rojo con lunares, con tirantes negros y un ribete blanco en el escote. Y el tanga a juego tenía la cinturilla en negro y un volante ribeteado en blanco igual que en el sujetador. Y llevaba incorporadas tiras negras de ligero.

—Rojo, negro y blanco... Voy a parecer la ayudante de Santa Claus.

—¿No te gusta? —le preguntó él con un atisbo de decepción.

—¡Pues claro que me gusta! Es para Nochevieja, ¿no?

—Sí.

—Es perfecto. Gracias. —Su amplia sonrisa le aclaró que realmente le gustaba.

—De nada. Será un placer vértelo puesto.

A la mañana siguiente el despertador sonó mucho más temprano de lo que Carlota hubiera querido.

—¿Qué hora es?

—Son las diez —le respondió John girándose hacia ella.

—¿A qué hora llega tu madre?

—A eso de las doce, pero tengo que pasar a recoger a Emma. Siempre insiste en ir a esperarla al aeropuerto, le encanta.

—¿Me invitas a un té?

—Pues claro, vamos.

Desayunaron relajados, mientras ella le contaba con todo detalle todos los regalos que llevaba para sus hermanos y sobrinos. Se notaba que los quería muchísimo y los echaba de menos, por muy independiente que fuera.

—Dale recuerdos a tu hermano Hugo de mi parte.

—Lo haré.

—¿Cuándo vuelves?

—El martes por la tarde. ¿Quieres que venga a traerle su regalo a Emma?

En casa de John los regalos se entregaban en Navidad. Era americano y del tema se encargaba Santa Claus. En casa de Su, se encargaban los Reyes Magos. A ella siempre le había gustado más ese día, y aunque su marido, Michael, también era americano como John, había llegado el último a aquella casa y la costumbre ya estaba establecida, así que se repartían la emoción de Emma igual que compartían su tiempo y su crianza, civilizadamente.

—Si quieres venir, me parece perfecto. A ella le encantará.

Carlota lo miró con una pregunta en sus ojos. No dijo nada, pero John lo entendió.

—Sí, pienso decírselo. Si ya lo sabe Bárbara, y Jorge, y no sé cuántos más de mi empresa, y tus amigos, y cualquiera que nos haya visto por la calle, no tiene sentido ocultárselo a ella por más tiempo.

—Si se lo toma mal, avísame.

Él sonrió y la abrazó.

—No seas tonta, cariño... ¿Cómo se lo va a tomar mal? ella te adora.

—Vale, pero tú avísame.

La acercó a su casa antes de irse a buscar a Emma, y se despidieron en el coche con un beso tierno.

—Pásatelo bien. El martes nos vemos.

—Tú también. Saluda a tu madre de mi parte y díles a Emma y a ella que el martes las veo.

Cuando iba a abrir la puerta del coche, él la detuvo y la atrajo hacia sí para besarla de nuevo, esta vez profunda y posesivamente.

—Te quiero.

—Y yo a ti. —Sonrió ampliamente—. Vete o llegarás tarde al aeropuerto.

Carlota subió a casa y se puso rápidamente a preparar sus cosas. Olga iba a trabajar durante todas las fiestas, y la miraba con melancolía sabiendo que iba a pasar la Nochebuena con su familia y en cambio ella la pasaría en el hotel, lejos de su casa.

—Pásatelo muy bien. ¿vale? Y saluda a todos de mi parte.

—Lo haré. Seguro que mi madre me mete *tuppers* como para que cenemos las tres el martes y aún sobre para el miércoles. Te traeré parte de la cena de Nochebuena, por lo menos.

—Contaba con ello, tu madre siempre cocina para un regimiento.

—Pues sí.

Miranda trabajaba el lunes por la mañana pero se iba a su casa después de comer, para cenar con los suyos. Las dos regresarían el día de Navidad en el mismo autobús.

—¿Qué tal acabó la noche? —preguntó su prima.

—Genial. Creo que las cosas funcionan entre nosotros, Olga, a pesar de lo reticente que era él al principio.

—¿Cuándo te has dado tú por vencida con un hombre? Miranda y yo sabíamos que solo era cuestión de tiempo.

—Es distinto, Olga. Me he encaprichado muchas veces, pero con John... no es lo mismo.

—No, ya lo sé. Tú le quieres.

—Tanto que me asusta.  
Olga se acercó y la abrazó.  
—¿Por qué, tonta? ¿Él no te ha hablado aún de sentimientos?  
—Sí, le dije que le quiero, y él también me quiere.  
—¿«Le dijiste»?  
—Sí, ya sé que soy una bocazas, pero se lo dije yo primero. Da igual, él también me quiere.  
—¿Entonces de qué tienes miedo?  
—De no estar a la altura.  
—Carlota, como vuelvas a decir eso te doy dos tortas. Tú eres mejor de lo que John Connor podría haber soñado en su vida.

## CAPÍTULO 25

A primera hora de la tarde, montó en el autobús que la llevaría a su Cuenca natal, con su familia. La fueron a esperar su padre y su hermano Hugo. Los vio nada más bajar del autobús.

—¡Papá! ¡Hugo!

—¡Mi niña! ¡Pero qué guapa estás! Ven, dame un abrazo.

Su padre la estrechó con fuerza. Era un hombre alto y corpulento, con un bonito pelo ondulado que aún tenía algo de castaño, aunque cada vez lucía más plateado, y los ojos chocolate iguales que los de su hija. Carlota le sonrió, feliz de estar entre los suyos.

—Papá, has engordado, le voy a decir a mamá que te controle más.

—Nena, no fastidies, que es Navidad...

—Por lo menos sigues tan guapo como siempre. Ya le gustaría al tío Manuel conservar el pelo como tú...

Su padre se rio con ganas. El padre de Olga, su hermano mayor, hacía años que se había rapado la cabeza y se la cubría con una gorra, porque estaba casi completamente calvo.

—Venga, vamos a casa, tu madre está loca por verte.

Los padres de Carlota vivían en un piso relativamente grande, encima del taller mecánico que regentaba su padre y en el que también trabajaba su hermano mayor, Paco. Se habían pasado la vida trabajando, pero el esfuerzo había dado sus frutos y cuando los niños eran aún pequeños, se habían mudado del pisito en el que habían vivido de recién casados a aquel otro bastante más grande, en el que al menos había tres habitaciones amplias. Carlota había compartido habitación con su hermana Marisa, y Hugo la había compartido con Paco. Ahora solo Hugo seguía viviendo allí.

Cuando entraron en casa, su madre estaba atareada preparando caldo para la cena de Nochebuena. Carlota entró hasta la cocina como una exhalación.

—¡Mamá!

—¡Ay, mi niña, pero qué guapa estás! —La miró con orgullo, y Carlota

se alegró de haberse arreglado especialmente para causarle un buen efecto. Se había puesto vaqueros, con sus botines y el jersey azul de cuello vuelto amplio que tanto le gustaba. Se había recogido el pelo en una coleta, y se había maquillado un poco. A su madre no le gustaba verla con los pelos en la cara, como decía ella.

Su padre y su hermano le llevaron a su habitación la maleta y la enorme bolsa de deporte donde llevaba todos los regalos, y Hugo se despidió porque había quedado. Carlota se quedó charlando con sus padres, poniéndose al día de las últimas noticias de amigos, vecinos y conocidos y contándoles cosas de su día a día en Madrid. No se atrevió a hablarles aún de su relación con John. La habían oído hablar de él, pero como «el padre de la niña que cuidaba por las tardes», no como su novio, su pareja, o el tío que se estaba tirando, lo que quiera que fuese.

A la hora de la cena regresó Hugo, y entonces a Carlota no le quedó más remedio que ponerles al día también de esa parte de su vida. Su hermano le sonrió con picardía y le preguntó sin rodeos:

—Por cierto, Carlota, ¿qué tal «el americano»?

—¿Americano? —Su madre no pudo contener su asombro.

—¿Tienes un novio americano? —preguntó su padre frunciendo el ceño.

Carlota suspiró y miró a su hermano con cara de «cuánto más guapo estás calladito, Hugo».

—Bien, te manda recuerdos, bocazas.

—Oh, vale, qué detalle. Salúdalo también de mi parte —se rio su hermano.

—¿Quién es ese americano? —insistió su padre.

—Es John, el padre de Emma.

—Tu jefe, ¿no?

—Bueno, en cierto modo, pero... hemos empezado a salir juntos hace poco.

Fue la forma más suave que se le ocurrió de explicarlo.

—¿No es muy mayor? —preguntó su madre con reservas.

—Tiene treinta y cinco años.

La miraron con cara de reproche.

—¿Y qué pasa, que no los había de tu edad? —le dijo su padre con sorna. No era la primera vez que salía con alguien mayor que ella, que ellos

supieran, pero... diez años era mucho.

—La edad es solo un número, papá, no tiene tanta importancia.

—Pero tiene una hija —le dijo su madre seria.

—¿Y acaso eso es un problema? Emma es un encanto.

Después del lío en el que la había metido, Hugo decidió echarle una mano.

—Yo lo conocí cuando estuve en el puente. Parece un buen tipo y, además, seguro que a Carlota le viene mejor que cualquier niño al que pueda manejar a su antojo.

Carlota sonrió. No estaba muy segura de que no pudiera manejar a John de la misma manera en que podría hacerlo con cualquier otro más joven. La diferencia no estaba en la edad, la diferencia estaba en que ella no jugaría con él simplemente porque él le importaba, mucho más de lo que nunca le había importado ningún otro.

Por suerte, Hugo desvió la conversación hacia temas menos comprometedores y Carlota se libró de momento de más interrogatorios. Después de cenar se sentó un rato junto a sus padres en el salón a ver la televisión.

Le sonó un mensaje al cabo de un rato. Su madre la miró levantando una ceja. Ella miró el móvil y sonrió. Era John.

«¿Has llegado bien? Mi madre te manda recuerdos. Y yo ya te echo de menos.»

—¿A que adivino quién es? —se burló Hugo.

—Anda guapo, déjame en paz un ratito.

«He llegado bien, perdona que no te haya avisado, con la emoción de estar en casa se me olvidó. Dile a tu madre que el martes la veo. Besos a Emma.»

El móvil sonó otra vez.

«¿Y para mí no hay beso?»

Sonrió ampliamente. Nunca se habría imaginado a John escribiendo algo así.

«El tuyo te lo doy cuando te vea. Hugo te manda recuerdos. Y entre los dos me estáis obligando a darles a mis padres más explicaciones de las que me gustaría»

No recibió ningún mensaje más. Y se quedó con la duda de si él se había molestado porque aquello había sonado a reproche o porque le había dado a

entender que les había hablado a sus padres de él.

El día de Nochebuena Carlota se levantó relajada y de buen humor. Desayunó con su padre y su hermano, ya que su madre se había ido a hacer algunas compras de última hora, y después decidió acercarse a la cafetería de su hermana Marisa y su cuñado Juan. Apenas entró por la puerta, su hermana le sonrió desde detrás de la barra.

—¡Pero bueno! Juan, mira quién ha venido.

Su cuñado se giró y le sonrió también con cariño. Su hermana ya salía para abrazarla. Carlota se desabrochó el anorak, agradecida por el agradable calorcito que se disfrutaba en el interior. En la calle el frío era tan intenso que ni con los guantes había podido evitar que sus manos se congelaran.

—¿Y las niñas? —preguntó Carlota mirando alrededor.

—Están en casa de una amiguita de Nuria. Su hermana pequeña es casi de la misma edad que Lucía y su madre se ha ofrecido a quedarse con ellas esta mañana para que no tengan que estar aquí sentadas hasta la hora de comer.

—Vaya, me apetecía mucho verlas.

—A la noche las verás, no te preocupes.

Se sentó en la barra y pasó un rato agradable charlando con su hermana frente a un té calentito. Después se despidió para volver a casa por si su madre necesitaba ayuda con la comida.

Madre e hija hicieron juntas la comida y parte de los platos de la cena, mientras Carlota preguntaba por sus sobrinos y su madre le contaba docenas de anécdotas y trastadas de los cuatro. Cuando llegaron su padre y Hugo, comieron los cuatro juntos, y después Carlota quedó para tomar un café con algunas de sus antiguas amigas, con las que mantenía contacto solo esporádicamente y a las que veía un par de veces al año, en Navidad, en verano, y poco más. Pero aun así, le gustaba tomarse un café, o un té con ellas y charlar un rato. Lidia se había casado el año anterior y estaba embarazada; Loreto y su novio, Jesús, se habían enfadado y estaban echándose un pulso a ver quién de los dos cedía antes; y Gemma había conocido a un chico por internet y estaba emocionadísima con él. Ella les habló un poco de John y se dio cuenta de que se le ponía en la cara una sonrisa tonta cuando hablaba de él. Se estaba enamorando. Hasta las trancas.

Eran casi las siete cuando se despidió de sus amigas para volver a casa y ayudar con la cena. Probablemente su madre ya estaría metida en faena y su



hermana y su cuñada quizás estarían allí. Vio a su hermano Hugo de camino a casa, y lo llamó.

—¡Hugo, espera!

—¿Vas ya para casa?

—Sí, mamá necesitará ayuda.

—¿Has quedado con Loreto, Gemma y Lidia?

—Sí, nos hemos puesto al día. Y tú... ¿de dónde vienes?

—He quedado con Maca. Se iba ahora a cenar a casa de sus padres.

Carlota se quedó atónita. Levantó una ceja y preguntó.

—¿Maca? ¿La misma Maca de la discoteca de Mauro?

—La morena de gafas. La misma.

—Pero ¿no vive en Madrid?

—No, nena, no. Es de Tarancón, pero vive aquí mismo, en Cuenca. Es profesora y da clases en el colegio de los críos. Este es el primer año que está aquí, pero... fíjate qué pequeño es el mundo.

—Pero... ¿tú sabías que vivía aquí cuando estuviste con ella?

Hugo asintió sonriendo.

—Me lo dijo la primera noche.

—¿Y no saliste corriendo? Mira que te tiene localizado...

—Nena, como si me pone un chip. No pienso dejarla escapar.

Carlota miró a su hermano asombrada por esa revelación. A juzgar por sus palabras y el brillo de sus ojos, Hugo estaba enamorado, posiblemente por primera vez en su vida. Sintió una mezcla de pena y admiración por aquella chica morena de aspecto inteligente. No sabía dónde se estaba metiendo si se embarcaba en una relación con Hugo. Siempre había sido un rompecorazones.

Subieron hasta el piso y en cuanto su hermano metió la llave en la cerradura les llegó el alboroto de los niños discutiendo, aparentemente en la habitación de Hugo. Este se adelantó y se asomó, para reprender a sus sobrinos mayores.

—¿A qué viene tanto escándalo? ¿Christian?

El hijo mayor de Paco era un adolescente de catorce años, moreno y de ojos oscuros. Tenía en la mano el mando de la PlayStation de su tío.

—Me toca a mí. Nuria ha perdido y no me quería dejar el mando.

Nuria, la hija mayor de Marisa, tenía doce años. Era una niña alta y desgarbada, con el pelo rubio ondulado que le llegaba a los hombros sujeto con una diadema. Miraba a su primo con unos ojos color miel que echaban

chispas.

—Me has distraído, tramposo.

—Haber estado atenta.

Hugo le puso la mano en el hombro a Christian y le dijo muy serio:

—Como me vuelva a enterar de que le haces trampas a una chica, te quedas sin consola.

El chaval ni lo miró, pero asintió con seriedad. Su tío no se andaba con chiquitas. Entonces Carlota, que los observaba desde la puerta, carraspeó.

—¿Qué pasa, que nadie me va a dar un beso?

Sus dos sobrinos pequeños, que hasta entonces no habían perdido detalle de la partida del mayor, se levantaron de un salto y se echaron encima de ella, felices.

—¡Carlota, qué guapa estás!

Lucía, la pequeña de su hermana Marisa, la miraba con admiración. Acababa de cumplir nueve años, y era una versión más pequeña y mucho más femenina de su hermana Nuria. Llevaba el pelo rubio ondulado recogido con dos pasadores rojos en forma de lacitos y, al contrario que su hermana, que casi siempre llevaba pantalones y zapatillas deportivas, era una incondicional de faldas, vestidos y zapatitos. Le dio un par de besos y un abrazo fuerte y cariñoso.

—Y tú estás enorme, cariño.

Nada más verla, pensó en Emma. Eran de la misma edad. Además Emma también era bastante coqueta, para desesperación de su padre que, tal y como él mismo aventuraba, pronto tendría que lidiar con esmaltes de uñas y demás. Seguro que si alguna vez se conocían, se harían amigas inmediatamente.

Dani, el hermano pequeño de Christian, también se había levantado de un salto, pero la miraba con su habitual timidez.

—¿No me das un beso, Dani?

—Claro que sí.

Lo abrazó y lo besó también. Dani era solo un año menor que Nuria, pero por su carácter tranquilo y tímido congeniaba mejor con Lucía, la pequeña. Carlota pensaba que los chicos por lo general solían ser más retraídos que las chicas, pero Dani lo era especialmente, desde pequeño. Además su hermano Christian era muy mandón y él evitaba los conflictos, así que se mantenía en un segundo plano. Ella le revolvió el pelo moreno y se acercó a Nuria que se había acercado también a saludarla.

—¡Menudo estirón que has dado, Nuria! ¿Has pillado a Christian?

—Ya, en sus sueños... —respondió su primo sin dejar de mirar a la consola.

—Me falta poco —sonrió ella con malicia.

Por fin, dio un par de pasos hasta donde estaba su sobrino mayor jugando aún con la consola.

—¿Y tú no vas a saludarme, petardo? Con la de mocos que te he quitado y me dejas de lado por una partida de PlayStation...

Christian la miró un poco avergonzado y paró la partida para levantarse y abrazarla tímidamente. Carlota sonrió.

—Me da igual lo grande que te hagas, nunca te perdonaré un abrazo y un par de besos cada vez que me veas. Al menos hasta que tengas una novia celosa que te dé problemas si besas a tu vieja tía.

Era su primer sobrino y sentía por él verdadera adoración. Él puso los ojos en blanco.

—Tía, no digas chorradas. Yo no tengo novia... y tú no eres vieja.

—Más te vale que pienses así —se rio Carlota—. Voy a la cocina a ver si me necesitan. Luego os veo, chicos.

En la cocina ya la estaban esperando su madre, su hermana Marisa y su cuñada, Lourdes. Su madre vigilaba el horno mientras su hermana y su cuñada se afanaban en preparar los entrantes. Se acercó a su cuñada y la saludó con un abrazo y un par de besos.

—¿Y Paco?

—Ha dicho que venía en un rato. Ya sabes que los preparativos de la cena no le entusiasman especialmente.

—Sí, es verdad. ¿Y Juan? —preguntó Carlota dirigiéndose a su hermana esta vez.

—Estará a punto de cerrar la cafetería —respondió su hermana—. Llegará en un rato. Bueno, dejo el bolso y os ayudo, enseguida vuelvo.

Carlota se quitó el anorak y el bolso y los dejó en la que había sido su habitación, que ya nadie ocupaba desde que ella se fue a estudiar a Madrid.

—¿En qué puedo ayudar?— preguntó remangándose el jersey cuando regresó a la cocina.

—Prepara la bandeja de los dulces —le respondió su madre—. Tienes

todo ahí encima.

Carlota cogió de la encimera las tabletas de turrón, los polvorones, los mantecados, los bombones y todas las típicas golosinas navideñas que tanto gustaban a su familia. Empezó a disponerlas en dos bandejas grandes mientras se enteraba de los últimos cotilleos sobre los amigos y vecinos que hacía tanto tiempo que no veía. Al cabo de un rato, sin que hubieran oído la puerta por el alboroto que reinaba en la casa, aparecieron en la puerta su hermano Paco y su cuñado Juan. La primera que los vio fue su madre.

—¡Ya estamos todos! Venga, empezad a lavaros las manos y al comedor. Su hermano se le acercó sonriéndole.

—Espera que salude a la niña, mamá. ¿Cómo estás, nena?

—Bien, Paco, gracias. Tú estás estupendo, no hace falta ni que te pregunte.

Su hermano mayor era todo un personaje. Tenía treinta y siete años, un par más que John, y Carlota y él, pese a la diferencia de edad, se querían muchísimo y se entendían de maravilla. Paco trabajaba en el taller de su padre desde jovencito, ya que no le gustaba estudiar, y a duras penas consiguieron que hiciera formación profesional como mecánico para que tuviera un título, a pesar de tener el trabajo asegurado en el taller familiar. Sus padres siempre habían intentado que sus hijos estudiaran y se labraran un futuro tan bueno como fuera posible. Carlota lo miró con cariño. Llevaba unos vaqueros negros y una camisa también negra, con un pin de Guns' n Roses en la solapa del bolsillo. El espíritu heavy no abandonaría nunca a Paco, aunque hiciera años que se cortó la melena, cuando se convirtió en un responsable padre de familia.

Lourdes espoleó a su marido para que se moviera y fue a llamar a los niños y a Hugo, que seguían con la consola. Le costó un poco movilizarlos a todos, pero en diez minutos estaban sentados a la mesa para empezar a cenar.

Miguel, el padre de Carlota, bendijo la mesa como tenía por costumbre siempre en días como aquel. Dio gracias por poder reunir a su familia y por ver a sus hijos felices y a sus nietos creciendo. Carlota sintió una lagrimita brillar entre sus pestañas que consiguió contener con dificultad. Su padre siempre la hacía emocionarse.

Con el primer brindis recordó unos ojos azules que la atravesaban cuando la miraban, y una boca más dulce que cualquier otro manjar. Y lo echó terriblemente de menos. No podía esperar a regresar a Madrid para verlo,

para besarlo.

Y para saber qué pensaba su madre de que ella estuviera ahora en su vida como algo bastante más íntimo que la canguro de Emma.

## CAPÍTULO 26

La cena de Nochebuena se alargó como siempre hasta la madrugada. Cantaron villancicos, jugaron al bingo y Hugo se encargó de escaquearse del comedor un rato para poner todos los regalos bajo el árbol de Navidad que ocupaba buena parte del recibidor y que habían dejado iluminado con sus guirnaldas de luces. Poco después de la «operación Santa Claus» regresó a la mesa y fingió aguzar el oído mandando callar a todo el mundo, como hacía todos los años.

—¡Silencio! Creo que ha venido Papá Noel...

Los niños fueron los primeros en salir corriendo, incluso Christian, que ya no era tan niño, pero se divertía igual. Empezaron a repartir los paquetes, convenientemente etiquetados con pegatinas brillantes en las que figuraba el nombre del destinatario. Y pasaron un rato divertido rompiendo envoltorios, arrancando lazos y sorprendiéndose con pequeños detalles llenos de cariño.

Carlota recibió un bolso, un pañuelo, un cinturón, un neceser de maquillaje, una bufanda gruesa y suave con rayas de colores, y algo de ropa. Se divirtió y se rio hasta que le dolía la mandíbula, y se acostó casi a las cuatro de la madrugada, cuando ya se habían ido sus hermanos mayores con todos los niños, y solo quedaban sus padres, Hugo y ella.

La mañana de Navidad estaba agotada y muerta de sueño, pero su madre preparó para desayunar chocolate con churros. Aquello podía levantar a un muerto. Hugo y ella comieron hasta hartarse y después, como de costumbre, fueron todos juntos a la misa de Navidad. Carlota hacía mucho tiempo que había perdido la costumbre de ir a la iglesia, pero en fechas como aquella, rodeada de su familia, simplemente lo necesitaba. Era parte de la magia navideña.

Al salir de la iglesia, se encontraron con los padres de Olga. Carlota saludó con cariño a sus tíos, y después acompañó a su madre a casa para ayudarla con la comida de Navidad. Entre lo que había sobrado de la noche anterior y lo que estaba preparando para la comida, en la que se reunían todos de nuevo, Carlota intuía que se iba a llevar a Madrid comida para varios días.

No se equivocaba. Apenas terminaron de comer, empezó a sacar *tuppers* y le preparó una buena provisión de delicias para los siguientes días.

No pudo compartir con los suyos todo el rato de sobremesa que hubiera querido, pero se despidió contenta por los buenos momentos compartidos, besó y abrazó a todos y cada uno de ellos, y su hermano Hugo la acercó a la estación de autobuses a la hora prevista para regresar a Madrid. Vieron a Miranda que ya estaba junto al autobús acompañada por su padre, y Hugo abrazó por última vez a su hermana.

—Cuídate, nena. Y dile al americano que como se porte mal contigo me voy a Madrid y le pongo las pilas.

—Se lo diré, descuida —respondió ella sonriendo.

—Y, Carlota..., pórtate bien con él, que tampoco me fio mucho de ti.

—Di que sí, hermanito, confianza —se burló ella.

—Nos conocemos. Venga, sube, que Miranda te está esperando.

Carlota metió su maleta en el autobús y subió a sentarse con su amiga. El autobús arrancó y pasaron todo el trayecto de vuelta a casa contándose las novedades en sus respectivas familias. Miranda se quedó pasmada cuando supo que Hugo seguía viendo a Maca y que ella vivía casualmente en Cuenca. Las dos amigas estaban de acuerdo en una cosa: Hugo nunca había estado tan positivamente predispuesto a dejarse cazar por una chica.

Esperaban que fuera la definitiva.

Eran casi las ocho cuando Carlota salió de su casa para ir a casa de John. Le había mandado un mensaje al bajarse del autobús, para que supiera que ya estaba de vuelta, y él había contestado con un escueto:

«De acuerdo, aquí te esperamos»

Aún dudaba si estaba molesto con ella o no por hablarles a sus padres de él. ¿Y qué esperaba? ¿No había dicho que iba a hablar con Emma? ¿Lo habría hecho? ¿Acaso no podía decir ella que estaba saliendo con alguien? Si es que a aquello se le podía llamar salir... Habían salido un par de noches, pero por lo demás se habían pasado la mitad del tiempo que llevaban juntos en casa de él. En su cama, para ser exactos.

Llegó al portal y llamó, conteniendo a duras penas su nerviosismo. Enfrentarse a Emma la ponía nerviosa, quién lo iba a decir, y enfrentarse a Amanda la aterrorizaba. ¿Y si no le gustaba ella para su hijo? Era una mujer agradable y educada, pero John era su hijo. Su hijo adorado. Probablemente

no había en el mundo muchas mujeres que estuvieran a la altura de sus expectativas para él.

Subió en el ascensor repiqueteando con las uñas en la barra del espejo. Se miró una vez más. «Tranquila, Carlota, tranquila. Estás bien, eres la misma de siempre, no tiene por qué haber problemas».

Pero estaba muerta de miedo.

Cuando salió del ascensor, John la esperaba con la puerta entreabierta, y le sonrió con sinceridad al verla. La mitad de sus miedos se esfumaron con aquella sonrisa.

—Hola. Mi madre y Emma están en el salón. Pasa, por favor.

Carlota pasó junto a él, y lo miró a los ojos. Él dudó pero se inclinó sobre ella y le dio un beso rápido. Justo a tiempo, porque Emma llegó corriendo dos segundos después. Había oído saludar a su padre y no podía esperar más.

—¡Carlota! ¡Feliz Navidad!

—Feliz Navidad, cariño.

Se agachó para abrazar a la niña, que le echaba ya los brazos al cuello.

—¡Ven, hay regalos para ti!

Carlota fue tras ella al salón, y John las siguió. Amanda se levantó al verlas entrar.

—Carlota, cariño, ¿cómo estás? ¡Te veo de maravilla!

—Estoy bien, gracias Amanda. ¿Y tú? ¿Qué tal el viaje?

—Cansado, pero en fin. No me importa hacer el esfuerzo con el recibimiento que me tenía preparado Emma. Hasta me había guardado galletas de esas que hicisteis entre las dos.

—Abuela, ¿qué te creías? Habíamos hecho galletas para todos, ¡no me iba a comer las tuyas solo porque llegaras la última!

John intervino indicándole con un gesto que se sentara.

—¿Quieres algo, Carlota? ¿Un refresco? ¿Un té?

—No, gracias, es tarde, no quería entreteneros mucho, pero... Santa Claus también ha dejado regalos para vosotros en mi casa.

Emma sonrió, metió la mano bajo el enorme árbol de navidad y le alcanzó a Carlota una caja envuelta en papel naranja brillante, con un gran lazo blanco. Ella apostó a que era el regalo de Amanda.

—¿Puedo ver el mío? —preguntó la niña haciendo un mohín.

—Toma, paciente.



Le tendió un paquete envuelto en papel rosa, con un enorme lazo rojo, y Emma lo examinó disfrutando de la anticipación solo unos segundos, antes de rasgar el papel y ver lo que había dentro.

—¡Una mochila de pintar! ¡Es genial! Tengo un bolso pequeño de bandolera, pero quería algo más grande... ¿Me ayudarás a elegir los colores para pintarla?

—Pues claro, seguro que queda genial, ya verás.

—Abre el tuyo, vamos —la apremió la niña.

Carlota deshizo el lazo y abrió la caja, y se encontró unas zapatillas Converse de lentejuelas en color fucsia. Abrió la boca, extasiada, y miró a Amanda con los ojos como platos.

—¡Guaaaau! ¡Me encantan!

Emma apenas pudo contener un gritito de emoción. Carlota miró a John por el rabillo del ojo. Él tenía cara de resignación y miraba a su madre como diciendo «Pero mamá... ¿Cómo has podido?».

Sus ojos se encontraron con los de él, y se sintió un poco culpable, porque a ella le encantaban las zapatillas y para él... Bueno, seguro que eran demasiado llamativas. Pero a pesar de todo, él le sonrió, y no se sintió tan mal.

Puede que no le gustaran, pero sabía que a ella sí y no iba a estropearle el momento.

Le tendió una caja pequeña envuelta en papel de seda negro con un lazo azul noche. Carlota era una fan del arte de envolver regalos, y el paquete tenía que ir en consonancia con el estilo y el gusto del destinatario.

John la abrió con curiosidad, frunciendo el ceño de vez en cuando y mirándola intrigado. Carlota no podía disimular su ansiedad. Tenía que gustarle o ella se llevaría un disgusto terrible. Había elegido aquel regalo con especial cuidado y además le había costado un ojo de la cara.

Cuando John lo tuvo en la mano, la miró incrédulo. Carlota dudó al ver su cara.

—¿No te gustan?

Eran unas gafas de sol de estilo aviador de Dolce and Gabbana. Ella hacía tiempo que sabía que era una de sus marcas favoritas.

Él la miró, más serio de lo que ella hubiera querido. Desvió la mirada hacia Emma, que lo miraba extrañada, y volvió a mirarla.

—Claro que me gustan, pero son muy caras.

Carlota se sintió como si le hubiera dado un bofetón. «Son muy caras para ti» quería decir, porque a saber lo que costaban los bóxers que usaba, y seguro que no le parecían caros. Porque los había pagado él, y él tenía dinero. Ésa era la diferencia.

Se sintió insultada. Tragó con dificultad y se esforzó en mantener el tipo. Le tendió su último regalo a Amanda apartando los ojos de él. Le dolía mirarlo.

—Este es para ti, Amanda.

La madre de John cogió el paquete, no sin antes mirar de reojo a su hijo. Había captado el malestar de Carlota y lo entendía. John seguramente no lo había hecho con mala intención. De hecho era probable que ni se diera cuenta de que la había herido, pero ella tenía todo el derecho a estar enfadada.

Rasgó el papel y se encontró un chal de lana suave y fino en color gris plata. Era precioso, absolutamente de su estilo. Carlota tenía buen gusto para los regalos, porque los compraba esforzándose por acertar, y no pensando solo en lo que a ella le gustaba.

—¡Qué preciosidad! Mira Emma, ¿no es una maravilla?

—Sí, abuela, ¡qué bonito! Te va a quedar genial.

—Te falta uno —le dijo John con voz suave. Se había dado cuenta de que la actitud de ella había cambiado, no era tan tonto.

Carlota miró bajo árbol, había una caja grande de color blanco, con un lazo granate. Tenía que ser el regalo de John.

Emma se lo alcanzó y ella lo abrió sin inmutarse. Al menos mientras pudo. Era un vestido. Un vestido de fiesta. Se lo había comprado para Nochevieja, sin duda. Era de un color rojo oscuro, tirando a granate. El cuerpo de lentejuelas, con un amplio escote en pico, tirantes anchos y una pieza a modo de cinturón que se ajustaría a su figura a la perfección. La falda en un tejido más liviano, corta, a la altura del muslo, con vuelo y una capa de gasa por encima que le daba movimiento y sensualidad. Era elegante, a la vez que fresco y alegre, como ella. Le encantaba que lo hubiera comprado para ella y que hubiera sabido compaginar también su gusto con el de él, pero... traía también zapatos y un pequeño bolso de fiesta en color negro. El paquete completo. Probablemente se habría gastado más dinero solo en los zapatos que ella en las gafas de sol y, sin embargo, le había faltado tiempo para decirle que eran muy caras.

—Es precioso, me vendrá muy bien si salgo en Nochevieja.

—¿Si sales? —Él levantó una ceja y la miró sorprendido—. Creía que ibas a venir conmigo a la discoteca de Mauro.

A Emma se le iluminaron los ojitos al escuchar a su padre, y Carlota recordó que él pretendía hacer pública su... relación o lo que fuera que tenían.

—Carlota, me parece genial que salgas con papá de vez en cuando. Seguro que cuando os conozcáis mejor... Bueno, seguro que os gustáis.

Soltó una risita coqueta, y su abuela la reprendió con la mirada por meterse donde no debía. Carlota se sonrojó. Aquel idiota, porque se acababa de comportar como un idiota clasista, le gustaba mucho, aunque a veces pudiera ser realmente irritante.

—Bueno, supongo que sí. Ahora estoy cansada, creo que será mejor que me vaya.

Amanda miró a su hijo. Él entendió que algo no iba bien.

—Espera, te acompaño.

—Venga Emma, vamos a preparar la cena tú y yo —intervino Amanda. Se levantó y se despidió de Carlota con un abrazo sincero.

—¿Te apetece quedar un rato con Emma y conmigo mañana por la tarde, Carlota?

—Claro, Amanda. Te llamo cuando salga de trabajar.

—Perfecto. Que descanses, cariño.

—Hasta mañana, Carlota —se despidió también Emma.

Besó a la niña y salió, con sus regalos metidos en una bolsa enorme que John tenía ya preparada. Él cogió su cazadora y se dispuso a salir con ella.

—No hace falta que te molestes.

—No es molestia. Además, te pasa algo y no sé qué es.

Cerró la puerta tras él y Carlota evitó mirarlo mientras esperaban el ascensor. Entró tras ella, que seguía sin mirarlo a la cara.

—¿Que ha pasado? ¿Por qué estás así?

—¿Quieres que devuelva las gafas? Si no las quieres no hay problema.

—¿Qué? —Él parecía realmente sorprendido—. No, me encantan. ¿Por qué dices eso?

—Es evidente que piensas que no puedo permitírmelas, mientras que tú sí puedes comprarme ropa interior, un vestido, zapatos e incluso el bolso. Mira, a lo mejor tampoco los necesito, realmente. Lo creas o no, puedo comprarme mi propia ropa.

Le tendió la bolsa y él se tensó inmediatamente. No había sido

consciente de que sus palabras podían herirla.

—No, por favor, quédatelos. Me encanta tu regalo.

—En serio, no lo necesito. Y seguro que tú puedes comprarte otras gafas todavía más pijas...

—Carlota, basta.

Ella empezaba a luchar con las lágrimas que pugnaban por salir. El ascensor se abrió y salió hacia la calle con él siguiéndola a unos pasos, casi tan furioso como arrepentido de haberla herido sin darse cuenta.

—Supongo que te preocupa que lo que yo me compre no esté a la altura para salir por ahí contigo...

—Carlota, en serio, ya basta.

—No sé quién te crees que eres, pero tú no eres nadie para mandarme callar a mí —se encaró con él. Sus ojos de chocolate estaban rojos y brillantes, y echaban chispas. Le dolió en el alma haberla lastimado. Suavizó el tono, tratando de amansarla.

—No pretendo hacerte callar, solo te pido que me escuches.

—No me interesa lo que tengas que decir. Lo he entendido perfectamente.

Salió hacia el parque a grandes zancadas. Él la siguió, exasperado.

—No has entendido nada, cabezota, déjame hablar.

La agarró del brazo y ella se soltó de un tirón. John apretó los dientes y la alcanzó de nuevo, agarrándola con más firmeza para girarla entre sus brazos y mirarla a los ojos, a diez centímetros escasos de su cara.

—¡Suéltame, me haces daño!

—Me vas a escuchar lo quieras o no.

Ella abrió la boca para responder y él le metió la lengua hasta la tráquea, devorándola con un beso furioso. Carlota se rebeló y trató de zafarse, pero él la tenía bien sujeta. Le había puesto los brazos a la espalda sujetándole las dos muñecas con una sola mano mientras con la otra la agarraba por la nuca y la mantenía pegada a él. Cuando su boca se calentó irremediablemente bajo el ataque de la de John, las fuerzas le empezaron a fallar y sintió que se rendía. Sus músculos se aflojaron y entonces él se apartó de sus labios, besándolos con reverencia una vez más. No le soltó las manos, pero le acarició con la mano libre la mejilla y la miró a los ojos. Ella parecía aturdida y herida. Se maldijo a sí mismo por haber tenido tan poco tacto.

—Lo siento, no pretendía ofenderte. Me he comportado como un

gilipollas. Por favor, acepta los regalos. Yo no quiero devolverte las gafas, me encantan.

—No soy una muerta de hambre. —Todavía recordaba las palabras de Bárbara, y dolían.

—Por supuesto que no lo eres, perdóname.

—No vuelvas a hacerme algo así. Duele, ¿sabes?

Él finalmente le soltó las manos y la abrazó contra su pecho, acariciándole el pelo.

—Lo siento, de veras que lo siento...

—Tenía otro regalo para ti.

—¿Tenías?

—Tengo.

—¿Puedo verlo?

—No sé si te lo mereces.

Él levantó una ceja al ver que ella empezaba a sonreír. Después de todo, parecía que lo había perdonado.

—Me ataste a la cama, creo que me lo merezco.

Ella dudó una vez más, pero sacó un pequeño paquete de su bolso.

—No te va a gustar.

—Vamos a verlo.

Lo abrió y se encontró un bóxer rojo. Ropa interior roja para nochevieja.

—Yo no me pongo estas cosas, Carlota.

—¿Porque es de Zara y no de Dolce & Gabbana?

—No, porque... yo no me pongo estas cosas.

—Fantástica razón. Mañana te devuelvo tu conjunto de liguero.

John suspiró y la miró con la rendición escrita en la cara.

—De acuerdo, me lo pondré.

## CAPÍTULO 27

—¿Te das cuenta de que siempre acabo cediendo contigo? —preguntó John mientras rozaba la nariz en la curva del cuello de Carlota.

—Si yo no cuestiono tus regalos y no tienes que rogar para que me los ponga, no veo por qué tengo que hacerlo yo. Es lo justo.

Él tuvo que reconocer que en eso tenía razón.

—¿Me has echado de menos?

Lo miró a los ojos y lo poco que quedaba de su enfado se diluyó como la bruma bajo el sol.

—Mucho. Hugo te manda recuerdos.

—¿Qué dijeron tus padres?

—¿De qué?

—Dijiste que tu hermano y yo te estábamos obligando a dar explicaciones. ¿Les hablaste de mí?

—Sí.

—¿Y?

—De entrada no les hizo mucha gracia la diferencia de edad pero, según Hugo, me puede venir bien.

—¿Por qué? —preguntó él sonriendo. No conocía mucho al hermano de Carlota, pero tenía pinta de ser todo un personaje.

—Porque cree que serás capaz de meterme en cintura.

John soltó una carcajada sonora y sincera.

—Hasta el momento no creo que haya tenido mucho éxito con eso. Eres una descarada y una consentida. Y yo te sigo consintiendo y dudo que eso vaya a cambiar.

—Haces que suene como si fuera una pequeña bruja.

—Y lo eres. Me tienes embrujado.

La besó de nuevo, con suavidad, con dulzura y con reverencia. Tanteó su boca, la provocó y la exploró sin prisa, con deleite. Ella correspondió a su beso sin dudas y sin reservas, dándoselo todo. Necesitaba sentirlo suyo y saber que todo estaba bien entre ellos.

—Mañana trabajas.

No fue una pregunta, fue una afirmación llena de temores. Bárbara trabajaba con él y seguiría buscando la mejor manera de enfrentarlos y separarlos, si podía.

Él entendió sin necesidad de más explicaciones.

—Hablaré con Bárbara. No permitiré que vuelva a insultarte ni a cuestionar con quién quiero estar. Lo del bebé no le da derecho a manejar mi vida.

—Eso si realmente hay un bebé.

—Carlota...

—Si lo hay te apoyaré en lo que necesites, pero no me lo creo y no me vas a convencer de lo contrario.

—Le pediré una ecografía o una analítica. Y si es cierto, también una prueba de paternidad. Me odiará por ello y las cosas van a ser muy complicadas después si ella dice la verdad, pero... no puedo estar seguro, tienes razón.

—Te quiero, ¿lo sabes?

—Sí, pero me encanta oírtelo decir.

La besó una vez más y caminaron en silencio por el parque y hasta el otro lado de la carretera, hasta donde vivía Carlota. La dejó en el portal con un último beso y se despidió con un guiño.

—Mañana por la mañana no sé si podré tomarme un café contigo, pero quizás busque un hueco más tarde. ¿A qué hora sales?

—A las dos.

Dudó un momento.

—No sé, veré si puedo. Si no, te veo por la tarde.

—Vale —sonrió ella, esforzándose por parecer tranquila.

—Te quiero. Descansa.

—Y tú también.

Carlota subió a casa nerviosa pero esperanzada. Confiaba en que él supiera manejar a la bruja de la Barbie.

A la mañana siguiente esperó que él consiguiera pasar a tomar un café a pesar de todo, pero no pasó. El que sí pasó fue Jorge. Entró en la cafetería buscándola con la mirada, le sonrió ampliamente y se sentó en uno de los taburetes de la esquina de la barra, como siempre.

—Hola, Carlota, ¿Me pones un cortado, por favor?

—Sí, claro, Jorge. ¿Qué tal la Nochebuena?

—Bien, sin más. ¿Y tú?

—Bien, con mi familia.

Le preparó el café y se lo llevó. Él la miró con una expresión de ligera vergüenza.

—Carlota, siento lo del otro día. Había bebido más de la cuenta, y... lo siento, de verdad.

—Ya está olvidado.

Ella estaba segura de que Jorge no era de los que andaban por ahí tocándoles el culo a las camareras, pero si le había molestado había sido sobre todo porque John estaba delante.

—John me dijo que vosotros... Bueno, que estáis juntos.

—Sí.

—Algo me imaginaba pero... si lo hubiera sabido jamás te habría puesto la mano encima.

—Ya —sonrió ella levantando una ceja—. Supongo que con él tienes aún menos posibilidades de conservar algún diente que conmigo.

Jorge sonrió un poco aliviado al ver que ella no le guardaba rencor.

—Sí, creo que el viernes tenía la suerte de mi lado. Yo en su lugar no sé si habría podido controlarme.

Entraron un par de señoras y Carlota las atendió mientras Jorge se tomaba su café. Le dejó el dinero justo sobre la barra y se despidió con un guiño.

Carlota se quedó con el estómago hecho un nudo de nervios sabiendo que John iba a hablar con Bárbara.

John dejó a Emma con su abuela y se fue a trabajar tratando de coger fuerzas para enfrentarse a la desagradable conversación que sin duda tendría con su exnovia. No alcanzaba a comprender cómo habían acabado tan mal. Se conocían hacía tiempo, desde que ella había entrado en el departamento de Marketing de la empresa, y aunque normalmente no trabajaban codo con codo, coincidían de vez en cuando, sobre todo cuando había que aprobar presupuestos publicitarios. Se entendían bastante bien, de modo que ella a menudo le pedía opinión sobre aspectos no financieros de su trabajo, y él opinaba sin problemas. Se habían hecho amigos, o eso creía. Después había ido notando que ella tenía interés en él, y por fin, la había invitado a salir y las



cosas habían ido surgiendo con bastante naturalidad. No podía decir que hubiera estado enamorado, pero le gustaba. Era bonita e inteligente, y aunque en la cama no era muy entusiasta, él lo había achacado a una educación de colegio religioso o a los convencionalismos sociales. Esperaba que con el tiempo y un poco más de confianza las cosas mejoraran, pero antes de ver si eso era posible había cometido el error (o el acierto, según se mirara) de presentarle a Emma, y entonces los acontecimientos se habían precipitado.

Comparada con Carlota, Bárbara era un día gris y triste. Y si algo tenía claro ahora era que no pensaba conformarse con menos que un sol radiante en su vida cada mañana. Por otra parte, Bárbara se había mostrado cruel y dañina con Carlota, en la cena de la empresa y el sábado por la noche, cuando se la habían encontrado frente al restaurante italiano. Había tratado de humillarla deliberadamente. Estaba herida y despechada, pero él no conocía esa faceta de ella... y no le gustaba.

Tenía que aclararle que no pensaba consentirle que tratara así a su pareja, le gustara o no. Porque Carlota era su pareja y lo iba a seguir siendo, tanto si Bárbara esperaba un hijo suyo como si no.

Entró en su despacho tratando de decidir cuál sería el mejor momento para enfrentarla, pero no tuvo que pensar mucho. Apenas diez minutos después, Silvia, su secretaria, le avisó de que Bárbara quería verlo.

—Hazla pasar, por favor.

Tomó aire y la esperó con toda la entereza que consiguió reunir.

Ella entró y lo miró con frialdad. Iba vestida con un traje de chaqueta entallado en color blanco y una blusa gris, con zapatos altos de tacón. La miró con atención buscando algún indicio de su supuesto estado, pero su cuerpo seguía siendo esbelto y firme, su vientre plano, y su pecho, de por sí generoso, no mostraba ningún cambio.

—Pasa, Bárbara. Siéntate, por favor. —Ella se sentó con exagerada dignidad, mirándolo como si sopesara por dónde podía hincarle las garras—. Tú dirás —añadió él con calma.

—Quiero que me des otra oportunidad.

John se quedó desconcertado.

—¿Otra oportunidad? Pero Bárbara, yo estoy con Carlota, ¿no lo entiendes?

—No puedes hablar en serio, no es más que una cría. Te la has tirado y

te has quitado el capricho, vale, ahora vamos a arreglar lo nuestro.

—No hay nada que arreglar, Bárbara. Estoy con ella y voy a seguir estando con ella.

—¿Y el bebé?

—No me puedo creer que tengamos que volver a tener esta conversación... —le dijo él exasperado, llevándose las manos a las sienes al tiempo que se apoyaba en la mesa—. Te lo dije el otro día: Yo no soy del tipo de hombre que te deja en la estacada y rehúye sus obligaciones, pero de ahí a que pretendas obligarme a estar contigo cuando estoy enamorado de otra...

Bárbara se quedó blanca. No se esperaba una confesión así.

—¿Que estás enamorado de ella?

John se dio cuenta entonces de lo que había dicho, pero levantó la cabeza y la miró de frente. Después de todo, era la verdad.

—Sí, eso he dicho.

—Entiendo. ¿Quieres que aborte?

Él se quedó bloqueado. ¿Quería que ella abortara? Se acabarían sus problemas, pero... no, el bebé no tenía la culpa. Él no era partidario de resolver las cosas de esa manera.

—No, ya que me preguntas, no quiero que abortes. Te ayudaré en lo que necesites. Soy un buen padre, y puedes contar con que lo seré también para ese niño.

Ella dudó. John pensó por un momento que habría preferido que él estuviera dispuesto a pagarle un aborto.

—Una cosa, Bárbara... ¿Tienes una ecografía o una analítica que atestigüe tu estado?

Ella se levantó lívida de rabia.

—¿Me estás llamando mentirosa?

Él se defendió atacando. No iba a manejarlo con el numerito de la chica ofendida, no estaba dispuesto.

—¿Acaso tienes algo que ocultar?

—No, no tengo nada que ocultar. Te daré tu ecografía, tu analítica y lo que quieras. ¿Quieres también una prueba de paternidad?

El corazón de John se saltó un latido. Pero aguantó el tipo.

—Pues sí, ya que vamos a compartir responsabilidades y no hay ninguna posibilidad de que no sea tu hijo... yo también quiero estar seguro al cien por cien.

—¡Vete a la mierda, gilipollas! —Se giró hacia la puerta y lo miró con rabia antes de salir—. Me voy porque ahora mismo seguro que tengo la tensión por las nubes, aunque a ti te da igual, y eso no es bueno para el niño. Si me pasa algo, a mí o a él, espero que te culpes por el resto de tu vida.

Y salió dando un portazo.

John suspiró y se recostó en el asiento, agotado.

No quería que le pasara nada, pero... ¡Joder! Iba a ser una pesadilla tener un hijo con ella.

Se encerró en el despacho y trabajó hasta la hora de comer. De hecho se quedó un rato más para ir a comer un poco más tarde. Si esperaba hasta las dos podía comer con Carlota.

Silvia entró a preguntarle si iba a salir o si quería que le encargara algo para comer, pero él le dijo que no, que había quedado con alguien y saldría más tarde. Por si acaso, cogió su móvil y le envió un wasap:

«Espérame para comer. A las dos estoy ahí»

Carlota terminó de trabajar y se cambió de ropa para irse a casa. John no había aparecido. Justo antes de salir, cogió su cazadora y su bolso, y miró su móvil, y entonces vio el mensaje. Su pulso se disparó. No decía si había hablado con Bárbara, ni si las cosas habían ido bien o mal.

Salió a la calle tratando de controlar sus nervios. Él no estaba fuera, y eran las dos y diez. Miró a ambos lados de la calle y decidió esperar cinco minutos más. Si no llegaba, le llamaría por teléfono.

Solo tuvo que esperar un par de minutos antes de verlo llegar a paso ligero por el otro lado de la calle. Iba vestido con un traje azul oscuro, camisa blanca y corbata negra, y su abrigo gris, y Carlota lo miró tratando de averiguar su estado de ánimo, sin conseguirlo. Cuando llegó junto a ella, la abrazó con fuerza y ella supo que la discusión había sido difícil, pero podían con aquello. Lo miró a los ojos y le sonrió.

—Hola. ¿Qué tal ha ido?

—Mal. Está furiosa, pero se le pasará. No tiene otra opción.

Caminaron abrazados hasta el restaurante al que él iba a menudo y al cual ya la había llevado una vez. Le contó la conversación a detalle, y ella no lo interrumpió, pero lo miraba con atención y lo apretaba contra ella mientras hablaba, tratando de demostrarle que estaba con él, que seguiría con él a pesar

de todo.

Era todo lo que él necesitaba saber.

Comieron juntos, mucho más relajados, y Carlota se marchó a casa para llamar a Amanda y pasar un rato con Emma y con ella. John regresó al trabajo prometiéndole que intentaría no quedarse hasta tarde para poder unirse a ellas aunque fuera un rato. Le deseó suerte y la besó con ternura. Carlota lo vio alejarse y después caminó a paso ligero para coger el metro y regresar a casa. Ahora le tocaba a ella librar la batalla del día: enfrentarse a Amanda y a Emma sin John.

## CAPÍTULO 28

Carlota llamó a Amanda al llegar a su casa. El día era fresco pero no llovía, así que quedaron en el parque al que solía ir siempre Emma, junto a su casa. Poco antes de las cinco, Carlota cogió su plumífero y su bolso y salió a encontrarse con ellas.

Llegó al parque y las buscó con la mirada, sin éxito. Estaba a punto de sacar el móvil y llamar para ver si pasaba algo cuando las vio cruzando la calle.

Emma se acercó corriendo como siempre y se le echó literalmente encima.

—¡Carlota! ¿Qué tal el día?

Casi todos los días se preguntaban la una a la otra qué tal había ido el cole, y el trabajo. Carlota sonrió.

—Bien, tranquilo. En las empresas de nuestra zona hay mucha gente de vacaciones por Navidad y en el turno de mañana tenemos menos jaleo que de costumbre. No viene mal un poco de calma de vez en cuando. ¿Y tú? ¿Qué has hecho hoy?

—He ayudado a la abuela a hacer la comida y hemos ido juntas a la compra. Hemos tomado un café. Bueno, yo un batido de chocolate. Y me ha estado contando cosas de mis primos de Boston.

Amanda llegó hasta ellas y abrazó a Carlota con cariño. Emma vio a unas amiguitas jugando un poco más allá y pidió permiso para ir con ellas.

Amanda y Carlota respondieron al unísono:

—Claro, ve.

La niña las miró, sonrió y salió corriendo. Carlota se ruborizó.

—Lo siento, es la costumbre...

—No te preocupes, ya lo sé. ¿Nos sentamos?

Se acercaron a un banco y Carlota se sentó con las piernas cruzadas, visiblemente nerviosa. Era la madre de John y aún no se había pronunciado sobre su relación con él. Ella juraría que la aprobaba, pero...

—Pero ¿quieres relajarte, niña? Cualquiera diría que te voy a echar a los lobos...

Carlota la miró. El tono de Amanda era jovial, pero a ella le gustaban las cosas claras. Mejor coger el toro por los cuernos.

—Me preocupa lo que pienses acerca de... mi relación con John.

—Tan directa como siempre.

—No puedo evitarlo.

Amanda sonrió de nuevo.

—Si te soy sincera, cuando John me lo dijo no me sorprendió demasiado. Desde el primer día te lo comes con los ojos.

Joder... ¿Eso parecía? Carlota se mordió el labio y se sintió un poco avergonzada de que se le notara tanto. Amanda continuó:

—Si acaso, me extrañó de John, porque tiende a fijarse en mujeres de otro estilo. De una edad más acorde con la suya y con una forma de ser más comedida. Y gustos más parecidos a los de él.

—Ya. Entiendo a qué te refieres.

Su tono sonó ligeramente amargo. Otra vez esa desagradable sensación de querer estar a la altura y no llegar.

—No, creo que no lo entiendes, Carlota. El estilo que le llamaba la atención no era necesariamente mejor. Tal vez Susana sea la única excepción, pero todas las chicas con las que se ha relacionado, al menos que yo sepa, encajaban en ese patrón y sin embargo la mayoría sufrían de un esnobismo desorbitado, no veían más allá de su ombligo y andaban muy justitas de luces.

—Pues sí que estás poniendo bueno a tu hijo... —se le escapó a Carlota.

Amanda se rio con ganas.

—Sí, tienes razón. John no ha estado muy acertado hasta ahora.

—Yo no soy nada de eso. O eso espero.

—No, no lo eres. Eres una chica sincera, realista y espabilada, porque has tenido que buscarte la vida desde jovencita. Eres responsable y cariñosa, de eso me di cuenta desde la primera vez que cuidaste a Emma, y no eres nada superficial. Solo hay una cosa que me preocupa de ti.

Carlota tragó saliva. Obviamente, tenía que haber algún «pero» después de tantos halagos.

—¿Y qué es?

—Que eres joven.

—Todo el mundo dice lo mismo. Pero ser joven no es un pecado.

—No, pero temo que te canses de él o te abrume la responsabilidad de meterte no solo en una relación de pareja, sino de familia, porque también está

Emma. No quiero que ninguno de los dos salga herido porque tú no puedas con ello.

—No soy ninguna cría caprichosa, y sé perfectamente dónde me meto. John me gusta mucho, le tengo un gran respeto y cariño, y adoro a Emma. Por supuesto que no quiero hacerles daño a ninguno de los dos.

Valoró su forma de definir lo que sentía por John. Bueno, podía haber dicho que le amaba, pero probablemente parecería precipitado. Y que solo de verle le hervía la sangre porque lo deseaba como nunca había deseado a ningún hombre, pero... esas cosas no se le dicen a tu hipotética suegra.

Amanda sonrió.

—Espero que podáis sobrellevar vuestras diferencias, porque, de verdad, creo que necesita para variar a una mujer directa, valiente y sincera. Como tú.

—En lo importante no somos tan diferentes.

—Pero las pequeñas cosas también duelen. Ayer te hirió con lo del regalo.

—Ya lo solucionamos. A veces es un poco... obtuso.

—Lo sé, es mi hijo —suspiró Amanda con una sonrisa.

A partir de ahí la conversación fue mucho más relajada, y Carlota se sintió tan a gusto con Amanda como se había sentido siempre desde aquella tarde en el parque, cuando a Emma se le escapó la pelota por segunda vez y acabaron charlando como si se conocieran de toda la vida. Hora y media más tarde el viento empezó a arreciar, y como ya estaba oscuro, Amanda propuso ir a tomar un café.

—Si John llega pronto ya nos llamará para ver dónde estamos.

Cruzaron el parque de vuelta a casa, buscando una cafetería.

—¿No había una ahí en la esquina? ¿La han cerrado?

—Era una pastelería —le respondió Carlota—. Cerraron hace un par de meses. Hay una cafetería un par de calles más allá, no es muy grande pero quizás tengamos suerte.

Miró de reojo a la pastelería cerrada. Lucía en el cristal un cartel de «SE VENDE O SE ALQUILA». Miranda y ella habían llamado para interesarse por las condiciones en cuanto vieron el cartel, porque el local era perfecto para su negocio soñado. Lo suficientemente grande para montar una pastelería con zona de mesas donde la gente pudiera tomarse también un café o un té, y además junto al parque y en un barrio acomodado. Y encima la mitad

de la instalación les servía porque ya había sido una pastelería. El problema era el de siempre: no tenían suficiente dinero.

Siguió caminando junto a Amanda deseando abrazar una taza de té entre las manos. Se le estaban quedando heladas.

John las llamó por teléfono poco después, cuando ya estaban sentadas en la única mesa libre que quedaba en la cafetería cuando habían llegado. Se acercó hasta allí y después de saludar a su hija y a su madre con un beso y un abrazo, y a Carlota con una sonrisa cómplice, se tomó un café con ellas. Carlota anotó mentalmente que le debía un beso. Uno de los buenos y con intereses. Entendía que le diera reparo besarla delante de su madre y de Emma, pero... le fastidiaba un poco, y se lo cobraría.

Después del café, Amanda se llevó a Emma a casa mientras John acompañaba a Carlota. Ella le había dicho que no hacía falta y que podía ir sola, pero no aceptó un «no» por respuesta.

—Cuando estoy solo con Emma no puedo acompañarte, pero ahora sí y además me apetece, ¿me lo vas a negar?

—No, claro que no.

—Bien, pues andando.

Caminaron abrazados, como habían hecho el día anterior, y Carlota aprovechó para cobrarle el beso y robarle algunos más. Él no había vuelto a ver a Bárbara por la oficina en todo el día, y estaba un poco preocupado. Esperaba que no hiciera ninguna tontería. Carlota se mordió la lengua para no decirle que a ella le parecía no ya teatro, sino una interpretación digna de un Óscar. Aquella zorra manipuladora solo quería hacerle sentir culpable, estaba segura.

Suerte que él seguía teniendo las cosas claras.

Al día siguiente Bárbara tampoco fue a la oficina, y John empezó a preocuparse de verdad. Por otra parte no quería llamarla y darle la impresión de que le importaba. Estaba embarazada, de acuerdo, y se suponía que él era el padre, pero aparte de preocuparle lo que le pasara a aquel bebé, si se preocupaba por ella solo era... del modo en que se preocuparía por cualquier compañero. No quería que Bárbara tuviera nada a lo que agarrarse para seguir luchando por él, porque no tenía ninguna posibilidad de vencer.

Y seguía dándole vueltas a todo eso cuando poco antes de mediodía recibió un mensaje en su móvil. Era de Bárbara.



«Por tu culpa he perdido a mi hijo, hijo de la gran puta. No te lo perdonaré nunca y ojalá te remuerda la conciencia el resto de tu vida.»

Se quedó igual que si le hubieran dado en la cabeza con un bate de béisbol. No era capaz de reaccionar. Marcó su número, pero ella no cogió el teléfono.

Decidió enviar un mensaje de vuelta:

«¿Qué ha pasado? ¿Dónde estás? Coge el teléfono, Bárbara.»

Ella no respondió. Intentó llamarla de nuevo, pero tampoco le cogió la llamada. Después de dos intentos, llegó otro mensaje:

«Me puse demasiado nerviosa por tu culpa, te lo dije. No vuelvas a llamarme. No quiero verte. Te odio.»

Le faltó el aire. Si al menos pudiera saber dónde estaba... Llamó a su casa pero nadie contestó. Quizás estaba en algún hospital, pero... ella no quería que la localizara, y no quería verlo.

¿Y si realmente había perdido el bebé por su culpa? John sintió un nudo en el estómago. Él no quería aquel niño. No lo quería y ahora ella lo había perdido. Probablemente por su culpa.

Se levantó, cogió su abrigo y salió de la oficina. Se cruzó con Ernesto, el Director Gerente, en el pasillo.

—¿Te vas ya a comer, John?

—No me encuentro bien, voy a salir un rato.

—¿Esto qué es, una epidemia? Bárbara también ha avisado de que no vendrá en un par de días porque se encuentra mal.

—¿Ha dicho lo que le pasa?

—No, ¿por qué?

—Por nada.

Salió como alma que lleva el diablo antes de verse obligado a dar explicaciones. Había avisado de que no iría a trabajar por causa médica. Había perdido al bebé. Por su culpa.

Se fue directo a la cafetería. Necesitaba ver a Carlota. Cuando entró por la puerta y la miró, ella supo que algo no iba bien. Se aproximó a la barra y ella se le acercó inmediatamente.

—John... ¿pasa algo? No tienes buen aspecto.

—¿Puedes salir diez minutos? Necesito hablar contigo.

—Sí, claro.

Se acercó a su compañero, Eduardo, y le dijo que necesitaba salir un

momento. No había mucho movimiento y Carlota nunca pedía nada en el trabajo, así que no le puso ningún problema.

—Serán solo diez minutos.

—No pasa nada, ya ves que no hay mucha gente, ya me arreglo.

Carlota cogió su abrigo, se lo puso encima del uniforme y salió a la calle con John. Él parecía realmente desolado. Se alejaron unos pasos de la puerta de la cafetería y ella lo abordó sin más preámbulos.

—¿Me quieres decir qué ha pasado? Me estás asustando.

—Bárbara ha perdido el bebé. Por mi culpa.

—¿Estás seguro?

Él estaba tan alicaído que apenas podía hablar. Le enseñó los mensajes del móvil.

Carlota trató de mantener la calma. No podía estar segura de que todo fuera una mentira, como ella sospechaba, pero... una de dos: o Carlota estaba equivocada, Bárbara estaba embarazada y realmente había perdido al niño, o todo era mentira y aquella era la única forma que se le había ocurrido de salir del atolladero sin confesar. Si había perdido al bebé, se estaba ensañando con John para hacerlo sentir culpable. ¿Con qué fin? No le iba a servir para nada, no le devolvería al bebé. Probablemente estaba dolida, pero... ¿necesitaba realmente hacerle daño?

Carlota seguía inclinándose por la opción B: La Barbie era una mentirosa de campeonato y como John le había pedido pruebas, la única forma de quedar por encima, manteniendo la dignidad (en el caso poco probable de que ella tuviera alguna) y haciendo tanto daño como fuera posible, era inventarse también un aborto.

¿Sería Bárbara tan retorcida como para hacer algo así? Posiblemente. La había insultado sin cortarse un pelo. La opinión de Carlota acerca de ella era de lo peor, se esperaba cualquier cosa de aquella zorra engreída.

Además, si tenía suerte y él se sentía lo bastante culpable, quizás podría provocar discusiones entre ellos y librarse de «la muerte de hambre», como la había llamado.

Pues la llevaba clara. Sobre su cadáver.

—Cariño... —le acarició la mejilla con ternura—, no te lo tomes muy a pecho... Ni siquiera sabes si es verdad.

Él la miró con incredulidad.

—¿Sigues pensando que miente? ¿Crees que se atrevería a mentirme con

algo así?

Carlota tragó saliva.

—No lo sé, John, yo no la conozco como tú, pero comprenderás que, después de cómo me trató, y cómo te ha tratado a ti estos días, no tenga muy buena opinión de ella.

Su respuesta apaciguo un poco a John.

—Ha sido culpa mía.

—Es injusto que te eche a ti la culpa. Y que tú te culpes a ti mismo. Son cosas que pasan, no debería culpar a nadie.

—Yo la alteré más de la cuenta.

—Se alteró ella sola. Y si no es capaz de contener una rabieta con la edad que tiene, tiene un problema.

—Carlota, esto es serio.

—Por favor, no te culpes, ¿vale? Odio pedirte que hables con ella, pero... intenta hacerlo. Asegúrate de que lo que dice es cierto. Yo no me lo creo, lo siento.

—Para ti es más fácil pensar que es una mentirosa.

—Para mí son difíciles las dos opciones: que fuera a tener un hijo tuyo y lo haya perdido, y te culpe por ello; y que se lo haya inventado para manipularte y ahora solo pretenda mantener la mentira y hacerte daño. De cualquiera de las dos maneras tú sales herido. No soporto verte así y no sé qué hacer para que te sientas mejor.

Contra todo pronóstico, aquellas palabras causaron efecto en él.

—Abrázame. Y bésame, por favor.

No se hizo de rogar. Lo atrajo contra sí y lo besó como si le diera la vida con aquel beso.

Cuando regresó al trabajo, John al menos estaba dispuesto a dudar de Bárbara y a esperar a saber la verdad antes de flagelarse por la pérdida del bebé.

## CAPÍTULO 29

La semana acabó sin noticias de Bárbara, y aunque John no conseguía dejar de culparse por la pérdida del bebé, las dudas se habían hecho un hueco importante en su cabeza. No estaba seguro de que toda la historia no fuera una artimaña de Bárbara para tratar de recuperarlo que se le había ido de las manos y había resuelto de la única manera posible para no descubrirse: engordando aún más la mentira.

Le parecía increíble que alguien pudiera llegar a ese extremo, pero después de cómo había reaccionado ella ante la noticia de su relación con Carlota, tampoco sería tan raro.

El sábado por la tarde Emma se empeñó en ir al centro y en que Carlota fuera con ellos. Cada Navidad dedicaban una tarde simplemente a pasear disfrutando del colorido, las luces y el ambiente: los escaparates, la gente cargada de paquetes, el mercadillo de la Plaza Mayor... y visitaban unos cuantos Belenes por el camino. Los había de todo tipo y en todas partes: iglesias, centros culturales, salas de exposiciones... El del Palacio Real era uno de los favoritos de Emma, aunque en realidad le gustaban todos. Lo cierto era que a John también. En Estados Unidos no había tradición belenista, pero su madre era medio española y en su casa siempre habían puesto el Belén. De hecho, su hermana Carol y él mantenían aún esa costumbre. En su casa el protagonismo lo tenía el árbol de navidad, pero cada año, en una mesita auxiliar, había también un nacimiento. John no estaba seguro de que a Carlota le apeteciera aquel plan para un sábado por la tarde, pero a petición de Emma la invitó y ella aceptó encantada. Disfrutaron lo increíble. A Carlota le encantaba el ambiente navideño, y Emma y ella lo arrastraron por medio Madrid parándose casi en cada escaparate, para ver un trencito en movimiento, una guirnalda llamativa, o un Santa Claus gigante que les llamaba la atención.

«En el fondo, es una niña» pensó él con una sonrisa «y probablemente lo seguirá siendo incluso cuando tenga cuarenta años».

Le encantaba su entusiasmo contagioso por las cosas. Era imposible no enamorarse de ella.

Merendaron chocolate con churros y, al fin, acabaron cenando una pizza y volviendo a casa en el límite de la hora razonable para Emma. Dejaron primero a Carlota y él quedó en llamarla la tarde siguiente cuando dejara a la niña en casa de su madre.

—¿Has quedado con Miranda y Olga?

—No, me imaginaba que se nos podía hacer tarde. No me apetece salir ya.

—¿Te vas a quedar en casa?

—Sí, leeré un rato y me iré pronto a dormir.

—Siento que te quedes sin salir por nosotros... —le dijo él mirando de soslayo a Emma, que se estaba adormeciendo en el asiento de atrás del coche.

—Si quisiera salir, saldría, John. Miranda está con Víctor y Olga con Isaac. A mí me apetece estar con Emma y contigo, no creo que sea tan raro.

—Mañana te llamo, ¿vale?

—Vale. —Se le acercó y le dio un beso furtivo en los labios—. Llévatela antes de que se duerma como un tronco y no puedas ni meterla en la cama.

La mañana de Nochevieja, Carlota se despertó con sueño acumulado. La tarde anterior, John la había recogido en su casa después de llevar a Emma a casa de Su, habían salido a dar una vuelta y habían acabado cenando en un restaurante japonés, elegante y minimalista, en el centro. Ella no había probado nunca la comida japonesa, pero le había gustado. En realidad se adaptaba con facilidad a casi todo, así que se las arregló para divertirse, probar de todo, y moverse como pez en el agua, demostrando de paso a John que manejaba los palillos incluso mejor que él. Para relajar tensiones habían acabado en casa de él haciendo el amor ansiosa y desenfrenadamente. Había sido una semana dura para ellos y con Emma en casa no habían tenido ocasión de compartir un rato de intimidad. Se desquitaron con creces, y acabaron agotados y satisfechos acurrucados uno contra el otro. Ella se había dormido en brazos de él, y se había despertado sobresaltada a las dos de la madrugada pretendiendo marcharse a casa porque tenía que levantarse temprano para ir a trabajar. John le había asegurado que la llevaría por la mañana y solo había conseguido convencerla de que se quedara haciéndole el amor otra vez.

Como resultado, a las doce del mediodía estaba que se caía de sueño.

Al menos había conseguido convencerlo de que no la fuera a buscar al

trabajo al finalizar su turno. Él no trabajaba el día de Nochevieja, y había pretendido esperarla y comer con ella, pero Carlota necesitaba dormir o poco después de las uvas estaría pidiendo clemencia. Cuando dieron las dos, se marchó a casa, comió algo y se metió en la cama dispuesta a recuperar al menos un par de horas de sueño.

La despertó el teléfono a eso de las cinco y media de la tarde. De hecho, la alarma debía de estar a punto de sonar.

—¿No podías esperar a que te llamara yo? Con lo bien que estaba en brazos de Morfeo... —protestó somnolienta.

—Tenemos mal despertar ¿eh?

—Si me hubieras dejado dormir esta noche, estaría de mejor humor.

—No me ha parecido que tuvieras queja cuando estabas gritando mi nombre.

Se mordió la boca para no decirle un improperio. ¡Pues solo le faltaba aguantarle bromitas con ese tema!

Él se rio por lo bajo, intuyendo que ella se contenía. Y decidió cambiar de tema antes de meterse en un lío y acabar de nuevo esposado a la cama.

—¿Vamos a salir esta tarde o tenéis mucho lío con la cena?

—Está casi todo hecho, hemos quedado a las siete para tomar unas cañas y luego nos venimos a cenar, ¿vale?

—¿A las siete en tu casa, entonces?

—Eso es.

—Me llevaré ropa para cambiarme, si te parece bien. No creo que el traje del cotillón sea lo más adecuado para salir de cañas.

—Tú estarías bien incluso vestido con un saco, pero ponte lo que quieras, presumido —se burló ella.

—Puede que tu culo acabe esta noche a juego con tu ropa interior, así que por si acaso no te burles de mí... —la provocó él.

—Oh, vaya... Vuelve el cavernícola.

—El cavernícola nunca se ha ido, acostúmbrate a la idea.

—Me gusta cuando te pones bruto...

Un tono de voz provocativo y media docena de palabras y, como consecuencia, John tenía ya una erección de campeonato.

—Provocadora, te vas a enterar esta noche.

Ella se rio y le colgó después de responderle con desparpajo «hasta las siete». Se levantó y se metió en la ducha mientras Miranda y Olga ultimaban

los detalles de la cena. Isaac cenaría con su familia, pero Víctor se quedaba con ellas y John también, ya que Emma estaba con su madre y Amanda tenía sus propios planes.

A las siete en punto John tocó el timbre y subió a casa de Carlota. Era la primera vez que veía dónde vivía. El piso era pequeño y probablemente podía decirse que en él reinaba el caos, pero estaba lleno de vida. John pensó que en otra época le habría desagradado tanto desorden, ya que los libros se apilaban por todas partes y las estanterías estaban abarrotadas de recuerdos y objetos de todo tipo. Sin embargo Carlota le había dado otro punto de vista. No veía caos en ella, veía espontaneidad, y sobre todo era un pilar firme en el que apoyarse. Eso era incompatible con la posibilidad de que ella implicara algún tipo de caos.

John dejó su traje preparado en la habitación de Carlota, junto al de ella. La habitación era pequeña y, al igual que el resto de la casa, estaba un poco desordenada, pero era exactamente un reflejo de su personalidad. Las paredes estaban pintadas de un rosa intenso, y había fotografías de su familia, y de ella con sus amigos, en marcos de madera de colores vivos. Tenía un espejo grande junto al que colgaban pañuelos y bolsos en un perchero de pared abarrotado. Había un pequeño y antiguo equipo de música con una buena colección de CD's y más libros en una estantería de suelo a techo en un rincón. Mientras ella cogía su bolso y se calzaba los botines, él se entretuvo en curiosear entre los libros. Tenía toda la colección de Harry Potter, El Hobbit, que le había prestado a Emma en una ocasión, y El Señor de los Anillos. Junto a ellos, una buena colección de Stephen King, y también algunos de vampiros y cosas por el estilo, pero el resto le sorprendió. Más que eso, lo dejó K.O. Su chica era una lectora compulsiva de novela romántica, y sobre todo erótica. Y él sin tener ni idea.

Carlota levantó la cabeza y se sonrojó al verlo hojeando un libro. Uno de los de adultos. Él se giró y la miró levantando una ceja.

—Si quieres, te presto alguno —le soltó ella sin pensárselo. No iba a dejar que la avergonzara, estaba en su derecho de leer lo que le diera la gana.

—Ya me parecía a mí que manejabas un buen abanico de posibilidades. Me imagino que has aprendido algunos trucos leyendo todo esto ¿no?

Carlota supuso que se refería a la vez que lo había hecho perder por completo el control apretándolo con su bien entrenada musculatura vaginal.

Ella le había dicho que eran trucos de chicas, y sin duda él se había quedado con ganas de saber dónde había aprendido aquello.

—De todo se aprende ¿sabes? Hasta de la literatura erótica.

—No me cabe ninguna duda. Y no tengo ninguna queja, que conste.

—Mejor para ti, porque es lo que hay. ¿Estás listo?

—Para ti, siempre.

La abrazó y la besó, apretándola contra él y dejándole sentir una incipiente erección. Tanto libro erótico había despertado sus instintos más primarios.

Ella se rio.

—Eso tendrá que esperar. Venga, creo que los demás ya están preparados.

Se acercaron al centro, donde habían quedado también con los amigos de Víctor y con Isaac y algunos de sus amigos. Carlota se angustió un poco al ver a los amigos de Víctor. No había caído en la cuenta de que Jairo podía estar entre ellos.

Por suerte, no estaba.

Se tomaron las últimas copas del año y regresaron a casa para cenar. Isaac quedó en encontrarse con ellos en la puerta de la discoteca a la una en punto de la madrugada y se despidió de su chica con un beso. Víctor, Miranda, Olga, Carlota y John volvieron charlando animadamente y el buen rollo duró toda la cena. Al acabar de cenar se prepararon para la fiesta de fin de año, empezando por cambiarse de ropa. Carlota comprobó con orgullo que John llevaba el bóxer rojo que ella le había comprado. No esperaba menos, ya que ella también iba a ponerse el conjunto que él le había regalado. Él se vistió con rapidez y regresó al salón mientras ella terminaba de arreglarse, porque no estaba seguro de poder contenerse mientras la veía ponerse las medias en el ligero. Ni siquiera habían dado las doce y ya estaba deseando arrancarle a mordiscos aquel conjunto rojo.

Vieron las campanadas y comieron las uvas entre bromas y risas. John besó a su chica con el ruido de cohetes y petardos de fondo, en la calle y en la televisión, y brindó con sus nuevos amigos por un nuevo año mejor. Con ella a su lado, seguro que sería mejor. Aún le pesaba todo lo sucedido con Bárbara, y el no haber tenido noticias de ella, pero quería ser feliz, se merecía una oportunidad con Carlota. Ya se había equivocado bastantes veces en su vida.



A la una en punto se encontraron con Isaac en la puerta de la discoteca. Carlota tuvo que reconocer que estaba muy guapo con su traje oscuro, su camisa gris y su corbata granate. Víctor también iba muy elegante, con un traje negro, camisa blanca y una corbata negra estrecha. Con su pelo rubio un poco revuelto tenía un aire de chico malo realmente sexi. Miranda se lo comía con los ojos y no se separaba de su lado, por si acaso, no fuera a ser que alguna lagarta tratara de echarle el guante.

Miró a John, que la llevaba de la mano. Con diferencia, era el más guapo de los tres, al menos para ella. Y la mitad de las chicas que esperaban la cola para entrar en la discoteca debían de pensar lo mismo, porque no le quitaban ojo. Había elegido un traje negro, con camisa negra y corbata negra. Parecía un ángel directamente salido del infierno para hacerla pecar, porque la miraba con una sonrisa pícaro y unos ojos azules que destilaban lujuria. Si seguía mirándola así, no se tomarían ni la primera copa.

John se dirigió directamente al portero y entraron sin hacer cola. Miranda le guiñó un ojo a Carlota mientras entraban, como diciendo «chica, tu novio es un chollo». La música les envolvió mientras dejaban los abrigos en el guardarropa y se internaban en el local.

La discoteca estaba espectacular, con una decoración salida de un plató de televisión protagonizada por luces y espumillones plateados que le daban un aire festivo. Mauro, que estaba tras la barra impartiendo órdenes, salió para saludarles. Le estrechó la mano a John y este le presentó a Carlota y a sus amigos. Bromeó con ellos y le dedicó a Carlota un par de cumplidos que hicieron que John la estrechara posesivamente por la cintura, para regocijo de su amigo. Mauro era un tipo grande y musculoso, ancho de espaldas y de rostro fiero, con una perilla pícaro de pirata y unos brillantes ojos grises. Aunque de entrada intimidaba un poco, a Carlota le cayó bien inmediatamente. Después de unos minutos, se despidió para atender su negocio.

—Pasadlo bien, chicos. Luego os veo.

Le guiñó un ojo a Carlota, y ella sonrió. John la miró serio.

—¿Estás celoso, cavernícola?

—¿Tengo motivos?

—Me ofendes.

Sin una palabra más lo agarró de la corbata y tiró de él para morderle la boca sin ningún reparo.

Se tomaron un par de copas y se divirtieron bailando. Olga consiguió incluso hacer bailar a Isaac, que era muy tímido, pero se soltó tras la segunda copa. Se encontraron algunos conocidos y después de un rato, Víctor y Miranda se perdieron en un rincón de la pista y Olga e Isaac se sentaron en una esquina, mientras John y Carlota se mecían juntos al ritmo de la música, absortos el uno en el otro. Casi ni se dieron cuenta de que los habían dejado solos.

De pronto John levantó la vista y Carlota siguió su mirada. Parecía haber reconocido a alguien entre la gente.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Creo que he visto a alguien que conozco, ven.

Ella lo siguió y vio una pelirroja con un vestido azul noche y unos zapatos de tacón alto bailando sensualmente en medio de la pista. La sangre le hirvió en las venas.

—¿Quién, la pelirroja? —le preguntó sin disimular en absoluto su malestar.

—No, tonta, el tipo que está con ella.

Carlota miró más allá y vio un hombre joven junto a la chica pelirroja. Era tan alto como John, moreno y de ojos oscuros, con una cuidada barba de cuatro días.

No lo conocía, de eso no le cabía duda. En caso contrario, se acordaría. Era más o menos de la edad de John, bastante guapo, y con un aire de depredador que haría salir corriendo a cualquier chica con dos dedos de frente. Pero cuando se fijó mejor, se dio cuenta de que el depredador solo tenía ojos para su pelirroja. Hacían buena pareja, se preguntó quiénes serían. Miró a John interrogándolo con los ojos, y él le respondió justo antes de llegar junto a la pareja que bailaba ajena a ellos y a todo el resto de la discoteca:

—Es uno de los chicos de la agencia de publicidad que nos hizo el plan de medios de la campaña del verano. Vamos al mismo gimnasio, creo que alguna vez te he hablado de él, pero hacía tiempo que no lo veía. Me dijeron que había tenido un accidente o algo así.

John dio un par de pasos más y el chico moreno lo vio. Lo saludó con una amplia sonrisa y un apretón de manos.

—¡John, feliz año! ¡Me alegro de verte! ¿Cómo estás?

—Bien, Rafa, ¿y tú? Hace tiempo que no vas por el gimnasio.

—No he podido, tuve un accidente de coche este verano y he estado en

rehabilitación.

—Espero que no fuera grave.

—No, la muñeca y el golpe de cervicales, ya sabes. Por lo demás, solo esto.

Se señaló una ceja partida. Carlota se fijó entonces en que la pelirroja los miraba con curiosidad.

—John, esta es mi mujer, Laia, creo que no la conoces.

—Encantado —y entonces reaccionó sorprendido a las palabras de su amigo—. ¿Tu mujer? Pero ¿cuándo te has casado?

—El sábado —respondió Rafa con una sonrisa mirando a su mujer con adoración. Estamos en plena luna de miel, aunque hemos preferido pasar la Nochevieja en Madrid.

—¡Vaya, pues felicidades a ambos! Por cierto, esta es Carlota, mi novia.

—Hola, Carlota, encantado —la saludó Rafa con dos besos.

Carlota saludó también a la pelirroja, y se quedaron charlando con ellos un rato. A Carlota le gustaron. Al menos no parecían tener ningún problema con el hecho de que ella fuera más joven que John, y tampoco parecían del tipo de personas que se burlarían de su origen más humilde que el de él. De pronto, Rafa les sorprendió con una exclamación.

—Por cierto, ¿a que no sabes a quién me encontré también el jueves en Sevilla?

—¿A quién? —preguntó John intrigado.

—A Bárbara, la rubia de vuestro departamento de Marketing.

John y Carlota se miraron con tanta incredulidad en la cara que hasta Rafa se dio cuenta de que allí pasaba algo.

—¿He dicho algo raro?

—¿Cuándo la viste? ¿A qué hora?

—Por la tarde, serían como las cinco, más o menos. Yo salía de una reunión y me iba para la estación del tren y ella venía cargada de bolsas. Andaba de compras, por lo visto.

Carlota tragó saliva. Estaba pensando tantas palabrotas que apretó los dientes para evitar que se le escapara alguna.

John estaba aliviado, desconcertado y furioso a partes iguales.

—¿Hablaste con ella?

—La saludé y me dijo que tenía unos días libres y estaba aprovechando para hacer unos recados, ¿por qué?

John suspiró y estrechó a Carlota contra sí antes de responder.

—Ella y yo estuvimos saliendo juntos hasta hace un par de meses. Se suponía que estaba embarazada y el jueves a media mañana me llamó para echarme en cara que había perdido al bebé por mi culpa.

Rafa abrió unos ojos como platos. Su mirada pasó de John a Carlota y de ellos a su mujer. Volvió a mirar a John casi con lástima, entendiendo lo que había detrás de todo aquello.

—Pues te juro que no tenía aspecto de que acabara de perder un bebé en absoluto.

John se quedó aturdido ante las palabras de Rafa. No podía creerlo. Después de todo, Carlota tenía razón desde el principio y todo era mentira.

Cuando pillara a Bárbara se iba a enterar.

—Soy gilipollas. ¡Ni siquiera dudé de ella! —Miró a Carlota con aprensión y se excusó como pudo, lamentándose por no haberla escuchado—: Lo siento, Carlota..., tú tenías razón.

Ella lo miró con ternura, compartiendo su dolor y su rabia.

—No te preocupes, no te culpo, esa zorra manipuladora miente muy bien ¿no?

Rafa sonrió, divertido por su soltura para hablar así de la ex de su chico. Era natural que no la tuviera en mucho aprecio, pero... bueno, a fin de cuentas después de lo que acababan de descubrir de ella, entendía que le apeteciera decirle de todo menos bonita.

—En fin, ya sabes lo que dicen ¿no? «Antes se coge a un mentiroso que a un cojo»...

John miró a su amigo y consiguió sonreír, aliviado.

—Pues sí, Rafa, tienes razón. Venga, vamos a tomarnos una copa por el año nuevo.

## CAPÍTULO 30

Isaac y Olga se les unieron poco después, y también Víctor y Miranda. Al poco rato, se les unió otra pareja, amigos de Rafa y su mujer, y que habían venido con ellos. Bailaron y charlaron un poco más y, finalmente, Rafa y su pelirroja se despidieron para marcharse a casa. Eran las cuatro de la madrugada, y Carlota juraría que se habían pasado la última media hora luchando contra el impulso de arrancarse la ropa a bocados el uno al otro. Le dio un poco de envidia la complicidad que había entre ellos. La otra pareja se despidió también y, acto seguido, Olga empezó a bostezar.

—¿Y si nos vamos?

—Pero qué poco aguante tienes —se burló Miranda.

—Yo no tengo sueño —le dijo Víctor con picardía—, pero no me importaría irme a casa.

—A mi casa, querrás decir —se burló su novia—. Entonces ¿qué? ¿Nos vamos?

Para sorpresa de Carlota y Miranda, Isaac había avisado en su casa de que pasaría la noche con Olga, de modo que los cuatro se fueron a casa juntos, aunque Carlota sabía que su prima dormiría mucho más que Miranda. Cada vez que Víctor se quedaba a pasar la noche, Miranda se pasaba el día siguiente bostezando. Aunque antes se cortaría la lengua que quejarse de eso.

Carlota por supuesto dormiría (lo que pudiera dormir, que tampoco era una prioridad) en casa de John. Él mantuvo la compostura hasta que traspasaron la puerta del portal, y luego se le echó literalmente encima, sujetándola del pelo y besándola apasionadamente.

Ella se entregó sin reservas. Le encantaba que él tomara la iniciativa... de vez en cuando.

—Mmm... —susurró contra sus labios—. La boca te sabe a cava, cavernícola. Me gusta.

—Tienes ganas de pelea esta noche ¿eh? —sonrió él.

—¿Pelea, yo? —preguntó ella con fingida inocencia mientras entraba en el ascensor con él a un paso. Y notó como se mojaban sus bragas al oír el tono ronco de la voz de John.

—Me has llamado cavernícola.

—¿Y no lo eres? Te has puesto celoso de tu amigo Mauro, casi te pegas con ese chico que se tropezó y se apoyó en mi brazo y encima me has amenazado con ponerme el culo a juego con mi ropa interior.

—Ese tío era un sobón, Mauro es un tocapelotas, y lo de ponerte el culo rojo creo que ha sido porque te estabas burlando de mí.

—He dicho que eras un presumido, lo cual es cierto.

Lo empujó un poco, a modo de protesta, y él respondió agarrándole las muñecas y cruzándoselas a la espalda al tiempo que la atraía contra sí. Le mordió suavemente el labio inferior antes de succionarlo en su boca para besarla con avidez.

Prácticamente la arrastró al interior de la casa, sin soltarle la boca más que lo imprescindible para coger aire. Se inclinó sobre su oído y le susurró mordisqueándole el lóbulo.

—Este vestido te queda espectacular. En la discoteca brillabas como una estrella.

—Zalamero...

Al traspasar la puerta de la habitación, John le soltó las muñecas y se quitó el abrigo, la americana y la corbata. Carlota se quedó de pie mirándolo embobada. Era un hombre guapísimo, y sexi para morir.

Él dio dos pasos, le quitó el abrigo y la envolvió en sus brazos para quitarle también el vestido. Cuando quiso darse cuenta, estaba tirado en el suelo y ella estaba solo en ropa interior, con el conjunto rojo y las medias y los zapatos de tacón.

—Dios... Me vuelves loco, Carlota.

Ella entornó los ojos y sonrió, como una gata buscando pelea.

—¿En serio? Ven aquí y demuéstramelo, cavernícola.

John se desabrochó los puños de la camisa con lentitud, clavando en ella sus ojos azules. Continuó con los botones de la camisa, mientras ella lo miraba como si estuviera dispuesta a comérselo entero.

Se descalzó y se acercó despacio. Carlota tembló de pura anticipación.

Se paró frente a ella, muy cerca, e inclinó la cabeza despacio, sin dejar de mirarla a los ojos. Carlota levantó la cara y separó los labios, humedeciéndoselos inconscientemente, esperando un beso.

John le susurró junto a la boca.

—No haces más que provocarme... descarada.

Y le agarró la cara con sus manos enormes para devorarle la boca con ansia, sin límites ni moderación, como si simplemente tomara lo que le pertenecía por derecho. Fue un beso demoledor que le convirtió las piernas en gelatina y amenazó con fundirle el cerebro.

Carlota alzó las manos hasta el botón de sus pantalones y lo desabrochó. La tela estaba tensa y no fue fácil bajar la cremallera sin rozarle una erección que seguía creciendo por momentos.

Se los bajó y él acabó de quitárselos.

—Me gusta tu ropa interior —le susurró ella con una sonrisa pícaro.

—Los de *Dolce and Gabbana* sujetan mejor. —La mirada de Carlota fue esta vez de reproche y dijo claramente: «pijo insufrible»—. Pero no están mal, la verdad. Ven, acércate.

Ella dio un paso adelante y él le bajó los tirantes del sujetador para besar sus hombros y su cuello. Primero con besos dulces y suaves, después con pequeños mordiscos y lametones. Enseguida soltó los corchetes, lo tiró a un lado, y se inclinó más para tomar un pezón en su boca y succionarlo cada vez con más fuerza, mientras la estrechaba contra él y la alzaba en volandas. Carlota gimió y se agarró a sus hombros, instándolo a acoplarse a ella.

John se detuvo cuando estaba a punto de acceder a sus deseos y, con ella aún enroscada a sus caderas, se acercó hasta la mesilla y sacó un preservativo. La dejó en el suelo poco más de un par de segundos, rasgó el envoltorio y se lo puso en un abrir y cerrar de ojos. Carlota ni siquiera supo si se había quitado el bóxer o solo se lo había bajado.

No le dio tiempo de averiguarlo, John la alzó de nuevo para acabar empotrándola contra la pared que quedaba libre junto al ventanal y a continuación se clavó en ella de un solo golpe arrancándole un gemido intenso y dulce.

John estaba en el límite de su aguante. Oírla gemir, verla arquearse buscando sus caricias, era más de lo que podía soportar después de toda la noche deseándola. Bombeó en ella con fuerza y a un ritmo duro y rápido marcado por el ansia que los gobernaba a ambos. Sintió la tensión en su columna y un dolor sordo en los testículos de tanto contenerse. Se le empezó a nublar la razón y clavó los dedos en la suave piel de sus caderas mientras la apretaba con más fuerza entre la pared y su cuerpo musculoso.

Carlota estaba a punto, lo sintió tensarse y le apretó, con fuerza. Quería hacerlo correrse hasta vaciarse en ella por completo. John gimió al sentirla

apretar. No podía correrse aún, quería que lo hiciera ella primero, pero... no podía contra aquello, simplemente no podía.

Soltó un gemido fuerte y ronco al tiempo que el placer atravesaba su cuerpo, incapaz de controlarlo ni un segundo más.

En el mismo instante en que lo sintió caer al abismo, Carlota cayó con él, su cuerpo lo siguió sin darle opciones. Estalló en un orgasmo violento y tan intenso que le faltaba el aire.

John sintió flaquear sus rodillas y giró con ella aún en brazos en dirección a la cama, donde se dejó caer abrazándola y sintiendo la deliciosa calidez de su piel.

Quería pasar la noche dentro de ella, quería pasar el resto de su vida sintiéndose así.

—Carlota..., te quiero.

Ella sonrió y giró la cara para mirarlo. Le ofreció su boca susurrándole con dulzura:

—Yo también te quiero, cavernícola.

Estuvieron un rato así, uno junto al otro, simplemente sintiendo el calor de sus cuerpos en contacto, piel con piel, y besándose sin prisas y con infinita ternura. Finalmente Carlota apoyó las manos en el pecho de John, alzó la cara y lo miró haciendo un mohín.

—Necesito levantarme.

John salió de ella con desgana y se deshizo del condón mientras ella iba al baño y se desmaquillaba. Cuando Carlota regresó a la cama, la esperaba desnudo entre las sábanas con los brazos cruzados detrás de la nuca.

Gateó por la cama hacia él y lo besó en los labios con suavidad.

—¿Tienes sueño?

Él sonrió.

—No puedo creer que no hayas tenido suficiente.

—De ti no puedo saciarme —le respondió ella con una sonrisa entre mimosa y divertida. John rio a su vez y la abrazó para acercarla más a él.

Carlota le cogió las manos y las llevó a sus pechos. John obedeció, divertido, y rozó los pulgares sobre los pequeños pezones, que se levantaron rápidamente a su llamada. Ella se inclinó entonces, entrecerrando los ojos, y él se incorporó para lamerle un pezón y chuparlo en su boca con avidez.

—Oh, Dios... ¡Me encanta cuando haces eso!

Obedeció todas y cada una de las indicaciones de ella, que eligió



colocarse sobre él y torturarlo con un ritmo lento y suave, mientras le pasaba las uñas por todo el cuerpo y pellizcaba y mordisqueaba sin piedad sus pobres pezones hasta dejarlos tan sensibles que el menor roce mandaba intensos espasmos directos a sus testículos.

Mantuvo la erección tanto tiempo que pensó que la polla se le gangrenaría si ella no le permitía correrse de una vez por todas, pero Carlota parecía disfrutar alargando su excitación, o más bien podía decirse que su tortura. A John le faltó poco para acabar suplicando, y cuando Carlota por fin decidió que ya era suficiente y lo apretó con fuerza con su cuerpo como solo ella sabía hacer, él deslizó la mano entre ambos y con un par de caricias hábiles y precisas una ola de placer en estado puro los barrió a ambos.

La abrazó como si no hubiera nadie más en el mundo, y la mantuvo apretada contra su cuerpo hasta que empezaron a adormecerse y ella le recordó que tenía que quitarse el condón. Y después la volvió a abrazar y la cubrió de besos y caricias, hasta que se durmió con ella entre sus brazos, agotado y feliz de tenerla consigo.

No se le ocurría una forma mejor de empezar un nuevo año.

Se levantaron el día de Año Nuevo bien pasado el mediodía. Se ducharon juntos y después improvisaron una comida con lo que encontraron en el congelador. La revelación de Rafa de que se había encontrado a Bárbara de compras tan tranquilamente cuando se suponía que debía de estar en un hospital porque acababa de perder el supuesto bebé, les había quitado un tremendo peso de encima. Si todo era mentira, como ellos creían, no había nada que la atara a John. No tenían que volver a preocuparse de ella.

Aliviados hasta límites insospechados, disfrutaron el uno del otro sin remordimientos, riéndose, mimándose y compartiendo confidencias, hasta que Carlota insistió en acercarse a su casa para cambiarse de ropa y salir a tomar algo.

John la miró con los ojos entornados, tratando de engatusarla.

—A mí me parece que estás perfecta así, y no necesito salir para nada. Aquí tengo todo lo que necesito.

Ella se había vestido con una de sus camisas. La llevaba arremangada hasta el codo, y los faldones le tapaban un poco más allá de las nalgas, hasta medio muslo. Llevaba un par de botones sueltos en el escote que dejaban entrever su canalillo.

—Vamos a salir a tomar algo con mis amigos porque es la forma de celebrar el año nuevo, y si no quieres venir, me voy yo sola.

Él se rio y se acercó para rodearla con sus brazos y besarle el cuello, poniéndole la piel de gallina.

—Vale, dame cinco minutos y me visto.

Después de pasar por casa de Carlota para que pudiera cambiarse de ropa, se tomaron unas copas con Víctor, Miranda, Olga e Isaac. Todos trabajaban al día siguiente, pero la semana iba a ser corta, ya que arrancaba en miércoles. Carlota tenía que madrugar, así que rechazó la invitación de John para quedarse a dormir con él. Tuvo que prometerle que cenaría con él al día siguiente para que se conformara con la negativa.

Carlota se acostó aquella primera noche del año cansada pero feliz. El alivio que sentía al tener la certeza que Bárbara no esperaba un hijo de John ni lo había esperado nunca era indescriptible.

Pero él aún tenía que encararse con ella, y era probable que eso pasara al día siguiente. La Barbie ya no tenía muchas más excusas para faltar al trabajo.

John entró en su despacho por la mañana con un sorprendente buen humor. Saludó a su secretaria con una sonrisa y se encerró para empezar a ponerse al día. Se sentía feliz por la forma en que había terminado y empezado el año con Carlota, y por cómo se consolidaba día a día la relación entre ellos, y eso evidentemente repercutía en su estado de ánimo y en su forma de enfrentarse al día porque, por otra parte, sabía que no tardaría en encontrarse con Bárbara.

Y le hervía la sangre solo de pensarlo.

Seguramente ella mantendría la mentira, y él aún no había decidido si le seguiría el juego para ver hasta dónde era capaz de llegar, o la descubriría a las primeras de cambio arrojándole su mentira a la cara para que se muriera de vergüenza, si es que tenía alguna.

La mañana pasó sin novedades, salvo que una reunión se alargó más de la cuenta y no pudo comer con Carlota como había planeado. Le envió un mensaje para decirle que la llamaría al salir del trabajo.

Después de comer en un restaurante cercano con la mayoría de los ejecutivos presentes en la tediosa reunión, regresó al trabajo. Para su sorpresa

se encontró con Bárbara en el pasillo, charlando con una de las administrativas.

Ella lo vio y su primer impulso fue evitarlo. Vio que no le daba tiempo y cambió la cara a una mueca de dolor y resentimiento, cuando hasta un minuto antes parecía estar sumergida con entusiasmo en una conversación sobre moda, o cualquier otro tema sin sustancia.

John se paró junto a ella, tratando de permanecer impasible, y le dijo con un tono serio y neutral:

—Bárbara, por favor, pasa a mi despacho, hay un tema que quiero discutir contigo.

—Ahora no tengo tiempo, John —trató de excusarse ella.

—Es un asunto urgente, solo serán cinco minutos. Pasa.

La cogió del codo y la empujó literalmente dentro de su despacho.

Ella se revolvió haciéndose la ofendida.

—No tengo por qué discutir temas personales contigo dentro del horario de trabajo.

—Lo que quiero discutir es un tema laboral.

—¿Ah, sí? —preguntó ella entre aliviada e incrédula.

John cerró la puerta tras él y la miró directamente a los ojos.

—Sí. Quiero saber por qué dijiste el jueves que no venías porque estabas enferma cuando tú y yo sabemos que no es cierto.

—¿Y qué iba a decir? ¿Que por tu culpa acababa de tener un aborto?

—No, eso tampoco es cierto. Me refiero a que estabas de compras por Sevilla.

Ella se quedó en blanco por un momento, pero levantó la cabeza y apostó por mantener la mentira.

—No sé quién te ha contado esa patraña, pero es mentira.

Él sacó su móvil sin inmutarse.

—Perfecto, puedo llamar a Rafa Martínez ahora mismo y se lo pregunto otra vez. Él dice que lo saludaste el jueves en Sevilla y le dijiste que tenías unos días libres y estabas aprovechando para hacer unos recados.

La cara de ella se desenchajó del todo.

—Es su palabra contra la mía.

—Cierto, pero yo le creo a él. Y a lo mejor te interesa saber a cuál de los dos cree Ernesto. La ética en el trabajo es algo que él valora muchísimo, ya lo sabes, y creo que Rafa le causó una buena impresión cuando trabajó para

nosotros.

—No le habrás dicho nada a Ernesto...

Ahora estaba asustada. Si el gerente se enteraba de que se había ido de compras, cuando supuestamente estaba enferma, era poco probable que la despidiera sin más, John era consciente de ello, aunque ella tal vez no, pero su credibilidad caería en picado, de eso no tenía duda ninguno de los dos.

—Nunca hubo embarazo, ¿verdad?

Ella dudó, pero finalmente no se atrevió a continuar mintiéndole.

—Tuve un retraso y pensé que estaba embarazada, pero... tú siempre fuiste muy cuidadoso con eso.

—Y aun así me mentiste.

—Si había alguna posibilidad de que volvieras conmigo, tenía que intentarlo.

—Las cosas no pueden forzarse así, Bárbara, y menos con mentiras.

Ella seguía mirándolo con ansiedad.

—Entonces, ¿se lo has dicho a Ernesto o no?

—No le he dicho nada, pero aquí se acaban las conversaciones entre tú y yo. Inventarte un embarazo y tratar de culparme de un aborto también falso es algo que jamás me habría esperado de ti, y que no te perdonaré nunca. Es lo más rastrero que me han hecho en la vida.

—John, lo hice por ti.

—Mentira, lo hiciste por ti. Y ahora si no te importa, sal de mi despacho.

Pareció que ella quería decirle algo más, pero John se dio la vuelta y la ignoró deliberadamente.

—Lo siento —susurró. Y cerró la puerta tras de sí.

Aquella tarde John llamó a Carlota al salir del trabajo, para quedar para la cena. Ella le había prometido que cenaría con él, y ahora que sabía la verdad sobre Bárbara, tenían mucho que celebrar. La recogió y la llevó a su casa, pidieron comida china y le contó, punto por punto, toda la conversación con la bruja de su ex.

Carlota no sabía si estaba más sorprendida por la cara dura que había demostrado tener Bárbara, o por el hecho de que John fuera capaz de comer comida china directamente de la caja.

Aunque a saber a qué restaurante chino la había pedido, porque no se

parecía en nada a la que ella encargaba. Era pijo hasta para eso.

Después de cenar él no tuvo que insistir mucho para que ella se quedara un rato más. Los restos de la cena se quedaron olvidados sobre la mesa del salón mientras ellos pasaban a saborearse el uno al otro sobre el mullido sofá, hasta que John decidió que prefería la cama y cogió a Carlota en volandas para llevarla a su habitación. Ella se dejó llevar, confiada, entregada, suya.

Quién iba a decir que las diferencias insalvables podían olvidarse con tanta facilidad.

Lo que quedaba de semana transcurrió en una deliciosa rutina. Carlota dormía en su casa pero por la mañana John pasaba a tomarse un café por la cafetería. A mediodía apuraba la hora de salir a comer para hacerlo con ella, y después Carlota se iba a casa y él volvía al trabajo. El jueves, de hecho, ella lo esperó por la tarde en el centro y dieron un paseo cogidos de la mano, charlando, contándose anécdotas, conociéndose como no se habían conocido en los últimos cuatro años. Tomaron un café, cenaron juntos y volvieron a hacer el amor. Y el viernes más de lo mismo, con la única diferencia de que Carlota entraba más tarde el sábado y se quedó a dormir con él.

Mientras desayunaban juntos en la cafetería en la que solían hacerlo los sábados, hicieron planes para aquella noche. Era la víspera de Reyes y los amigos de Carlota ya habían decidido ir a la discoteca de Mauro. Se habían vuelto asiduos. Además, la noche de Reyes también tenía algo de especial, era la última celebración de la Navidad, seguro que habría buen ambiente. Sin embargo a John no le apetecía mucho salir.

Carlota le provocó deliberadamente.

—Si empiezas a intentar atarme a la pata de la cama, no te voy a durar mucho.

Él reaccionó tensando al mismo tiempo el noventa por ciento de sus músculos.

—¿Te parece que te estoy atando?

—No me importa que me ates, pero después. Quiero salir.

Él pestañeó incrédulo al darse cuenta de que de pronto, ya no hablaba de su posesividad con ella sino de sexo. Carlota sonrió al ver su sorpresa, y continuó, con un tono zalamero y provocativo.

—Me pondré el corsé rojo, y un tanga fácil de romper.

John rio negando con la cabeza. Carlota era una contrincante terrible en

una negociación.

—¿Quedamos con ellos allí o vamos todos juntos?

La mañana de Reyes se despertaron desnudos y abrazados. Carlota se estiró como un gato, feliz contra el cuerpo de John, recordando la noche pasada. Al final lo había convencido para salir y, después de todo, se habían divertido. Mauro había estado un rato charlando con ellos en la discoteca. John había bajado la guardia con él, porque Carlota proclamaba con cada poro de su piel que era suya y de nadie más. Mientras hablaban con su amigo, se abrazaba a él, se rozaba sutilmente contra su cuerpo y se cobijaba en sus brazos a la mínima ocasión, mirándolo como si realmente no hubiera otro hombre en la discoteca, ni en el resto del mundo. De hecho, para ella, no lo había. Todos los demás le sobraban. Habían regresado a casa más tarde de lo previsto y aun así habían tardado en dormirse, entretenidos en su pasatiempo favorito: hacer el amor intensa y apasionadamente. Con ataduras y tanga roto incluido, por petición expresa de John. Después de que él hubiera accedido a ir a la discoteca, cuando en realidad no le apetecía, era lo menos que Carlota podía concederle.

Y caprichos como aquel, estaba dispuesta a dárselos a diario.

Aún no había mirado ni la hora que era pero, a juzgar por la luz que se filtraba por las persianas entrecerradas, debían de ser más de las doce. John la miró y la acarició con suavidad, girándola para colocarla sobre él. Carlota sonrió y lo besó con ternura.

—Buenos días, amor.

Él le devolvió la sonrisa, claramente complacido con aquel tratamiento inesperado.

—Buenos días. ¿Estás descansada?

Levantó una ceja con picardía, y Carlota se rozó contra su prometedora erección matutina.

—Nunca habría pensado que un hombre de tu edad daría tanto de sí... — se burló ella. Y se ganó un sonoro azote en las nalgas, por faltona.

—¡Ay, bruto! ¡Eso pica!

—No te consiento que me llames abuelo. Te vas a enterar de lo que da de sí un hombre de mi edad, niñaata...

Pero el teléfono los interrumpió.

Carlota lo miró fastidiada y lo ignoró. La llamada se cortó, y cuando

iban a retomar la escalada de provocaciones que acabaría con los dos sometiéndose mutuamente, empezó a sonar el teléfono de John.

Carlota se extrañó.

—Qué raro, mira a ver quién es.

John cogió el teléfono de la mesilla y se lo tendió a ella, sorprendido.

—Es Miranda.

Carlota se preocupó y contestó al teléfono de John inmediatamente.

—Miranda, ¿pasa algo?

—¿Estás viendo la televisión?

—¿La televisión? ¿Y para qué coño iba a estar yo viendo a estas horas la televisión?

—¡Están dando el Sorteo del Niño, cabeza hueca!

Carlota se rio.

—A mí ya me ha tocado la lotería, tenía el premio gordo casi entre las piernas cuando has decidido interrumpirme.

John abrió unos ojos como platos. ¿Pero cómo podía decirle una cosa así a su amiga?

—Esto es serio, payasa. ¡Nos ha tocado! ¡De verdad, nos ha tocado, Carlota!

—¿Qué? ¿Qué nos ha tocado?

—¡El segundo premio! ¡En aquel que compramos las tres juntas! ¡Como cien mil euros cada una, Carlota!

—¡Cien mil euros! ¡Joder! —el grito le salió del alma.

John se incorporó aturdido, mirándola con el ceño fruncido y sin apenas pestañear.

—Sí, loca, ¿estás pensando lo mismo que yo?

—¡Pues claro! —exclamó feliz—. Oye, luego nos vemos, ¿vale? John me está mirando como si me hubiera vuelto loca de remate. Y descuida, cuando vaya para casa anoto otra vez el teléfono del local. Mañana mismo llamamos.

Colgó y le tendió el teléfono a John, que la miraba desconcertado.

—¿Se puede saber qué pasa?

Carlota lo miró con una sonrisa radiante y los ojos brillantes de la emoción.

—¡Nos ha tocado la lotería del niño! ¡Ahora sí podremos montar nuestro negocio, John!

## CAPÍTULO 31

Las semanas siguientes fueron frenéticas. Carlota y Miranda hablaron con el dueño del local que les gustaba, junto a la casa de John y el parque donde solía jugar Emma, y negociaron un buen precio por la compra del local. Al fin y al cabo, era su sueño y una vez que lo montaran estaban seguras de que serían capaces de sacarlo adelante.

El banco, con la entrada que podían dar con el pellizco que les había tocado en la lotería, no tuvo ningún inconveniente en darles una hipoteca más que soportable por la parte que preferían no pagar a tocateja. Al fin y al cabo, era conveniente tener dinero en reserva para la reforma del local, para el papeleo, para la puesta en marcha y para ir tirando unos meses. Por muy bien que fueran las cosas, necesitaban tiempo para darse a conocer y hacerse una clientela, y en cuanto el negocio estuviera en marcha, tendrían que dejar sus trabajos para atenderlo. Su sueño necesitaba dedicación a tiempo completo.

John las puso en contacto con un amigo que les hizo el proyecto de reforma en un abrir y cerrar de ojos. En realidad había poco que hacer, ya que el local estaba incluso dividido en dos zonas separadas, una de obrador, donde hornear y preparar sus especialidades, y otra de tienda-cafetería, ya que anteriormente había sido también una pastelería-cafetería. La única diferencia era que antes vendían tartas y bollería clásica, como bollos suizos, palmeras, o cruasanes, y ahora se especializarían en repostería decorativa, tanto tartas como *cupcakes* y galletas, y *muffins* de las más diversas clases. Y para acompañar servirían cafés, infusiones, zumos y batidos. Nada de cervezas ni refrescos, no querían nada parecido a un bar.

Lo más difícil fue elegir la decoración. Al final se decidieron por un mobiliario en blanco, suelo de madera mate y paredes en amarillo claro. En las paredes, láminas de *cupcakes* y pasteles en marcos de color blanco, y soportes también blancos o de cristal para colocar los *cupcakes* y demás delicias en las vitrinas. El tipo de repostería que iban a vender ya tenía en sí suficiente color, por lo que una decoración suave y en colores claros parecía la opción más adecuada. Querían crear un ambiente agradable, luminoso y alegre, pero sin estridencias.



Saúl, el amigo de John, acertó de lleno con su propuesta, de modo que, en muy poco tiempo, solo tuvieron que preocuparse de los permisos para empezar con las obras y poder dedicarse de lleno a darle forma a su pequeño sueño.

Emma estaba emocionadísima con la pastelería, y encantada con la idea de que estuviera prácticamente debajo de su casa. Cada tarde, cuando Carlota la recogía, le exigía detalles nuevos sobre el proyecto. Vieron juntas fotografías, seleccionaron recetas y prepararon los listados para las primeras compras. John disfrutaba lo indecible cuando volvía del trabajo y se las encontraba codo con codo trabajando juntas para hacerlo realidad. Carlota estaba feliz, Emma también, y él... simplemente no podía creer que tuviera tanta suerte.

Evidentemente, no podía durar.

No había pasado ni un mes desde el día de Reyes, cuando John se presentó en la cafetería minutos antes de que terminara el turno de Carlota. Nada más verle la cara, ella supo que algo no iba bien.

Se apresuró a cambiarse de ropa y salió a la calle sintiendo un creciente desasosiego. Él la recibió con un beso y un abrazo, pero su cabeza estaba en otra parte. Estaba preocupado, o incluso angustiado, ella no sabría decirlo. Empezaron a caminar mientras Carlota podía ver cómo el cerebro de John bullía de actividad en tanto que sus ojos se clavaban en el pavimento.

—¿Pasa algo? No tienes buen aspecto. ¿Te encuentras mal?

—No, estoy perfectamente, pero... he estado hablando con Su.

—¿Con Su? ¿Y de qué? ¿Le pasa algo a ella? Está bien, ¿verdad?

Carlota no dejaba de imaginar calamidades, sin saber a qué respondía la cara de preocupación de John.

—Su está bien, pero me ha dicho que se muda a Estados Unidos. En menos de un mes.

—¿Que se muda? Pero ¿por qué?

—El padre de Michael tiene un cáncer terminal. Le quedan un par de semanas, a lo sumo.

—¿Y por eso se mudan?

—Michael no tiene hermanos, es el heredero del negocio familiar.

—¿El negocio familiar? —La cabeza de Carlota estaba ya desbordada por los acontecimientos.

—Su padre tiene una editorial, que él mismo dirigía hasta hace nada.

Michael trabajó un tiempo con él, pero tuvieron discrepancias, le surgió la oportunidad de venir a España y decidió que podía aprender igualmente del negocio aquí, trabajando en el mismo sector pero lejos de su padre.

—Y ahora se quedará él al frente, ¿no?

—Eso es. Para su madre es muy importante que la editorial siga abierta, la fundó su abuelo. Si Michael le dice que no, le dará un disgusto tremendo y, por otra parte, él siempre supo que acabaría llevando las riendas, solo que no contaba con que sería tan pronto y de un modo tan inesperado.

—¿Y qué pasa con Emma?

La cara de John se lo dijo todo. Su se quería llevar a Emma, por supuesto. Él respondió abatido:

—No está dispuesta a negociar nada. Dice que no va a renunciar a ella de ninguna manera. Creo que no quiere irse, pero Michael tampoco le da opción, y si no tiene a Emma no le queda nada a lo que aferrarse.

Un nudo de angustia en estado puro se empezó a formar en el estómago de Carlota.

—Y tú... ¿qué vas a hacer?

Él la miró con sus ojos azules brillantes y llenos de dolor.

—No puedo renunciar a mi hija, Carlota, no puedo. Ha sido el centro de mi vida durante los últimos nueve años. He pedido el traslado en la empresa. Me voy a Nueva York, no puedo abandonar a Emma.

Los ojos de Carlota se anegaron en lágrimas.

—¿Te vas? ¿Así, sin más?

—No quiero pelear con Su por la custodia. No quiero que Emma nos vea enfrentados, no haré pasar a mi hija por algo así. Siempre hemos sido capaces de ponernos de acuerdo y no puedo meter ahora a Emma en una batalla judicial. No se lo merece, no es culpa suya.

Las frases le salían inconexas y atropelladas. Él tampoco se merecía aquello. Ni Carlota, que era la más perjudicada en aquella guerra.

—¿Y yo? ¿Qué pasa conmigo, John?

Él la miró, esperanzado y temeroso a partes iguales. Le cogió las manos y la miró a los ojos.

—Vente conmigo.

—¿A Nueva York?

—Sí, a Nueva York. Vente con nosotros, por favor.

Carlota se quedó aturdida por la propuesta. No se lo esperaba, no estaba

preparada para algo así. Por fin, negó con la cabeza y consiguió responder.

—John, no puedo irme a Nueva York..., estamos a punto de abrir la tienda... Es mi sueño, no puedo abandonarlo, no puedo dejar a Miranda sola con esto. Nosotras... Nosotras llevamos toda la vida esperando esta oportunidad.

Él tragó con dificultad. Esperaba esa respuesta. Había deseado con toda su alma que ella simplemente dijera que sí, pero lo mismo que él no podía ni imaginarse dejar a Emma, ella no podía renunciar a su sueño de buenas a primeras.

—Entonces... ¿se acabó?

Carlota volvió a negar con la cabeza mientras las primeras lágrimas empezaban a rodar por sus mejillas.

—Yo te quiero, pero... no puedo irme. No puedes pedirme que renuncie a todo...

—¿Vas a pedirme tú que renuncie a Emma? —preguntó él con la voz quebrada.

—No, claro que no.

—Entonces no tiene arreglo. No podemos mantener una relación a casi seis mil kilómetros de distancia.

—¿Me estás dejando?

Claro que lo estaba haciendo. Se marchaba a la otra punta del mundo sin darle opciones. Bueno, en realidad dándole una opción que era inaceptable para ella en ese momento. Tanto si se iba con él como si se quedaba, su corazón se rompería y le odiaría por haberla obligado a elegir. Emma quizás la odiaría por no irse con ellos. Miranda la odiaría si se marchaba y la dejaba sola con la tienda a medio montar. Su familia no entendería que se fuera tan lejos. De Cuenca a Madrid había menos de dos horas de autobús. Hasta Nueva York, el autobús y otras ocho horas de vuelo, más o menos. Y un dineral que ellos no tenían para ir a visitarla.

John no le respondió. Se inclinó sobre su boca y la besó suavemente, apenas rozando sus labios. Le cogió la cara con sus manos grandes y su beso se tornó ansioso, voraz e incluso furioso. Volcó en su boca toda la rabia que sentía por no poder controlar aquella maldita situación.

—Piénsatelo, por favor. Nos vamos dentro de dos semanas.

Ella no fue capaz de decirle que no era probable que cambiara de opinión. Aunque no sabía si iba a conseguir comer algo, lo acompañó al

restaurante y pasaron una hora de lo más incómoda removiendo la comida del plato sin apenas probarla, ya que los dos tenían un nudo en la garganta que les hacía del todo imposible tragar cualquier cosa.

La llevó a su casa y se despidió de nuevo con un beso. Pero uno que esta vez supo a decepción y a adiós definitivo. La miró por última vez y se marchó.

Y no volvió a llamarla en toda la semana, ni pasó por la cafetería, ni la esperó a la hora de comer. Carlota se extrañó el primer día, pero pensó que él estaría dolido por su negativa a dejarlo todo para acompañarlo. El segundo día su silencio empezó a lastimarla, pero decidió darle espacio. Y el tercer día estaba molesta, muy molesta. Era él quien se marchaba. Él quien la dejaba porque tal vez no le importaba lo suficiente como para luchar por quedarse con ella. Carlota sabía que estaba siendo injusta, porque luchar por quedarse con ella implicaba renunciar a Emma o meterla en una batalla legal que acabaría mal decidiera lo que decidiera el juez. Y ella no podía exigirle eso. No quería que él sufriera por su culpa.

Lo amaba con locura y tenía que dejarlo marchar, porque tampoco podía irse con él.

Se pasó el resto de la semana luchando por contener las lágrimas cada vez que algo le recordaba a él, porque él no dio señales de vida. Ni siquiera el sábado por la noche.

Ella podía llamarlo, por supuesto, pero su orgullo se lo impidió.

Y así llegó el domingo y Emma volvió a casa de su padre.

Carlota recibió un mensaje en el móvil el domingo por la tarde que la dejó estupefacta.

«¿Vas a seguir ocupándote de Emma esta semana o tengo que buscarme a alguien?»

A Carlota se le encogió hasta el alma. Estuvo tentada de no responderle, pero tampoco quería que Emma sufriera más de lo necesario.

«Sigues pagándome por cuidar a tu hija. Seguiré cumpliendo con mi responsabilidad hasta que os marchéis»

La respuesta fue como otro arañazo en su ya maltrecho corazón.

«Perfecto, gracias»

Y nada más. Arrojó el teléfono con rabia sobre la cama y lloró a moco tendido. Ahora que todo iba tan bien, ¿por qué tenía que tener tan mala suerte?

Miranda se asomó a su puerta tímidamente.

—Carlota, ¿estás bien?

Ella simplemente negó con la cabeza. No había estado tan mal en años.

—¿Es por John?

Carlota se incorporó, con la cara empapada en llanto, sorbiendo por la nariz y limpiándose los ojos con el dorso de la mano.

—Me ignora. Como si fuera culpa mía. ¡Es él quien se marcha, joder!

—¿Y por qué no le llamas y hablas con él?

—¿Y qué le digo? ¿«Eres un capullo hijo de puta que encima de que me dejas tirada tratas de hacerme sentir culpable para que abandone todo lo que me importa y salga corriendo detrás de ti»?

—Nena, tienes dos opciones: o te vas con él o te olvidas, pero no puedes seguir así.

—No puedo irme con él. Cuando se marche será más fácil, estoy segura.

Al día siguiente recogió a Emma en la parada del autobús y se le rompió el corazón cuando la niña, nada más bajar, se echó en sus brazos llorando.

—¡No quiero irme, Carlota, no es justo!

—Cariño, tu madre tiene que irse, y es normal que quiera que vayas con ella.

—¿Y por qué tiene que irse? ¡Que se vaya Michael! Papá tampoco quiere irse, pero... Carlota, yo quiero estar con los dos, no quiero tener que elegir, pero... ¡Jolín! ¿Por qué tenemos que irnos? —Carlota no tenía más argumentos. Ojalá ella misma pudiera entenderlo—. ¿Y por qué no te vienes tú con nosotros? —añadió entonces la niña mirándola esperanzada.

—En poco más de un mes abrimos la tienda. No puedo marcharme, Emma..., es lo que siempre he querido, no puedo dejar a Miranda sola con esto.

Llegaron al portal y miraron de reojo al local de la esquina, donde los operarios estaban trabajando.

—Yo creía que papá y tú... Creía que os gustabais, que queríais estar juntos.

Otra vez aquel maldito nudo en el estómago, y aquel vacío frío en el pecho.

—A veces las cosas no salen como a uno le gustaría.

—Es un asco.

—Sí que lo es —reconoció Carlota mirándola con cariño. Iba a echarla muchísimo de menos.

—¿Me escribirás? Prométemelo, por favor.

—Pues claro que te escribiré, cariño. Te contaré todo, te mandaré fotos de la tienda, y cuando vengáis de vacaciones, te tendré guardados *cupcakes* de terciopelo rojo, tus favoritos.

—¿Y de chocolate?

—Por supuesto, eso ni lo dudes.

—Voy a echar mucho de menos a mis amigas.

—Pero tu abuela podrá visitarte más a menudo.

—Pero tú no.

—No, cariño, yo no.

—Te voy a echar mucho de menos, Carlota.

—Y yo, tesoro. Muchísimo.

La abrazó con fuerza, haciendo un esfuerzo para contener las lágrimas.

Y a partir de ese momento, hicieron un pacto silencioso por no hablar del tema. Se entretuvieron en recoger cosas que Emma se llevaría, hasta que llegó John y las encontró atareadas en elegir qué recuerdos acompañarían a su hija en aquella nueva vida a la que sus padres la estaban arrastrando contra su voluntad: regalos de cumpleaños que le habían hecho sus amigas, fotografías, los patines que le regaló Carlota... Había muchas otras cosas que se quedarían en Madrid, porque era imposible llevárselo todo tan de repente y porque la casa se quedaba cerrada, pero John no tenía intenciones de venderla. Lo mismo que había mantenido su piso en Nueva York, quería tener un sitio donde ir cuando volviera a Madrid, aunque fuera por vacaciones.

Carlota lo saludó y luego cogió sus cosas y se dispuso a marcharse, como había hecho durante cuatro años. Solo que ahora ese gesto dolía.

Les dolía a ambos.

John la vio coger su cazadora y dirigirse a la puerta. La acompañó muriéndose de ganas por besarla, por hacer que se rindiera entre sus brazos y que le prometiera que nunca lo abandonaría, que se iría con él.

Pero eso no podía ser, de modo que le abrió la puerta y se mantuvo distante mientras ella esperaba el ascensor.

—Carlota... nos vamos el sábado, no sé si te lo dije.

—No, no me lo habías dicho.

—Eso me parecía.

Hubo unos segundos de tenso silencio que, al final, fue Carlota quien rompió.

—¿Puedo acompañaros al aeropuerto?

Él dudó. Si les acompañaba al aeropuerto él estaría tentado de quedarse hasta el último minuto, y no podía hacerlo. Le había prometido a Su que la niña estaría el domingo con ella en Nueva York. El padre de Michael estaba en las últimas, no iba a pasar de esa semana, de hecho, él llevaba allí ya algunos días, y ella se acababa de ir aquella misma mañana.

Pero vio el dolor que reflejaban sus ojos de chocolate y no tuvo corazón para decirle que no.

—Vale, a Emma le gustará verte allí, supongo.

«Y a mí también, aunque me dolerá en el alma» pensó con tristeza. Ella asintió y entró en el ascensor.

Iba a ser una semana espantosa.

## CAPÍTULO 32

La semana fue realmente espantosa. John no pasó por la cafetería, y Carlota sufría su aparente indiferencia cada tarde cuando regresaba del trabajo. Emma y ella procuraban hacer como si la separación solo fuera temporal, hablando del próximo verano, cuando la niña regresara por vacaciones. Si es que regresaba, claro, porque Carlota no estaba segura de que John tuviera intenciones de pasar el mes de agosto en Madrid. No se le había perdido nada allí. No desde que ella ya no era parte de su vida, porque lo cierto era que la había echado de ella sin contemplaciones.

El viernes Emma se empezó a venir abajo. No quería marcharse, había tenido que despedirse de sus amigas del colegio y tendría que empezar de cero en un centro nuevo, a mitad de curso y sin conocer a nadie.

—¿Y si no les gusto?

—Pero ¿cómo no les vas a gustar, cariño? Verás cómo haces amigas nuevas enseguida.

—Me gustan mis amigas, no necesito otras nuevas.

—Emma, ya es bastante difícil para mamá y papá, ¿vale? No se lo hagas tú más difícil todavía...

—Pero yo no quiero irme, Carlota. Yo quería que las cosas siguieran como estaban.

—A veces eso no puede ser, no es culpa de nadie. Prométeme que intentarás pasarlo bien y hacer amigas nuevas.

La niña dudó, pero finalmente asintió.

—Te lo prometo.

—Te he apuntado mi dirección de correo electrónico, papá te ayudará a escribirme ¿vale? Y yo también te escribiré, te lo prometo.

—Papá y tú seguís enfadados, ¿verdad?

Carlota trató de tragar el nudo de su garganta.

—No, cariño, yo no estoy enfadada con él, y creo que él tampoco. Es solo que... estamos tristes.

—¿También le escribirás a él?



No podía decirle que sí. No sabía si John quería volver a tener contacto con ella ni siquiera por e-mail.

—Pues no lo sé... Pero tú me contarás cosas de los dos ¿a que sí?

—Sí, te lo prometo. No te preocupes, Carlota, yo le cuidaré.

Los ojos empezaron a picarle. No podía llorar, no delante de Emma.

—Gracias, cariño.

Y la abrazó con fuerza porque no podía pronunciar ni una palabra más.

Cuando John regresó de su último día de trabajo en Madrid, ella recogió sus cosas por última vez y se despidió de Emma para marcharse.

—¿Puedo ir con vosotros al aeropuerto o quieres que os vea allí?

—Allí sería una locura encontrarnos. ¿Puedes estar aquí a las nueve y media?

—Sí, claro. ¿A qué hora es el vuelo?

—A las doce y veinte. Tenemos que estar allí dos horas antes, y prefiero ir sobrado de tiempo.

—Por supuesto, aquí estaré. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Un día más ella se marchó añorando un beso. Y él la vio entrar en el ascensor maldiciéndose a sí mismo por tratarla con una indiferencia que no sentía, aunque la lógica le dijera que era la forma menos dolorosa de dejarla.

O eso se suponía, porque doler, dolía. Muchísimo.

Carlota se pasó la noche llorando, tanto despierta como dormida. No descansó apenas nada, porque las pesadillas la acechaban y la arrancaban continuamente de los brazos de Morfeo. Cuando por fin sonó el despertador, y la sacó de otro sueño angustioso, tenía una cara horrible. Se maquilló más que nada para ocultar un poco sus ojeras y sus párpados hinchados. A la hora acordada estaba en el portal de John, vestida con vaqueros, botas militares, un jersey ceñido de color fucsia y cuello alto, y su cazadora de cuero. El día era frío pero soleado, y aprovechó para ponerse sus gafas de sol. Así por lo menos los efectos de la noche de llorera no serían tan evidentes.

Emma y John bajaron enseguida, cada uno con su maleta y su equipaje de mano. A Carlota le dio un vuelco el corazón cuando los vio salir del portal. Él también llevaba puestas unas gafas de sol. Las Dolce and Gabbana modelo aviador que ella le había regalado por Navidad.

Tuvo que hacer un esfuerzo titánico por contener las ganas de llorar. Estaba tan guapo que dolía mirarlo, y estaba a punto de perderlo, probablemente para siempre, porque no era lo bastante valiente como para dejarlo todo por él.

Aquello no era justo, en absoluto.

Cuando llegó el taxi, metieron las maletas y ella se sentó detrás con Emma, mientras John se sentaba junto al taxista. La niña era la viva imagen de la desolación, y Carlota no podía hacer nada más para animarla que cogerle la mano y sonreírle de vez en cuando, aunque su sonrisa era apenas una mueca grotesca. No se había sentido tan infeliz en su vida.

En el aeropuerto las cosas no fueron mejor. Los acompañó a facturar, y finalmente al control de pasaportes, donde se despidieron definitivamente. Emma se echó a llorar y ella tampoco pudo hacerse la fuerte por más tiempo. Solo John aguantó el tipo.

Después de asegurarle a la niña incontables veces que le escribiría y que no se olvidaría de ella, la abrazó por última vez, se limpió las lágrimas y se giró para enfrentarse a él.

La máscara de indiferencia de John empezaba a resquebrajarse. Tenía que decirle adiós a la mujer que amaba. Porque la amaba, estaba enfadado con ella y con el mundo entero porque las circunstancias los obligaban a separarse, pero la amaba.

Carlota lo miró con sus ojos de chocolate brillantes por las lágrimas que volvían a pugnar por salir, e inundados de una profunda tristeza.

—Emma tiene mi e-mail. Por favor, ayúdala a escribirme de vez en cuando ¿vale?

—Claro, no te preocupes.

—Os voy a echar mucho de menos.

—Nosotros también a ti.

—Bueno, pues... adiós.

Él tenía ya en una mano las tarjetas de embarque y los pasaportes, pero rozó la mano de Carlota con la otra, entrelazó los dedos con los de ella y la atrajo hacia sí.

—Siento tener que irme, Carlota.

—Ya lo sé, lo entiendo... Yo también lo siento.

—Cuídate mucho.

—Vosotros también.

Continuaron mirándose a los ojos unos segundos más, sin ser capaces de decirse adiós. Por fin, cuando Carlota se disponía a apartarse de él y marcharse, John la atrajo de nuevo hacia sí con un ligero tirón de su mano, se inclinó despacio sobre su boca, y la besó.

El mundo se detuvo mientras Carlota sentía su aliento acercarse a sus labios, y cuando la lengua de John pidió permiso para entrar, deslizándose entre sus labios ya entreabiertos, ella le dio la bienvenida con un ansia desesperada. Fue un beso breve, intenso y apasionado, lleno de reproches y al mismo tiempo de promesas. No habían pronunciado ninguna, pero Carlota sabía leer entre líneas: «No te olvides de mí, porque yo no voy a poder olvidarme de ti».

Y después se marcharon.

Emma miró atrás un par de veces después de pasar el control de policía, pero John no. Le pasó a su hija el brazo por los hombros y se perdió con ella entre la gente.

Carlota se quedó en el aeropuerto, pegada a las cristaleras hasta que llamaron al embarque de su vuelo, e incluso hasta que vio el avión salir lentamente de la terminal para coger pista, acelerar y despegar elevándose cada vez más hasta perderse en el cielo de Madrid.

Regresó a casa con un vacío en el pecho que cualquiera diría que le habían arrancado el corazón sin anestesia. Miranda y Olga tuvieron que arrastrarla para que saliera aquella noche, aunque no se divirtió en absoluto ni fue una buena compañía. Estaba hundida, sencillamente. Le costó varios días empezar a recuperar una relativa normalidad. El trabajo en la cafetería no la ayudaba, porque cada mañana pasaba un mal rato a la hora en que él solía pasar a veces a tomarse un café. Si Jorge la visitaba, todavía era peor. Lo echaba muchísimo de menos.

Para colmo, estaban casi a mediados de febrero. Cinco días después de marcharse John todo se llenó de corazones y flores. Todos los enamorados celebraban San Valentín.

Y ella con el corazón hecho pedazos y su amor en la otra punta del mundo.

Esperó todo el día a recibir un mensaje, una llamada, lo que fuera, pero él no llamó. A Carlota nunca le había importado aquel día especialmente, pero por una vez, tener un detalle del hombre que amaba le habría alegrado no el día, sino la semana, incluso el mes. No soportaba que la alejara de esa

manera.

Estaban a punto de dar las doce de la noche. Era aún por la tarde en Nueva York, y Carlota, harta de esperar, decidió que ya había llorado bastante por él.

Cogió su móvil y escribió sin releer siquiera lo que había puesto:

«Espero que llegarais bien y que Emma se esté adaptando. Ya veo que tú estás perfectamente y no me echas de menos. Feliz san Valentín»

Para su sorpresa recibió una respuesta en apenas un minuto:

«Emma lo está pasando mal, pero es fuerte. La semana que viene estará conmigo y me ocuparé de que te escriba. Y yo te echo de menos pero procuro no pensar en ello. Ya es bastante difícil como para regodearme en mi mala suerte. Feliz san Valentín a ti también»

Casi sintió haberle escrito. Él no le había dicho que la quería, lo mismo que ella tampoco lo había hecho, pero la quería. Le dolía tanto como a ella aquella separación. Tal vez debería facilitarle las cosas y no hurgar más en la herida.

Superada la pequeña crisis de San Valentín, y a medida que pasaban los días, el dolor se fue amortiguando. Carlota se volcó en las compras y demás preparativos para su pequeño negocio. Las cosas iban mucho más rápido de lo que habían esperado en un principio, y si todo seguía así, podrían abrir para finales de marzo o principios de abril como muy tarde, poco después de Semana Santa.

A mediados de la semana siguiente llegó el primer e-mail de Emma.

*«Hola, Carlota.*

*Te echo mucho de menos, ojalá pudiera estar en Madrid. Nueva York está bien para venir en vacaciones, visitar museos con papá, ir a musicales y hacer cosas divertidas, pero no me gusta vivir aquí. Además, hace mucho más frío que en Madrid.*

*Michael está muy triste y tiene mucho trabajo desde que su padre se murió. He ayudado a mamá a colocar las cosas en casa, pero no me parece mi casa, aunque tenga allí casi todas las cosas que tenía en la casa de mamá antes.*

*En casa de papá pasa lo mismo, solo que él tiene todavía muchas cajas sin abrir. Mandó muchas cosas por mensajería, pero aparte de la maleta, no*

*ha colocado casi nada. Es raro, porque él siempre lo tiene todo colocado, pero es que creo que tampoco le gusta mucho vivir aquí. Siempre viene cansado del trabajo, aunque intenta llegar pronto. Mientras tanto me quedo con Amy. Es mi nueva canguro ¿sabes? Estudia medicina y papá dice que es muy lista, pero también es muy aburrida. Se pasa el rato estudiando y a mí no me hace ni caso. No me llevo muy bien con ella. No sabes cuánto me acuerdo de ti.*

*El colegio no está mal, pero no tengo muchos amigos. Papá dice que cuando me conozcan mejor tendré montones, pero no estoy segura. No tengo ganas de hablar con nadie ni de jugar y encima se meten conmigo. Yo solo quiero que me dejen en paz.*

*Escríbeme y cuéntame cosas de tu pastelería, por favor.*

*Te quiero mucho.*

*Emma»*

Carlota cerró los ojos con fuerza al acabar de leer el correo de su pequeña amiga, y una lágrima se escapó rodando por su mejilla. Esperaba que Emma fuera tan fuerte como decía John, porque era evidente que lo estaba pasando mal.

Se preguntó cómo sería la nueva canguro, si sería más joven que ella, incluso si sería más guapa. ¿Y si a John le gustaba? No quería ni pensarlo.

Al menos Emma pensaba que era aburrida. Pero las aburridas siempre habían sido más bien el tipo de John... Tenía que enterarse de si era rubia o morena. Si era otra Barbie le daría un ataque de celos.

Un par de días más tarde escribió su respuesta para la niña. Se lo había prometido.

*«Hola, Emma.*

*Yo también te echo mucho de menos, pero seguro que Nueva York es un sitio genial para vivir. Además, me han dicho que hay pastelerías como la que vamos a abrir Miranda y yo. Si ves alguna ¿me mandarás alguna foto? Además, ya sabes que me fío mucho de tu opinión, y seguro que puedes decirme lo que más te gusta y lo que menos, para que coja ideas para la mía.*

*Nosotras tenemos la obra casi terminada, falta pintar y poco más. Los*

*muebles que faltaban llegarán la semana que viene. Saúl cree que en un par de semanas habremos acabado, y ya solo faltará un poco de papeleo. Con suerte, después de Semana Santa inauguramos.*

*Hoy he ido a encargarnos nuestros uniformes. Miranda y yo vamos a llevar unos delantales blancos con el borde rosa y el logo de nuestra pastelería estampado. Van a quedar genial, ya verás. Te mandaré una foto cuando lo tenga.*

*Aquí también ha hecho mucho frío esta semana, tengo ganas de que empiece a llegar la primavera, el invierno se me está haciendo muy largo.*

*Sobre el colegio, te aconsejo que hagas caso a tu padre y te lo tomes con paciencia, seguro que enseguida haces muchos amigos.*

*Por cierto, ¿cómo es Amy? ¿Te llevas ya mejor con ella? Seguro que no es tan aburrida como pensabas.*

*Espero tener pronto noticias tuyas diciéndome que ya tienes muchos amigos y te sientes más a gusto en Nueva York.*

*Te quiero mucho.*

*Saluda a tu padre de mi parte ¿vale?*

*Besos,*

*Carlota»*

La semana siguiente no tuvo noticias, Emma estaba con su madre. Pero la siguiente recibió un nuevo e-mail:

*«Hola, Carlota.*

*No quiero estar aquí. El colegio no me gusta, los niños de mi clase son odiosos. La profesora es amable conmigo, pero a nadie más le importa que yo esté bien o mal.*

*Bueno, en realidad sí hay alguien que se preocupa un poco, pero es mi único amigo. Es un niño del colegio, un poco más pequeño que yo. Se llama Will y un día en el patio me vio llorando y se acercó a preguntarme por qué estaba tan triste. Yo creía que quería burlarse de mí, como hacen los de mi clase, pero se sentó conmigo y estuvimos hablando un rato. Es muy listo ¿sabes? Le conté lo que había pasado con mamá y Michael, y que papá se había venido conmigo y tú te habías quedado en Madrid. Me dijo que lo sentía mucho. Me contó que su madre se murió y él lloró mucho y se sintió muy desgraciado. También estuvo muy enfadado, porque tenía mucho miedo*

*de quedarse solo, pero ahora está bien y vuelve a tener una familia. Dice que yo tengo suerte de tener a mis padres y encima a Michael e incluso a ti.*

*A veces estoy tan triste que solo tengo ganas de llorar hasta ponerme enferma, pero si puedo hablar con Will se me pasa un poco. Solo que ya sabes, es un chico, y los chicos casi siempre están ocupados con el fútbol y esas cosas. Preferiría poder hablar con papá, pero él está también triste y no quiero preocuparlo más. Mamá está todavía peor, porque va a tener un bebé y se pasa las mañanas vomitando y tiene sueño todo el día. Michael ahora trabaja menos porque le gusta cuidarla. Yo sé que tendría que estar contenta por tener un hermanito o una hermanita, pero la verdad es que me da igual. No me gusta Nueva York y quiero volver a casa.*

*Se lo he dicho a papá, pero me ha contestado que no puede ser. Creo que no quiere hablar de eso, así que intentaré no volver a decírselo.*

*También se lo dije a mamá, pero se puso a llorar. Con el embarazo ahora llora todo el tiempo, así que tampoco puedo hablar con ella.*

*A Amy tampoco le puedo contar nada. No le interesa, siempre dice que todo se arreglará, como si mis problemas no importaran porque soy una niña. Yo no le importo nada.*

*Supongo que Will tiene razón en que tengo suerte de tener a mamá y a papá y a Michael, y a ti, aunque estés tan lejos, pero ahora mismo no me sirve de nada tener a tanta gente. Tú eres la única a la que le puedo contar como estoy, porque mis padres no quieren saberlo. Esto es un asco.*

*Por favor, no te pongas triste. Si te pones triste y no quieres que te cuente esas cosas, solo me quedará Will, y no quiero agobiarlo, es pequeño y ya lo ha pasado bastante mal con lo de su madre.*

*No dejes de escribirme ¿vale?*

*Te echo muchísimo de menos.*

*Te quiero mucho.*

*Emma»*

Carlota se preocupó bastante por las palabras de Emma. Resultaba evidente que la niña lo estaba pasando mal y no se adaptaba, pero si encima pensaba que no podía hablar con sus padres... Decidió consultarlo con la almohada antes de hacer nada, pero probablemente tendría que hacer de tripas corazón y hablar del tema con John.

Por una vez decidió no seguir su primer impulso y esperar al menos al

día siguiente para escribirle un mail o contactarle por WhatsApp. Tenía que pensar bien lo que iba a decirle. Si él pensaba que le estaba recriminando algo o que pretendía decirle cómo ocuparse de su hija, se lo tomaría fatal y eso no ayudaría a Emma en absoluto.

Y si algo había sacado Carlota en claro de aquel e-mail, era que Emma necesitaba ayuda urgente.



## CAPÍTULO 33

A la mañana siguiente Carlota se levantó decidida a hablar con John. Eran adultos, y aunque él no quisiera saber nada de ella, Emma tenía un problema y si ella podía hacer algo por solucionarlo, al menos tenía que intentarlo.

Se fue al trabajo contando las horas que tenía que esperar para que en Nueva York fuera una hora razonable como para molestarlo. Al final decidió que lo mejor sería regresar del trabajo, comer y escribirle después. Para esa hora él ya debería de estar en la oficina, y una vez que viera su primer mensaje, podía responderle cuando mejor le viniera.

Con las mariposas revoloteando en el estómago simplemente por saber que iba a tener noticias suyas, tecleó el primer mensaje:

«John, me preocupa mucho Emma. ¿Cómo está?»

Le pareció suficiente para una toma de contacto. La respuesta tardó en llegar unos veinte minutos.

«Perdona, estaba reunido. Emma está regular, le está costando adaptarse, supongo que necesita más tiempo»

Carlota negó con la cabeza. Lo que le apetecía decirle era «O estás ciego o no te enteras de nada», pero se contentó con algo un poco menos agresivo:

«Dice que a veces solo quiere llorar hasta ponerse enferma. Y que no puede hablar con su madre ni contigo porque no quiere entristeceros. Me preocupa de verdad»

Esperó por una respuesta, pero los minutos pasaban y John no respondía. Llegó a pensar que le había molestado que contactara con él.

Y entonces empezó a sonar en su teléfono *You could be mine* de Guns'n Roses. John la estaba llamando. El vello de todo el cuerpo se le erizó al escuchar su voz:

—Hola, Carlota.

—Hola, ¿cómo estás?

—Bien, supongo. ¿Y tú?

—Podría estar mejor.

John suspiró pesadamente antes de continuar hablando.

—Emma también me preocupa. No pensé que le costaría tanto. ¿Qué te ha contado exactamente?

—Que no tiene amigos, que Su está embarazada y no puede hablar con ella porque llora todo el tiempo. Que tampoco puede hablar contigo porque no quiere preocuparte...

—Por supuesto que puede hablar conmigo, y lo sabe.

—Puede que piense que tú ya tienes bastante con tus problemas. En cualquier caso, creo que necesita ayuda.

—¿Piensas que debería buscarle un psicólogo?

—No pretendo decirte lo que tienes que hacer.

—No te pongas a la defensiva, Carlota, de verdad quiero saber lo que tú opinas. Tú conoces bien a Emma, dime la verdad. Dime qué crees que debería hacer.

Carlota quiso decirle «tráetela de vuelta a casa», pero no podía decirle eso.

—Un psicólogo quizás podría ayudarla, necesita hablar con alguien. ¿Come bien? ¿Duerme bien?

—Come poco y duerme fatal, y está apagada todo el día. No parece ella. Pensé que le haría ilusión lo del bebé de Su, pero le da igual. También he pensado que podrían ser celos, pero ya no lo creo, simplemente no consigue ilusionarse por nada.

A Carlota se le hizo un nudo en la garganta. Su pobre niña estaba realmente mal, y ella no estaba allí para ayudarla.

—Su canguro tampoco le gusta.

John sonrió, y Carlota casi pudo sentir la sonrisa desde el otro lado de la línea.

—Es que no se parece en nada a ti.

Hubo unos segundos de incómodo silencio en los que Carlota estuvo a punto de decirle que lo amaba, que lo echaba muchísimo de menos y estaba dispuesta a suplicarle para que volviera. Pero al final solo dijo:

—Por favor, cuéntame cómo sigue ¿vale?

—Descuida, hoy mismo hablaré con Su y le buscaremos ayuda. Y te contaré si funciona. Cuídate.

—Y tú también.

Se despidieron sin un «Te quiero» que en realidad los dos se morían por

pronunciar.

La semana siguiente, Emma fue por primera vez al psicólogo. John y Su se habían puesto de acuerdo enseguida en que a la niña le estaba costando demasiado adaptarse a su nueva vida y tal vez le vendría bien hablar con alguien que pudiera ayudarla. No les dijo nada que en el fondo no supieran: Emma estaba deprimida y angustiada, se sentía incomprendida y obligada a aceptar unos cambios a los que no les veía ninguna ventaja. Ella solo quería volver a casa. En Nueva York se sentía desarraigada y fuera de lugar, y aunque los niños en teoría se adaptan con facilidad, tenía una edad en la que las amistades empiezan a tener importancia. Quería rebelarse porque no soportaba la idea de haber perdido su vida así, de repente, pero no quería hacer daño a sus padres, así que se lo estaba tragando todo. Y podía estallar en cualquier momento.

John le planteó a Su por primera vez la posibilidad de llevarse a Emma de vuelta a Madrid. No iba a obligarla, pero quería que pensara en la niña, y Emma lo estaba pasando realmente mal. Él estaba más que dispuesto a regresar, echaba de menos a Carlota, y su jefe le había dejado bien claro que tenía la puerta abierta si quería volver. De hecho, sabía que aún no habían encontrado un sustituto a la altura de las exigencias de Ernesto. A él le gustaba su trabajo y, al menos, saber que lo valoraban era una gran satisfacción. En Nueva York también tenía buenos compañeros, no en vano había trabajado allí durante algunos años antes de trasladarse a Madrid, pero las oficinas eran mucho más grandes y más impersonales. Echaba de menos a su eficiente Silvia, a Jorge, que encima ahora tenía el campo libre con Carlota... Aunque dudaba de que a ella le interesara él, pero... Joder, Carlota. Al final lo que más le importaba era Carlota.

Unos días antes de hablar con ella, había tenido una cita, con una compañera de trabajo. Era una chica guapa, sexi, inteligente y simpática, y de hecho había sido ella la que le había dejado caer que podían salir alguna vez. Había cometido el error de pensar que podía venirle bien distraerse, la cita había sido un desastre. Para empezar, Elizabeth se había presentado vestida como solía hacerlo Bárbara, con un vestido rojo ajustado y corto, y tacones. Su cabello no era rubio sino más bien castaño claro, aunque él no había podido evitar compararlo con el goloso tono chocolate de Carlota. Y el hecho de que de entrada le hubiera recordado a Bárbara ya había sido empezar con

mal pie. Su conversación durante la cena lo había aburrido soberanamente. No conseguía provocarlo, como hacía Carlota casi sin proponérselo, ni hacerlo reír. Y sus intentos por insinuarse le resultaban burdos y casi grotescos. Se había limitado a cenar y tomarse una copa y la había llevado a casa despidiéndose con rapidez.

Ella entonces le había demostrado que en el fondo era tan inteligente como él había pensado al conocerla.

—Siento que no hayamos conectado mejor. Tu cabeza está en otra parte, ¿verdad?

Él se había quedado sorprendido, pero había asentido inmediatamente, aliviado de no tener que liarse a dar excusas.

—Sí, lo siento. Eres una chica genial, Elizabeth, pero...

—Pero no soy ella. Porque es por una mujer, ¿no?

—Sí. Me temo que no estoy preparado para salir con nadie todavía.

—Lo entiendo. Espero que las cosas se arreglen entre vosotros, y si no, cuando creas que estás preparado, estaré encantada de que me llames.

Se sentía estúpido por no poder sacarse a Carlota de la cabeza, pero no podía lanzarse a los brazos de otra. No, mientras supiera que la única a la que quería tener era a ella. Él nunca se había conformado con imitaciones y no iba a hacerlo ahora.

La semana antes de Semana Santa, Carlota y Miranda estaban ya metidas de lleno en los preparativos para la inauguración. Al final, entre Saúl, el amigo de John que les había hecho todo el proyecto, y Sandra, la chica de la gestoría que les iba a resolver todo el papeleo, habían conseguido que todos los permisos estuvieran en regla incluso antes de lo previsto. Habían dejado definitivamente sus empleos la semana anterior y se preparaban para inaugurar su sueño en apenas unos días, el lunes de la Semana Santa.

Esa semana, Emma estaba con John. Carlota estaba deseando tener noticias suyas, ya que él se había limitado a enviarle un mensaje contándole por encima lo que había dicho el psicólogo, y que Emma no había cambiado mucho su actitud. Seguía igual de triste y alicaída, comía y dormía fatal, y cada vez hablaba menos.

Carlota había contestado a su último e-mail tratando de animarla, aunque no sabía si había tenido mucho éxito.

*«Hola, Emma.*

*Me entristece mucho saber que solo has hecho un amigo pero, por favor, no pienses nunca que yo no quiero que me cuentes tus problemas. Si solo quisiera que me contaras las cosas buenas ¿qué clase de amiga sería? A mi puedes contarme siempre lo que quieras, siempre estaré aquí para escucharte.*

*Tu amigo Will tiene razón: tú tienes suerte de tener unos padres que te quieren muchísimo y que harán todo lo que puedan por que seas feliz. Además ahora vas a tener un hermanito, que seguro que estará deseando conocerte y aprender cosas de ti. Por favor, trata de pensar también en las cosas buenas, Nueva York no puede ser tan malo, después de todo.*

*Yo estoy trabajando mucho, pero la pastelería va fenomenal, al final la inauguración será unos días antes de Semana Santa. Te mandaré fotos, te lo prometo.*

*Te quiero mucho y me preocupa mucho que lo pases mal. Ojalá pudiera estar contigo para darte un abrazo tremendo. Pero seguro que tu padre estará encantado de darte uno de mi parte.*

*Un beso enorme.*

*Carlota»*

A mitad de semana, no obstante, Carlota volvió a recibir respuesta de su pequeña amiga.

*«Hola, Carlota.*

*Esta mañana me he peleado con una niña en el colegio. Estoy harta de que se metan conmigo. Papá se ha enfadado mucho y me ha castigado, pero me da igual.*

*Mañana tengo que ir otra vez a ver al doctor Jackson. Mamá y papá se han empeñado, pero no me apetece hablar con él. Sé que quiere ayudarme, pero yo lo único que quiero es irme a mi casa.*

*¿Puedes decirle a papá que quiero volver? Por favor.*

*Te quiero mucho y te sigo echando mucho de menos.*

*Emma»*

Carlota tuvo que hacer un esfuerzo por no llamar otra vez a John, pero con lo poco comunicativo que había estado él desde la vez que habían

hablado, tampoco estaba segura de que quisiera hablar con ella. A los pocos días, Miranda volvió a sorprenderla sentada en su cama mirando las fotos que Emma y ella se habían hecho con el móvil en los cuatro años y pico que había estado cuidando a la niña. De John solo tenía una, que les había hecho Víctor a traición en Nochevieja. La había mirado tantas veces desde que él se había ido que podía evocarla de memoria sin fallar ni en un detalle. Y odiaba pensar que pronto aquella foto tal vez sustituiría a los verdaderos recuerdos. No sabía ni cuándo volvería a verlo ni si ya habría encontrado a otra para entonces.

—Vístete, vamos a salir.

—Miranda, no me apetece mucho, estoy cansada.

—Chorradas. Estoy harta de verte lloriqueando. Tú no eres así. Vístete y andando.

No pudo resistirse a la insistencia de Miranda, así que finalmente accedió y se arregló para salir. Desde que se habían marchado Emma y John parecía que incluso su guardarropa estaba de luto, todo lo que se compraba era negro, gris, morado o granate. Se habían acabado las explosiones de color y las uñas atrevidas en fucsia, naranja o blanco. Parecía una versión gótica de sí misma. Se puso un pantalón negro, una camiseta a rayas gris y negra y botas militares negras, con su cazadora de cuero. Se recogió el pelo en un moño adornado con un par de palillos metálicos.

Miranda puso los ojos en blanco cuando la vio lista para salir.

—Anda, guapa, que a ver si te empiezas a salir del look «Reina de los condenados», que ya te vale...

—¿Qué? Me siento bien así. ¿Algún problema?

—Que pareces un vampiro, solo eso. Venga, vámonos, que he quedado con Víctor a las nueve y ya vamos tarde.

Cenaron en un chino, Víctor, Miranda, Olga y ella. Habían quedado con Isaac más tarde, como de costumbre. Carlota agradeció la insistencia de sus amigas, porque lo cierto era que se estaba divirtiendo como hacía mucho que no se divertía. Tenía veinticinco años, no podía convertirse en una monja de clausura.

Después de cenar tomaron un café en un sitio pequeño y bohemio que les gustaba mucho, y se fueron al primer local, donde habían quedado con Isaac. A pesar de que estaban con sus respectivas parejas, Miranda y Olga tuvieron buen cuidado de no dejarla sola en ningún momento. Incluso Víctor la trataba como si fuera su hermana pequeña. Consiguió bromear y bailar, y se lo pasó

realmente bien, sobre todo teniendo en cuenta el estado de ánimo en el que llevaba sumida al menos mes y medio.

En el segundo bar se encontraron un par de amigos de Víctor. Carlota, se puso en guardia por un momento, como solía hacer siempre que veía a alguno de ellos, pero Jairo no estaba allí.

Salieron de aquel bar un par de copas más tarde para ir a un tercero. La música era alternativa, oscura y provocadora. Las chicas empezaron a bailar mientras Víctor e Isaac se tomaban una copa mirándolas. Una compañera de trabajo de Olga se acercó a saludarla. Estaba de cena con un grupo bastante grande y alguno de los chicos se acercó también. Se saludaron y Víctor no tardó mucho en reclamar a su novia, que había llamado la atención de más de uno mientras bailaba con Carlota. En el momento en que Miranda se giró hacia Víctor, Carlota sintió un cuerpo casi pegado a su espalda, y una voz grave y ronca en el oído.

—Tú eres Carlota, ¿verdad?

Se giró y tuvo que mirar hacia arriba. Era un chico alto, o más que alto, realmente grande. Tenía una espalda formidable y unos brazos en los que se adivinaban montones de músculos bajo una camiseta negra ceñida. Sus pantalones también eran negros. Su pelo oscuro estaba cortado al estilo militar, y en su cabeza casi rapada se apreciaban unas cuantas cicatrices pequeñas. Debía de haber sido una buena pieza de niño, pensó Carlota. Llevaba además una perilla que le daba un aire de pirata, y tenía un par de piercings en una oreja.

—¿Te conozco?

—Soy Toño.

Carlota lo miró atentamente. No le sonaba de nada. Con aquella pinta de pirata, si lo conociera, lo recordaría.

Iba a preguntarle de qué la conocía, pero entonces un borracho pasó junto a ella y casi la tira. El pirata estuvo rápido de reflejos y la cogió casi al vuelo, estrechándola contra él. Carlota tragó saliva al sentir el pecho fuerte y las manos grandes de aquel tipo.

—¿Estás bien?

—Sí, eso creo.

—¿Quieres otra copa?

—No, gracias, creo que ya he bebido bastante.

—Te saco una Coca-cola, si lo prefieres. No pretendo emborracharte.

Carlota sonrió. Sonó exactamente como si quisiera decir lo contrario. Y la miró como si no quisiera solamente emborracharla, sino también empostrarla contra la pared del bar y follarla salvajemente hasta hacerla gritar a pleno pulmón.

Mientras él le tendía una Coca-Cola, negó con la cabeza. Empezaba a estar necesitada de sexo, no era normal pensar cosas así, por muy sexi que fuera aquel amigo de la amiga de Olga.

Toño se quedó hablando con ella, mientras Víctor y Miranda empezaban a hacerse arrumacos, y Olga e Isaac, que eran más discretos, charlaban medio abrazados cerca de ellos. Él empezó a acercarse más, le puso la mano en la cintura y le susurró con su ronca voz de encantador de serpientes:

—Baila conmigo, morena.

Se pegó a ella, que pudo sentir cada centímetro de su cuerpo, duro como una roca. Empezaron a mecerse al compás, bailando, si es que aquello realmente era bailar. Los instintos de Carlota empezaron a despertar y, aun así, cuando él se inclinó sobre su boca y rozó sus labios sobre los de ella, estos no lo reconocieron. La lengua de él empezó a pedir, o más bien exigir acceso a su boca, y entonces Carlota lo apartó de un empujón.

No podía, no era John.

—Toño, no... Lo siento. Creo que mejor me voy.

Se giró y cogió su cazadora sin más explicaciones. Olga y Miranda reaccionaron al unísono, cogiendo sus cosas y saliendo tras ella, con sus chicos pisándoles los talones.

Olga la miró preocupada cuando la alcanzaron.

—Carlota, ¿qué ha pasado?

—El amigo de tu amiga... me ha besado, y yo... Él me gustaba, pero... no es John. ¡Dios..., me siento como si le estuviera poniendo los cuernos y no ha sido más que un beso! ¡Medio beso, en realidad!

—No le estás poniendo los cuernos, Carlota, él te dejó —replicó Miranda.

—Díselo a mi estúpido cerebro atrofiado. Casi me dan arcadas cuando he sentido su lengua. Me sentía una sucia traidora.

Olga la miró seriamente.

—¿Te ha dicho que era amigo de Marga?

—No... Pero sabía mi nombre y como se ha acercado con ella... ¿No es amigo suyo?



—No, porque me ha preguntado quién era el pirata buenorro que estaba contigo.

—Pues se llama Toño, pero ahora ya me has dejado con la mosca porque... si no es amigo de Marga, entonces... ¿de qué me conoce?

## CAPÍTULO 34

Carlota seguía preguntándose por la mañana quién sería aquel tipo. En realidad había sido bastante cortés con ella, incluso cuando la había besado no había sido agresivo ni prepotente. Eso sí, se veía que estaba acostumbrado a llegar y besar el santo, como suele decirse. Su rechazo lo había cogido por sorpresa.

Sin embargo, el recuerdo más vívido de aquella noche fue durante varios días lo mal que se había sentido por besar a otro que no fuera John.

El día de la inauguración Carlota y Miranda se despertaron temprano, nerviosas y excitadas como no se habían sentido quizás desde su Primera Comunión. Se pasaron la mañana en la pastelería horneando pastelillos, galletas y *cupcakes* y ultimando detalles para la pequeña fiesta que tendría lugar esa tarde. Iban a venir todos: Olga, que había cambiado su turno para poder asistir, Isaac, Víctor y algunos de sus amigos, Saúl y Sandra, que tanto les habían ayudado con el proyecto, algunas compañeras de la universidad que se habían enterado de que por fin habían conseguido montar su propio negocio como siempre habían soñado y, por supuesto, su familia casi al completo. Los padres de Miranda y su hermana Esther iban a venir en coche, así como los padres de Carlota y una buena representación de sus hermanos y sobrinos. Estaban todos emocionadísimos, tanto como para pegarse casi dos horas de coche para asistir y volverse a Cuenca para la hora de cenar.

Solo iban a faltar Emma y John.

A la hora de comer tenían todo dispuesto, así que se fueron a casa a prepararse, comer algo y tratar de tranquilizar sus nervios.

Víctor había pedido fiesta en el trabajo para acompañar a su chica, y se presentó en su casa poco después de comer. A eso de las cinco, empezó a llegar la familia. Los primeros fueron los padres y la hermana de Miranda, y poco después, la familia de Carlota: sus padres, su hermana Marisa con las niñas, su cuñada Lourdes con los niños y Hugo con Maca. Carlota saludó a la novia de su hermano, tan feliz por él como sorprendida por el hecho de que

una mujer aún consiguiera mantenerlo interesado después de casi tres meses, cuando a Hugo ninguna le duraba más de un par de semanas, o poco más. Pero Hugo la miraba como si fuera una diosa que se hubiera dignado a bajar del cielo para estar con él, un pobre mortal. Ella era una chica menuda, agradable y espabilada, y también se veía que estaba loca por él.

Por lo menos una pareja feliz, pensó Carlota suspirando.

—¿Y tu americano? —preguntó Hugo adivinando sus pensamientos.

—En Nueva York.

—¿Y no sabes cuándo vuelve?

—Supongo que en verano.

—Parecía un buen tipo, pero ¿sabes qué? —le preguntó pasándole un brazo cariñosamente por los hombros.

—¿Qué?

—Que él se lo pierde.

A las seis de la tarde, la pastelería bullía de actividad, y familiares y amigos admiraban el resultado del duro trabajo de los últimos tres meses, degustando un pastelillo con un café o un té y, por ser el día que era, con una copa de cava. Al cabo de un rato abrieron las puertas a todo el que quisiera entrar y repartieron *cupcakes* y galletas a los curiosos que se atrevieron a acercarse. Cuando se agotaron las existencias que habían preparado para la ocasión, recogieron y cerraron, cansadas pero muy satisfechas e ilusionadas.

Cuando Carlota llegó a casa y miró el correo tenía un nuevo e-mail de Emma. Le extrañó un poco, porque esa semana se suponía que estaba con su madre, pero se apresuró a leerlo. Lo mismo la niña sabía manejar por sí sola la cuenta de correo que John le había abierto.

*«Hola, Carlota.*

*Te escribo porque estoy muy triste. Estoy en casa de mamá, pero Michael me ha ayudado a escribirte porque se lo he pedido por favor. Ayer me escribió mi amiga María, que dice que se acuerda mucho de mí. Yo también la echo mucho de menos. El único amigo que tengo aquí es Will, y lo quiero mucho, pero quiero volver a mi colegio, con mis amigas, y a mi casa, bueno, a la casa de papá en Madrid. Se lo volví a pedir a papá, y también se lo he dicho al doctor Jackson, porque seguro que se lo cuenta a mis padres, pero hasta ahora nadie me hace caso. Y ayer cuando vine con*

*papá para quedarme aquí esta semana, mamá y él estuvieron hablando y acabaron discutiendo y gritando. Mamá y papá nunca discuten ni se gritan, y no me gusta. Sobre todo porque sé que es por mi culpa. Y sé que mamá no quiere que me vaya porque me quiere mucho, y yo tendría que querer estar aquí con ella, pero es que me quiero ir. No me importa venir en vacaciones, yo también la quiero mucho, y también a Michael, y a mi hermanito aunque todavía no lo conozca, pero no quiero estar aquí. Quiero irme con papá a Madrid.*

*¿Has abierto ya la pastelería? Tengo muchas ganas de verla. Por favor, cuéntame cosas. Te echo mucho de menos.*

*Te quiero mucho.*

*Emma»*

Se le hizo un nudo en la garganta. Las cosas no mejoraban para Emma. Ni con psicólogo ni sin él. Y ella no podía hacer nada por ayudarla.

Al día siguiente empezó el trabajo. Las dos amigas se levantaron ilusionadas y abrieron su pastelería con todas las ganas imaginables. La mañana empezó muy tranquila, Miranda atendía y Carlota iba sacando bandejas de *cupcakes* de diferentes sabores: de chocolate, de vainilla con nueces, de coco, de naranja, de terciopelo rojo y de zanahoria, que a Carlota le encantaban. También había preparado galletas decoradas con glasa horneadas con un palito a modo de piruleta, que eran éxito seguro con los niños. Volvió a acordarse de Emma una vez más. Algunas veces le había llevado galletas de esas y a la niña la cara de ilusión le duraba varios días.

Hasta mediodía la clientela se limitó sobre todo a señoras mayores muertas de la curiosidad y de las ganas de presumir de que ya habían estado en «aquel sitio tan coqueto». Los colegios ya estaban de vacaciones de Semana Santa, así que también había algunos niños que se encaprichaban de las delicias que se veían en el mostrador y arrastraban al interior a madres y abuelas, principalmente.

Por la tarde tuvieron la suerte de que salió un poco el sol, y el parque se llenó de niños. Y muchos de los que llegaban o se iban veían la nueva pastelería y decidían entrar a ver qué había. Tomaron nota de que debían llamar a Saúl para agradecerle sus acertados consejos, porque el diseño del local, además de ser cómodo y práctico, era muy atractivo. Para ser el primer

día, el éxito fue rotundo.

Y lo mismo pasó al día siguiente, y al otro. Empezaron a tener clientes más o menos asiduos en pocos días. Se notó un poco de bajón en los días festivos, pero tampoco tanto como habían esperado. Y antes de darse cuenta, se plantaron en el sábado.

El viernes habían recibido un pedido de ingredientes que solo habían podido colocar a medias, así que desde por la mañana estuvieron buscando un rato para acabar de colocarlo. La zona de almacén estaba justo a la entrada de la trastienda en la que tenían el obrador, pero la tarea más importante a primera hora era hornear, así que el pedido tuvo que esperar. Cuando Carlota hubo sacado suficientes dulces para empezar el día empezaron a turnarse en el mostrador mientras iban poco a poco poniendo las cosas en su sitio, pero llegó la hora de comer y apenas habían colocado la mitad. Los primeros días se habían turnado para salir a comer, pero ese día, Miranda salió a por unos bocadillos para quedarse a comer las dos y acabar las tareas pendientes. Carlota acababa de quedarse sola con una señora que se estaba tomando un té con un *muffin* de chocolate blanco sentada en una mesa junto a la puerta, cuando un chico alto y moreno entró por la puerta. Tenía el pelo rapado estilo militar, piercings en una oreja, y una inconfundible perilla de pirata.

—Hola, morena, bonito sitio.

Carlota lo miró con desconfianza enarcando una ceja.

—¿Qué haces tú aquí?

Se acercó hasta apoyar los codos sobre el mostrador, a escasa distancia de Carlota.

—Esperaba por lo menos un «hola, Toño, me alegro de verte».

Ella repitió con sorna:

—Hola, Toño, ¿qué coño haces aquí?

Se dio cuenta de que todavía había una cliente en la pastelería y miró de reojo hacia su mesa. La señora estaba limpiándose las migas con una servilleta y se disponía a marcharse. Carlota respiró aliviada, parecía que no la había oído.

—Me han hablado de tu negocio y he decidido venir a verlo.

—¿Y quién te ha hablado de mi negocio, si puede saberse?

—Tenemos amigos comunes, por si no lo sabías.

—Bueno, pues ya lo has visto. ¿Quieres algo?

—Oye, después de cómo te largaste el otro día esperaba que fueras un

poco menos borde conmigo ¿sabes?

—Pues lamento no cumplir con tus expectativas.

—¿En serio?

—No, lo cierto es que no lo lamento.

—¿Y lamentas haberme besado?

Antes de que Carlota pudiera responder que había sido él quien la había besado a ella, oyó una vocecita que gritaba emocionada «¡Carlota!» y Emma corrió hacia ella desde la puerta. John la miraba desde allí con sus ojos azules fríos y distantes.

«Oh, joder, le ha oído» pensó inmediatamente. Cogió aire y salió a abrazar a Emma con una sonrisa radiante, ignorando a Toño. Ya se ocuparía de él en otra ocasión.

—¡Emma! Pero ¿cuándo habéis venido? ¿Cómo no me habéis avisado?

Miró a John poniendo un claro reproche en sus ojos color chocolate. Podía haberle dicho que regresaban. Llevaba dos meses muriéndose por verlo y sin saber cuándo llegaría ese día, y ahora él ni siquiera se dignaba a avisar.

—Papá me lo dijo hace solo dos días. Al final mamá me dejó venirme con él. ¡Estoy en casa, Carlota!

—¡Me alegro muchísimo, cariño! Te he echado mucho de menos.

«Os he echado muchísimo de menos» debería haber dicho. Pero John seguía sin decir nada. Miraba a Toño como si pudiera atravesarle el corazón con sus fríos ojos azules, y su rostro seguía siendo una máscara de impasibilidad.

Toño se había mantenido al margen, pero acabó por notar la mirada de John. Lo estudió por un instante y al final se apartó del mostrador y se despidió de Carlota con una sonrisa torcida.

—Bueno, otro día me paso y hablamos. ¿Te veré esta noche?

—No cuentes con ello.

Él se marchó haciendo sonar sus botas militares, y ni siquiera miró a John cuando pasó junto a él. Carlota rezó para que él no malinterpretara lo que pudiera haber oído.

Pero por supuesto lo había malinterpretado.

John respiraba como si un búfalo acabara de patearle las costillas. Habían llegado aquella mañana muy temprano y habían ido directamente a casa para descansar unas horas. Nada más llegar al portal, antes incluso de

bajarse del taxi, había visto el rótulo de la bonita pastelería de Miranda y Carlota. Ni siquiera sabía hasta entonces qué nombre le iba a poner a su negocio, pero no se le podía haber ocurrido uno mejor: LA TENTACIÓN MÁS DULCE.

No sabía cómo serían los pasteles, pero para él, no había tentación más dulce que ella.

Y ahora la tenía justo debajo de su casa.

Había necesitado toda su capacidad de persuasión para convencer a Emma de que tenían que descansar un rato y de que ya volverían más tarde a la pastelería cuando estuviera abierta para ver a Carlota.

Y ahora, nada más asomarse por la puerta, se encontraba un tío cachas tonteando con ella, a solas, volcado casi encima del mostrador. Y encima le había oído perfectamente preguntarle si se arrepentía de haberlo besado.

Le había costado un esfuerzo titánico aguantarse las ganas de estamparle su rapada cabeza contra la pared.

Joder, no esperaba que se echara corriendo en sus brazos, pero tampoco que lo hubiera sustituido con tanta facilidad.

Ella lo miró con sus ojos profundos nublados por algún tipo de temor, pero brillantes por la emoción. Obviamente se alegraba de ver a Emma, pero ¿de qué tenía miedo? ¿De su reacción por haberla pillado in fraganti?

—Hola, John, me alegro de que estéis de vuelta.

—Solo pasábamos a saludarte.

Emma lo interrumpió emocionada.

—Papá ¿podemos ir a cenar los tres esta noche, como aquella vez que fuimos al cine?

Miró a uno y a otro, esperando un gesto de alguno de los dos. Carlota contenía la respiración.

—Cariño, Carlota seguramente tiene planes. Tal vez pensaba salir con su novio.

Emma lo miró como si estuviera loco, y Carlota tensó la mandíbula. Parecía furiosa, y hasta ofendida. ¡Menuda caradura!, pensó John.

—Pues no, no tengo planes, pero no quiero molestaros, no te preocupes.

Emma le preguntó, incrédula.

—¿Ese era tu novio?

Carlota respondió sin apartar la mirada de John:

—No, cariño, solo era un conocido.

En ese momento llegó Miranda, que se quedó mirando la estampa con una mezcla de sorpresa e incredulidad. Inmediatamente se percató de que la tensión entre ellos podía cortarse con un cuchillo.

—Hola, John. Hola, Emma, ¿te acuerdas de mí?

—Sí, tú eres Miranda. Os ha quedado muy bonita la pastelería.

—Gracias. ¿Quieres ver lo que hay dentro?

Le guiñó un ojo y la niña entendió inmediatamente que su padre y Carlota podían necesitar unos minutos a solas.

—Sí, por favor.

Y sin preguntarle a su padre se agarró a la mano de Miranda y se perdieron en la trastienda.

Carlota se quedó mirando a John de frente, con un cúmulo de emociones peleando en su interior. Quería abrazarlo, quería abofetearlo por no haberle dicho ni siquiera que volvían, quería comérselo a besos pero, sobre todo, quería que dejara de mirarla como a una extraña. Solo tardó unos segundos en coger el toro por los cuernos. Emma no se iba a pasar la tarde en la trastienda.

—¿Por qué no me avisaste de que volvíais? ¿Os quedáis o volvéis a Nueva York?

—Hemos vuelto para quedarnos. Al final Su y yo hemos llegado a un acuerdo con la custodia. Emma estaba cada vez peor y no tenía sentido obligarla a estar allí cuando en realidad yo podía volver perfectamente a España —y de hecho estaba deseando volver, por ella, aunque el orgullo le impedía decírselo.

—¿Y por qué no me has avisado?

Se acercó lentamente a él, temiendo ser rechazada si se aproximaba demasiado, pero necesitando de todos modos su cercanía y su contacto.

—No parece que me hayas echado de menos.

—¿Lo dices por Toño?

—¿Hay algo entre vosotros?

—No. Solo es un tipo que conocí en un bar. Me besó y no hubo nada más. Y no creo que tenga que darte explicaciones al respecto, en cualquier caso. ¿Me vas a decir que tú no has salido con nadie en dos meses?

Él dudó, cogido por sorpresa por su sinceridad y su forma directa de abordar las cosas.

—Salí con una compañera de trabajo, una vez. No he tenido ni tiempo ni ganas de salir con nadie.



—Qué me vas a contar...

John aún luchaba contra la invisible fuerza que lo empujaba a cogerla en sus brazos y besarla furiosamente, hasta dejarle claro que no quería que besara a nadie más que a él.

Y entonces entraron un par de clientas. Carlota se apartó de él, maldiciendo para sus adentros.

—¿Te llamo luego?

—Mejor que no. Emma y yo tenemos mucho que hacer y el viaje ha sido cansado. Mañana hablamos.

Llamó a su hija, que salió con Miranda y los miró intrigada, pero no dijo nada al ver que había entrado gente.

Emma le lanzó un beso y salieron sin decirle nada más.

No había sido un reencuentro muy halagüeño, pero estaban de vuelta. Por el momento, con eso le bastaba.

## CAPÍTULO 35

Carlota y Miranda tuvieron también bastante trabajo aquella tarde, aunque consiguieron acabar de colocar el pedido en el almacén. Después de cerrar, Miranda se fue a cenar con Víctor, y Carlota decidió irse a casa. No le apetecía salir, de todos modos no había posibilidad de encontrarse a John, que probablemente se quedaría en casa con Emma, y además, no quería encontrarse con Toño. Bastantes problemas le había causado ya el pirata.

La pastelería también abría el domingo por la mañana, aunque a una hora razonable. A las diez de la mañana Carlota entró para ir adelantando trabajo. Miranda llegaría en un rato. No hubo mucho movimiento, pero le sirvió para ir poniendo en orden los datos de la semana. Y para lo que habían previsto, eran bastante buenos.

La mañana se pasó en un abrir y cerrar de ojos. A la hora de cerrar, Carlota decidió que ya le había dado margen a John para descansar, y que tenía que hablar con él, urgentemente.

—Vete tranquila, Miranda, ya acabo yo de cerrar. Quiero hablar con John, de todas formas. Si es que me deja.

—¿Qué pasa ahora con vosotros? —inquirió Miranda con el ceño fruncido—. ¿Vuelve después de dos meses y estáis de morros?

—Pues ya ves. Pero se le va a acabar la tontería enseguida, porque estoy harta de perder el tiempo.

—Esa es mi chica. ¡A por él, y no dejes ni las migas!

Carlota sonrió, Miranda se quitó el delantal, cogió su bolso y su cazadora y se dispuso a marcharse. Para sorpresa de ambas, John entraba por la puerta en ese momento.

—Perdón... ¿Habéis cerrado ya?

—Estamos en ello, pero puedes entrar, seguro que Carlota te atiende... yo diría que tú eres VIP —se burló Miranda guiñándole un ojo a su amiga al tiempo que salía cerrando la puerta tras de sí con desparpajo.

Carlota se quitó el delantal y lo miró fijamente.

—Qué casualidad, estaba a punto de llamarte.

—¿Ah sí? ¿Para qué?

—Si necesitas que te lo explique, eres más tonto de lo que parecías.

John levantó una ceja y abrió la boca para responderle con alguna frase cortante. Acababa de insultarlo. Sin embargo, el reproche se quedó en el aire. Carlota lo estaba mirando como una gata a punto de comerse a un ratoncito. Y el ratoncito sin duda era él.

Ella salió del mostrador y caminó hasta la puerta. Echó la llave y cerró las cortinas de los ventanales. Después se giró hacia él.

—¿Se puede saber por qué me estás castigando si el que se marchó fuiste tú?

John se quedó mudo una vez más. Había perdido la costumbre de hablar con ella, siempre tan directa y práctica.

—¿Quién era el macarra de ayer?

—Ya te lo dije, solo un tío que conocí en un bar. ¿Estás celoso y por eso no quisiste que saliera ayer con Emma y contigo?

Sí. Pero pensándolo así, en frío, ahora le parecía un comportamiento infantil y hasta ridículo.

Mientras John buscaba las palabras adecuadas, Carlota lo miró de arriba abajo, ganando confianza en sí misma por momentos. Él no era tan inmune a ella como quería aparentar, y lo sabía. Y además estaba siendo muy injusto, y ella empezaba a cabrearse con aquella pataleta de niño de primaria.

—No tienes derecho a enfadarte conmigo porque no te siguiera a Nueva York, no es justo. Yo no te pedí que te quedaras aquí conmigo y renunciaras a Emma, pero desde el momento en que te dije que no podía ir contigo me echaste a patadas de tu vida. Me ignoraste hasta el mismo momento de marcharos, y me has seguido ignorando el mes y medio que habéis estado fuera. Yo soy la que debería estar enfadada contigo, tengo motivos más que de sobra. —Él empezó a dudar si debería disculparse, pero Carlota seguía concentrada en cantarle las cuarenta, sería mejor no interrumpirla. Se paseaba a medio metro de él como una leona dispuesta a saltar sobre él en cualquier momento, con los ojos echando chispas de pura rabia—. Y te pones celoso por ese gilipollas cuando lo único que pasó fue que me besó y yo lo aparté. Lo aparté, ¿entiendes? Podía habérmelo tirado sin remordimientos, porque al fin y al cabo tú me dejaste, pero pasé de él. Porque no eras tú. Y eso que estabas en la otra punta del mundo y ni siquiera sabía si volverías.

John alargó la mano, la cogió por la muñeca y la atrajo hacia sí de un

fuerte tirón. Carlota se empotró contra su pecho firme, sorprendida por aquel impulso repentino.

—Si vuelves a mencionar la posibilidad de tirarte a ese gilipollas o a cualquier otro, te pongo el culo tibio en menos que canta un gallo.

Ella lo miró asombrada, y luego sonrió provocativamente, restregándose con descaro contra él.

—No te lo crees ni tú.

—¿Quieres comprobarlo?

En ese momento John empezó a ser consciente de que su cuerpo ya estaba reaccionando ante ella. Los vaqueros le apretaban dolorosamente. La deseaba desesperadamente. Llevaba demasiado tiempo echándola de menos.

—Ahora mismo necesito tanto que me toques que creo que hasta un par de azotes podrían ser bienvenidos...

Carlota deslizó su mano libre suavemente por el ancho pecho de John, bajando hasta su cintura y un poco más abajo, hasta presionar contra su erección. Él dudó solo una décima de segundo y luego la empujó hacia la trastienda, estrechándola aún entre sus brazos.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó ella, divertida, fingiendo un enfado que ya no sentía.

Él le mordisqueó suavemente el lóbulo de la oreja y le susurró con voz profunda.

—Te acabas de ganar un polvo de castigo.

Ella soltó una sonora carcajada. De castigo o de reconciliación, en el fondo daba igual, un polvo era un polvo y lo necesitaba. Necesitaba sentir de nuevo aquella conexión con él.

Él también sonrió, desmintiendo con aquella sonrisa la connotación de «castigo» que acababa de darle al polvo prometido. No quería castigarla, obviamente. Solo se trataba de marcar territorio, de reclamarla como suya.

Porque lo era, y no dejaría que lo dudara nunca más.

Carlota empujó la puerta de la trastienda con el pie para cerrarla, y John miró alrededor. Todas las superficies estaban ocupadas con moldes, bandejas, o cajas para guardar tartas y pasteles. Había una mesa grande sobre la que ella evidentemente había estado trabajando en unas galletas de glasa que estaban ahora pulcramente distribuidas sobre rejillas para secarse al aire. Al fondo vio un pequeño escritorio repleto también de papeles y un trozo de pared

libre.

La miró a los ojos, como pidiéndole permiso. Ella se zambulló en los ojos azules de él, hasta profundidades insospechadas. Lo había echado tanto de menos que le dolía todo el cuerpo de necesidad por él.

Las bocas de ambos se encontraron a medio camino, buscando un beso los dos al mismo tiempo. Se devoraron con ansia, furiosamente, como si llevaran dos meses muriéndose de hambre. Ya se tomarían las cosas con calma más tarde, cuando estuvieran saciados el uno del otro.

John metió las manos bajo la minifalda vaquera de ella y se la subió hasta la cintura. Llevaba un tanga fino debajo. Esbozó una sonrisa torcida y Carlota supo sin dudar a dudas que acababa de quedarse sin tanga.

Un tirón brusco y la pequeña prenda quedó tirada en el suelo hecha una pena.

—Me debes uno.

—Te compraré los que quieras.

Volvió a besarla y ella le correspondió con ansia. Sintió la mano de él deslizarse de nuevo hacia arriba, esta vez por la cara interna de sus muslos, suavemente, hasta encontrar el punto sensible entre sus piernas. Dejó escapar un gemido impaciente cuando él la acarició una y otra vez, antes de deslizar el dedo en su interior. No solo estaba lista, estaba desesperada.

Carlota apenas tuvo tiempo de empezar a desabrocharle la camisa. Al final decidió que el tanga bien podía compensarse con un par de botones y la abrió de un tirón. Él protestó cuando sintió saltar los botones.

—¡Oye, ten cuidado!

—Te aguantas, eso por los tangas.

Él le mordió suavemente la mandíbula en respuesta, y ella gimió estremeciéndose entera y apretando el dedo de él en su interior.

—Por cierto, me gusta esa perilla que te has dejado... Nueva York te ha sentado bien.

Él sonrió. Pensaba que ella no se había dado cuenta. La llevaba muy recortada y pulcra, pero para él era una novedad de la que estaba casi hasta orgulloso.

—Gracias, me alegro de que te guste.

Movió el dedo un poco más rápido, mientras Carlota peleaba con el cinturón. Una vez que él le dio espacio para soltarlo, desabrochó rápidamente el botón de los vaqueros y le bajó la cremallera. Deslizó los pantalones hasta

sus caderas, solo lo imprescindible para bajarle también el bóxer de Dolce and Gabbana. Su gloriosa erección saltó como movida por un resorte tan pronto como se vio libre de la ropa interior.

John sacó la mano de la entrepierna de Carlota, la cogió en volandas y la empujó contra la pared, mientras ella rodeaba con sus piernas las caderas de él. Continuaron besándose mientras él la sostenía con una mano al tiempo que le abría la blusa con la otra. Un botón saltó también víctima de su impaciencia, y poco después bajaba las copas del sujetador para lamerle con avidez los pezones, uno detrás de otro. Su pene erecto buscaba ya el camino al interior de la mujer que lo volvía loco, cuando se detuvo en seco, pensando frenéticamente.

—¡Condomes! ¡Joder, no tengo condones!

Carlota puso los ojos en blanco y se aferró a él con fuerza.

—¿Y vas a tener el valor de dejarme así?

Mientras John sopesaba sus opciones, que en realidad no eran muchas, ella le acarició el mentón con los dientes, rozándolo después con la punta de la lengua. Dejó caer la pregunta con suavidad, temiendo un poco por la respuesta de él.

—¿Te acostaste con alguien en Nueva York?

Él la miró fijamente, la sangre golpeando con fuerza en sus venas.

—No.

—Yo tampoco lo he hecho. Y tomo la píldora, ya te lo dije.

Él dudó una fracción de segundo más, mientras Carlota se apretaba aún más contra su cuerpo tan duro que dolía, susurrándole al oído:

—Por favor..., necesito sentirte.

Cayó sobre su boca como un halcón al tiempo que se deslizaba dentro de ella de una sola embestida. La sujetó con fuerza por los muslos y empezó a bombear con furia. El cuerpo de ella tardó solo unos segundos en reconocerlo, aceptarlo y adaptarse a él. Carlota echó atrás la cabeza y gimió, extasiada al sentirle sin barreras por primera vez.

John dejó su boca para lamer su cuello y morderla con suavidad, chupando después con avidez y mordiendo de nuevo un poco más fuerte.

Carlota se dejó hacer y sonrió. La estaba marcando, con toda probabilidad, pero a ella no le importaba. John Connor haciendo un chupón a sus treinta y cinco años... Aquel hombre no dejaba de sorprenderla.

Presionó sobre él mientras seguía embistiéndola cada vez más rápido y

más fuerte. John apretó los dientes.

—Carlota... No hagas eso.

—Impídemelo si puedes —se burló ella.

Él le abrió más los muslos con las manos mientras se esforzaba por contenerse y buscaba la forma de rozarse más con ella. Aquella pequeña bruja lo estaba empujando al límite demasiado rápido.

Carlota gimió más fuerte y le tiró del pelo atrayéndolo hacia su boca. Mientras John volvía a besarla lo apretó de nuevo con fuerza en su interior y sintió el placer crecer y desbordarla cuando él entró tan profundo que pensó que jamás podría albergar a otro tan adentro.

El orgasmo fue tan brutal que le clavó las uñas en la nuca y gritó como una posesa. Él se dejó ir inmediatamente después, derramándose en ella con un ronco gemido de pura satisfacción. La sujetó a duras penas, apoyando su frente en la de ella mientras trataba de recuperar el ritmo de su respiración y los latidos de su corazón.

Estaba loco por ella, no tenía ninguna duda. Nunca más la dejaría, y no le permitiría apartarlo de su lado. Haría lo que fuera necesario, pero no pensaba volver a perderla.

Carlota lo miró a los ojos y le sonrió.

—Si eso ha sido un polvo de castigo, cuando me premies me matas.

John rio y le dio un azote en respuesta, lo bastante fuerte como para hacerla gritar, más de sorpresa que de dolor. Después la depositó con cuidado en el suelo, al tiempo que salía de ella.

—Sigues siendo una descarada.

—Y tú un cavernícola.

Ella alcanzó unos pañuelos de papel del escritorio para limpiarse y limpiarlo a él. Se estiró la falda mirándolo con cara de reproche.

—¿Ves lo que has hecho? Ahora tengo que irme a casa sin bragas.

—Te acompaño.

—¿Y después?

—Emma se ha ido a comer a casa de su amiga María, pero podemos ir a recogerla y pasar la tarde juntos los tres, si te apetece.

—Pues claro que me apetece.

—Te he echado de menos.

—Y yo también, no sabes cuánto.

John le acarició la mejilla con suavidad, al sentir en la voz de ella todo

el dolor que le había causado en aquellos dos meses, aún sin proponérselo.

Se arreglaron la ropa y salieron, él con la camisa a medio abotonar y ella con el pelo revuelto. Subieron a casa de John para que él se cambiara de ropa y luego fueron a casa de ella. Miranda y Olga sonrieron al verlos entrar juntos y cogidos de la mano.

—Vengo a cambiarme de ropa.

—Genial. Hola otra vez, John —le dijo Miranda con malicia tras advertir el pelo aún un poco revuelto de Carlota y su ropa exageradamente arrugada— ¿Te ha atendido como a un cliente VIP?

John reaccionó con rapidez, sonriendo.

—Sin duda, pero para ella el cupo de VIP's empieza y acaba conmigo, que quede claro.

Miranda se rio.

—Nosotras no tenemos la menor duda.

Carlota se cambió y fueron a recoger a Emma. La alegría de la niña al verlos llegar juntos les llegó al alma. Pasearon, se sentaron en una terraza a charlar animadamente poniéndose al día de lo que habían hecho en esos casi dos meses a un lado y a otro del charco y, por fin, regresaron a casa para pedir una pizza y cenar los tres juntos viendo la televisión. Al día siguiente Emma no tenía aún colegio y John no empezaba tampoco a trabajar hasta el martes.

—¿Y qué vas a hacer con Emma por las tardes? ¿Tienes canguro?

Él se quedó en blanco. No se había dado cuenta hasta ese momento de que Carlota ya no estaba disponible.

—Joder... Tendré que buscar una nueva, supongo...

Emma frunció el ceño.

—¿Y no puedo quedarme con Carlota en la pastelería hasta que tú vuelvas de trabajar? Si tengo deberes puedo hacerlos allí... y el parque está al lado. Si viene alguna de mis amigas con su madre podría ir a jugar y Carlota me vería casi desde el mostrador.

Antes de que John dijera nada, Carlota se le adelantó.

—Por mí no hay inconveniente, si tú estás de acuerdo.

—¿En serio? ¡Oh, papá, por favor, di que sí!

John suspiró al ver cómo las dos mujeres de su vida se ponían de acuerdo con tanta facilidad.

—¿Seguro que no será una molestia?



—No digas tonterías. Además, ya se me ocurrirá la forma de cobrármelo.

John parpadeó incrédulo, y Carlota sonrió con picardía. Obviamente estaba pensando en sexo.

Emma la miró intrigada.

—Digamos que... ¿cine y hamburguesa una vez al mes, por ejemplo? —preguntó Carlota inocentemente.

Él no pudo menos que sonreír ante su desparpajo.

—Hecho. Pero si en cualquier momento te resulta una carga, me lo dirás inmediatamente.

—De acuerdo, pero no hará falta porque eso no va a pasar.

Emma y ella chocaron la mano con complicidad, y él se rindió ante la evidencia: se pasarían el resto de su vida aliándose en su contra.

Y jamás se habría imaginado que algo como aquello lo hiciera tan feliz.

## CAPÍTULO 36

Aunque le habría gustado quedarse a pasar la noche, Carlota decidió que era mejor regresar a su casa a dormir. Emma estaba encantada de verlos juntos a John y a ella, pero mejor sería hacer las cosas bien y con calma. John le prometió que por la mañana bajarían a la pastelería a hacerle una visita.

Llegó a su casa cansada pero feliz. En el salón aún había luz y se oía la televisión. Se asomó y se encontró a Víctor y a Miranda sentados en el sofá, con las piernas medio entrelazadas.

—Hola, chicos. ¿No trabajas mañana, Víctor?

—Sí, ahora me voy, pero quería hablar contigo primero.

—¿Conmigo? —se extrañó Carlota—. ¿De qué?

Miranda la miraba con preocupación.

—Carlota, ya sabemos quién es Toño.

Aquello sí que la pilló por sorpresa.

—¿Y quién es?

—Es un amigo de Jairo.

—¿De Jairo? ¿Y a qué viene ahora Jairo? Hace meses que no sé nada de él, ni falta que hace.

Víctor seguía mirándola seriamente.

—Jairo ha estado en la cárcel, por eso no has sabido nada de él.

Carlota tuvo que sentarse porque la cabeza le empezaba a dar vueltas.

—¿En la cárcel? ¿Y tú lo sabías?

Víctor asintió con la cabeza.

—Pero ¿por qué no me has dicho nada, Víctor?

La culpabilidad se reflejó en el rostro de su amigo.

—No quería preocuparte más de la cuenta. Cuando rompisteis y tuvo aquel encontronazo con John hablé con él y me prometió que te dejaría en paz, que te daría espacio. Se mantuvo al margen algunas semanas, esperando que lo echaras de menos y lo buscaras de alguna manera. Jairo no tolera bien que lo dejen, y fuiste tú la que lo dejó.

—Me engañó con otra. ¿Qué esperaba?

—Eso para él es secundario, cree que está por encima de esas cosas. El

caso es que se enteró de que estabas con John y se lo tomó fatal, creo que se metió en una pelea, estaba borracho y se había metido algo. Llevaba tiempo tonteando con las drogas y andaba enredado con algunos camellos...

—Joder..., de menuda me he librado. Siento que sea tu amigo, pero vamos, lo tiene todo.

—El caso es que ha salido, Carlota, y no me extrañaría que te buscara. Creo que el tal Toño pretendía tantearte, o vigilarte, o controlar dónde puede encontrarte y con quién.

—¿A mí? ¿Pero qué coño le pasa a ese idiota conmigo? ¿No es capaz de entender que no quiero saber nada de él?

—Toño estuvo ayer en la pastelería ¿no? —le preguntó Miranda con seriedad— Cuando yo llegaba vi salir a un tipo que se le parecía, y cuando entré John estaba cabreado, y parecía muy celoso.

—Sí, estuvo allí, pero charlamos apenas dos minutos y luego llegaron John y Emma y él se marchó.

—Ten cuidado, ¿vale? —le dijo Víctor preocupado—. No me fio un pelo de Jairo, y del tal Toño tampoco.

—Descuida, lo tendré.

El lunes por la mañana Miranda y Carlota se afanaban en la tienda hablando en voz baja de la noticia bomba de que Jairo había estado en la cárcel y posiblemente la estaba buscando. Hasta media mañana no hubo mucho movimiento, así que Carlota puso a su amiga al tanto de las últimas noticias sobre su situación sentimental.

—¡No me puedo creer que te lo tiraras en la trastienda! —susurró Miranda escandalizada mientras miraba de reojo a la única clienta que en ese momento disfrutaba de un café y un trozo de tarta de zanahoria en una mesita junto a una ventana.

Carlota sonrió divertida.

—Si te quieres traer un día a Víctor solo avísame y desaparezco. Pero límitate a la zona del escritorio, mi mesa de trabajo es sagrada.

Miranda se rio con ganas.

—Estás loca. Pero mira, me lo voy a pensar, no suena mal.

En ese momento entraron por la puerta John y Emma. La niña la saludó con una sonrisa radiante.

—¡Hola, Carlota!

—Hola, cariño. ¿Has dormido bien?

—Fenomenal, y tengo un hambre que me muero. Papá, ¿puedo comer un *cupcake* de terciopelo rojo?

—Pues claro, nena.

—¿Y un batido de chocolate?

—Venga, también.

Carlota se lo preparó, sonriendo.

—¿Y a ti qué te pongo?

Él se inclinó sobre el mostrador para susurrarle.

—A mí me pones cardíaco.

Ella se rio y se giró hacia la cafetera con coquetería.

—¿Un café solo y un *cupcake* de triple chocolate?

—Lo que tú digas.

—Pues marchando.

Se sentaron en una mesa y aprovechando que no tenía mucho jaleo, Carlota se sentó un rato con ellos mientras Miranda atendía. Tenía que decirle a John lo de Jairo, pero no sabía cómo. No quería ni preocuparlo ni enfurecerlo, y menos aún que Emma se asustara.

Y entonces Emma dijo que tenía que ir al baño y Carlota aprovechó la ocasión.

—John, Víctor me dijo ayer que Jairo ha estado en la cárcel... y acaba de salir.

En la cara de él se reflejaron casi al mismo tiempo el estupor y la preocupación.

—Pero tú no tienes nada que ver con él, ¿no?

—No, pero Víctor cree que puede querer acercarse a mí. Resulta que Toño es amigo suyo, pero yo no lo sabía.

Él asintió con la cabeza.

—Ten cuidado, ¿vale? No quiero tener que romperle los dientes a ese gilipollas. —Trató de quitarle hierro al asunto, pero era evidente que estaba preocupado por ella.

—Solo quería que lo supieras.

Miranda la llamó porque empezaban a escasear los *cupcakes* y tenía que volver al trabajo.

—¿Os veo luego?

—Vamos a ir de compras, y comeremos por ahí, pero te recogemos esta

tarde cuando cierres. Puedes cenar con nosotros si te apetece.

—Pues claro. ¿Vas a cocinar tú?

—Desde luego —sonrió él—. No creerás que me voy a pasar la tarde de compras para traer comida precocinada...

—Entonces os espero a las ocho.

Los vio salir con una sensación extraña en el pecho. Podía llamarse amor.

Estaban a punto de dar las ocho y la tarde había sido agotadora. Miranda empezó a recoger las mesas mientras Carlota contaba el dinero de la caja.

—Miranda, voy a ir al banco en un momento a hacer un ingreso nocturno. Hay bastante dinero y no quiero que se quede aquí.

—¿Por qué no esperas a que venga John?

—Así tenemos todo recogido y nos vamos en cuanto lleguen. En dos minutos estoy de vuelta.

Ni siquiera cogió su cazadora. Salió rápidamente hacia el banco que estaba un par de manzanas más allá.

John volvía en su coche con Emma de la agotadora tarde de compras. Vio a Carlota regresar del banco caminando con aspecto cansado pero feliz, sonriendo, con las manos en los bolsillos de los vaqueros. Era preciosa, deslumbrante, y era suya.

Estaba a pocos metros ya de la pastelería cuando de un coche estacionado en doble fila salió un tipo vestido de negro, se acercó a Carlota, la agarró de un brazo y la arrastró al interior del coche. Ella se resistió y entonces él le dio un puñetazo en la cara... y se la llevó.

El pánico estuvo a punto de apoderarse de él, pero reaccionó rápidamente. En la pastelería había luz y se veía a Miranda recogiendo sillas. No se había enterado de nada.

—¡Emma, suéltate, necesito que entres corriendo a la pastelería y le digas a Miranda que llame a la policía!

Emma se desabrochó el cinturón de seguridad mientras él bajaba y le abría la puerta.

—¿Qué pasa, papá?

—Dile que Jairo se ha llevado a Carlota y que voy tras ellos.

La niña asintió con expresión aterrorizada, bajó del coche de un salto y

salió corriendo hacia la pastelería. John volvió al asiento del conductor y aceleró haciendo chirriar las ruedas para intentar atrapar a aquel hijo de puta. Si a Carlota le pasaba algo lo mataría con sus propias manos.

Al principio no lo había reconocido, pero lo vio mejor cuando la golpeó. Apretó los dientes y aceleró. Tenía que cogerlo.

El coche no sería difícil de identificar si conseguía alcanzarlo. Era un Golf rojo tuneado, con un alerón bastante escandaloso y unas llamaradas pintadas sobre la carrocería.

Un coche ideal para pasar desapercibido, vamos.

Lo vio apenas quinientos metros más adelante. Le sacaba algo de distancia y había bastante tráfico, pero lo tenía a la vista. Se concentró en no perderlo mientras esquivaba conductores. El atasco de un semáforo lo retuvo unos segundos preciosos, pero estaban en la salida de la ciudad y la carretera era prácticamente recta, no tuvo dificultades para volver a encontrarlo. Buscó en el móvil el número de la pastelería, que Carlota le había dado hacía solo un par de días, puso el manos libres y llamó a Miranda. Esperaba que para entonces la policía ya los estuviera buscando.

Carlota seguía aturdida por el golpe que Jairo le había dado. Le dolía la mandíbula y el pómulo parecía estar hinchándose. Miró a Jairo y trató frenéticamente de pensar.

La había sorprendido. Iba absorta en sus pensamientos, feliz por lo bien que estaban las cosas entre John y ella, cuando había sentido una mano que la agarraba y tiraba de ella, y se había dado cuenta de quién era. Demasiado tarde, no lo había visto venir.

—Ven aquí, tenemos que hablar.

Ella se había resistido.

—Yo no tengo nada que hablar contigo, Jairo, déjame en paz.

La había empujado dentro del coche y cuando intentó escabullirse sintió un puño estamparse contra su cara. El dolor la dejó noqueada un instante. Suficiente para que él subiera al coche y arrancara.

Y ahora él conducía a toda velocidad hacia las afueras.

—¡Ponte el cinturón!

—Deja que me vaya.

Una mano se cerró con fuerza sobre su pelo y tiró. Casi se le saltaron las lágrimas del dolor.

—Ponte el cinturón. ¡Ahora!

—Jairo, por favor...

Se abrochó el cinturón tratando de mantener la entereza. No podía dejar que la viera derrumbarse, se crecería. Probablemente era lo que buscaba.

—Has vuelto con ese gilipollas.

—Tú y yo no estamos juntos. Puedo salir con quien me parezca.

—¡Y una mierda! Podrás estar con otro cuando yo haya tenido suficiente de ti, no antes.

Lo miró sin comprender.

—Jairo, ¿qué quieres?

—Creo que necesitamos tiempo a solas.

—Yo no voy contigo a ninguna parte, déjame volver.

—¿Sabes que llevo meses pensando en ti? Cuando discutimos y ese imbécil se metió pasé unas semanas bastante chungas. Esperaba que me llamaras, pero no lo hiciste. Víctor vino a hablar conmigo y me pidió que te diera tiempo.

—Te pidió que te alejaras de mí.

—Es lo mismo.

—No, no lo es. Por mucho tiempo que me dieras yo no querría volver contigo. Tú y yo realmente no encajábamos, Jairo.

Él conducía con los ojos fijos en la carretera, cada vez más rápido. Sus pupilas estaban dilatadas. Probablemente se había metido algo.

«¿Dónde coño está la policía cuando se la necesita? ¿Es que no hay un jodido radar que nos haga llamar la atención?» pensó Carlota.

—Solo necesitas tiempo para adaptarte a mí, ya verás.

La miró con una cara de loco que Carlota se asustó.

—¿Y qué vas a hacer, Jairo? ¿Retenerme contra mi voluntad?

—Solo hasta que te des cuenta de que yo soy lo que necesitas. En cuanto pasemos un rato a solas recordarás lo buenos que éramos juntos.

Carlota se estremeció. Estaba hablando de sexo. Se le hizo un nudo en la garganta.

—Jairo..., no puedes hacerme esto, yo no quiero estar contigo, no puedes obligarme.

Sus ojos relampaguearon de odio por un instante.

—Por supuesto que puedo. Si me causas problemas, te ataré. Si gritas, te amordazaré. Cuanto antes aceptes que yo soy el único que sabe lo que

necesitas, mejor para ti.

Alargó la mano hacia la entrepierna de ella. Carlota se apartó mirándolo con asco.

—No me pongas las manos encima.

—Le demostraré a Toño que está equivocado.

Ella parpadeó confundida.

—¿Qué pinta Toño en todo esto?

—Le hablé de ti, lo envié a controlarte; pero me dijo que no andabas por ahí golfeando, como yo suponía, que solo parecías estar con ese tío que se cruzó con él en la pastelería.

—No soy ninguna golfa, ¿qué te crees?

—No puede ser que estés en serio con ese tío. Es muy viejo para ti.

—Eso lo decido yo. ¿Cómo se supone que vas a demostrarle a Toño que está equivocado? ¿Y en qué está equivocado? No sé si te sigo...

Mientras hablaba trataba de encontrar una forma de salir de aquel embrollo. Se alejaban de Madrid cada vez más.

—Hoy le he contado que iba a venir a por ti y me ha dicho que te dejara en paz, que no cree que vayas a volver conmigo.

Por una fracción de segundo dudó si seguirle la corriente, pero decidió ser fiel a sus principios. No iba a tratar de engatusarlo, no quería saber nada de él y si se libraba de aquella no sería por dejarse sobar por aquel hijo de puta.

—No voy a volver contigo, Jairo, da igual lo que hagas. Estoy enamorada de John, y es con él con quien quiero estar.

Jairo apretó la mandíbula con rabia, la agarró del pelo y tiró con fuerza hacia él para volver a fijar la vista en la carretera. Carlota gritó de dolor, con la cara a dos palmos de la de él.

—Si vuelves a mencionar su nombre, te reviento la boca.

Carlota miró de reojo a la carretera. Estaban a punto de llegar a una curva cerrada. Tenía que frenar y soltarle el pelo para coger aquella curva, era su oportunidad. A saber lo que haría Jairo con ella si no salía de aquel coche como fuera.

En el momento en que él bajó la velocidad y soltó su agarre para cambiar de marcha y coger la curva, Carlota presionó sobre el cierre del cinturón y abrió la puerta. Ni siquiera se giró para ver a Jairo, que la miraba desconcertado. Saltó del coche en marcha y rodó por el pavimento.



El dolor le quemó el brazo como una llamarada, y se golpeó la cabeza. Oyó un frenazo y un golpe, y entonces vio las luces de otro coche detenerse muy cerca de ella, con otro chirriar de ruedas. Alguien abrió la puerta, salió corriendo y se inclinó junto a ella.

—¡Carlota! Cariño, por favor no me dejes, estoy aquí... ¡Carlota!

Entreabrió los ojos lo justo para ver a John, que la cogió en sus brazos con la cara desencajada por la angustia. Entonces todo se volvió borroso y se desmayó.

Hacía rato que John había hablado con Miranda y no había aún ni rastro de la policía. Seguía a Jairo a una distancia prudencial, esforzándose en no perderlo. No quería poner en peligro a Carlota. Maldecía entre dientes contra aquel gilipollas cuando, de pronto, poco antes de llegar a una curva cerrada, la puerta del copiloto se abrió y Carlota salió rodando por el asfalto.

El Golf rojo hizo un quiebro raro y, en lugar de coger la curva, se salió de la carretera y se empotró contra un árbol.

John arrimó el coche a la cuneta y frenó en seco haciendo chirriar las ruedas. Salió rápidamente al ver que ella no se movía. Se agachó a su lado y la llamó desesperado:

—¡Carlota! Cariño, por favor no me dejes, estoy aquí... ¡Carlota!

Ella entreabrió los ojos, lo miró y después se desmayó.

Escuchó a lo lejos sirenas de la policía mientras sus ojos pasaban de ella al coche accidentado al final de la recta. Esperaba con toda su alma que la pesadilla se hubiera acabado para siempre.

## CAPÍTULO 37

Apenas una semana después, John entró en la pastelería con Emma. Carlota salía de la trastienda con una bandeja de *cupcakes* de chocolate.

—Pero ¿ya estás trabajando? ¿No quedamos en que necesitabas descansar?

Ella dejó la bandeja sobre el mostrador y se acercó para darle un beso rápido en los labios.

—Ya estoy mucho mejor, y Miranda no puede sola con todo. No puedo coger más días, John, ahora soy autónoma. Bueno, empresaria, en realidad.

—¿Y tu madre?

—La he mandado ya para casa. Mi padre lleva demasiado tiempo solo.

Su rostro aún estaba parcialmente amoratado del puñetazo que Jairo le había dado, y tenía un vendaje que le cubría casi por completo el brazo derecho, que había sufrido heridas y quemaduras por el roce con el asfalto. Cojeaba un poco porque se había torcido un tobillo al caer, y tenía raspones por todo el cuerpo pero, por suerte, no había sufrido ninguna herida de gravedad.

En cambio, el malnacido de Jairo se había abierto la cabeza contra aquel árbol. Después de todo había algo de justicia en el mundo.

Carlota se había despertado sobresaltada varias horas después en el hospital. John estaba allí, esperando noticias, asustado y angustiado, mientras Miranda se había quedado con Emma. La policía les había tomado declaración y les había notificado que, según el informe médico, Jairo había muerto en el acto. Carlota no mostró ninguna emoción al enterarse, John pensó que estaba aún en estado de shock.

Por suerte le habían dado el alta con rapidez, y había conseguido convencerla de que se quedara en casa recuperándose durante una semana. Su madre se había trasladado desde Cuenca para cuidarla, a pesar de sus protestas. Tenía que hablar seriamente con aquella cabezota. Cuando le ordenaba algo por su bien, esperaba que obedeciera. Y no solo se lo había ordenado, también se lo había pedido de buenas maneras e incluso le había rogado que fuera razonable cuando ella había sugerido que ya se había tomado

demasiados días libres. Y sin embargo, allí estaba, trabajando.

Emma pidió una porción de bizcocho de nueces para merendar, y Carlota añadió un vaso de leche y una pieza de fruta que sacó de la trastienda. Le pidió a Miranda unos minutos de descanso. John miró a su amiga con un claro reproche en sus ojos azules.

—A mí no me mires así, ya le he dicho que me las podía arreglar sola unos días más. —Se dirigió a Carlota y añadió—: Siéntate y descansa un rato, no hay tanto jaleo.

Carlota se preparó un té verde para ella y un café solo para John, cogió el periódico y se sentó en la mesa que Emma ya había ocupado, con un par de *brownies* para John y para ella.

Emma empezó a merendar mientras se metía de cabeza en el último libro que estaba leyendo. La niña se estaba convirtiendo en una lectora voraz. John miró a Carlota con curiosidad al verla desplegar el periódico.

—¿Te vas a poner a leer el periódico ahora?

—No, quería que me ayudaras con un asunto.

—¿Qué asunto?

—Necesito encontrar piso.

John se quedó pasmado.

—¿Qué?

—Olga e Isaac han decidido vivir juntos, nos lo comunicó hace un par de días a Miranda y a mí. Con lo que nos tocó de la lotería tiene resuelta la hipoteca, así que ya no necesita compartir el piso.

—¿Y Miranda?

—Se va a vivir con Víctor. Llevaban tiempo pensando en dar el paso.

—¿Y tú estás buscando otro piso en alquiler?

—Estoy buscando otro piso para compartir, John. Yo no puedo hacer frente a un alquiler yo sola. He visto un par de ellos. Ya he llamado a uno esta mañana, pero ya conviven allí tres personas: dos chicos y una chica. No sé si me apetece compartir piso con tanta gente. Además, está demasiado lejos.

—Estás loca si crees que te voy a dejar compartir piso con dos tíos.

Emma levantó la cabeza del libro. Su padre estaba enfadado, saltaba a la vista. Y Carlota lo miraba como diciendo: «Tú sí que estás loco si crees que me vas a decir lo que puedo y lo que no puedo hacer».

La niña intervino sin pensárselo ni dos segundos.

—¿Y por qué no te vienes a vivir con nosotros?

Carlota la miró asombrada, como si no se hubiera planteado esa posibilidad. John se avergonzó de que su hija se lo hubiera pedido antes que él.

Ella balbuceó una disculpa mirándolo de reojo:

—Cariño..., no sé si es una buena idea... Creo que es un poco pronto para eso.

John la interrumpió bruscamente.

—Tonterías. Emma tiene razón. Además, no vas a encontrar un piso más cerca de la pastelería.

Carlota lo miró fijamente. Le encantaría vivir con ellos, por supuesto. Su principal reparo era Emma, no quería forzarla a aceptar una relación entre John y ella para la que tal vez no estaba del todo preparada. Ni siquiera se había quedado a dormir en su casa estando allí la niña, lo cierto era que no les había dado tiempo. Pero también estaba un poco decepcionada con él. En cierto modo entendía que era pronto para dar ese paso, pero también le dolía tener que buscarse piso nuevo y adaptarse a gente nueva cuando con quien quería despertarse cada mañana era con él.

John continuó hablando, sin dejar de mirarla a los ojos.

—Emma... ¿podrías dejarnos a solas cinco minutos? Necesito hablar con Carlota.

La niña se levantó inmediatamente.

—Claro, papá. Creo que le preguntaré a Miranda si necesita que ordene algo dentro.

Le guiñó un ojo a su padre y se marchó sonriendo.

Carlota estaba dispuesta a empezar a discutir con él. No pensaba obligarlo a aceptarla en su casa solo porque tuviera que mudarse. No quería que aquella decisión fuera provocada por la lástima ni por la caridad.

Pero entonces él le cogió la cara con las manos y la besó, lenta y profundamente. La sangre de Carlota alcanzó el punto de ebullición en cuestión de segundos, mientras él exploraba su boca a su antojo haciéndole saber que cada milímetro de ella le pertenecía.

Cuando se apartó despacio, mordiéndole el labio con suavidad, a ella se le salía el corazón por la boca. Odiaba que él pudiera trastornarla así con un solo beso.

—Te quiero. Vente a vivir conmigo. Ya has visto que Emma está de acuerdo. Odio que se me haya adelantado, pero... por favor, dime que sí.

Lo miró durante unos segundos, sintiendo que el pecho estaba a punto de estallarle de pura felicidad.

—Sí.

—¡Síiiiiii! —se oyó gritar a Emma desde el mostrador—. ¡Miranda, ha dicho que sí! ¡Se viene a vivir con nosotros!

Carlota sonrió y miró a John. Él se encogió de hombros y sonrió a su vez.

—Vete acostumbrando. Con ella en casa la intimidad va a ser un bien escaso.

—Creo que podré con ello. Además, seguro que despertarme contigo todos los días podrá compensarlo.

—¿Y acostarte conmigo todas las noches?

Tragó saliva mientras todo se apretaba en su cuerpo de cintura para abajo, incluso se sonrojó, y por supuesto lo maldijo por ello. Él se rio entre dientes.

—Te has puesto roja, me encanta. —Carlota entrecerró los ojos y le hizo un mohín de burla. John se puso serio de pronto—. Por cierto, tienes que saber que estoy bastante enfadado contigo.

—¿Ah, sí? —preguntó ella—. ¿Y por qué, vamos a ver?

—Tienes para elegir: por el susto que me diste con el gilipollas de Jairo, por haber estado tonteando con su amiguito el pirata, o por haber empezado a trabajar cuando especificué claramente que quería que descansaras unos días más.

—Siento lo de Jairo. Fui una imprudente, lo sé.

—No volverá a molestarte.

—Sí, también lo sé.

En ese momento oyeron a alguien carraspeando junto a la mesa y se giraron los dos a la vez. John se levantó como un resorte al ver que era Toño quien estaba a menos de un metro.

—¿Qué coño haces tú aquí?

Toño levantó las manos en señal de rendición.

—Eh, tranquilo tío. Solo quería disculparme y ver cómo estaba Carlota.

—Tranquilo, John —intervino Carlota—, no pasa nada.

Toño frunció el ceño al ver su cara magullada.

—Lo siento, Carlota, traté de disuadir a Jairo, pero no me escuchó.

—Me lo dijo, no te preocupes —respondió ella. La cara de él reflejaba

pesar sincero. Sus palabras corroboraron esa impresión.

—Por favor, acepta mis disculpas.

—Por supuesto, disculpas aceptadas

—Ahora ya puedes largarte, ya tienes la conciencia tranquila —  
interrumpió John con cara de pocos amigos.

—Vale, será mejor que me vaya. Veo que te gustan los tipos celosos...

Carlota sonrió.

—Lo tengo controlado, no te preocupes. Gracias por venir.

—De nada, era lo menos que podía hacer.

Toño se dio la vuelta y se marchó sacando un paquete de tabaco del bolsillo trasero de sus vaqueros.

—¿Me tienes controlado? —preguntó John arqueando una ceja.

—Sí, por tus celos patológicos, quiero decir.

—Yo no soy especialmente celoso.

—Pues ya me contarás a qué ha venido ese numerito, cuando el pobre Toño solo quería disculparse.

—«El pobre Toño» te vigiló para ayudar a Jairo, por si no te acuerdas.

—Pero trató de disuadirlo y ha venido a disculparse. La gente merece una segunda oportunidad.

—Hablando de segundas oportunidades... He hablado hoy con Bárbara.

La cara de Carlota se desencajó.

—Esa no merece ninguna oportunidad.

—Ya... Y el de los celos patológicos soy yo.

—¿Qué te ha contado ahora la «Barbie mentirosa»?

—No te pongas a la defensiva. Se marcha.

Ella no puedo ocultar su sorpresa.

—¿Qué?

—Que se va de la empresa. Le han ofrecido un puesto en Londres y lo ha aceptado.

—Por fin una buena noticia sobre ella.

—Sabía que te alegrarías —se burló él—. Y bien, ¿cuándo te mudas a casa?

—¿Tienes prisa?

—Sí. No puedo esperar para dormir contigo a diario.

—Si me echas una mano, en una semana me traslado.

John le dedicó una mirada cargada de picardía.

—Tengo una idea mejor.

—¿Ah sí? ¿Cuál?

—Vamos a tu casa, coges ropa para mañana y un neceser, y te mudas esta noche. Ya iremos moviendo el resto de las cosas.

—A eso lo llamo yo hacer las cosas con tiempo.

Pero la sonrisa llenó de luz su rostro magullado.

Unas horas más tarde, John y Emma la acompañaban a por las cuatro cosas que necesitaba para esa noche. Emma estaba feliz de que se mudara con ellos, y Carlota no podía creerse que fuera a dormir con aquel hombre maravilloso de esa noche en adelante, que fuera a compartir su vida con él, que, de alguna manera, serían una familia. Había estado cerca de perderlo, por dos veces, pero ahora por fin el futuro se mostraba brillante como un día de verano ante sus ojos. Sonrió y lo miró una vez más, como para comprobar que seguía estando allí.

—¿Qué? —preguntó él intrigado.

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

—¿No te asusta la idea de convivir conmigo? Somos muy diferentes.

Él sonrió.

—Me costó mucho tiempo darme cuenta de que, en lo fundamental, no somos tan distintos.

—¿Ya no te parezco una niñata?

—Sabes que no. ¿Y yo te parezco un estirado estrecho de miras y lleno de prejuicios?

—Un poco estirado aún sí... —se burló ella.

Él frunció el ceño.

—A veces de verdad creo que necesitas unos azotes. Eres una descarada.

Ella le dio un codazo.

—Oh, vamos, no seas ridículo. No me vas a poner el culo rojo, ni hoy, ni nunca. No me va.

—¿No?

Se lo preguntó con una voz grave y melosa que la hizo mojar las bragas. Le costó unos segundos reaccionar.

—No. Y si aún quieres que duerma en tu casa, deja de amenazarme.

—Dormirás en mi casa aunque tenga que atarte a la cama.

—Eso suena bien, pero... ¿qué parte de «deja de amenazarme» no entiendes?

—Además de estrecho de miras y lleno de prejuicios, se ve que soy corto de entendederas. Te llevas un chollo, niñata.

—Y no lo cambio por nada, que lo sepas.



## EPÍLOGO

—¡Hola, Carlota!

—¡Hola, cariño!

Emma entró en la pastelería con su mochila colgada del hombro, y se acercó hasta el mostrador para darle un beso a Carlota.

—¿Hay *brownies* de plátano?

—Sí. Te doy quince minutos y luego a estudiar. ¿Qué tal el examen de matemáticas?

—Bien. Mañana inglés y termino, no necesito estudiar mucho.

—Cuéntaselo a tu padre. Como tengas una sola falta en inglés llamará a tu madre, te pasarás los próximos dos meses haciendo ejercicios de gramática y tu maleta irá cargada de libros, pero en inglés, por supuesto.

—En Nueva York me voy a pasar el día hablando en inglés.

—Pero las faltas las tienes escribiendo, bonita. Venga, empieza con el *brownie* que se te pasan los quince minutos.

Emma sonrió y se sentó a merendar, como cada tarde. Olga salió de la trastienda con una bandeja de *cupcakes* de zanahoria que Carlota había terminado de preparar hacía un rato.

—¿Ya se han acabado los que había fuera?

—Sí, Miranda ha servido los últimos hace un momento, pero con estos hay para lo que queda de tarde.

Olga había dejado su trabajo en el hotel para trabajar con sus dos mejores amigas en la pastelería apenas seis meses después de que Miranda y Carlota abrieran el negocio. Las cosas les habían ido bien y las dos solas no daban abasto. De eso hacía ya algo más de dos años y medio y, por suerte, no les había faltado el trabajo ni la clientela. Se notaba que disfrutaban con lo que hacían, y la coqueta pastelería se había convertido en un lugar de reunión para las señoras, un punto de encuentro para las madres cuando los niños salían del colegio, e incluso un sitio donde celebrar cumpleaños y aniversarios de una forma especial. Las tres chicas no podían estar más felices.

Emma terminó su *brownie* justo antes de que Carlota saliera a buscarla,

entró en la trastienda y se sentó en el escritorio a repasar sus apuntes de inglés.

La tarde se pasó volando y antes de que Carlota pudiera darse cuenta, eran las siete. John entró por la puerta y lo primero que hizo fue dedicarle una sonrisa a su chica, como de costumbre.

Ella salió a recibirle con un beso discreto.

—Hola, cariño. ¿Qué tal el día?

—Bien, bastante movimiento —respondió ella—. Emma está estudiando inglés.

—Como tenga una sola falta en el examen se va a llevar la maleta hasta arriba de libros.

Ella rio.

—Ya se lo he advertido.

Faltaba apenas una semana para el final del curso, y Emma se marchaba a pasar dos meses con su madre, como todos los veranos. Regresaría a finales de agosto para pasar las dos últimas semanas de vacaciones con su padre y con Carlota y luego seguiría con su rutina. Echaba de menos ver a su madre y a su hermano Ryan más a menudo, pero hablaba con ellos por Skype cada pocos días, y era feliz en Madrid. Su madre lo sabía y no había intentado forzarla de nuevo a mudarse a Estados Unidos. Tal vez cuando fuera mayor decidiera irse por voluntad propia pero, mientras tanto, lo que quería era que su pequeña fuera la niña alegre y sociable que había sido siempre. Si para eso tenía que dejarla con su padre en España, lo haría, por su bien. John era un padre excelente, siempre lo había sido, y Carlota quería a Emma como si fuera su propia hija. No podía pedir mucho más.

Carlota entró en la trastienda a buscar a Emma.

—Emma, tu padre ha llegado, nos vamos a casa.

Se quitó el delantal mientras la niña recogía sus libros y cuadernos, y luego salieron las dos juntas. John saludó a su hija con un beso mientras Carlota se despedía.

—Bueno, chicas, hasta mañana.

—¿Mañana abres tú? —le preguntó Miranda.

—Pues claro, ¿por qué te crees que me voy ya? —bromeó ella.

—Vale, pues hasta mañana, procura descansar ¿vale?

Carlota se abrazó a John que la esperaba junto a la puerta. Emma ya estaba casi en el portal, esperándolos a ambos.

Él le pasó la mano por el vientre, que empezaba ya a abultarse considerablemente.

—¿Y este pequeño gamberro cómo se ha portado hoy?

—Pues hasta hace un rato no ha hecho más que moverse, para no variar.

John sonrió con condescendencia.

—No te quejes, yo era un bebé muy tranquilo. En eso ha debido de salir a ti.

Subieron hasta casa abrazados, y John preparó la cena para sus dos chicas favoritas, mientras Emma repasaba un poco más y Carlota se estiraba en el sofá. Estaba en el quinto mes de embarazo, y hacía apenas unos días que habían sabido que el bebé era un niño. John estaba como loco de contento. El bebé estaba resultando ser muy movido y Carlota terminaba agotada todos los días. Por suerte, aparte del cansancio y un poco de sueño extra, el embarazo estaba siendo fantástico, no había tenido náuseas, ni dolor de espalda, ni molestias de ningún tipo. Eso sí, su hijo prometía ser un terremoto.

Una semana después John y Carlota despedían a Emma en el aeropuerto de Barajas. La niña había viajado sola ya en varias ocasiones desde que su madre se había establecido en Estados Unidos y su padre había regresado con ella a España, pero a John todavía le costaba mandarla sola en el avión.

—Mamá y Michael te estarán esperando cuando llegues, pero llevas el móvil ¿no? Cualquier cosa, les llamas.

—Papá, es un vuelo directo y he estado en Nueva York docenas de veces. Es imposible que me pierda en el aeropuerto, no te preocupes.

—Llámanos cuando llegues —le pidió Carlota.

—Claro. —Emma la abrazó con cariño y luego le puso la mano sobre la tripa—. Cuida mucho a Max, cuando vuelva estarás tremenda.

—No me lo recuerdes —bromeó Carlota.

—Bueno, será mejor que me vaya o perderé el avión.

Le dio un último abrazo a su padre y se despidió de ambos con la mano.

Aunque el embarazo obviamente cambiaba algunas cosas, a partir de ese momento tenían dos meses para ellos solos.

Nada más regresar a casa, Carlota empezó a arrancarle a John la camisa, haciendo saltar los botones sin ningún miramiento.

—¡Oye, que esta camisa me gusta!

—Solo son botones, no seas quisquilloso.

—La venganza será terrible...

Carlota rio. Apenas dos minutos después, él la había tirado sobre la cama, se había inclinado sobre ella y le había arrancado el tanga de un tirón, destrozándolo sin reparos.

Se estremeció cuando la acarició suavemente entre las piernas con una mano mientras la otra se colaba bajo su blusa y rozaba un pezón hinchado y sonrosado. Sus pechos se habían puesto considerablemente más grandes y pesados, y a John le encantaba el cambio. Ella suspiró.

—Oh, Dios... No puedo creerme que podamos hacer el amor a cualquier hora del día...

—Ahora mismo me parece una hora perfecta.

—No esperaba menos, señor Connor.

—Hablando de todo un poco, Carlota... ¿Has pensado en lo que hablamos?

Ella frunció el ceño.

—Creí que ya lo habíamos aclarado.

—No, no lo habíamos aclarado. Sigo sin entender por qué no quieres convertirte en la señora Connor.

—No tienes por qué casarte conmigo porque vayamos a tener un hijo, ya te lo dije.

—Y yo te dije que no lo hago por eso. No ha sido un patinazo, queríamos un bebé. Ni yo ni nadie va a pensar que pretendes cazarme.

—Juraría que quien pretende cazarme eres tú.

Él la miró con ojos hambrientos, rebosantes de amor y deseo.

—No te quepa la menor duda.

—No hace falta, John, en serio. No tengo ninguna duda de que eres mío, y tampoco de que serás el mejor padre del mundo para Max, igual que lo eres para Emma.

—¿Pero cómo puedes ser tan testaruda? —se exasperó él.

—Mira quién habla, el cavernícola.

—A este cavernícola le están entrando ganas de arrastrarte a la iglesia, o al juzgado, por los pelos. ¿Se puede saber qué tienes contra el matrimonio? Tus padres están casados, tus hermanos también... ¡Hasta Víctor y Miranda tienen fecha de boda! ¿Por qué nosotros no?

—No te casaste con Su. ¿Por qué necesitas casarte conmigo?

—Porque tú eres la mujer de mi vida.

El corazón de Carlota empezó a palpar con más fuerza al oírle decir aquello. Amaba a aquel hombre con toda su alma.

—Eso lo sé sin firmas ni anillos.

—Pero yo quiero que lo sepa todo el mundo, y que conste de todas las maneras posibles.

—Bueno... —sonrió ella con picardía—, tal vez podría dejarme convencer.

—¿Ah sí? Pues tendré que averiguar la forma de conseguirlo...

Se echó de espaldas sobre la cama y la subió sobre él. Carlota sonrió. Desde que su vientre había empezado a abultarse, John se cuidaba mucho de apoyar su peso sobre ella o dañarla de cualquier manera. A veces era tan suave que tenía que espolearlo.

—Para empezar podrías desnudarte. Quiero follarte salvajemente ¿sabes?

—No creo que «salvajemente» sea muy apropiado.

—Pero como la que pone las condiciones soy yo, harás lo que yo diga.

Le desabrochó el pantalón y se lo arrancó sin miramientos, para sentarse a horcajadas sobre su abultado bóxer y frotarse con él.

—Sigues siendo una descarada provocadora.

—Vuelve a decirme algo así de feo y te pongo una mordaza.

Él se rio, divertido.

—¿Y por qué no pruebas a cerrarme la boca de un modo menos agresivo?

Ella sonrió y se inclinó sobre él para besarle, al principio con suavidad, después con más ímpetu, y finalmente, entrando en su boca para avasallar cada rincón y morderle los labios hasta dejarlos doloridos.

Bajó la mano hasta el bóxer para liberar su dura erección.

—Quiero un polvo salvaje, y si quieres que me case contigo, es lo que me darás ahora mismo.

—¿Chantaje?

Ella sonrió asintiendo con la cabeza.

—Sin ninguna duda.

—Te vas a enterar. De verdad que cada vez estoy más tentado de ponerte el culo rojo. Cualquier día de estos te pongo sobre mis rodillas como los protagonistas de las novelas esas que lees y...

—Bla, bla, bla... —se burló ella, y añadió una palmada en el muslo de

él, lo bastante fuerte como para que picara ligeramente y él se quedara anonadado—. Déjate de cháchara y a lo que estamos.

John se incorporó para hacerla girar sobre su espalda hasta tumbarla en la cama. Se arrodilló, sentándose sobre sus talones, metió las manos bajo las nalgas de Carlota y tiró de ella hacia sí, para separarle las piernas y penetrarla sin apoyar su peso en ella. Estaba lubricada y dispuesta, como siempre. Él la excitaba sin necesidad apenas ni de tocarla.

—Lo has pedido salvaje ¿no? Luego no te quejes...

Ella sonrió mientras él empezaba a moverse dentro de ella cada vez más rápido. Nunca era demasiado brusco, no era capaz de hacerle daño. Ella le importaba demasiado, y lo sabía. Lo miró a los ojos mientras el placer alcanzaba cotas cada vez más altas hasta nublarle la vista y hacerle perder la consciencia por un instante increíble.

John se perdió en los ojos de chocolate de la mujer que amaba mientras ella gritaba su nombre y él estallaba de placer con un gemido ronco y un espasmo violento. Se dobló sobre ella hasta tocar con la frente el vientre en el que crecía su hijo. De él y de ella. El fruto de su amor.

—Te quiero, Carlota.

—Y yo a ti.

—¿Te casarás conmigo?

Ella le acarició el pelo con ternura.

—Sí, cavernícola, me casaré contigo.

Él levantó la vista y la miró, con los ojos brillando de felicidad. Sin contar a su hija, ella era lo mejor que le había pasado nunca. Lo volvía loco, lo provocaba y lo tentaba hasta desquiciarlo, pero no había tentación más dulce que ella. Carlota era el sol alrededor del cual giraba su vida.

Y a partir de entonces, con aquel «sí», para él siempre sería verano.

## AGRADECIMIENTOS:

Gracias a ti, lectora (o lector), por haber elegido mi novela entre todas las que seguro que tienes en tu lista de lecturas pendientes. Gracias por haberles dado una oportunidad a Carlota y John. Si su historia te ha gustado, también te agradecería muchísimo que dedicaras unos minutos a dejar una valoración en Amazon que pueda servir de orientación a otros lectores. Y si algo no te ha convencido, también te agradecería que me hagas llegar tu opinión. De los errores se aprende mucho más que de los aciertos.

Gracias a mi amiga Anna por «prestarme» a Will. Fue una experiencia muy divertida. Me alegro mucho de haber recorrido este camino contigo y de que sigamos aprendiendo juntas aunque sea en la distancia.

## **SOBRE LA AUTORA:**

Descubrí el placer de leer desde muy pequeña, cuando incluso recibía de mi familia el apodo de «comeletras». En aquella época también me gustaba ya escribir cuentos y relatos que compartía con mis compañeros de clase. Al pasar la adolescencia dejé de escribir, aunque no de leer, especialmente novela romántica, de género fantástico y de ciencia ficción. En otoño de 2012 el azar me llevó a un foro de lectores donde también se compartían relatos, y enseguida me animé a escribir uno. La experiencia me encantó y le siguió otro, y otro, y otro más. Uno de esos relatos cogió forma en mi cabeza y se convirtió en una novela. Y ya no pude parar de escribir. En enero de 2014, animada por un grupo de amigas y lectoras, tomé la decisión de compartir mis historias, y creé mi blog "Lucía Herrero: Libros y Sueños". Lo siguiente fue autopublicar una de ellas, "Empujones del destino", que vio la luz en Amazon en formato digital en marzo de 2014. En mayo del mismo año salía también en formato digital "Doce maneras de enamorarse", una recopilación de relatos románticos para adultos que había ido publicando en el blog. En diciembre de 2014 publiqué "Depredador, dime que me quieres". Actualmente los tres títulos están disponibles también en papel a través de Amazon-Createspace. En agosto de 2014 entré en la Colección LCDE, en la que se incluyeron mis tres primeros trabajos.